EL ÚLTIMO EDÉ

© José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Cortijo del Zarzalar,
Fuente de la Pascuaza,
Cueva del Torno

INDICE DE JUNTO AL RÍO Guadalquivir

FUENTE DE LA PASCUALA

INDICE CUEVA DEL TORNO

DÍA PRIMERO

DIA SEGUNDO

JUNTO A LAS AGUAS DEL GUADALQUIVIR

"Así, todo es misterio y milagro
en el discurrir de mi vida".

DIA PRIMERO

EL ENCUENTRO

Los caminos se van borrando pero los recuerdos siguen vivos y aunque las cosas ya han cambiado mucho, no está claro que esto tenga un buen futuro. Tú fíjate cómo se ve el panorama. Hoy es domingo cuatro de agosto y cuatro personas son las que han venido por aquí a tomarse algo. Y es que las criaturas, aunque no son menos que antes, sí hay muchos sitios donde pueden gastar los pocos dineros que traen y eso a lo mejor no es bueno ni para unos ni para otros.

- De todos modos, esto del turismo en el Parque siempre es así. Ahora vienen más, luego vienen menos. Se dice en los periódicos que este fin de semana se ha llegado al cien por cien de la ocupación hotelera. Luego no es verdad, más tarde si es verdad ¿Por qué no dejamos el turismo, o mejor empezamos por el principio y hablamos de lo nuestro?

- ¿Y qué es lo nuestro?

- Pues todo lo que tú recuerdes y quieras decirme de este trozo de tierra que tanto quieres. Y nunca mejor expresado, porque me han dicho que es tuyo de verdad.

- Sí que es mío pero eso lo dejamos para luego. El principio que tú quieres, viene desde más arriba.

He llegado a este rincón justo a las cuatro de la tarde y es domingo, cuatro de agosto. Aparco el coche en el sombrajo que para los turistas ellas han hecho a la derecha del hotel y mientras cojo las cosas y me dispongo a salir para encontrarme con ella, veo que en entre los coches juegan dos o tres niñas. En la misma puerta de la casa, y por entre las plantas, se mueve. No la conozco porque nunca he hablado con ella pero en cuanto la veo me digo que es ésta. Me acerco, las saludo y le digo:

- Vengo buscando a Manuela, la dueña de la Golondrina. ¿Me equivoco si pienso que eres tú?

- No te equivocas. ¿Tú eres el que el otro día hablaste con mi hija para decirle que ibas a venir para que te dijera cosas de este rincón?

- Yo soy.

- Pues ven. Vamos a sentarnos a la sombra y ya puedes preguntar lo que quieras.

La sombra la tenemos justo en el rincón de la derecha, pegado a la "parata" donde crecen las plantas que decoran la entrada del hotel. Aquí mismo crece un lilo y a la sombra que proyectan las ramas, ella tiene unas cuantas sillas.

- Esta es la tuya y esta la mima. Venga, siéntate y a ver qué quieres.

- Pues lo que quiero ya te lo he dicho: conozco un poco la Hoya de Miguel Barba, algunos detalles de por aquí y ya no puedo seguir más. Como sé que eres la más veterana de este rincón del Parque, ya me estoy imaginando la de cosas bonitas y no tan bonitas que guardarás en tus recuerdos. Si no me las cuentas hoy, tú un día ya no estarás por aquí, porque te irás, como todos poco a poco se fueron marchando y para siempre, ya esas cosas y tú, guardareis silencio. Habla ahora que puedes para que tus sentimientos y sueños queden vivos entre nosotros y así nunca te olvidemos. Tanta sierra y tantos días de sol y lluvia amontonados en tu corazón, no pueden ser sólo para ti. Habla y dinos cosas de tu cortijo y los serranos. Yo y quizá otros muchos, necesitamos de tus recuerdos y palabras, porque deseamos que algunos de aquellos viejos caminos, cortijos y hortales no se pierdan nunca. ¡Tienen y tienes tantas verdades grandes y bellas!

EL CORTIJO

- Pues te decía antes que sí. Toda la vida por estas tierras, han ido dejando huellas en la experiencia de mis días pero una ya tiene la memoria que le falla mucho. ¿Quieres saber dónde nací?

- ¿Dónde naciste?

- En el "royo" del Zarzalar, que está algo más arriba del hotel El Pinar.

- Pero si ese arroyo se encuentra a la altura de las tierras del Cortijo de la Tejerina.
- Es que hay dos royos con el nombre del Zarzalar.
- Bueno, eso es otra caso.

Y para mí, recuerdo ahora que no son dos arroyos con el mismo nombre. Por aquí cerca, en el lado derecho de esta cuenca del Guadalquivir, existe un cauce que se llama arroyo del Membrillo, que este es su nombre oficial en los planos y demás pero que desde siempre, a este arroyo, los serranos lo han llamado con el nombre del Zarzalar.

- Pues lo que había en ese "royo", eran todos zarzales pero los terrenos buenísimos, que con eso hemos comido; de sembrar patatas, habichuelas, garbanzos, de todo lo que se necesitaba.
- ¿Y por el cauce aquel corría mucha agua?
- El royo ese entero que era nuestro. El royo de allá. Mira, este que tenemos aquí mismo, es el mío porque era de la finca esta y el que cuela para ir de Mirasierra para arriba, ese que tiene un "Puentarraco", ese es el royo donde me lavaron a mí la cabeza y el culete.
- ¿Para qué te lavaron la cabeza?
- Es que allí me lavaron cuando me parió mi madre.
- ¡Ya caído! Cuando naciste te lavaron con el agua que mana

en las fuentes de este arroyo.
- ¡Allá arriba!
- Pero donde te lavaron ¿Qué hay? Quiero preguntar: ¿Tú naciste junto al charco sin casa ni nada?
- ¡Válgame Dios! Menudo cortijo que teníamos nosotros. Se llamaba y se llamará siempre el Zarzalar, como el arroyo y el molino y estaba y para siempre estará, a media altura entre la cumbre y la vega del Guadalquivir. Por encima del la gran cerrada y en un sitio que aquello es un paraíso. Mana agua por todas las peñas y hay tierra buena que cría de todo. Ya te lo he dicho: en las aguas de ese royo me lavaron cuando nací.
- ¿Y con lo fría que siempre están las aguas de cualquiera de los arroyos de estas sierras?
- Ea pero es que era un cortijo que tenía siete casa u ocho. Buenas casas, con cuadras para las ovejas, los gorrinos. El Zarzalar le dicen a mi cortijo.
- Siete u ocho casa, es casi una aldea.
- Pues claro. Ya te he dicho que por lo menos ocho familias vivíamos y todos de buen vivir. Todos comíamos bien y no teníamos falta ni de trabajo ni de alimentos.

Como trabajamos mucho, pues había dinero. ¿Me entiendes? Al principio o al final, según se mire, cuando esto lo hicieron Patrimonio, pues los hombres que podían, echaban jornales en el Patrimonio. Pero ya también se empezó a

complicar la cosa. Cuando lo hicieron Patrimonio, quitaron el cortijo, lo han derribado todo y allí se han quedado las tierras llenas de zarzas y los recuerdos desparramados por entre el monte y las riscas.

- ¿Ya no vive nadie en aquel trozo de sierra?

- ¡Qué lástima! ¿Quién va a vivir, si nos echaron a todos?

- ¿Lo que me estás contando es cierto?

- Tan cierto como que ahora mismo estoy aquí viva. Todo se puede acreditar que sucedió así. Pues si es verdad que ha pasado. Sí allí "despropiaron", pues nos tuvimos que ir. Cada uno se fue por donde pudo.

REPASANDO LOS RECUERDOS

Mis hermanas las tengo, una en Valencia, la otra está en Alicante y la otra en Barcelona. Total, se han esturreado todas. De las cuatro hermanas, sólo yo he quedado por aquí.

- ¿Las cuatro erais niñas?

- Todas mujeres. Mi madre estaba apañada con nosotras. Tuvo un hijico y le dio parálisis infantil cuando, el angelico, tenía un añillo. Escasamente andaba. Al pobretico le dio la parálisis y se quedó con las piernas secas. Y estábamos con él, mis tres hermanas y yo, que pa qué de contentas. Antes igual que ahora, el mal que es grabe, no te lo quita ni médico ni nadie. Porque te curan un poco pero no del todo. Así que mira. ¡Qué lástima!

- ¿Pero vivió luego, después?
- Sí, se nos ha muerto aquí en Coto Ríos con casi cuarenta años o así. Y ya te digo: tres años hace que lo tengo enterrao. Ha estado con sus piernecicas secas... Mi madre ya se me murió también.

Además de esto, allí los pobres de los padres, sembrando para recoger un poco para el invierno. Garbanzo, patatas, habichuelas. De todo. Como los trabajadores. Nosotras le ayudábamos a mi padre. Eramos niñas pero como mi hermano, ya lo sabes, se quedó como se quedó, pues nosotras a trabajar en todo lo que fuera. Teníamos nuestras eras para trillar el trigo. Mi padre tenía un par de mulos y al llegar el verano, a trillar con ellos en la era. Recogíamos paja para los animales, higos para secarlos, uvas para hacer vino, hortalizas con las que mi madre hacía conservas, garbanzos recogíamos para comer toda la familia y siempre nos sobraban. De aquí de la vega del río, mi padre subía cargas y cargas, serones, llenos de remolacha. Cuando luego en el invierno caían los nevazos aquellos tan tremendo, de esto era de lo que le echábamos de comer a los animales. Nosotros dentro de la casa calenticos, porque teníamos también mucha leña y a esperar a que las nieves se fueran.

- ¿Y cuando en la primavera, los trigos ya estaban

crecidos?

- Entonces nos íbamos a los campos a escardar. Te lo voy a explicar para que lo sepas. A primera hora hacíamos unas gachas migas, un suponer. Almorzábamos bien. Preparábamos la comida para la merienda al medio día. Echábamos nuestros buenos cachos de jamón, de tocino frito con magrilla, pimentillos verdes y según la gente que íbamos, medio o un pan entero. Un pan más rico amasado y cocido en los hornos. Y también para luego algunos trinques de vino. Todo aquello estaba más bueno que pa qué. Lo echábamos en nuestras talegas y nos montábamos en el mulo. Cuando llegábamos, un suponer, a Los Canalizos que se criaban unos trigales muy buenos, descargábamos el mulo. En unas matas que les decíamos "cornitas", que echan la uvilla esa menudilla, colgábamos las talegas con la comida para que no se llenara de hormigas.

Pues entonces nos liábamos a sembrar garbanzos o escardar trigo, según el tiempo que era. ¿Que cómo se escarda el trigo? Pues leche, tú ves que hay aquí un montón de trigo sembrado, menudico, pues vas abriéndolo así, te vas metiendo con el escavillo chico, hay un yerbajo, lo coges y lo arrancas con el escavillo. Si no, tiras de él y lo sacas de raíz. Si está cerca la orilla, lo echas fuera o sino lo dejas ahí. El trigo no se arranca. Si hay matas de esas grandes que le decíamos

"alverjana" que era una sementilla muy chica, que eso echaba mucha simiente, tirabas de ellas y las arrancabas. Eso era muy malo. Se enredaba en el trigo y se aprovechaba de él.

Otras que eran grandes, la avena, había unas "matocas" de avena, y eso lo arrancábamos porque sabíamos que no era trigo. Matas grandes que parecían nabos. Todo eso lo escardábamos. Echábamos el día entero. Todo el día sin parar. Sólo a medio día un ratico para merendar. El día que llovía ya no escardábamos. Aquel día estábamos en la casa todos comiendo tan agusto. El trigo si estaba mojado no podías meterte a excardalo. Eso tenía que ser con sol. Que estuviera enjuto todo.

- ¿Y cuando ya estaba el trigo para segarlo?

- Pues yo cogía mi hoz, no segaba como un tío que tenía energía para darle con fuerza y liarlo pero me cundía. Los hombres, como sabían, cogían dos o tres matillas de trigo, le daban media vuelta aquí así, lo metían pa dentro y ya había un manojo que no se caía. Segaban otro poco y cuando soltaban la maná, que le decían maná, los dejaban en montones. Iban haciendo montones y luego lo cogían con la hoz y los juntaban. Cuando ya tenían un haz, lo ponían en un manojo de trigo, del más largo, y ataban su haz. Lo atabas por aquí, le hacías así una cruz, le dabas vueltas así y lo dejabas. Ya quedaba atado.

¿Los haces los has visto tú?
- Alguna vez, sí.
- Pues poníamos dos haces a cada lado del mulo y luego en medio. Total, que llevaba el mulo seis haces de trigo. Iba reventado. Lo llevábamos al cortijo. Lo poníamos así en un rodal como esto, haciendo una acina. ¿Entiendes? Y después venía la trilla. ¡Madre de mi alma lo que yo he trabajado por estos montes!

A LA LUZ DE LA LUNA

Cuando los garbanzos estaban ya secos, había que arrancarlos y aquello también tenía su emoción y su arte. Por la tarde, nos juntábamos un montón de muchachas y de muchachos, de los vecinos, y decíamos: "Está la luna bien, esta noche vamos acoger los garbanzos". Una noche les tocaba a los garbanzos del tío Francisco, otra a la de la tía Anselma... cada noche, los de uno. A veces íbamos catorce o quince y hasta veinte en ocasiones. Según estábamos de familiares, de chiquillos y muchachas. Nos llevábamos un poquillo vino y unas tajadillas de tocino, chorizo o morcilla. Y oscureciendo, nos íbamos a "piazo" pero con luna brillante. Llegábamos a un bancal, un barranco de labores y en cuadrilla, nos plantábamos todos a arrancar garbanzos. Los garbanzos bien sabes: los coges así del rabo y luego otra mata y las

pones cruzadas. Le decíamos a aquello las gavillas. Las gavillas de los garbanzos.

Los arrancábamos en una “trasnochá”. Al pobre hombre le quitábamos un trabajo que pa qué. Un montón de jornales que se ahorraba y eso, pues ya verás tú cómo lo agradecía. A otro día, pues el hombre iba, juntaba sus gavillas, las ataba, pillaba su burro o sus mulos, los cargaba, se los traía a la era, los trillaba y ya tenía su apaño. Otra noche me toca a mí, con los míos, y aquellos también me ayudaban. Con la luz de la luna cogíamos todos los garbanzales de estas tierras. Lo hacíamos todo tan agusto y aquella alegría. Ibamos muy concentrados. Los vecinos y todos los serranos, siempre nos hemos llevando muy bien. Luego así que estaban terminados los piazos, pues lo celebrábamos. Nos veníamos al cortijo y ale, a bailar.
- ¿Por qué se cogían de noche?
- De día, con el salitre de esas plantas, no había que las tocara. También porque era por la noche cuando nos juntábamos todas esas pandillas de mozuelas y mozuelos.

ESFARFOLLOS Y MATANZAS

Las cuatro hermanas no teníamos más diversión que cuando los esfarfollos. Eso era coger el maíz y quitarle las esfarfolla. La gente sembraba mucho maíz. Se hacia un gran montón de panochas. También se decía panizo. Por la noche

nos juntábamos a esfarfollarlas. La noche que decíamos de esfarfollar, nos juntábamos, a lo mejor cuarenta personas. Es que entonces había muchos cortijos por aquí. Le dejábamos tres o cuatro farfollas para luego colgarlas y hacer ristras. Las ponías dentro de la casa o donde les diera el sol. De esta manera se conservaba para luego molerlo y sacar el panizo. De esta harina, se hacían migas de maíz y eran riquísimas. Se hacían unas migas muy buenas con el panizo. Para esto se aprovechaba todo el maíz que era bueno. Del otro, el que salía más malillo, pues para los gorrinos. Al rematar la tarea de los esfarfollos, siempre se organizaban una buena juergas, abundantes cuervas, una arroba de vino, patatas asadas. ¡Calla, qué bien lo pasábamos entonces!

- Lo pasabais bien.
- ¡Ay! De bomba todo.
- ¿Y estas tareas eran en los cortijos?
- En los cortijos todo. Alrededor de la lumbre si era invierno porque, además, esto era una manera de convivencia entre nosotros y de hacer que las noches, en los cortijos serranos, fueran amenas y tuvieran sus alicientes.

Por aquí todo el mundo echábamos unas matanzas que pa qué. ¿Tú sabes lo que es la matanza?

- Algo sí pero las vuestras, no del todo.
- Pues cuando te digo “matanza”, me estoy refiriendo a matar

gorrinos en las casas. En cada cortijo se tenía su matanza particular. Se mataba un par de marranos de esos que pesaban ocho, nueve y hasta diez arrobas. Unos marranacos que se tenían que juntar cuatro o cinco hombres para matarlos. Mi padre que era muy trabajador, también era matador de marranos. El los "esollaba", los pelaba, los picaba y de to. Hacíamos nuestras morcillas, el techo del cortijo parejo de morcillas, nuestros chorizos, morcillas "güeñas", que se le echaban huevos, la sangre del marrano y muchas especias, salábamos nuestros jamones, el tocino también en sal. Con la carne del gorrino, salían unos montones de orza que aquello daba gusto verlo, olerlo y tocarlo. Y así, pues íbamos tirando de la vida, ¡hijo mío!

Cuando llegaba el invierno, el que podía, se iba a la aceituna y el que no, se quedaba en sus cortijos con sus animales.

- Porque tu padre también tenía animales.
- Tenía una punta de cabras y unas ovejillas. Las guardaba mi padre, porque nosotras las niñas ¿cómo íbamos a ir por el monte? Porque entonces, como no había nada más que montes, aunque se sembraban algunos "piazos" por aquí a la orilla del río y alrededor del cortijos, los mismos vecinos se encargaban de guardarlos y el pastor pues se iba con sus animales. Los muchachos, con catorce o quince años, ya eran

los mejores y por eso se empleaban de pastorcillos que se iban con el ganado por el monte. Esos eran los que guardaban los ganados.

Pero que vivíamos bien las familias. No creas que aquí en este terreno no ha pasado la gente hambre. Aquí nunca nadie ha pasado falta.

- Pues a mí, por algunos sitios me han dicho, que los serranos sí pasabais hambre.

- ¡Una poca porra pa ellos! Mejor comíos que los de la capital. En aquellos tiempos del hambre, nunca nadie en estas sierras ha estado ”esmallao”. En tiempos del hambre, no hemos pasado ni una chispa de hambre ninguno. Esto te lo juro por el Señor.

Nunca los serranos hemos sabido lo que es hambre. Ya te lo he dicho: recogíamos, habichuelas las que no te comías, patatas, garbanzos. De todo se sembraba porque había muchos terrenos buenos y abundancia de agua. Lo que es que ahora, hijo mío, como lo quitaron to, pues ya se ha vuelto todo pinares. Todos estos ríos. ¡Pues ya ves tú! Nosotros desde el “royo” este, ¡no teníamos na de terreno aquí! Todos esos piazos que están lindando con el río, eran de siembra. De aquí recogíamos maíz para engordar los gorrinos. Sembrábamos estas huelgas de garbanzos y recogía mi padre una fanega por

cada puñado.

- Pero claro, Manuela, la sierra es muy grande y tuvo muchos cortijos y viviendo en ellos, muchos serranos. A lo mejor en otros sitios no era como en tu paraíso del Zarzalar.

- Eso también puede ser verdad.

- ¿Cómo se llaman estos pedazos que me dices teníais por aquí?

- Nosotros le decíamos las Huelgas del río, porque están cercan del Guadalquivir y son tierras llanas.

Una fanega ¿sabes tú lo que te digo?

- Eso ya sí lo sé.

- Una cosa así de tablas. Pues echaba dos medias de estas y eran una fanega. Tres o cuatro fanegas, a lo mejor, recogíamos de cosas.

- ¿Te acuerdas tú de ir a sembrar?

- ¡Bendito sea Dios! Iba yo con mi padre pinchando maíz granico a granico. El de lante con un par de mulas y yo detrás sin parar en todo el día. De toda la vida sembrando por estas tierras. Mi padre ha recogío trigo para moler en los molinos para comer. No hemos necesitao comprar un “sacramento”. Mi padre era un labrador bueno, de saber labrar bien la tierra ¿me entiendes? Siempre con las bestias, con los mulos. Los demás, pues tenían su par de mulos también.

EL MOLINO Y EL PANIZO

- Por lo que me dices, trabajabais duro.

- Pero aquello no era trabajo porque todo era nuestro. Ya ves tú sembrar el maíz en estas tierras tan llanas, sin una piedra, era una gloria. Cuando se recogía las cosechas, se juntaban grandes cerros de panizo.

- ¿Dónde estaba el molino entonces?

- En mi cortijo. El royo que sube, este primero, es Aguas Blanquillas, conocido también por el arroyo de Los Picachales. El otro que hay más arriba, el de los Membrillos. Ese ha sido mi royo de siempre. Donde me lavaron.

- ¿Y en aquel rincón hubo un molino?

- Un molino de harina, de mi padre que lo tenía arrendao, que pa qué de bueno y grande. Molía con el agua del royo y hacía una harina buenísima. Más blanco que los capullos, salía el pan. ¡Y anda que no estaba rico!

Allí había un molinero, un hombre que se enseñó también a ser molinero, y todo el mundo iba al molino de mi padre a moler. Los de los otros cortijos cargaban en los mulos dos fanegas de panizo, esgranado ya, limpico, lo llevaban al molino y te traías dos grandes costales de harina. Luego la cernías con tus "ciazos", no mucho, sacaba la flor de la harina que era lo mejor y de ahí salían unas migas que te chupabas los dedos. ¡Pocas migas que he hecho yo! ¡Y anda que no me salían

ricas! Migas de panizo que mi madre fue la que me enseñó a hacerlas porque a mí me gustaban mucho las migas de panizo. ¡Qué buenas! Con sardinas arenques, con unas tajaicas de tocinos, con chorizo, lo que quisieras echar. Con cualquier cosa estaban riquísimas aquellas migas que yo me comía cuando era niña.

- ¿Se hace eso todavía en la sierra?
- ¡Qué va! Eso ya se ha olvidado todo. Si ya no tienen nada. Na más que to compral.

SIENDO PEQUEÑAS

- También habría muchos niños por aquel cortijo tuyo.
- No te creas que la gente era muy tonta pa hacer chiquillos, aunque fueran serranos. El que tenía cinco era raro. A lo mejor tres chiquillas y dos chiquillos. Algunas familias tenían hasta ocho. Ya te digo, cinco fuimos nosotros. Yo he conocido familias hasta con doce hijos. Diez tenía un matrimonio que vivía arriba, en un cortijo que le llaman de Los Pingos.

Yo recuerdo que cuando nosotras éramos pequeñas, como mis padres tenían que venir a cultivar las tierras estas del río, siempre nos traían con ellos. En los mulos, siempre se llevaba una manta grande que se ponía en lo alto del aparejo para no pincharse en el culo. Entonces había por aquí muchas chaparras. De ellas o de otras matas cortaban unas estacas,

cachos de madera grandes. Clavaban esas estacas y encima ponían la manta, como un sombraje y allí nos acostaban en el suelo. Mientras los padres regaban, excavaban y de todo. Otras veces me ataban a la cinturilla y en cualquier sombra me dejaban por aquí pero siempre a la vista de ellos.

Del cortijo mío ¿qué quieres que te cuente? Cuando era pequeñica, para lavar, pues al principio, lo hacíamos en un pesebre de esos que decimos, en una gamella de agua. Con el tronco de un pino se hacía un tornajo y con una piedra que estuviera bien llana y bonica, de esos losares, la ponías y con aquello se lavaba pero que muy bien. De las cuatro hermana, era la primera que pasé mucho tiempo lavándole la ropa a los angelicos de la otras hermanas mías. Yo era la mayor. También a mi hermanico inválido. Pues desde que tenía siete y ocho añillos, ya empecé a trabajar y a ayudar en lo que podía. A barrer, a fregar. Ayudar en la casa todo lo que podía, hijo mío.

Y también jugábamos mucho en aquellos tiempos. Hacíamos san antones. La noche de san Antón, unos ofrecía una arroba de vino porque no se le había muerto la marrana, otros porque les pasaba cualquier cosa y decían: “Vamos a hacer un baile y nos bebemos tres arrobas de vino”. Y convidaban a los vecinos y le daban de balde a todo el que iba

al baile.

- ¿Pero dónde se celebraba el baile?

- Dentro de las casas. Teníamos unas casas muy hermosas. Y unas cocinas rellanas, que ya no es como antes, de barro y de tonterías. Aquellas cocinas nuestras eran todas de cal de mezcla igual que la que tengo yo aquí. Algunos también compraban cemento. Ya estábamos muy modernos.

EL VALLE MAGICO

- Me han dicho que el valle donde se alzaba tu cortijo era bonito ¿es verdad?

- Un valle como no hay otro en todas estas sierras. Y entre tantos momentos mágicos, que de aquel valle mío, conservo en mis recuerdos, uno de ellos era especialmente bello. A primeras horas del día, los pajarillos saltaban por las zarzas y los árboles de los hortales, las cascadas caían alegres, el rocío temblaba en los tallos de hierba y hojas de las tomateras y las fuentecillas chorreaban cantarinas. Los animales salían de sus corrales y en filas o amontonados, se iban por el monte. Un poco más tarde, cuando el sol comenzaba a extenderse por las tierras del valle, era cuando venía el momento mágico. El que a mí me gustaba de una forma especial. Desde lo hondo del arroyo, las ovejas subían hacia los lados del barranco, repartidas por aquí y por allí, comiendo por las praderas. Algún grupico de corderos chicos empezaban a retozar aprovechando

las rocas de la ladera y por el aire se quebraba el son de los cencerros.

Yo, como era chica, me asomaba a la puerta de mi cortijo, alzado sobre las tierras de aquel puntal, y al ver tan sencillo espectáculo, sentía un no sé qué. Tan blancas las ovejas por el lugar pastando y el agua del arroyo corriendo por entre ellas. Tan callada la luz del sol bañando aquellas peñas. Tan suave el viento moviendo las copas de las carrascas. Tan misterioso el barranco con sus laderas verdes. Tan poca y tan gran cosa me parecía aquel mundo pequeño, que de verdad te lo digo: era como un sueño, como un momento mágico que de pronto había llegado con las primeras luces del día y me dejaba embelesada.

¡Qué grande era mi valle cuando las ovejas y el amanecer lo llenaban de tan extraña magia! ¡Qué cuadro más bonico y que mundo tan lleno de vida! ¡Qué silencio tan silencio y qué luz la de aquellos primeros rayos de sol! Ya te lo decía antes: como este valle mío, en aquellos amaneceres, no creo que haya otro en todas estas sierras. Yo lo vi muchas veces teñido de esta magia dulce y así lo mantengo vivo para siempre en mis recuerdos.

- ¿Pues sabes lo que te digo?

- ¿Qué me dices?

- Que mientras he estado oyendo el relato de tu mundo perdido, se me ha venido a la mente el recuerdo de algo que de pronto he asociado a ese valle tuyo.

- ¿Puedo saber qué es ese algo?
- La figura de un hombre que vivió hace mucho y se llama Bach. Escribió este hombre una música tan bella, que a mí me parece es como un puro reflejo de ese valle que me acaba de contar.
- Yo no sé de qué me hablas.
- No importa. Yo te le voy a decir: Te estoy hablando de la suite número dos de Juan Sebastián Bach. Cuando tú puedas y un día te apetezca, escucha esta música y ya verás como te vas a encontrar con una grata sorpresa.
- ¿Se puede saber qué sorpresa?
- Pues que en las notas y melodías de esa música, se contiene la belleza y la magia del valle que tú me acabas de contar. Puede parecer sueño y hasta creer que es mentira pero yo te digo que es verdad. Escucha esa música un día, cuando puedas. Ya verás qué asombro y qué parecido con tu valle mágico.

Y A MOCICAS

Pues cuando ya me vine junto al río, lo mismo: en la casilla esa tenía mi horno. No te puedes imaginar tú el pan que he

amasado, para vender en esta venta.
- ¿Para venderlo aquí ya?
- Cuando me casé, hicimos la casilla aquella aparte ¿sabes? Pa las matanzas. Porque ya te lo he dicho, nosotros toda la vida hemos hecho matanzas. Desde que me casé no ha pasado un año sin matar. Para comer yo y mi familia y todos los que por aquí venían.
- Y estando aquí ¿cómo engordabas los marranos?
- Sembrábamos mucha remolacha. ¿Entiendes la remolacha? Pues en estos bancales, como tanto terreno teníamos, comprábamos abono y cuando no, basura de los pastores que nos daban toda la que queríamos, teníamos nuestras mulas con nuestro serón y así traíamos a la tierra todo lo que la tierra necesitaba. Antes teníamos un par de borriquillas y con ellas íbamos también a por la basura a donde estaban los pastores. Ellos la tenían que sacar para tirarla. ¿Adónde la iba a echar?

Por eso, los pastores nos la daban a nosotros. Como estábamos tan cerca, pues por ahí cogíamos y con la borriquilla nos traíamos las cargas de basura. Nosotras ya estábamos mociconas, con dieciocho años pero siempre iba mi padre y nos ayudaba. O más bien, nosotras le ayudábamos a mi padre. Hemos sido muy trabajadoras, porque no tenía na más que el hermanico y ya sabes lo que le pasó.

A leer y a escribir, me enseñaron a mí los muchachos que se fueron a la mili por el treinta y seis o treinta y siete. Los más jóvenes que se fueron, los últimos que eran todos de dieciocho años, esos me enseñaron a mí a leer y escribir antes de irse. En quince días. ¡Fíjate si sería lista! Claro, para escribirles las cartas a los pobreticos. Si aquí no sabía nadie escribir. Ni una abuela ni un abuelo ni nadie.

- ¿Y tú les escribías?

- Se me pasaba las noches escribiendo cartas. Algunas noches escribía siete u ocho cartas. Sí, para todos.

- Cuando recibías las cartas ¿quién las leía?

- ¿Quién las iba a leer? Pues yo. Todos los más viejos, que ya sabían algo, se habían ido a la guerra. ¡Qué lástima!

- ¿Quién traía las cartas a estos cortijos?

- Como por aquí, desde Cazorla, venía tanta gente, pa las Casas de las Tablas esas que hay ahí abajo y para los molinos de Eusebio ese, pues había mucha gente. No se pasaba un día que no fuera alguno a Cazorla. Y así nos arreglábamos, desde unos a otros. Luego ahí a la venta esa de Mirasierra, como era una cuñada mía la que vivía ahí, los que venían de los cortijos, dejaban las cartas ahí para echarlas al correo. Y como había un correo desde el Tranco a Cazorla, pues se las llevaba y las traía.

- ¿El correo era un hombre con bestias?

- Una alsina que era como mi casa de larga.

- Pero eso que tú me estás contando es cuando ya hicieron la carretera.

- Eso cuando ya estaba la carretera y antes, iba mucha gente al pueblo. Como hasta Burunchel, más pa cá de Cazorla, venía el cartero, de aquí de la sierra, hasta Burunchel no pasaba un día que no fuera alguien. Pues se traía las cartas y las dejaba en la venta esa de Mirasierra. Desde ahí para los cortijos correspondientes, por unas laderas y otras de este gran valle, las personas se encargaban de bajar a buscarlas. Sabían que le iban a escribir y ya cada uno estaba al tanto. Las de Las Casas de las Tablas y todos estos terrenos, pues la cartera, era la Golondrina, que fue y es una servidora.

En el royo de los Membrillos que éramos por lo menos diez vecinos, pues si no bajaba uno, bajaba otro a por las cartas. Ya te digo: otros las echaban para abajo aquí a la Golondrina. Desde aquí iban a otra venta, ahí mismo, que se llamaba La Pascuala. Desde ahí siempre bajaba gente pa La Aldea. Para cruzar el río, los que vivían en los cortijos de los montes esos de Aguasmulas y toda esa gran ladera, tenían que venir al puente este. Ya unos y otros lo sabían y al pasar por la Puerta de la Pascuala decían: "¿Hay cartas que vamos para La Aldea?" Y así nos hemos apañado todos. La muerte es la que no tiene apaño.

LUCHA POR LA TIERRA

- Y a ti ¿es que te gusta vivir aquí?

- No me gusta el pueblo. Compré dos pisos en Cazorla y mira: aquí me tienes. Los compré cuando eran mis hijas chicas, eran par caso como el chiquillo este nieto que tengo y allí los alquilé. Allí los he tenío y ahora se casó mi hija y ya se los ha quedado ella. Los guardas no me querían y fíjate por donde hoy tengo un guarda yerno.

- ¿Eso es verdad?

- Fíjate tú: lo que no quiere el hortelano, nace en la huerta.

- ¿Qué te pasaba con los guardas?

- Pues querían quitarme los terrenos y conmigo no han podido. Es que antes todo venía en contra de uno. No querían que viviéramos aquí.

¡Eso es! Me lo querían quitar todo. Sólo me querían dejar los llanos estos y eso trocito de tierra que labrábamos en la orilla del río. Los alrededores del terreno, mis pinos y todo lo que tengo aquí, eso ellos lo querían para el estado. Para el Patrimonio. ¿Lo conoces?

- Me suena.

- Pues como no han podido porque yo tenía escritos en Orcera por los notarios y todo, que no hay otros en todos estos terrenos, tuvieron que aguantarse. Todavía he tenido que sacar las escrituras este año. Han venido por aquí y las he tenido que

sacar porque querían no sé qué cosa. Los pinos estos que ver por aquí se los quieren quedar. Pero ya te digo: hasta hoy no han podido.

- ¿Quieres decir que todavía son tuyas algunas de estas tierras?
- ¡Todo esto es mío! Hasta el royo de Aguas Blanquillas. Si el royo es el lindero. Y también el agua del royo. Claro. Si el royo es nuestro. Si aquí no se regaba nada más que la Jordana, que así se llamaba esto.
- ¿Cuántas fanegas tiene tu finca?
- Eso es lo que no sé. Bueno, sí lo sé pero que no me acuerdo. Pero que ya te digo: desde el royo para acá, todos estos llanos, siguiendo la orilla del río para abajo y todo el llanaco este grandísimo y todo esto de arriba que era también de labores, todo es mío. Esta ladera de los pinos lo sembrábamos antes de garbanzos. Hoy no sembramos casi nada.

Si hay tierras y aunque son buenas, no se labran. ¿Vas a estar ahí en los pinares?
- Y esto de las llanuras del Camping de los Llanos de Arance ¿también era tuyo? - De ahí para acá, desde una fuente que mana y le llaman la Fuente Salá, un manantial que brota ahí que tiene el agua más salada que la salmuera, esos llanos eran de mi padre pero por no pagar contribución, nos los quitaron.

De la casa esa, para acá, es nuestro también. Pero lo ha vendido una prima hermana mía. Se fueron los pobreticos a Alicante y lo vendieron y de la aprensión de verse en aquella ciudad dando "paluchazos", se ha muerto mi primo. De ver lo que hizo. Hace cuatro meses o cinco que se ha muerto. En la flor de su vida. Pues tendría treinta y cuatro años o por ahí.

Cuando se fueron, su marido iba de albañil. Se hizo aquí albañil, la mitad de la casa esta nos la hizo él. Cuando se casó, se fue a Alicante porque le decían que en aquella tierra había mucho trabajo. Un día, sin saber lo que hacía, se puso y vendió este terreno. Pero cuando luego cayó en la cuenta de lo que había hecho, se puso malo, malo y a los pocos mese, murió.
- ¿Y quién lo vendió?
- El mismo. Y se arrepintió. Porque cuando salió de aquí y vio el trabajo y la miseria que había en Alicante, le dio por pensar en lo que había hecho con su trocico de tierra junto a este río Guadalquivir y como te he dicho: de la aprensión se ha muerto no hace mucho.

AMASANDO EL PAN

- ¿Tú sabías amasar?
- ¡Bendito sea Dios! Unos hornos de pan que amasábamos en mi cortijo para la gente que venía pidiendo, que daba miedo. Pues si ya te he dicho que me he pasado la vida amasando y

vendiendo pan. ¡No he vendido yo pan en esta primera venta de la Golondrina! Te voy a explicar como se hacía el pan. ¿Tú sabes lo que es un horno?

- Lo he visto cientos de veces en casi todos los cortijos abandonados que hay en la sierra.

- Nosotros teníamos nuestras artesas, que todavía tengo una, y eran de madera. Con su tablero tan bonica y ahí era donde se amasaba el pan. Teníamos una levadura, de pan de verdad. Levadura para que se venga la masa. Un puñaillo así que dejábamos de un amasaico a otro. Cuando ya estaba el pan para hacerlo, entonces apartábamos la levadura. La envolvíamos en harina y la dejábamos guardaica en un cestillo o en un plato. Donde estuviera curiosica y tapaica. Ya la tenías preparada para otro amasijo. Cogías luego ese puñaico de levadura, la derretías otra vez en agua y ya tenías el fermento para otra artesa de pan.

Antes, en ver de decir kilos, decíamos celemines. Pues yo siempre amasaba de ocho a nueve celemines. De una fanega salía muchísimo pan y se penaba mucho para envolver la masa. Casi no cogía en la artesa, así que se venía, salía un artesón de masa que daba gloria sólo verla. Se le hacía unos ojos y una grietas que aquello daba gusto tan bonico.

- ¿Cuánto tardaba en venirse?

- La amasaba por las mañanas, a las ocho o por ahí y a las tres horas o cuatro se empezaba a venir. Se subía y entonces ponía mi tablero. Le daba media vuelta a la masa y comenzaba a coger mis pegotes de pan. De grande según quisiera saliera cada pan. Siempre los hacía de cuatro libras, que eran de dos kilos o así. De más de cinco libras no hacía muchos, porque salían muy grandes. Nos interesaba más que salieran pequeñicos. Salían muy rico. ¡Madre mía, cuánto habré amasado yo!

Cuando ya tenía mi masa y de ella mi pegote de cuatro libras, como tenía mi horno, ya lo metía para que se cociera. El pan como se viene dos veces. Se viene la primera vez. Cuando ya has modelado el pan, dejas tus panecicos por lo menos otra hora más. Y entonces se puja otra vez y se pone con sus rajitas, esponjado y como sabes que ya se ha venido por segunda vez, ya lo puedes meter en tu horno.

Pero antes de meterlo para que se cueza, hay que barrer bien el horno. Tiene que estar bien tostaico por abajo, bien limpio. El mío estaba de llano como este suelo. Tenía un "barrior", unos pocos guiñapos que se ataban a un palo. Los mojaba un poquillo y entonces, pon, pon, sacabas las ascuas y lo dejabas igual que esto de llano y limpio como el oro. ¡Ya ves tú! Para que no se manchara el pan, pues lo dejabas que pa

qué. Así que sabías que el horno ya estaba en condiciones, porque echabas una chispilla de harina y de seguía se quedaba tostá, ya se podía meter el pan.

Tenía los panecicos preparados en mi tabla y cuando ya veía que se habían venido por segunda vez, te ponías mano a la obra.
- ¿Y cómo sabías que se había venido?
- Pues porque echaba unos ojos que pa qué. En cuanto se le abrían estos ojos, lo tapaba con una tapadera y lo dejabas un ratico más. Ya se subía de una vez y entonces lo destapaba para que no se me “torrara” de arriba porque tenía mucha fuerza.
- Explícame bien porque yo no lo sé.
- Sí, sí, espera. Claro, sacabas uno con la pala que le metías por debajo porque ya no se pegaba en la tabla. Al echarlo en la tabla cogía una mujer así, la otra te lo echaba ende aquí. Tú ponías las manos y caía en tus manos y entonces lo soltabas en tu tablero. Era el momento de hacer tus rajas. Antes de meterlo en el horno le hacías tu “potoricas”. Las cuatro rajas. Y una miajilla de pinchacillo en el centro. La gracia de Dios. Entonces pues ya, lo cogías tenías tu horno barrio, limpio como el oro y como era redondico, estaba bien caldeaico. Con tu pala lo soltaba, lo tirabas así y lo dejabas. Mojabas otro y así hasta siete, ocho o nueve, según los panes que quisieras cocer.

Si amasabas una fanega ya sabías que sacabas cerca de los catorce panes. Cuando echabas cuatro celemines, salían de los seis a siete panes.

- ¿Para cuantos días había en la familia con cuatro celemines?

- Ya te he dicho que amasaba siempre unos siete celemines. De ocho celemines para arriba, me salían ocho o nueve panes y eso no te lo podías comer.

- Y la torta de la cata ¿qué era?

- De la misma masa del pan se hacía una torta, no muy extendida. Le hacías las rajas así, con la navaja. La cortabas en cuatro o cinco rajitas, según fuera la torta. Luego la atravesabas y, Señor, un pinchazo, que salga buena.

- ¿Y era con azúcar o sin ella?

- Esa era la cata. Para comérnosla en cuanto salía. Por la noche para cenar o para almorzar al otro día.

Las de azúcar, eran finicas y con la manteca. Si querías aceite, pues se hacían también de aceite. Cogías el pegullón de masa, lo metías en un lebrillo, en un plato grande que tuvieras de porcelana o lo que fuera, extendía la masa y se le iba echando el aceite. Ya que veías que tenía suficiente para que no se empringara demasiado, porque si le echabas mucho, no podías sacarla del horno, se quedaba derretida allí. Tenías que echarle lo suficiente sin pasarte ni quedarte corto. La

manteca de los gorrinos, igual.

Salían unas tortas riquísimas. Esponjadas y con repizcos ¿sabes? Por encima le echábamos unos chorreones de azúcar y estaba aquello para chuparse los dedos.

- El pan que amasaba ¿cuántos días duraba?

- Eso nos duraba siete u ocho días. Un pan por día y no nos lo comíamos. No ves que ese pan luce mucho. Para que no se estropeara teníamos unas cestas especiales donde lo guardábamos. Eran unos canastos de mimbre que nos hacían los gitanos. De esos altos. Por la parte de abajo, por el culo, un poco así redondo y de aquí para arriba, eran panzones. Panzoncetes. La boca terminaba de la anchura de un pan. Pero el cuerpo hueco, ya te digo, eran bien ancho.

Uno a uno íbamos metiendo el pan poniéndolo de canto, metiendo los que sobraran por en medio y no se recalcaba ni nada. Se le ponía el tendío que usaba para amasar, un tendío que teníamos de lana, se lo ponías por encima y allí se quedaba bien arropaico.

- Y eso del tendío ¿qué era?

- Un telar o más bien un trozo de tela que de lana se hacía con el telar.

EL TELAR

- Pero de eso no había ninguno por aquí.
- ¡Vaya que no!
- ¿Dónde?
- Mi abuela tenía uno en el cortijo del Zarzalar.
- ¿Y ella tejía?
- ¡Bendito sea Dios! Unos tendíos que sacaba ella de aquel telar que daba gusto verlos. Las cabeceras de lana con listas de colores. ¿Sabes lo que te digo? Las colchonetas estas para dormir un sólo hombre.
- Ya sé, las cabeceras que se ponían por la noche para dormir junto a la lumbre.
- ¡Exacto!

Mira: la solera de abajo, de tela y lo de arriba, de lana porque era más bonico, abrigaba más y por no ensuciar la lana. Entonces no se podía lavar tan fácil. Las que éramos más curiosas, hacíamos también una funda de tela finilla y la parte arriba de la cabecera, la metíamos dentro de la funda. Era para que no se ensuciar la lana. ¡Porque era tan bonica y te daba tanta lástima que se ensuciara! Ya te digo: si se ensuciaba la capa de la lana, como algunas eran tintadas, al lavarlas se le iba el tinte y ya se estropeaban.

- ¿Quién era la que tejía con el telar?

- En mi cortijo del Zarzalar, tejía mi madre y una hermana suya. Las otras mujeres mayores se encargaban de enseñar a todas las que querían aprender. Nosotros toda la vida hemos tenido telar. Pero ni mis hermanas ni yo, aprendimos a tejer.
- ¿Y eso?
- Porque nos decían que eso era de tontos y de pajuatos. Costaba mucho el algodón y estaba todo muy caro. Lo tenían que traer de fuera. Ya comenzaron a traer telas y empezaron a darse cuenta que era más económico comprar las telas que tejer. ¡Madre mía! Aquí me traje yo los últimos palos del telar. ¡Qué lástima! Y por ahí se han perdido algunos y otros los han quemado. Los tiempos modernos están acabando con cosas que valen mucho y que ya no volverán.

- Pero cuando tú pequeña y siendo tu abuela tan artista con aquel telar ¿no aprendiste nada?
- Aprender si aprendí. Me enseñó mi abuela a tejer. Lo que es que yo le temía a aquello. Pero ella me decía: “Hija mía, tienes que aprender porque cuando luego seas grande, necesitarás saber ésta y otras muchas cosas”. Yo le decía: “Abuela ¿y yo cuando voy a ser grande?” “Pronto lo serás”. Me seguía diciendo mi abuela. Recuerdo que cuando tenía siete u ocho anillos me decía: “¿Ves tú como ya vas a ser grandecilla? Luego cuando seas mayor te casarás como tu madre con tu padre. Comprarás niños como tus padres os ha comprado a

vosotras".

"Pero abuela, los niños ¿a quien se les compra?" Le preguntaba yo. "Pues a los recoveros que vienen por aquí. Tu madre los encarga y ellos se los traen" ¡Qué lástima, madre mía! Cuando nacía cualquier niño en algunos de los cortijos del Zarzalar, las abuelas eran las primeras en decir que lo había traído un recovero. Cuando luego fuimos grandecillas, como éramos tunas, ya sabíamos que aquello venía por otro lado. ¡Qué lástima! Es que en esos tiempos, la gente, ya ves tú. Pero digo yo: ¿Qué falta le hace a un chiquillo con siete u ocho años saber que tu madre es la que te ha parido?

- ¿Pero dime por qué te daba miedo el telar?
- Por si acaso me pillaba los dedos. Es que a aquello le tenías que dar con mucha soltura. Tenías que sujetarles los hilos cuando estaba tejiendo y pa eso cuando le ponías de colores. Para hacerle las listas había que meterle hilos de colores. A los trapos de las mesas que eran de lana. Se usaban ovillos de lana blanca que se entremezclaban con los de colores para echarle filos y flequillos. El fleco era lo último. Te lo explico:

Se hacía uno bien ancho, luego cortabas el pico este de afuera y éste, que pegaba al tendío, lo dejabas. Este otro lo cortabas así de cuatro dedos. Lo cortabas por aquí. Le sacabas

los hilos así y ya se quedaban los flecos. Al final, se los atábamos así, cuatro o cinco hilillos juntos y el madroño tan bonico que estaba. ¡Ay lo que te cuento!
- Si son cosas muy importantes.
- Nuestras cosas, de la vida real de aquellos tiempos en los cortijos de estas sierras nuestras, hoy rotos, abandonados y perdidos por los arroyos, barrancos y laderas del monte.

- Seguimos con el telar y ya me cuentas algunas de los tejidos que con aquel artilugio hacíais.
- Ya te he dicho que principalmente eran las cabeceras para dormir los hombres. Nos enseñábamos también a hacer las capas de los colchones. Donde dormíamos nosotros ¿entiendes? Como entonces no había economía para comprar tela, pues la mitad de las abuelas, se dedicaban a eso: a trabajar con su telar y tejer las capas para los colchones. Me refiero a la cara de abajo. La de arriba sí era de tela comprada. La de abajo, pues era tan bonico el colchón. Luego lo rodeaban, cuando quería y lo ponían para arriba, le echaban las sábanas encima y parecía que estaba recién tejido todo aquello.

- ¿Y las mantas?
- También hacían mantas las abuelas. ¡Y les echaban unos flecos! Antes las abuelas nuestras vivían con todo eso. Tejían

muchísimo. ¡Cuántas cabeceras habrán tejido en aquel rincón de mi cortijo!
- ¿Tú te acuerdas de los nombres de algunas de las piezas de aquel artilugio de madera?
- De algunas sí que me acuerdo.
- Pues vamos a empezar.

- Se hace un urdidor y se echan los metros de hilo que quieras. Se hacen unas cruces que se ponen en tres varetas que tiene el urdidor. Luego ya se pasan al peine y del peine se pasan las cruces para allá y ya se mete el algodón por los lizos. Los lizos son movedizos. Cada vez que se pone una tela se quitan y se vuelven a poner de nuevo. Cuando se terminaba una pieza se ataban aquí los lizos. Y este cada vez que se pone se empieza desde cero y así vamos.
- Y lo que hay donde se pone los pies ¿cómo se llama?
- Los pedales.
- ¿Para qué sirven?
- Pues tenemos el uno y el seis para hacer lisos y los otros ya para hacer labores. Y entonces para hacer labor, en este telar, hay que urdirlo de una manera y para hacer el liso, pues todos metidos restos. Uno, dos, tres y cuatro por las cuatro varetas.

- Y según los colores de los hilos que le pongas, la tela sale más o menos vistosa ¿no?

- Ea, claro. Las alforjas se hacían lana con lana y los cuadros se ponían como se quisiera. Con cuatro hebras, con seis para hacerlos más grandes o más pequeños. Como se quiera.
- Y la parte esta del lado ¿Cómo se llama?
- Estos son los aires. Luego tenemos los enjulios, uno y aquel otro, que son dos y que sirven para liar la tela. Allí tiene dos llaves y cuando llegas aquí, sacas las llaves, le das careo, se va liando en este y se deslía de aquel. Por la parte de atrás tenemos el otro enjulio, las varetas de las cruces sin las cuales no se puede tejer. Si no tienes las cruces hechas o las sacas y se te juntan los hilos, ya no tejes. Por esas cruces, como ya van hilvanado, pues pisas y se cruzan los hilos. Para eso están los números.

- ¿Es difícil aprender a tejer?
- A tejer no, lo difícil es la preparación del telar.
- ¡Ay que ver las cosas que hacía y tenías en aquellos tiempos!
- Pues fíjate tú.

UN RECUERDO PARA LA ABUELA

- ¿Te acuerdas ahora de tus abuelas?
- Claro que me acuerdo de ellas. ¡Qué lástima! Eran más buenas que pa qué. Me querían muchísimo. Estaban comiendo y siempre el mejor trozo me lo daban a mí. Es que yo era muy churretera para ellas. Las agarraba, les tiraba del mandil para

que no les picaran las moscas. Cuando amasaban, siempre hacían tortas de manteca, como ya te he dicho. De la primera que sacaban del horno, me daban un cacho. Les decía yo: “Como no me deis dos cachos, yo no quiero. Me tenéis que dar para llevarle uno a madre Josefa y otro y a la hermana Enselma”, la madre de un mucho que viene ahora por aquí.

- María Josefa ¿quién era?

- Mi abuela se llamaba María Josefa. Mi madre Josefa sólo y mi padre Francisco. ¡Qué lástima! Mi suegro se llamaba Manuel y por eso tengo a mi Manolo. A mi Francisco, por mi padre y mi Josefa, por las abuelas. Es que antes teníamos esas costumbres. No como ahora que les ponen a los hijos esos nombres tan raros.

¡Qué abuelas más santas y trabajadoras ha dado esta sierra! Yo lo he dicho y lo he pensado siempre. Y eso, sin que nadie lo supiera. Ahí metidas en cualquier barranco de la sierra, refugiadas entre las cuatro paredes de sus humildes cortijos de piedra, en el silencio de los días de lluvia, de viento o de nieve, junto al fuego de las chimeneas, ellas dale que dale, con su trabajo y su corazón siempre puesto en este trabajo. ¿No crees tú que estarán todas en el cielo?

- Creo que estarán todas en el cielo y seguro en un cortijo también de piedra, junto a las aguas limpias de un arroyo y

rodeadas de montes verdes y cumbres blancas.
- ¿Y allí serán ellas dueñas de aquellos cortijos y aquellas tierras?
- Seguro que sí. Los que tanto os complicaron la vida en los rincones de estas sierras, ya no pintarán nada por aquellos lugares y hasta puede que más de uno os mire con mucha envidia. Ellos serán pequeños, no tendrán autoridad y vosotros seréis grandes, quizá los más grandes de todo aquel reino y os rebosará el gozo por todos los poros.
- Las personas antes éramos así. Buenos, vergonzosos, hacíamos caso de todo lo que nos decían los viejos. No como ahora que somos más frescos que un demonio.

BÁJATE AL RIO Y PON UNA VENTA

- ¿Recuerdas cuando ya te viniste de tu cortijo del Zarzalar a esta casa de la Golondrina junto a las aguas del Guadalquivir?
- El novio es que era del cortijo. Desde pequeños nos tomamos cariño. Siempre estábamos viéndonos. Estaban las casas cerca. Unos así enfrente y por aquí por en medio, iba un barrio de las otras casas pero echaban las esquinas. Las puertas nuestras estaban enfrente. Y como nos estábamos viendo a todas horas, pues yo qué sé, nos tomamos cariño.

Ibamos de baile o algo y salíamos con la familia. Con mis

primas, mis hermanas, porque yo era la mayor y los otros vecinos. En esos bailes pues poco a poco se enamoraba una. Yo qué sé. Como no había otro, pues así fue surgiendo todo aquello del novio. Me casé con la edad de veintitrés años. Ya cuando me casé me vine aquí a hacerme mi casa. Me dijo mi padre: "Mira, bájate al río. Y pones una casilla y un ventorrillo en ella. Todos los arrieros pasan por allí. Es un sitio que dicen van a echar una carretera y eso será bueno". Le decía yo a mi padre: "Pero padre ¿quién va a meter una carretera por la sierra esa para abajo? ¿Quién va a brincar por la sierra esa de Burunchel para acá a estos ríos abajo?" "Que sí que dicen eso. Mira: más sierras que hay en Almería y en Granada y allí hay unos pueblos que están metidos en lo más profundo de las sierras, que aquello yo no sé cómo han podido hacer las carreteras por tan grandes riscalares pero el caso es que están hechas. El río nuestro comparado con aquellas sierras, es la palma de la mano. Tú te vas y haces la casa ahí junto al río que ya verás como hacen carretera".

Con el dinero que recogí en la boda, me vine a estas llanuras del río a principiar la venta. Me busqué un albañil, uno sólo y con aquel dinero de mi boda, le iba pagando los días que trabajaba en la construcción de esta casa mía. Yo nací en el 1919 y con veintitrés años me casé, que fue en el 1942 y ahora ya sabes que tengo setenta y siete años. Así que la

construcción empezó por el año 42. Fueron mis padres los que me dijeron: “Bájate al río”. Esto era el río. El nombre de todos estos “piazos” era el de la Jordana. Pero a mí, desde pequeña mis padres me decían que esto era el río, y así será siempre hasta que me muera. La Venta del Río. Ahora ya la Venta de la Golondrina.

NOMBRE PARA LA VENTA

- ¿Y cómo se te ocurrió ese nombre?

- Me lo pusieron unos de fuera y aquello fue para mí el disgusto más grande de mi vida. Fueron unos marchantes de Torreperogil. ¡Pobretico! Uno de ellos se ha muerto hará sólo ocho días. Se llamaba Nieves y fue marchante. Nos han mandando razón de su muerto y no hemos ido. Siento yo ahora como si ya la Golondrina estuviera revoloteando por entre los ríos y los paisajes del cielo. ¿No crees tú?

- Casi seguro que un poco así ya será pero ahora necesito saber cómo fue el primer vuelo de aquella Golondrina que un día se puso a construir su nido junto a las aguas transparentes del gran Guadalquivir.

- Yo estaba haciendo mi venta. Tenía la casa así, como de la ventana esa para abajo, toda de piedra. Los cimientos nada más, de riscales. Todo esto, estas llanuras que ves aquí ahora mismo alrededor de la casa, estaban parejas de riscales. Los

había traído mi marido con la borriquilla que teníamos. Le ponía un serón de esparto, se iba por esas laderas, lo llenaba de piedras y por aquí las descargaba. También teníamos un carro de aquellos tiempos. Pues de ahí, de todos estos cantonares, empezó a sacar piedras y como estaba cerca, "de seguida" junto aquí piedras para hacer un palacio.

Estando un día en plena faena, vinieron unos marches de Torreperogil a comprar ganado a un cortijo que se llama la Hoya de Miguel Barba. Ahí arriba. Tú ya la conoces. A estos marchantes les gustaba mucho las gachas migas. En cuanto llegaron me dijeron que eso era lo que querían comer pero como estaba tan atareada con la mezcla de mi casa, no me podía parar. Mi marido estaba con el acarreo de las piedras, yo con la mezcla y el albañil, atendido por mí, construyendo los cimientos y levantando la pared. Yo venga llenar el caldero y no dejaba parar al albañil ni para respirar. Era para que se diera "priesa" en la construcción de mi cortijo. Y me decía el albañil: "Para, Manuela que me vas a enterrar de mezcla y piedras antes de que tu casa esté levantada". "Es que no quiero que te falte". Le decía yo.

Llegaron los marchantes y me sintieron. De pronto me dicen: "Haznos unas gachas migas que tú las haces muy buenas y hoy tenemos mucha hambre". Entonces les dije: "En

esta ocasión, lo siento mucho pero mirad la faena que tengo. ¿Cómo me voy a parar a preparar lo que queréis? Mientras os hago las gachas ¿quién le trae las piedras al albañil? Fijaros que gana cuatro pesetas y si no me termina la casa pronto, no se las puedo pagar". Me dicen los hombres: "No te preocupes, leche, no tardarás tanto en hacer unas gachas". Aquella fue, para el caso, la primera comida que yo di en mi venta y fíjate con qué pie comenzaba y con qué apaños. En medio del campo, entre las piedras y al aire libre.

Mi marido, que era muy bueno y en esos momentos, llegaba con su borriquilla cargado de piedras, el verlos y oírme, dice: "Anda, háselas mujer. Porque pierda el albañil una miaja de trabajo no vamos a salir de pobre". Digo: "Bueno, pues sí os voy a preparar esas gachas". Cojo, pongo cuatro piedrecicas ahí, enciendo mi lumbrecilla, que teníamos un buen rimero de leña de los pinos esos, cojo mi plato, saco la talega de la harina, mi cuchara, mi sal y ellos mirando a ver lo que yo hacía. Hago mis gachetas, pongo la salten en las piedras, le echo el aceite y mientras tanto, sin dejar de arrimarle piedras al albañil. Dice el hombre: "Pero dedícate a la cocina que cuando te necesite ya te llamaré". "Tú tranquilo y sigue con tu trabajo que la cocina está controlada". Le decía yo.

A los marchantes que no hacían nada más que mirar

mientras esperaban a que las migas se tostaran para comer, les oía que de vez en cuando se decían uno al otro: “¿Tú te das cuenta como se mueve esta mujer?” Yo no estaba ni con unos ni con el otro. Yo iba a lo mío que era arrimar piedras y mezcla y de paso, darle vueltas a las migas. Cuando ya estuvieron a punto, se las comieron sentados ahí en las piedras. Y yo, seguía con mi tarea. Cuando ya se iban me dijeron: “Manuela ¿cómo se va a llamar tu venta?” Digo: “Pues yo qué sé cómo le vamos a poner. Pues una venta y ya está”. Entonces contestó el albañil y dijo: “Pues le tendrán que poner la Venta del Río. Como está el río aquí cerca”. Contesté y les dije: “Pues yo qué sé cómo le pondremos. Si es la Venta del Río, pues bien quedará”.

Seguí con mi tarea de arrimar piedras y cuando ya iban subiendo por la cuesta en busca del cortijo de Miguel Barba, de nuevo les oí que decían: “¿Tú has visto a la ventera? Nos ha atendido a todos y le ha quedado tiempo. Ha hecho las gachas migas que estaban riquísimas y al albañil le han sobrado las piedras y la mezcla. Esta mujer es más valiente y más trabajadora que una golondrina. ¿Por qué no le ponemos la Venta de la Golondrina?” Y el otro le contestó: “¿Y si se enfada?” “¡Pues que se enfade! Un nombre más bonico y que le cuadre tan bien, a una venta y ventera como esta, no se lo puede colocar nadie. A ver si le van a poner algún nombrajo

feo y eso no se lo merece esta mujer. Ya está decidido. Se llamará Venta de la Golondrina porque es lo más bonico que puede haber".

Llegan al cortijo. Estaban esquilando las ovejas y los estaban esperando para comer. Habían matado un borrego y habían preparado una buena comida. La gente que vivía en ese cortijo eran ricos. "¡Válgame Dios qué día nos habéis dado! A las horas que venís que son ya las cuatro de la tarde. Todavía no hemos comido aquí esperado a que lleguéis y con la comida preparada". Hablaron los marchantes y dijeron: "¡Callad, callad! Nos hemos comío unas gachas migas ahí abajo, en una venta y eso era gloria de lo buenas que estaban". Preguntaron: "¿Dónde está esa venta que no la conocemos?" "La están haciendo ahora y se encuentra ahí mismo, junto al río". "Es que no sabéis: esa es la venta de la Manuela". Entonces contestaron los marchantes y dijeron: "Esa venta, a partir de ahora mismo no tiene más nombre que el que nosotros le hemos puesto: Venta de la Golondrina".

Y aquellas personas del cortijo del Miguel Barba, le contestaron a los marchantes y le dijeron: "Pues quedáis advertidos: esa mujer tiene muy mal genio. Cuando se entere que vosotros le habéis puesto ese nombre a su venta, ya veréis lo que pasará". Contestaron los marchantes y dijeron: "Pues se

enfade o no se enfade, esa mujer ha de ser la golondrina hasta que se muera. Y sus hijos los golondrinos. Y esto lo decimos así, porque mujer más trabajadora y valiente, no la hemos visto en la vida. Mientras nos ha estado haciendo las gachas migas, ha navegado más que una golondrina volando. No se ha parado ni en el cielo ni en la tierra".

Cuando bajaron de ese cortijo, lo primero que hicieron fue venir a mi venta a decirme que ya tenía nombre. Les pregunté y cuando me dijeron que me habían bautizado con el nombre de "La Golondrina", les eché unas miradas que me los quería comer allí mismo. Les dije todo lo bonito y feo que se le puede decir a una persona. Y como ya no podía más, me tiré por el suelo y me moría llorando. Cogí una irritación que ni por la noche dormía.

Pues como lo fueron contando por todos sitios, aquello se cundió y ya no había manera de pararlo. Los pastores, los esquiladores, los marchantes, los serranos, todos empezaron a decirme la golondrina y aquello ya no había ser humano en la tierra que me lo quitara. Yo venga llorar y mi Pedro me decía: "¡Anda y déjalos tranquilos! ¿Por que te hayan puesto ese nombre lloras?" "Si es que ese es un pájaro no me gusta a mí". APero mujer si es el ave más bonica que existe". Yo empeñá en que no pero ya aquello se corrió y desde aquel día hasta

hoy, soy la golondrina de las riberas del río Guadalquivir.

Hoy, ya tantos años después, me da alegría. Todo el mundo me sigue diciendo que es muy bonico ese nombre. Ahora hasta les tengo cariño a estos pajarillos negros porque aquí, en los tejados de mi venta, han hecho sus nidos muchas veces. Ya estoy convencida de que es un pájaro realmente bonico. Así que ¿qué te parece?
- Que la historia no puede ser más sencilla y al mismo tiempo hermosa.
- Después ya levanté mi venta.

HUEVOS PASADOS POR AGUA

- Y a parte de aquellas gachas migas con las que tú obsequiaste a los marchantes que dieron nombre a tu venta y que seguro fue la primera comida que diste en ella ¿cual fue el siguiente buen banquete que diste aquí?
- La de los huevos pasados por agua.
- ¿Qué ocurrió?

- Eran también los marchantes que otro día volvieron por aquí. Una noche estaban todos junto a la lumbre. A uno de ellos le gustaba mucho los huevos. Siempre que venían por aquí, a parte de las gachas migas, lo que más pedían para comer, eran huevos. Era para cenar porque se hacía de noche.

No me decían Manuela, siempre Golondrina. Uno de ellos dice: “¿Golondrina, Por qué no me pasas un par de huevos por agua? Ya sabes que a mí no me gustan de otra manera” Digo: “Pues vaya, eso ahora mismo está hecho”.

¡Mira! Les pongo la mesa, con su pan y lo que pusiera allí. Y cojo mis dos huevos que los acababan de poner las gallinas aquel día. Fui a la fuente y los lavé muy bien. Se los pongo en su plato y le digo: “Aquí tiene usted sus huevos pasados por agua”. Cuando estaban comiéndose ellos sus choricillos tan agusto, van y cascan uno de los huevos, de postre. Cuando cascan el huevo en el plato y cae crudo, aquello fue de asombro. Me llaman y me dicen: “Pero Golondrina ¿qué has hecho?” “Pues leche, lo que me habéis mandado. Yo soy muy obediente. Cuando me mandáis una cosa es que la hago completa. ¿Qué me has dicho?” “Pues que me trajeras unos huevos pasados por agua”. Digo: “¿Pues que he hecho? He ido a la fuente, los he lavado muy bien y os los he traído fresquitos recién pasados por agua”. “Pero Golondrina, que así no se hacen los huevos pasados por agua. ¡Valiente ventera que vamos a tener nosotros junto a este río!”

Pero pasado el tiempo, cuando yo fui siendo más experta en todos los temas de la venta, se la pegaba a ellos. Siempre he sido durilla y valiente. Los arrieros son muy listos, no creas

tú pero yo le sacaba el dinero, sin aprovecharme nunca, porque lo necesitaba para criar mis hijos y para ir agrandando mi casa. Buena y luchadora si he sido siempre con todo el mundo pero tonta, jamás. Por eso algunos me decían que: “No eres la mejor pero como tú no hay otra”.

Mira, venían los arrieros y en mi venta yo no dejaba que se chispara ni uno. Ahí un poco más arriba, una mujer mayor que le decían la “tía remendá”, tenía un puestecillo. La tía María, se llamaba la pobretica y eso era más buena que un trocico de pan. Me decía: “Tú hija mía, cuando veas que se están chispando, le echas agua en el vino. Verás como se van tan contentos y no se chispa ninguno”. Y yo me reía de lo que me decía la abuela, porque me quería muchísimo. Pero aquellos consejos me dieron sus resultados, no creas. De vez en cuando le echaba mi agua al vinillo pero eso sí: siempre fue para ayudarles a ellos y no por ganar dinero yo. Aprovecharme de la gente yo nunca he sido capaz.

¡Ay madre mía de mi alma! Qué gracia tuvo aquella primera comida mía en esta venta. ¡Y lo que me han querido, siempre aquellos marchantes! A partir de ellos, mi venta fue levantando vuelo poco a poco y eso sí: sin perder nunca mi acento, mi gracia y mi identidad serrana.

LAS OTRAS VENTAS

- ¿Qué otras ventas había por aquí entonces?

- Mira que te diga: si es que lo que me pasa que fui la primera ventera. Si es que no había ninguna.

- ¿Y la de La Pascuala?

- La de La Pascuala estaba hecha pero no era venta. Era un cortijillo que había ahí donde vivía la abuela Pascuala y los hijos que tenía. Pero ahí ni venta ni leche, si eso era de teja vana, bien sabes, que no había revoltones ni nada. Con tablas y todo tejado llano y una chimenea para meterse todos en el rincón. Lo que pasa es que tenían mucha anchura y como entonces venían por aquí tantos arrieros, pues se paraban ahí con los burros. Los hijos pusieron un poco de vino y aguardiente y así de esta manera también recogían alguna basura de los burros para las tierras de los hortales. Creo que ellos ni daban comida ni nada.

- ¿Y la del Vaquillo?

- Esa ha sido también una venta pero sin carretera ni nada. Un camino. La hicieron mucho después que yo. Esa venta que hay al lado de la carretera, hay otra más arriba alrededor de la fuenterraca esa que baja, unos llanos que hay allí, mi padre los ha cultivado toda la vida. Pues allí era la Venta de la Rogelia pero era para arriba. La Venta el Vaquillo que le decían también de la tía Rogelia, porque la abuela se llamaba así. Lo

del Vaquillo fue por una vaca que un día se escapó y ocurrió por el rincón una aventura que yo no sé contarte. Aquello tuvo una historia.
- ¿Y quedaba por donde ahora se encuentra Mirasierra?
- Por encima. Al lado de arriba, cerca de la fuente que baja.

- ¿Y la otra venta que se llamaba de Juan Ardid?
- Aquella que hay arriba. Por la Ericas cerca de la orilla del camino. Unos viejos que había allí como yo cuando hice aquí la mía. Eso es que ahora lo han comprado y le han puesto todo el rumbo que han querido pero aquello era una ventilla pues igual que la mía. No tenía ni carretera ni nada. Camino real para ir a Cazorla. Ellos vendían su vino, su aguardientillo, sus copillas de cosillas. Fue también después de la mía. Aquello le decían la Venta de Juan Ardid pero allí no vendía casi de nada. El hombre aquel que se quedó allí, el tío Juan Ardid, pues eso: vendía una copilla de aguardiente y otra de vino.

Pero yo, es que he sido la primera ventera de verdad tanto en antigüedad como en vender cosas.
- ¿Seguro que nadie podrá decirnos luego, que tú no has sido la primera ventera en este valle del Guadalquivir?
- ¡Seguro que nadie! Yo he sido la primera. Por antigüedad, por negocio de venta, por arrieros, por recoveros, por estraperlistas, civiles... todo el mundo serrano ha pasado por mi

venta. Aquí todos eran hermanos y todos se han sentido como en su casa. Desde que me casé, luchando siempre como un buen serrano lucha por su sierra para que ésta le dé las cuatro pesetas que se necesita para ir tirando en la vida.
Su hijo Manolo, que está sentando junto a nosotros, interviene en la conversación y afirma:
- Lo que te dice mi madre es verdad: La primera venta de todas por este valle, fue la de La Golondrina. Convéncete de esa realidad.
- ¿Y la venta de Hilario?
- Esa ya no existe. Estuvo donde ahora se encuentra el hotel Mirasierra pero Hilario ya murió. Lo de Hilario se perdió para siempre, con lo bonito y la solera serrana que tenía y le pusieron, lo que le digan ahora.

- Total que la primera, fue la Golondrina
- ¡Así es! La segunda, podríamos decir, La Pascuala ¿Y la tercera?
- La de Hilario y luego la de Juan Ardí y la del Vaquillo.
- ¿Y ya no había más ventas en todo este río?
- De aquí para La Aldea ya no había más. La Venta de Luis, eso no tenía venta ni nada, Aurelio.
- ¿Dónde estaba la de Aurelio?
- La que hay por debajo de La Pascuala. Hay tenían una arrobilla de vino y cuando se les terminaban, ya no tenían de

nada. Para que te queden claro, las tres fundamentales eran: la de la Cruz, que era la de Hilario, esta de la Golondrina y la de La Pascuala. Los que más chiste hemos tenido de siempre éramos los de la carretera pero eso no quiere decir que los otros no tuvieran su importancia. La tenían y eran buenas personas todos ellos y llenos de dignidad, amor y lucha por sus cosas, su tierra y su gente. Con todos me llevo bien y a todos los quiero y los respeto.

CAMINO Y CARRETERA

- Y lo de la carretera ¿cómo fue?

- Un día estaba yo por aquí detrás y vi a unos hombres que venían midiendo tierras con unas cuerdas. Claro, yo había levantado mi casa con la puerta mirando al camino real que pasaba justo por donde ahora va la carretera. Pero entonces no había carretera sino camino. De las piedras de todos estos ríos, a un lado y otro del camino, había muchas paratas. Sin embargo, yo vi que aquellos hombres de las cuerdas coloradas, se saltaban las paratas y se fueron por ahí detrás. Primero se pusieron ahí y luego se quitaron. Se tiraron por detrás, entre mi venta y el río y arrearon por medio del llano al salir a la casa del guarda donde engancharon otra vez con el camino. Yo me dije: “¿Qué vendrá haciendo la gente esta?” Entonces yo, como nunca he sido tonta, fui y me acerqué.

Los saludé y les dije: “Miren, por favor, quiero enterarme a ver que van haciendo ustedes con los ramales estos por aquí midiendo. ¿No será esto la carretera?” Dicen: “Pues eso es. Usted lo ha acertado. Estamos delineando la nueva carretera”. Entonces los miré muy seria y les pregunté: “¿Y ustedes qué piensa hacer conmigo?” “¡Mujer, pues darte vida!” “¿Me van a dar vida echando la carretera por detrás de mi casa y dejando la puerta frente al monte y sin camino? Lo que me van a dar es un disgusto gordo y después la muerte”. “Pero muchacha ¿qué formas son estas?” “Las formas son las de ustedes. ¿No ven que todas las ventanas, la puerta y la fachada de mi casucha, levantada con sudor e ilusión, miran al camino?”

Entonces no teníamos casi nada. Sólo una habitación y arriba una especie de camarote lleno de copos para los burros. Ni siquiera tenías revoltones, que ya sabes que así es como siempre en la sierra le hemos llamado a los colchones. Sí hacía poco que había principiado. “Pero entonces muchacha ¿qué quieres que hagamos?” Me dijeron aquellos hombres de las cuerdas coloradas. “¿No comprenden que siendo el terreno mío y yendo el camino por arriba, lo que están haciendo sale mal?” Me miraron muy serios y me dijeron: “¿Por qué sale mal?” “Primero porque si hacen la carretera por donde están midiendo, da una curva grande y por el camino de ahora, iría recta y segundo porque me van a extraviar para toda la vida”. Y

al terminar de pronunciar estas palabras, me eché a llorar. Al verme con aquella aflicción se acercaron y dijeron: “Muchacha, no llores. Paramos las obras ahora mismo y hablamos haber si lo podemos arreglar. ¿Cuál es tu idea?” “Pues mi idea es que si ustedes hacen caso a lo que les estoy diciendo, me harán un gran beneficio y por el cambio, ustedes no van a tener ningún prejuicio. Más bien van a llevar ganancias. Venga conmigo y vean lo que tengo”.

Ya te digo: era una casucha de adobes, un cuartucho y para protegernos del rocío en el techo había puesto unas mantas porque todavía no tenía ni tejas. “Ya ven usted, todo lo tenemos en jerga, levantándolo poco a poco con mil esfuerzos y sudores. Si ahora trazan la carretera por allí, mis años de lucha levantando estas cuatro paredes ¿para qué me han servido? Y yo no tengo dinero para comenzar otra vez de nuevo y levantar la venta por donde ustedes están trazando la carretera. ¿Qué piensan ustedes?” “¿Que qué pensamos? Ahora mismo lo vas a ver”.

De momento, el muchacho mayor le dijo al más joven: “Tira de los ramales esos y vente aquí y a ver lo que quiere la mujer”. Se vinieron para arriba y junto a ellos me puse yo diciéndoles: “Póngase usted ahí y que el otro muchacho se vaya allá arriba. Tiren la cuerda por aquí, que la tierra es mía y

sin miedo tracen la carretera por el mismo sitio del camino". Se me quedó mirando y me dijo: "Le vamos a hacer este favor porque, además, nos demuestra que hemos sido más torpes que usted". Claro, no me quisieron decir que llevaban mala idea. Pasaron por ahí, clavaron los estacones esos que llevaba y se vino para acá uno y me dice: "¿Qué está usted contenta ahora?" Le digo: "Sí señor, que estoy contenta porque han hecho ustedes una buena obra de caridad". Me contestó y me dijo: "¡Es usted muy lista". Digo: "Bueno, vamos a echar un trinque de vino y vamos a callar que ya está todo apañado".

Aquellos cuatro muchachos de las cintas, pasaron a mi venta, saqué un litro de vino, en el planto les piqué un par de choricillos que tenía colgados, se comieron sus aperitivos, se bebieron su vino, se fueron tan contentos y me dejaron mi carretera por ahí. Cuando se despedían les dije: "Aquí tienen ustedes una venta para lo que se le ofrezca el día que tengan necesidad" ¿Qué te parece?

- Pues que fue un acierto estupendo.
- La salvación de mi venta.

TODOS A LA GOLONDRINA

He penado muchísimo pero la gente siempre me ha favorecido. He sido buena para todo el mundo y eso parece que el Señor me lo ha ido premiando. En la venta esa de arriba

que es de mi cuñado, no se paraba ni un arriero y, sin embargo, aquí sí venían todos. No cabían los burros aquí y dormían apretados todos pero no se paraban en las otras ventas. Todos venía a parar a la Venta de la Golondrina.

- ¿Y eso por qué?

- Yo era muy plamplinera, muy churretera, para todo el que ha pasado por aquí. Recuerdo yo que aquellos arrieros venían chorreando y en cuanto se paraban aquí lo primero que hacía era echar una gran lumbre. "Vengan se quiten las chaquetas. Si no hay nadie. Anda y ponerlas aquí en la silla. Ya veréis como dentro de una hora las tenéis enjuta y por la mañana no "sos" las tenéis que poner chorreando. Si ahora no se va a calentar nadie. Y el que venga, como no está mojado, le digo yo que les estoy enjugado las blusas y ya está". Todo eso.

- Claro y el sentirse tratados con tantos detalles a la gente les gustaba.

- Así he sido yo siempre. Desde el primer momento mi venta tuvo éxito. Y fíjate, nada más empezar a poner adobes, ya tenía marchantes, arrieros, recoveros, estraperlistas y todo el que pasaba por aquí. Se dejaban las otras ventas y aquí se venían. Yo no les cobraba nada por acostarse ni los demonios. Ellos le echaban su pienso a los burros, me dejaban la basura, estiércol para criar ahí cuatro pimiento y un bancal de tomates. Recogía una cuadra de basura y allí mi cuñado no tenía a

nadie. Se bajaban todos aquí aunque se helaran de frío. Se fumaban sus cigarros, contaban de su vida y nadie se metía con ellos.

- ¿A los estraperlistas también les dabas posada?
- ¡Los pobretico! Yo les salvaba la vida a todos. Venían al estraperlo. El trigo, el aceite y el tabaco verde se lo llevaban de aquí. En tiempo de contrabando aquel se lo llevaban todo de aquí y luego lo vendían en otros sitios. Pero ellos también traían cosas de por ahí. Pero yo, como no me metía con ellos sino que les ayudaba, siempre venía a refugiarse a mi venta.

Como los pobreticos siempre tenían que estar con cuatro ojos para que no los cogieran los civiles, en mi casa se encontraban seguros. Los civiles llegaban por la mañana temprano y muchas veces dormían aquí. Siempre los hinchaba de comer y no les cobraba nada. Muchas veces dormían aquí y me lo decían, que la mía era la venta que más les gustaba. Y se estaban a la expectativa.

Los arrieros llegaban a las once o a las doce caían los pobreticos de la campiña. Yo siempre también los acogía. Cuando llegaban, como era en el mes de agosto, les echaba las cabeceras ahí. Aquí mismo en la puerta, en el cantón este. Entonces esto estaba así liso. Como hacía calor les gustaba a

ellos de dormir en el campo. Los burros los ataban en unos pinos que teníamos ahí abajo. Y yo se lo decía: "Cualquier día los civiles os pillan aquí". "¡Qué va! Aquí no vienen los civiles tanto". Me decían siempre ellos. "¡Ya veréis como os pillan algún día!"

Pues recuerdo que una mañana, estaba yo por la puerta de mi casa y siento el tilín de los cascabelillos que los burros llevaban puestos en el cuello. Eso, aunque es chico, suena mucho. Siento el cascabel del burro. ¡Mira! Y los civiles durmiendo ahí tumbados en la sombra de la noguera que pillaba todo eso. Salgo nerviosa y les digo: "¡Ay! Miren ustedes por favol, etesen quietos aquí y no se levanten que me se ha soltao la gorrina grande y la tengo en las huelgas esas de arriba y me está "erribando" to el panizo". Dicen: "Tú vete tranquila, que aquí no pasa nada. Nosotros estamos acostado y todo lo tenemos controlado".

Arranco a correr carretera arriba y de seguida veo el burro de los cascabeles. Conforme iba corriendo me pongo así, con la mano en la frente que era la señal que ya había convenido para avisarles de la presencia de los civiles, y con la otra les decía que se pararan. "Que están aquí acostados". El hombre, de seguida paró el burro, cogió el cascabel, lo tapó con hierbajos, dieron media vuelta y cruzando por ahí, por Coto

Ríos, se fueron por esos montes con dirección a Santiago de la Espada.

DIA SEGUNDO

SUBIENDO AL CORTIJO DEL ZARZALAR

A las doce y media del día seis de agosto de 1996, me he puesto en marcha por la senda que creo sube al molino del Zarzalar, en el arroyo bautizado por los serranos también como del Zarzalar y cuyo nombre en planos y libros, viene siempre escrito como arroyo del Membrillo. Justo antes de llegar a las primeras tiendas del camping de la Chopera del Coto Ríos, en la casa de la izquierda donde viven unos gitanos, he preguntado y me han dicho que aquí mismo sale la senda. La he buscado y es cierto: junto a la alambrada, por el lado de arriba, he cogido la senda.

Estoy subiendo por ella en busca de lo que fue el cortijo donde vivió Manuela, la dueña del Hotel la Golondrina. Cortijo y Molino del Zarzalar en el arroyo del mismo nombre. Nada más comenzar a subir por la senda, un gran bosque de pinos carrascos y muchos romeros. La senda se nota bien. No es que se encuentre muy marcada pero si se ve claramente por donde sube. Cantan las chicharras y eso me dice que hoy es un día de mucho calor. Enseguida corono un montículo, como una vaguada, se agarra otra cuesta grande y corona otro

pequeño puntal. Mucho lentisco, esparragueras y majoletos. Una calera me encuentro aquí y unos metros más arriba, llego a una reguera.

De pronto la senda se ve más marcada porque al juntarse a la reguera se funde al surco convirtiéndolo en camino. De nuevo remonta otro puntalete y ya empiezo a ver arriba unos buenos picos rocosos que sobresalen por entre el espeso bosque de la gran ladera. Adivino que por ahí debe encontrarse el cortijo. Porque declaro que desconozco por completo el trozo de sierra que ahora mismo estoy pisando. Por aquí ya la senda, se ve mucho más usada, con abundancia de pisadas y algunas otras señales de las que ellos siempre van dejando: bolsa de plástico, papeles de caramelos y colillas de cigarros.

Como el rincón se encuentra cerca del camping, con relativa frecuencia más de uno se perderá por aquí en busca del agua de los arroyos que es, para ellos, el aliciente principal. Al remontar el collado y caer hacia la cuenca del arroyo que busco, la senda ahora empieza a bajar. Es esto una pequeña solana con la cara hacia el arroyo y al hotel de la Hortizuela que se encuentra al otro lado y tras unos montes de pinos. Se espesa, por aquí, el bosque: lentiscos, jaguarzos, romeros, cornicabras y pinos carrascas de poca entidad. Por lo que voy viendo creo que esta senda fue de verdad, es decir: que se usó

mucho en otros tiempos. Se encuentra bien tallada sobre la ladera y según avanzo, se va tornando llana e incluso, baja buscando el arroyo. Es un delicioso y pequeño paseo. Y se ven por aquí pequeños trozos de muros de piedras que va sujetando el camino. Hay tierra movida como de haberla arreglado no hace mucho.

Por el barranco del arroyo empiezo a oír gente. Porque a este rincón se entra también arroyo arriba. Justo donde la carretera cruza el cauce, desde el mismo puente sale un camino que sube por el arroyo. Es el que más cogen los turistas. No hace mucho acabo de ver ahí un montón de coches aparcados. Son algunos de los que ahora oigo por el barranco. Yo voy bastante remontado sobre la ladera y creo que saldré casi a lo más alto del arroyo. Al mismo manantial según me han dicho los gitanos.

Ya noto yo por qué la senda que recorro está algo arreglada. Al pasar por aquí he sentido ruidos de agua y al mirar veo un trozo de tubo de plástico. Se ve que de este arroyo que busco, cogen el agua para algún establecimiento turístico. Según estas señales, no es senda lo que recorro sino el surco por, donde enterrado, baja el tuvo del agua. De pronto el sendero que recorro, cambia de dirección y en lugar de bajar, se viene más hacía el puntal de la derecha. Lo remonta y

ahora baja. Al fondo ya veo el gran circo que los cauces han tajado en la ladera. Oigo el agua correr por el barranco que me queda a la izquierda. Al frente en todo lo alto veo un puntiagudo y elevado pico blanco. Enseguida pienso que puede ser el Blanquillo porque según mis cálculos sí es seguro que debe encontrarse por entre las cumbres que me superan.

Por la parte de abajo del pico, se observan profundo cortes rocosos. Por ahí descienden los arroyos y aunque no las veo, imagino las tremendas cascadas que descuelgan por entres esas rocas. Se cruzan en la senda varios troncos de pinos caído y algunos peñascos. Ya me encuentro próximo al arroyo y por eso la ladera se va cerrando y la senda penetrando por ella en busca del cauce. El bosque se espesa y al mismo tiempo se estira. Varios metros sobresalen por encima de mí. Mucho aladierno, grandes lentiscos, madroñeras de cinco y seis metros y la senda tallada en la ladera, rompiendo rocas y atravesando el bosque. Es esto vertiente del arroyo que busco y, además, una pronunciada pendiente.

Y ahora me sorprendo: lo que hasta este momento creía era la senda que venía buscando el arroyo, no lo es. Al llegar a una gran roca, se mete por debajo de ella horadándola y es el tubo que hace un rato descubrí. Como no puedo seguir, miro y rodeo la roca por el lado de arriba. Ya estoy en el arroyo y lo

primero que veo es una obra de cemento. Una alqueta grande de donde sale el tubo y a donde entra el chorro de agua que viene del arroyo. A este punto exacto le llaman ellos el nacimiento. Pero por lo que me ha dicho Faustino que vive en Coto Ríos y antes vivió en el cortijo del Zarzalar, esto se llama la Fuente del Ermitaño y las tierras que quedan al fondo, las Huelgas del Ermitaño. Descubro unas cuantas cosas que hasta este momento las tenía confusas:

A este barranco confluyen dos arroyo y no uno sólo como al principio creía. El principal no es el que acabo de pisar. Queda más adelante y más tajado por la pendiente de enfrente. Desde este cauce que cruzo ahora, sigue la senda, lo que creo es senda, mucho más tajada ahora sobre la pendiente rocosa. La sigo y me voy buscando el surco del segundo arroyo que parece mucho más grande. Pero no. A unos cien metros del agua que baja por el cauce grande, me quedo frenado. Me impide avanzar la misma pendiente rocosa que forma el cañón del arroyo. Y ahora es cuando veo con claridad que no es senda.

Lo que desde este cauce sale y recorre esta ladera en forme de senda por donde he venido, es un gran tubo, roto y viejo ya y de uralita, que en otros tiempos arrancaba desde este cauce grande. Me tengo que volver porque es imposible el

paso por aquí. Miro y como no quiero bajar porque mi deseo es descubrir las ruinas del viejo cortijo, me preparo y empiezo a subir por la ladera de la derecha. Voy subiendo, monte a través sin saber ni siquiera a dónde saldré por aquí. Sólo veo ahora que es una ladera muy escarpada, casi toda pura roca, poblada de grandes cornicabras y con enormes tajos por donde es seguro no podré pasar.

ESCALANDO LOS TORCOS

Me he parado y miro el plano. Veo que sí: de los varios cauces por donde este momento me desenvuelto, el trozo más largo de arroyo, viene justo del pico Blanquillo. Hacia ese punto voy a intentar subir pero creo que me estoy metiendo en una ladera muy complicada. Se queda encerrada entre dos cauces formando como un recio castellón tajado a ambos lados y pura roca según se eleva hacia la cumbre. Un pico blanco y de pura roca es lo que veo en todo lo alto. No sé si podré abrirme paso por esta difícil y complicadísima ladera.

Avanzo y me tengo que agarrar al monte para salvar el desnivel y las rocas que me voy tropezando. He vuelto a cruzar el cauce seco del tercer arroyo que por esta ladera desciende. Por la derecha, entre este cauce seco y el primer arroyo que he pisado, sube casi escalando en la escarpada roca. Es pura cascada lo que voy remontando y puedo subirla gracia a que

ahora mismo no tiene agua. Miro y el manantial donde en la alqueta de cemento meten el agua en el tubo negro, lo veo bajo mis pies. Por completo en lo hondo y esto me indica que me he remontado mucho.

Un poco más y ya estoy en lo más alto de este tranco. Justo donde comienza su caída la gran cascada que por aquí cae aunque esté sin agua en este momento. Me apoyo sobre el tronco de un gran pino que clavado en la misma pared rocosa se mece en el vacío de la cascada. Me quedan, creo yo, unos metros para volcar a lo alto. Voy a seguir.

Ya he remontado, creo, el tramo más complicado de esta cascada y no ha sido fácil. Me he tenido que meter por la mismas pared rocosa de la cascada. Justo por donde el agua chorrea. Al remontar, descubro dos o tres grandes pozas aunque están secas. Si ahora mismo este arroyo tuviera agua, no hubiera podido subir por este punto. Entre las grandes rocas de las pozas sin agua, a la sombra del bosque, me he parado porque incluso me siento mareado. Hace mucha calor, el esfuerzo es grande, me palpita con fuerza el corazón y todo el cuerpo lo tengo empapado de sudor. Me he mareado. Es complicado, muy complicado, la subida por esta ladera que recorro.

En cuanto he terminado de remontar las pozas, me he tropezado como una senda. No es tal senda, sino caminillos de los animales silvestres que cruzan el monte de un lado para otro. La sigo y me vengo hacia la derecha. Como ya estoy muy remontado, quiero asomarme al cañón del arroyo que he dejado a la izquierda. Me he metido en el centro del cerro que se alza entre los dos arroyos. Aquí al comienzo, la ladera está poblada de cornicabra, tierra y muchas piedras sueltas.

Subo un fuerte escalón y ante mí aparece el asombro: un amplio lapiaz. Es una pronunciada pendiente de roca calizas, por completo todas astillas y llenas de pequeños surcos.
- Aquello es como si en otros tiempos las rocas hubieran estado blandas y con los dedos uno las hubiera arañado.
Me decía el otro día Faustino, un compañero y vecino de Manuela en el antiguo cortijo del Zarzalar.
- ¿Y cómo se llama tan extraño paisaje?
Le preguntaba yo.
- Los Torcos, le hemos llamado nosotros desde siempre. Más arriba está el Majal y al remontar del todo, te encuentra un collado. Ahí mismo hubo varias casas y eso se llama el Collado de la Cueva.

Me encuentro casi en el centro de estos torcos y los miro despacio porque son preciosas las rocas que por aquí se

derraman. Sigo y me llega el olor de carne podrida. Enseguida descubro de donde viene. Entre estas rocas, como una cueva y en su fondo, un animal salvaje. Se ha debido caer y ahí en el fondo se ha podrido. Remonto unos metros y me asomo al gran cañón del arroyo que me quedaba a la derecha. Sé que este es el arroyo principal, el Zarzalar. Y tal como lo intuía: es profundo, quebrado y tajado entre dos grandes paredes rocosas. Me asomo y veo el arroyo en el fondo pero bien en el fondo. Me encuentro muy remontado. Por la otra parte del arroyo, la ladera gemela a la mía, veo una senda e incluso más arriba, una pista. Intuyo que por ahí subirían a los cortijos que también intuyo deben encontrarse en el barranco que también se adivina hacia el lado de la gran cumbre. Observo despacio porque estoy empezando a buscar una salida para luego regresar. Me parece que, regresar siguiendo el arroyo grande, va a tener su complicación. Tampoco estoy muy seguro que me sea fácil bajar de este cerro y enganchar con aquellos caminos que veo por aquella parte. Y veo a gente andando por los caminos de la ladera gemela.

Voy a procurar descender de este cerro, meterme en el surco del arroyo e irme a los caminos de la ladera de enfrente y seguir por algunos de aquellos caminos. Sigo remontando la cumbre ahora ya buscando una bajada y me tropiezo con una dolina. Hoyo sobre la cumbre lleno de tierra donde crece el

monte y cuatro o cinco grandes pinos. De vez en cuando descubro rastros de senda. La misma que encontré algo más abajo que por aquí sigue remontando. Se nota muy usada.

Y ya estoy en el centro de lo que sería el Majal. Un trozo de tierra casi redondo y fértil, entre las rocas de la ladera. Crecen aquí algunos enebros, cornicabras y mucho pasto. Esta primavera pasada, esta tierra debió ser toda una pradera tupida de hierba. Lo que ahora veo es pasto amarillo y la tierra llena de grietas de lo seca que está. ¡ Y amigo! He dado con el cortijo. ¡Precioso!

Me he venido hacia el borde de la pared rocosa de la izquierda, buscando la hoya de donde cae el arroyo grande y al asomarme, un gran circo, casi valle se abre ante mis ojos, el arroyo que corre por el centro y junto al arroyo, las ruinas del cortijo. A un lado y otro, las laderas despobladas de vegetación, las olivas en primer plano, la tierra roja y blanca que brilla y los bancales que bajan hacia el cortijo, lo rodean y se derraman junto a las aguas del arroyo. Toda la ladera se ve cubierta de nogales, almendros, higueras, parrales, granados, membrillos, ciruelos, algunas encinas y luego fresnos.

Estas son las tierras que Manuela, sus hermanas, sus padres y las otras familias, cultivaban cuando vivían en su

cortijo del Zarzalar. Y qué maravilla. Qué espectáculo de naturaleza formando una inmensa hoya en mitad de esta ladera, donde se reúnen los arroyos, se remansan y con sus aguas pueblan de vida a las tierras que le rodean. Desde este mirador mío, el mejor de todos y sin haberlo pretendido, me recreo en el fascinante panorama recogido en esta hoya. Rozando las ruinas del cortijo, pasa una senda y por ella, veo a un grupo de gente que baja. Se meten por el cañón del arroyo grande y esto me indica que sí podré pasar por ahí cuando dentro de un rato comience a regresar.

Me muevo un poco más intentando subir los últimos metros de este castellón que vengo recorriendo y un pino verde en todo lo alto del filo rocoso. Es como de ensueño. ¡Mira que dónde ha venido a nacer y crecer este pino! En el mismo borde de las rocas y como hacia el barranco de los cortijos lo que existe es un gran corte, el punto donde crece este pino, es el mejor mirador y el pino, proyecta la mejor sombra para que al mirador no le falte de nada. No podré bajar esta tremenda pared sino remonto hasta el final Me paro, respiro y ahora ya sí muy satisfecho, fotografío las ruinas del viejo cortijo, porque un sitio mejor que este no lo encontraré aunque lo busque mucho y respiro más hondo. Le he entrado a este rincón por el sitio más hermoso.

Ahora voy a terminar de coronar el cerro que recorro y luego, desde el collado, me iré hacia el barranco de los cortijos. Voy a recorrer todas las ruinas del cortijo y después me iré por donde he visto que bajan los turistas. Son las dos de la tarde cuando de nuevo arranco desde el pino con miras a terminar de remontar.

DESDE EL COLLADO DE LA CUEVA

He coronado el picacho que me quedaba y lo que intuía es verdad: aquí se encuentra el collado y justo sobre la tierra del centro del collado, las ruinas de un cortijo. Más pegado a mí, en las mismas rocas que desde este picacho se prolonga hacia el collado, las paredes de un cortijo. Aquí mismo, entre la montaña de piedras crece un gran almendro. Desde el cortijo del centro del collado, ya veo una senda que baja hacia el centro del barranco. Me va a ser muy fácil bajar al corazón de lo que vengo buscando. ¡Qué bonito es esto! ¡Qué hermoso el rincón donde ellos vivieron!

Sigo la senda que se viene por el lado opuesto al espigón de rocas que he venido coronando. Y entre el espigón la ladera, solana que ya voy recorriendo, queda una franja de tierra, llena de repisas, bancales, que en forma de grandes escalones van descendiendo hacia el gran arroyo. Estas fueron sus tierras de cultivo y arrancaban desde el mismo collado. A la

mitad entre el collado y el arroyo, las tierras ahora mismo están cubiertas de junqueras. Señal inequívoca de que por aquí brotaban los manantiales. Agua que ellos aprovechaban para sus huertas y sus olivos que arrancan desde mis pies y también bajan hacia el arroyo cubriendo toda la ladera. ¡Qué bonito es esto!

Ya he volcado hacia la parte alta del barranco. Lo primero que descubre es que el gran arroyo por aquí queda dividido. De las laderas de la cumbre grande, hacia el comienzo de este gran barranco, caen al menos cuatro cauces. El principal que todavía lo sigue siendo y que queda en el centro y otros menores que le entran por los lados. También descubro que por aquí crecen muchos álamos. El primer arroyo con el que me voy a tropezar, baja repleto de agua. Ya estoy viendo la corriente saltando por una pequeña cascada justo por donde la senda que llevo, lo cruza. Por aquí la tierra es aún mejor y por eso está toda perfectamente tallada en grandes bancales. ¡Qué buenas huertas tendrían ellos en este rincón! Con tanta agua, tan buena tierra y tan amplio todo este barranco, qué paraíso tenía aquí.

Por entre los álamos que, salpicados, crecen por aquí, veo dos burros. Estos son de ahora y no los de aquellos tiempos. Pienso que algún serrano, todavía anda acurrucado por estas

tierras. Hace un rato, cuando bajaba por la senda desde el collado, también he sentido perros ladrar y no me inclino a que sean de los turistas. Me asomo hacia el arroyo grande y veo la tela azul de lo que parece una tienda de campaña. Sé que a los turistas no le dejan acampar, ahora, fuera de las zonas habilitadas para ello. Entonces, el o los que haya por aquí, seguro son serranos que aún no han podido irse de sus tierras.

Por aquel lado del arroyo sube dos jóvenes pero estos sí son turistas. Se les note desde la distancia. Busco interesado y no veo ningún cortijo por esta parte alta del barranco. Porque eso es lo que he pensado: que a lo mejor se esconde por este lado de arriba algún cortijo pequeñito donde todavía puede quedar refugiada alguna familia de aquellos tiempos. No veo ningún edificio. Junto al arroyo grande, abajo del todo, se ven trozo de tierra sembradas.

Sigo la senda y al llegar al primer arroyo de esta parte alta del barranco, compruebo que baja repleto. Un gran caño de agua limpia y fresca que debe brotar por aquí mismo. Caen por unas piedras y aquí mismo la recoge la reguera que, atravesando la ladera, cae en picado hacia el arroyo grande buscando los pedazos de tierra que hay sembrados al final. Hay muchos bancales por aquí, de tierras sin labrar excepto los dos o tres del final.

VACACIONES JUNTO AL ARROYO

Veo, junto al arroyo, bajo unas matas y pegado a los huertos, a unas personas sentadas. No son turistas pero sí creo que ellos cuidan la siembra de los huertos y a ellos pertenece también la especia de tienda que he visto entre los pinos. Voy a buscarlos. Sigo la reguera, paso cerca de los burros y ahora ladra con fuerza, el perro que desde arriba vengo sintiendo. Me acerco a él y cruzo el arroyo justo pegado al árbol donde está amarrado. Me quiere comer y casi me muerde si me descuido. Me he confiado mucho y por donde he cruzado el arroyo el animal llega bien porque la cadena que le amarra es larga.

Ya he pasado y otros dos perros, de raza pequeña, me salen al paso. No le hago caso y me voy derecho a las personas que ya me miran algo expectantes. Me acerco. Los saludo y me paro porque en el fondo me alegro de haberlos visto. Ellos me van a contar lo que deseo saber y ahora desconozco de este rincón. Se lo digo y entonces me aclaran que aunque son serranos, ya no viven aquí. El hombre me dice:

- Trabajo en Barcelona y desde que me fui de estas sierras, en verano cada año vuelvo y si puedo me vengo a este arroyo a pasar mis vacaciones.

Ya lo tengo claro: son serranos, sin sierra ahora pero como

vivieron y nacieron aquí, vuelven a sus raíces porque aquí están y estarán ellos para siempre. Los emigrados que aunque se fueron, no se han ido ni se irán nunca. Le pregunto y me explica:

- En este mismo arroyo había dos molinos: el Zarzalar, que está aquí mismo y el de los Membrillos que estuvo por donde pasa ahora la carretera.

- ¿Y los nombres de estos paisajes que nos rodean?

- Si miramos al frente, con la gran cumbre allá al fondo, lo que tenemos en el centro de estos tres arroyo, se llama La Copa del Castellón, todo el cerro ese. El royo que bajo por la derecha nace a unos dos kilómetros de aquí. El cauce de la izquierda de la Copa, se llama royo del Toril y nace en un punto que le llaman royo del Acero. Por ahí mana una fuente que se llama Fuente de Poyo Sequillo. Por cierto, el otro año subimos desde Coto Ríos, con Pío el de las Vacas, y la arreglamos para que bebieran los animales. Esa zona se llama “Las Praeras”. El monte este que tenemos aquí delante se llama el Toril y el pico que hay en todo lo alto “Los Esesperaos”.

- ¿Y este primer arroyo que yo he cruzado?

- Eso es una fuente que es propiamente la Fuente del Zarzalar. Nace ahí mismo, entre los pinos que se ven algo más arriba. Toda esa zona se llama la Lancha de Roblaillo. Arriba había unos terrenos muy buenos que los sembraban los vecinos de estos cortijos.

Lo que hay de la Fuente del Zarzalar para nosotros, son las Huelgas del Zarzalar, los terrenos que tenían los vecinos para sembrar.

- ¿Recuerdas tú algunos de los que vivieron en estos cortijos?
- En aquella casa del Collado vivió Juana. Al otro lado del collado de la Cueva, hay una piedra que se llama la Piedra de los Cuchillos que es redonda y abajo hay una cueva que es donde duermen las cabras. Pero arriba, hay un poyato y se meten los animales, desde la parta alta y ya no puede salir. Ahí siempre se empoyatan las cabras. Este invierno se empoyataron dos allí, fuimos a sacarlas y como las cabras son bordes, cogieron y se tiraron. No se mataron ni nada.

En uno de los cortijos de aquí abajo, vivía Pedro María, José Antón, el padre de la Golondrina que se llamaba Francisco, la madre que era Josefa y las hijas, que fueron cuatro y se llamaban Ramona, Manuela, Pepa Y Teresa. La tierra esta estaba dividida en cuatro o cinco partes. Los cortijos estos pueden tener hasta quinientos años y de ahí que muchas de estas propiedades fueran herencias que iban pasando de una generación a otra.

Es lo mismo que el cerro este, que por eso le llaman el Castellón: arriba del todo y volcando ya, había un cortijo que

llamaban el Castellón.
- ¿Y más arriba todavía estaba el cortijo de Aguas Blanquillas?
- La Blanquilla y los Cerezos pero los Cerezos se encuentran subiendo por el royo este para arriba. Volcando la cuerda es donde nace el arroyo de la Fuente del Tejo, uno de los cauces más importante que desaguan en al pantano de Aguascebas. Eso es ya de las Villas. En el Cortijo de los Cerezos se criaron mis abuelos, luego mis padres y después yo hasta que me fui a Barcelona. Fuimos once hermanos.
- ¿Por qué os fuisteis?
- Porque aquí ya no se podía vivir. Esto lo hicieron coto de Caza, lo que sembrábamos se lo comían los bichos y tuvimos que irnos. ¿Y el venir aquí a pasar mis vacaciones junto a esta royo, que son las tierras donde me crié? Pues porque como somos de aquí, nos gusta tocar y respirar la tierra y el aire que nos acogió de pequeños. Esto es muy sano. En Barcelona me muero. En cuanto cojo unos días de vacaciones, al corazón de mis sierras que no puedo olvidar.
- ¿Te acuerdas de ella?
- ¡Ya lo creo que me acuerdo mucho! No la cambio por nada en el mundo. La primera agua que yo bebí es la de la Fuente de los Cerezos y mi sueño es morir bebiendo de ese agua.
- Que te tira la sierra.
- ¡Mucho y más todavía! Aunque esté bien, de noche y de día, mis pensamientos están aquí. Y allí estoy bien pero esto tiene

algo que no me deja irme.
- ¿Ahora estáis en el hotel?
- Estamos en Coto Ríos. Mi mujer tiene una casa ahí, nos venimos a su casa. Durante el día, desayunamos en el Hotel Mirasierra, nos ponemos en camino, subimos a este rincón del Zarzalar y aquí todo el día junto a la corriente de este arroyo.
- Y pasáis el día en este chalé.
- El más grandioso y el que no cambio por ningún otro.

NOMBRES SERRANOS

Recuerdo ahora que el otro día comentaba con ella algunos nombres de los sitios por la cuenca del arroyo de su cortijo.
- Como tanto ignoro de estas sierras, escucho y anoto. Me han dicho que por esa zona se encuentran los sitios que se llaman Collado del Pedro García, Tiná del Madroñal, Lancha de los Corrales, Huelga del Ermitaño, Aguas Blanquillas y algunos más. ¿Tú qué dices Manuela?
- Pues mira, hijo mío, si las cosas las crees tal como me lo has contado, da la sensación que todos los lugares se encuentran juntos.
- ¿Y no están juntos?
- ¡Qué va! La Tinada del Madroñal se encuentra subiendo a los cortijos de Hoya Armadilla. La Huelga del Ermitaño está abajo, estas que hay en el barranco de la cerrada esa tan mala de

esperillas, justo en el mismo arroyo del Zarzalar. También le decían a eso las Huelgas del Cargaero. La Cueva del Cáñamo es la que hay yendo a la venta de Mirasierra, conforme entras a los llanos que se llaman Llanos de la Calera, miras para arriba y verás unos cantonales, por ahí se encuentra la Cueva del Cáñamo. El Collado de Pedro García es el que yo he sembrado toda mi vida aquí en el royo de Aguas Blanquillas. Subiendo, en los covachacos grandes que hay ahí, arriba se ve un llano como este de la Golondrina. Hay nos hemos criado nosotros comiendo trigo. La Lancha de los Corrales está muy lejos. En lo alto de la sierra. El cortijo de Aguas Blanquillas, que es el royo este nuestros. Arriba hay un cortijo donde se han criado los más ricos que por aquí había. Esos no han pasado hambre nunca. Subiendo todos estos cantonares, al final hay un llano y allí se encontraba el cortijo.

Y eso que me decías antes, también te lo confirmo: son distintos el cortijos de Aguas Blanquillas y el cortijo de los Pingos. ¡Madre mía de mi alma la distancia que hay entre uno y otro! En el cortijo de los Pingos se casó una hermana mía y aunque es verdad que cogía muchos perdigones, mi padre le ganaba. Le decían el “tío piojillo” y era el que más perdigones ha cogido en el mundo a lo largo de su vida. Mi padre, cuando tenía once años, le pegaba un tiro a una estrella. Mataba de todo.

- Explícame eso de los perdigones.
- ¿Pues qué quieres que te explique? Que teníamos perdigones de esos chiquitines, recién nacidos de las perdices. Siempre teníamos pájaros en mi cortijo. Yo me pasaba las horas cazando grillos por aquellos campos.

PERDIGONES Y GRILLOS

A buscar los grillos y a manotazos, pues venga cazar grillos. Los echaba en un taleguillo. Sacaba un talego así de alto y luego lo tenía para todo el día para echarle de comer a los animales. Te levantabas por la mañana temprano, antes que a los grillos le calentara el sol, porque si le calentaba, ya no ganabas un grillo. Eso dan dos brincos y cualquiera los agarraba. Pues nos levantábamos en cuanto nos amanecía, par caso. Cogíamos un taleguillo que hacíamos de tela. Así, un suponer, lo pillabas y lo ponías así y grillos a grillos, pues traía un talegón que Dios temblaba. Para mis perdigones.

Criábamos unas perdices que era la envidia de todos los vecinos. Luego las vendíamos y le sacábamos buenos dineros. Yo les decía a todos los tíos, los engañaba: “Este es un macho que pa qué”. La perdiz más hermosa que había, que estaba más lustrosa, que las mujeres bien sabes, nos apañamos más que los pájaros también, era la que vendía. Los perdigones algunos había que eran machos de verdad pero eran más

chicos y enratonados. Que no estaban lustrosos. Cuando llegaban a comprarme los perdigones decía: “¿Esto? Esto sí que es un macho de verdad. Una prenda”. Y era una perdizaca de aquellas que se criaba muy “fondota”, igual que nosotras pero luego qué leche, no cantaba. Una perdiz que el tío me daba un buen dinero creyendo que se llevaba un gran macho.
- ¿Bajabas al río a venderlos?
- Iban a mi cortijo a por ellos.

Los perdigones los cazaba mi padre. Mi padre era muy cazador. Un abuelo cazador que eso nos tenía mantenidos de caza. De conejos, de perdices, de todo. Si nos hemos criado hinchados de comer caza nosotros. El los agarraba de las perdices. Cuando nacían en el campo, pues sentía a la perdiz “carracachacá, carracachacá” y enseguida a los perdigoncetes, pli, pli, pli, cantando los pajaruchos. Y claro, en cuanto echaba detrás de ellos, en algunos sitios que había rodales de tierra, los cogía. Se metían en las matas y como estaban recién nacidos, pues de momento los cogía. Los metía en una taleguilla y como no les pasaba nada, nos los traía al cortijo y nosotras los criábamos.

Hacíamos una malla, de esas de alambre, que no se podían salir. La perdiz o el macho que tuviéramos, así al lado. Los pajarillos allí metidos tomando su sol y comiendo sus

grillos. Luego, ya te decía, nos los pagaban muy bien. Yo quería que fueran todos machos. Y las perdices, cuanto más hermosas estaban, eran las que parecían más machos. ¿Entiendes? Si me pedían un macho, yo les decía: “No, este no lo puedo vender. Los peores no podemos venderlos. Este que mire usted qué bien criado está. ¿No está usted viendo? Si nada más que de verlo da envidia”. Me decía: “Pues ese es el que yo quiero”. Y aquello era una perdizaca. Tenía eso del pico muy coloraillo. Como estaba muy bien mantenía, pues parecía el mejor macho. Y los engañaba a los tíos. Luego venían diciendo: “Ay que nos ha salido hembra la perdiz que te compramos”. Yo les decía: “Haber, yo qué culpa tengo. Si eso no los tiene a la vista”. Todas esas cosas hacíamos entonces.

Lo que sí es verdad que los perdigones de Pollo Sequillo tenían más famas que estos de la ribera del río. Por aquellos, todo el mundo preguntaba y era porque cantaban más. Estos de la vera del río, pues no eran tan cantores. Estaban mejor alimentados y eran muy hermosos. Luego, no tenían más que plumas bonitas. No era cantaores buenos. El caso es que por los de Pollo Sequillo, todo el mundo preguntaba. Los de por ahí arriba, se hacían astillas cantando. “Con el pie, con el pie, con el pie” o “cuchichí, cuchichí” y se estaban todo el día “con el pie”.

Y seguimos con lo que antes me preguntabas. Los Canalones se encuentran frente a un sitio que le dicen el Robleillo. Ahí criaban trigo en cantidad. Desde las huelgas del Zarzalar, siguiendo el arroyo grande, arriba hay una cueva que le llaman la Cueva de las Pilas. Todo son pilas y tiene una en el centro, en la que te puedes bañar. Aquello es la bendición sólo verlo. Es justo el royo que baja del cortijo de los Pingos. El agua que viene de allí es la misma. Al principio hay una pila grande donde también te puedes bañar. Y el agua helada como un granizo. Y tiene aquello miles de punzotes por arriba. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Como cuajada de piedras. Mira aquello es precioso.

Estas cosas me decía Manuela el otro día allá en su venta de la Golondrina y ahora le pregunto a Cecilio:

- Y para ir al pueblo desde el cortijo de Los Cerezos ¿Por dónde salían?

- Por la Fuente de la Zarza para allá. Primero se salía al Pardal, toda la cuerda adelante, la Nava del Puesto, Narigón, collado de los Plomos, Salto del Moro, Puerto de las Palomas y Burunchel. Por encima del cortijo de la Blanquilla, había un pino laricio, que todavía crece en el mismo sitio, que cada vez que venía una tormenta, le caía algún rayo. ¡Yo qué sé las señales de rayos que ese pino tendrá en su tronco! Pero de todos ha salido vivo. Todavía está verde y sabe Dios hasta cuando. Un

día tendrías que ir por el lugar para hacerle una foto.
- Pues no creas, que a lo mejor un día voy por allí y eso: le hago una foto.

POR EL PICACHO DEL MOLINO

Son ya la cinco de la tarde y casi sin darnos cuenta, llevo aquí con ellos tres horas. Me levanto y le digo que ya si me voy. Cecilio se levanta y se viene conmigo.
- Te voy a enseñar donde estaba el molino del Zarzalar.
Cruzamos el cauce, remontamos un poco la cuesta y coronamos a las ruinas de las casas. Junto al gran laurel de tres pies nos paramos y mirando hacia el arroyo me dice:
- Mira, ahí en lo hondo estuvo el molino. Primero fue del Tío Trinidad. Cuando ya el hombre se hizo mayor, se marchó y se lo quedó el padre de la Manuela, la Golondrina. Trabajaba en él un cuñado de la Manuela. El hombre lo atendía y cobraba un tanto por moler el trigo.
- Y este picacho que tenemos entre nosotros, el arroyo y el molino ¿qué nombre tiene?
- Precisamente se llama así Picacho. Pero también puede ser el Picacho del Zarzalar. Si tú te vas ahora siguiendo el cauce del royo, por donde se puede pasar, atravesarán ese cañón que me has dicho. Pues ese cañón siempre lo hemos conocido nosotros por La Cerrá. Que claro, como hay otras muchas cerradas en la sierra, para distinguirla la pudríamos llamar

también la Cerrada del Zarzalar.

Miro al laurel que nos queda al frente y recuerdo lo que el otro día me decía Manuela:

- ¿Y qué te cuento del laurel? Si es que aquello, hijo mío, lo pusimos en aquellos tiempos y junto a la roca se ha quedado tan sano y tan fuerte. Si nos vinimos todos del cortijo y aquello lo han hecho polvo para que nadie nunca más viviera en el Zarzalar.

- ¿Pero quién sembró el laurel?

- Lo sembró mi madre.

- ¿Tú lo regaste alguna vez?

- ¡No lo iba a regar yo! Toda mi vida de niña lo estuve cuidando y regando. Mi madre se murió y al laurel yo le tenía mucho cariño. Aquello es tan grande como las nogueras estas que tengo aquí. Y eso que se han llevado muchas ramas los pastores. Con el hacha le cortaban las ramas enteras.

- ¿Y para qué lo usabais?

- Pues le echábamos al potaje de garbanzos, al potaje de habichuelas. Si hacíamos arroz, dos hojicas de laurel. Echabas adobo y entonces metías unas hojas de laurel o molías en el mortero unas hojillas y eso daba un sabor muy rico. Da un gusto muy bueno a las comidas las hojas del laurel. Es una especia de las mejores que hay.

Ya te digo: pones un potaje y le echas unas hojicas de laurel y ya tiene un gusto diferente. Para los guisotes se refreía la carne, se le ponía sus pimenticos, colorados o del tiempo, lo que le tocara, su cebollica, su hojita de laurel, lo refreía todo eso, cuando estaba algo refrito, le echabas el pimiento molido, un tomate del hortal si estaban tiernos y aquello salía que te chupabas los dedos de tan rico. Así que Fíjate qué buen apaño nos daba el laurel. ¡Madre mía lo que me acuerdo de mi cortijo y las de veces que de niña he jugado por allí!

Y hoy aquí, junto al laurel verde, despido a Cecilio, dándole las gracias por todo cuanto me ha dicho y el buen rato que me ha hecho pasar y me pongo en marcha con la intención de salir arroyo abajo. La senda es visible y como la ruta y el encuentro con este rincón ha sido tan bello y ha quedado tan redondo, conocer ahora el arroyo que desciende desde los cortijos va a ser un buen broche final. De este modo, sin haber tenido control casi ninguno sobre el proyecto de recorrer y conocer los lugares y cortijos en que vivió la Golondrina, todo queda magníficamente encajado y claro. Ni el mejor experto lo hubiera bordado tan sencillo y bello.

Comienzo a descender y cruzo las paratas de los últimos hortales por este lado. Todavía crecen por aquí los grandes

parrales enredados entre las ramas de las encinas y los robles. Crecen los ciruelos que ahora mismo ya tienen sus ramas dobladas de tantas ciruelas verdes y gordas. Los granados, los olivos y muchas higueras. Cruzo el arroyo, con dificultad porque la corriente es grande y ahí mismo, junto al un gran ciruelo cargado de fruta, me paro a comer. Son más de la cinco y media. Pero no me importa.

De aquí para abajo, recuerdo también ahora que Manuela me decía el otro día:

- Por el tajo ese de la cerrada, pasaban todas las personas que iban al cortijo del Zarzalar. Con un pico, le hicieron unos escaloncillos ¿me entiendes? Hay una losa como la mitad de la pared esa así para allá. Una losa grandísima. Mi padre mismo y mis abuelos, con un puntero, le hicieron escaloncillos y en ellos poníamos los pies. De noche y de día hemos pasado por esas losas. ¡ Hemos ido pocas veces! Pues si ese ha sido mi camino de siempre. ¿Tú has pasado esa cerrada para arriba?

- La tengo que pasar.

- Ya verás la losa esa donde poníamos la pata. Miras para abajo y te mueres. Todavía me duele el pie de cuando pasaba por allí sólo de acordarme de eso. Pues no creas, Faustino me ha dicho a mí que por ahí pasó una novilla con un año y pico. ¿Tú te crees? De noche, millones de veces he pasado yo, por no irnos por el molino y dar tanta vuelta. Unos a los otros nos

dábamos la mano y sin linternas y sin nada. Una tea la encendías, pegabas fuego y te mataban. ¡La hemos pasado negras! No creas

- ¿Pero las bestias también subían por la cerrada?
- Eso no. Las bestias tenían su camino que da mucha más vuelta. Hay un charco por debajo que si te caes, te ahogas sin salvación.

Esto es lo que ella me dijo. Así que por esta cerrada me iré del rincón del cortijo del Zarzalar, donde todo ha sido breve pero tan agradable, tan bonito y tan lleno de sensaciones que ahora mismo, sin pretenderlo, se me viene al recuerdo mi sueño de anoche.

Vi un sencillo cortijo sobre un pequeño montículo. La familia trajina dentro y la niña juega con su pequeño pajarito. Hace poco que se lo han traído de fuera y aunque el pájaro es de colores vivos, no pertenece a estos montes, no es este su mundo. Quizá por esto, el pájaro no es feliz aunque la niña sí. Va a echarle de comer y al abrir la puerta de la jaula, el animal revolotea, se escabulle y dando una gran volada, se escapa por la puerta del cortijo. Surca los aires, remonta el bosque, se pierde por entre los árboles y parece alegre. Aunque la niña se ha llenado de tristeza él ha encontrado la libertad volviendo a su mundo. Esto es lo que parece pero enseguida compruebo

que la realidad es otra.

Subo yo por el arroyo y al ver a la niña que tanto llora llamo al pajarito. Le pido que vuelva y ante el asombro de ella y mío, el ave vuela desde los árboles y se para en una piedra junto a nosotros. "Cógelo, es tuyo de nuevo". La chiquilla lo coge y feliz ya otra vez se lo lleva a la jaula. "¿Adónde ibas a ir tú que estuviera mejor que aquí?" Le dice la muchacha como si le regañara un poco y al mismo tiempo le diera también un poco de cariño. "¿Adónde iba a ir él?" Me digo yo, dándome cuenta de la realidad.

El animal quiere volver a su mundo, a su tierra, a su libertad. Necesita del aire, del perfume y hasta de los sonidos de la tierra a que pertenece y por eso quiere irse, quiere escaparse, quiere volver. Sabe que está preso, se siente preso, en tierra extraña y juguete de unos pocos. A este pobre pájaro le obligan vivir aquí y de este modo pero su tierra, sus raíces y hasta los suyos, se encuentra en aquellos otros rincones.

DIA TERCERO

EL AMA

Hoy es ya diez de agosto y como Manuela todavía tiene muchas cosas que contarme de sus recuerdos por este pequeño y a la vez gran rincón de la sierra, he vuelto a verla.

Hace mucho calor esta tarde y cuando llego pregunto por ella. Hoy están sentadas por la parte de atrás, a la sombra de su gran noguera y mientras su nuera Loly concluye la faena en la cocina, ella limpias los cubiertos sentada tranquilamente.
- Ya está aquí este hombre.
Le dice su nuera a la simpática Manuela.
- ¿Y a mí por qué me van a meter en la cárcel?
Contesta Manuela con su genio cariñoso.

Le doy el borrador del trabajo que de lo del otro día ha salido y Loly, la nuera, comienza a leerlo. Se parte de risa y a cada renglón le dice a la abuela:
- Pues esto es mentira.
Me pongo del lado de Muela y enseguida le digo:
- Tú no le hagas caso porque lo que quieren es oírte. Y en el fondo es porque le dan envidia de lo grande que eres.
- ¿Pero por qué va a ser mentira, si todo eso es verdad?
Pregunta Manuela llena de genio pero sin una chispa de enfado en su alma.

¡Qué grande es el alma de Manuela! Pienso yo ahora y creo que es el momento, que en este valle del Guadalquivir, a Manuela habría que hacerle el más grande de todos los monumentos. Por ser la más grande de todos los serranos, aunque lo serranos son todos grandes. Por ser noble como la

nobleza de los bosques que cubren estas sierras. Por ser transparente como las cristalinas aguas que corren por la puerta de su viejo cortijo y por ser sencillas como el perfume y el viento de las laderas que tanto la conocen. ¡Qué grande es Manuela y qué nido más hermoso levantó junto a las aguas de este río suyo!

¡Qué bien se siente uno al lado de ella viéndola tan poco cosa siendo como es tan inmenso tesoro! Sus palabras pequeñas chorrean sierra por todos los poros, su mirada redonda es la pura luz de los amaneceres serranos y su genio de heroína luchadora, es la bravura de las tormentas por las cumbres pero al mismo tiempo la mansedumbre y frescura de la primavera brotada por las praderas. ¡Qué acento tan especial tiene Manuela y cuantos celemines de cielo ahora mismo ella encierra en su alma de golondrina silenciosa!

- Y esta Loly ¿quién es?

Le pregunto a Manuela.

- Ahora mismo el ama del cortijo. Desde pequeña se ha criado aquí con nosotros. Luego, como se casó con mi hijo mayor, pues ya la vez: ella también dueña. La Josefa es la mayor y luego le sigue el Francisco que es el marido de la Loly. El Manolo, es el chico que estaba ahora mismo aquí con nosotros. La otra, la Isabel que va detrás del Francisco, ya

sabes que está casada con un guarda. Es la que vive en el mismo pueblo de Cazorla, en aquellos pisos que yo compré. Pero los dueños del Hotel la Golondrina, ahora mismo son: la Josefa, el Francisco, el Manolo y la Loly. Yo soy la que dispongo y no me hacen caso para nada.

- ¿La Josefa ha sido tu ojito derecho?

- Ha sido la mayor. Desde pequeña, siempre ha sido la casera. Si había que ir a algún sitio, era yo la que iba a dar la cara a Cazorla, al Tranco o a donde fuera. Y ella aquí nada más. Desde chiquitilla trabajando y así está, mírala, enratoná viva nada más que de penar.

- ¿No está casada?

-¡Que va! Le salió un novio que se fue llorando. Iba por ahí por la casa esa y todavía volvió, con el pañuelo limpiándose las lágrimas, diciéndole: “Adiós. Te quiero y no te olvidaré nunca”. Estábamos en el pilar y nos asomas a decirle adiós. Es que ella le dijo que no, que ya no volviera, porque no se casaba. Tenía unos dieciséis años o por ahí. Era muy jovencita. Pero luego, después, nunca ha quería ponerse novia. Y le han salido muchos novios, no creas. La han querido todos más que pa qué. Ha sido una tonta.

Pero es que si ella no ha querido, pues ya está. Siempre ha estado ocupada. Como se quedaron sin padres tan chicos,

ella es la que dirigía todo el negocio. Primero la puse de portera. Le decía: “Josefa, hija mía, ten cuidado y si viene alguien me llamas”. Se quedaba la criaturica esperando y en cuanto llegaba alguna persona enseguida salía corriendo: “Mama, ven que ahí aquí un arriero”. Ella ha sido más lista que pa qué. ¡Qué lástima de mi hija! Siempre luchando como su madre y claro, así es como se ha levantado la Golondrina.

Se hizo mayor y ya no tenía lugar ni de hablar con el novio, ni de ir a los bailes ni de ir a nada. Cuando venían a hacer fiestas o algo ahí a Coto Ríos o bailes en la venta de Mirasierra, que entonces había allí una hermana de mi marido, tampoco podía quedarse. Aquello era la venta de su tía Ramona y nos invitaban a san antones o cosas y como entonces venía mucha gente, siempre se venían siete u ocho a dormir a la Golondrina. Pues claro, la Josefa tenía que quedarse aquí para ganar lo que fuera. ¡O sea, que...!

Le ha cogido cariño a esto y le ha pasado como a mí: que no vive nada más que para su trabajo, el cariño para con los demás y su venta. Y le han salido de novios que pa qué de buenos. Pero si es que no le hemos dejado que hablara con un muchacho para que se conocieran y se tomaran cariño. Si ella lo ha querido así... pero el día que yo me muera, qué giro dará, la venta y ellos. Cuando llegan las personas y dicen: “¿Dónde

está tu madre, dónde está la Golondrina vieja?" Me digo: "¡Qué poco me queda para que preguntéis por mí!"

- Pero ellos te respetan y te hacen caso.
- ¡Lástima! Eso de toda la vida. Lo mismo que siempre ha sido aquí en la sierra para las personas mayores. Donde hablaba un mayor, los otros, plegábamos todos el rabo. Se les ha respetado mucho. Y no decirle nada a los mayores ni faltarles que tu madre se quitaba el alpargate y te ponía el culo ardiendo, colorado como un tomate. Y si no te tiraba del pelo y si no te daba cuarenta guantadas en la cara. A los viejos había que respetarlos y considerarlos siempre como a los más importantes de la casa. Pero estos míos, saben que yo he sido aquí la luchadora y aunque me dicen alguna vez alguna cosa, no les hago caso.

LAS TORMENTAS

- Pues sigamos con lo nuestro.
Le digo yo a Manuela
- ¿Y qué es lo nuestro, hijo mío?
- Me prometiste el otro día que me ibas a contar tu boda.
- ¡Eso, eso, cuéntale tu boda y todas esas cosas de cuando tú eras novia con tu Pedro!
Le sigue pinchando la guasona de la nuera.
- ¿Y qué cosas le tengo que contar que no sean buenas y

verdad?

- No le hagas caso, Manuela, vamos a lo nuestro. Tu boda tal como tú la viviste y te salga del alma ahora mismo.

- Pues mi boda, hijo mío, fue igual todas las bodas serranas. Dijimos de casarnos, porque eso de irse con el novio, entonces estaba mal visto. Se iban las criaturas mucho porque no podían hacer boda ¿sabes? Pero era muy ridículo irse con el novio. De mis cuatro hermanas, yo era la mayor y tenía que dar ejemplo.

- Pero un momento Manuela.

- ¿Qué pasa?

- Estoy pensando una cosa.

- ¿Qué piensas?

- Pues que como el otro día estuve por los rincones de lo que fue tu hermoso cortijo del Zarzalar y como vi por aquel rincón tantas tierras buenas, tantos árboles y tantas fuentes manando, pienso que antes de seguir con lo de tu boda, podríamos darle un repasillo a unas cuantas cosas de aquel cortijo.

- Pues tú me dices.

- Antes de meternos en faena, dime algo de aquellas tormentas que hundían la sierra sobre tu cortijo.

- Por ahí caían antes unas nubes que aquello era para morirte. El royo nuestro, eso era un miedo. Cuando caían aquellas nubes, como se juntaba toda la sierra desde Jabalcaballo para acá, todos los royos de por encima de mi cortijo, se juntaban y

al pasar por las tierras del Zarzalar ya bajaba un mar de agua. Un día, la "riá" de una de aquellas tormentas, se llevó toda una manada de ovejas y carneros. Subió el royo tanto que las aguas llegaban por todos aquellos bancales. Nos quitó los hortales, todas las huelgas que había de panizo, pimiento y tomates. Todo lo arrastró el agua. Antes caían muchas tormentas. ¿Por qué sería?

Pegaban unos crujidos y saltaban unos relámpagos que parecía que la sierra entera iba a salir ardiendo y luego tenías la sensación de que las cumbres explotaban y se hundían sobre mi cortijo. ¡Madre mía qué tremendo era aquello! A las lenguas de fuego que saltaban por todos aquellos picos, nosotros le decíamos los rayos. Donde había pinos caían unas centellas y rayos de esos y salían ardiendo. Eso hay que verlo. Casi siempre caían encima del pinaco más grande que hubiera, en lo alto de la misma corona y lo abría en canal. Algunas veces salían ardiendo todas las ramas de aquellos pinos pero la misma nube apagaba las llamas. Pero cuando los rayos descargaban donde había montes y pinos secos, ardía todo. ¡Qué tormentas más horrorosas caían antes sobre estas sierras!

FRUTOS ECOLOGIOS

- Y cuando las tormentas dejaban en paz las tierras de vuestros hortales, para tener tomates a lo largo de todo el año ¿qué hacíais?

- Se secaban. Cogíamos un montón de tomates y los abríamos. Teníamos unos zarzos de mimbre que hacían los gitanos. Con las varetas esas zurcido como cuando zurces tela. Los "enrizábamos" con una aguja de red en un cordelillo. Lo colgabas en las chimeneas o así. Donde no se humedecieran, donde les diera el aire. Cuando hacías una comida, le echabas un par de aquellas rodajas de tomates al potaje, al ajo, a lo que se hiciera y eso era como si cogieras un tomate del huerto. Daba un sabor rico de verdad. En la antigüedad de todas esas cosas hacíamos. Ahora, de esto, ni caso hace la gente.

LOS HIGOS

- Vamos con el repaso de aquellas cosas de la "antigüedad" como tú dices. ¿Qué hacías con los higos?

- Cuando ya estaban sequitos en las higueras que ya sabes que se caen retorcidos, con el rabo seco, pues entonces íbamos. Lo primero es "traquetear" a las higueras. Y como eso, en cuanto está seco, del tronco de arriba se encuentra marchitillo, que ya no tiene "meli", pues en cuanto que le sacudes, caen los higos retorcidos. "Esipaos". Entonces teníamos unos canastos grandes de esos de mimbre que

también nos hacían los gitanos. Pero de mimbre muy fino. Eso lo liaban en las hojitas aquellas ¿no sabes? E iban haciendo lo que nosotros llamábamos “un zarzo”.

Mira que te explico: iban liando las varas unas con otras hasta que salía el zarzo que a veces era grandísimo. Le dejaban unas hileras así por en medio de tres o cuatro mimbres de esos juntos. Al llegar ya que era el zarzo muy grande, entonces lo sacaba a la orilla, lo partían por en medio y un cacho para allá y otro para acá. Y de allí salían unas asas. Esto que te acabo de explicar es como se hace un zarzo.

Por las asas esas los cogíamos nosotros y en aquella cesta íbamos poniendo los higos que se caían de las higueras. Se secaban. Cuando estaban sequitos, tan limpios, le echábamos un polvillo de harina, un poquillo como cuando nos echamos polvos en la cara. Y los guardábamos en unos sacos que teníamos de la pulpa. Que no fueran apretados. Que fueran claros los sacos. Y ahí los guardábamos. Los sacos se ponían encima de unas tablas para que no tuvieran humedad del suelo. Y sino en canastos con un buen tendío de lana. Lo poníamos alrededor para que se quedara medio hueco. Y allí, cuando ya estaban con su harina, hasta el mes de mayo te duraban los higos. Todo el invierno estábamos comiendo higos secos.

Cuando luego salíamos por ahí a trabajar, a poner pinos, a labrar las tierras o a lo que fuera, por donde iban echaban meriendas los hombres en sus alforjas, echaban una “armozá” de higos, tan secos y tan ricos y merendabas que pa qué. Otras veces un cacho de tocino, un cuscurrillo de pan y su puñado de higos y merendaban los tíos como marqueses. Y las mujeres. Cuando íbamos a los pinos. Si todos estos pinares los hemos puesto los serranos. Los higos te lucían más que el tocino. Eso alimenta muchísimo. Nosotros toda la vida hemos secado muchísimos higos en mi cortijo. Mi madre tenía un montón de higueras que aquello era gloria. Y las nueces igual.

LAS NUECES

- Vamos a las nueces.

- Cuando llega la época de la noguera, cuando ya se suben con una vara, las varean, porque como ya están secas, se van cayendo, se abre la cáscara esa que tiene afuera y por la mañana cuando te levantas tienen una “solá” de nueces. Pero si esperas a que se vallan cayendo por si solas, te subes con una vara, le das cuatro palicos a todos los tallos y como eso está abierto, pues se pone un suelo de nueces que pa qué.

Las recogemos, las limpiamos, le quitamos todas las cáscaras que se le han quedado y como eso sale tan nuevo y

tan bonico, pues te duran un año entero. Todo el invierno estás comiendo nueces.
- ¿Teníais muchas nogueras en el cortijo?
- En el cortijo teníamos muchas nogueras pero aquello ya se quedó para el estado. Entonces se recogían muchas nueces. Por fanegas las medíamos. De nueces la dejabas hasta el colmo. Cuando se "escagalaban" ya no podías echar más. A la mejor por una fanega de nueces te daban seis u ocho duros. Que entonces era un dineral.

- ¿ Las vendíais vosotros?
- ¡Vaya que si las vendíamos! Si en el cortijo todo eran nogueras. Unos árboles grandísimos.
- ¿Y a quién se las vendíais?
- A los que las querían. A los cortijeros. Los recoveros iban vendiendo telas, alpargates, navajas, "abujas", dedales. Entonces echaban de todas las cosas los recoveros en los "corvos". Las nueces, las que no vendíamos, como nos gustaba a nosotros también, pues te las guardabas en las canastas de mimbre. Las tapabas con un tendido y como eso esta hueco, pues te duraban hasta que se ponían rancia en el mes de mayo a otro año.

Cuando echabas merienda y llevaba una almorzada de nueces en tu taleguilla las sacabas para cascarlas y a los otros

cuando sentían, les deba una envidia que pa qué. Siempre les dábamos a los compañeros. ¡Pobreticos! Te daba pena. Eso era el postre porque las nueces están muy buenas.

LAS GRANADAS

- ¿Y las granadas?

- Lo mismo. Echábamos una, y como eran gordísimas, con una tenías bastante. Detrás de la "taja" o el chorizo o lo que llevaras. Pues si las teníamos en los árboles, cuando llegaba su tiempo, las cogíamos. Le dejas el rabo, las cuelgas con un cordelillo, con un esparto o lo que quieras, un tirajo. Con una vara las cuelgas en una habitación, en una cámara como decíamos antes, que al abrir la ventana les dé el aire y eso te aguanta, pues todo el invierno. No "aporroteándolas" eso dura mucho. ¡No te cuento na de cosas! Si soy una abuela vieja.

- Pero todo es muy bonico, Manuela.

LAS CIRUELAS

- Las ciruelas.

- Las cogíamos ¿sabes? Pero no se podían guardar. Algunas veces las echábamos en vinagre. Las metían en las orzas y las que quería que saliera un poquillo agrillas, les echaban un poco de vinagre al agua. Luego las sacaban y echaban "agriol" y con migas o algo, nos gustaba la ciruela agria. También con el

cocido de garbanzos, con tocino fresco y de todo, eso estaba muy rico. Sacabas un platillo de ciruelas y te las ibas cascando con la otra comida y eso era delicioso.
- ¿En vinagre se conservaban bien?
- ¡Vaya! A eso no le pasa nada. Dura todo el año. Eso no se pudre ni nada. En azúcar si se pudren. Los pimientos los echas en vinagre y te duran de un año a otro. También los tomates.

- ¿Había muchos ciruelos?
- ¡Válgame Dios! En las regueras que había para el agua, pues en las orillas, plantaban los ciruelos y había unas hileras de ciruelos que aquello era impresionante. A esos árboles les gusta mucho el agua. No necesitan cavarlos ni nada. Sólo tener cuidado que no se les líen las zarzas que es lo que más había. Zarzales. Se encaramaban y los aburrían. Pero como los teníamos muy limpios. Un ciruelo lo ponías y estabas comiendo ciruelas todo el año. ¡Qué lástima!

LAS UVAS

- Y la uva.
- Lo mismo. Colgábamos grandes ristras de racimos y nosotros mucho vino. En mi casa hacíamos diez y quince arrobas de vino. Unas damajuanas que tenía mi madre y otras orzas de esas grandes de orejas. Unas orzas grandes pero por aquí llevaban unas orejas de verdad. Del mismo barro le salían

cuatro por las orillas. Anchonas y estrechas del culo. Ya ve tú, la tinaja que teníamos le cogía hasta cinco y seis arrobas de vino.
- ¿Cómo se hace el vino?

- Cogíamos las uvas, las teníamos un par de días en los zarzos esos que ya te he dicho y las tendías para que se mareara una miajilla. Se terminaban de madurar y cuando ya estaban dulces como la miel, las pisábamos en la artesa. Mi padre hizo una artesa de un pino ¿Entiendes? Un pinaco grande que se cayó porque era muy viejo y lo aserró con la sierra. Teníamos “tronzadores” y de todo. Un tronzador de esos que aserraban los pinos muy grandes. Fue y lo tronzó por medio. Y con la azuela le fue quitando madera del centro y construyó la artesa. Claro aquello tenía que ser así para que no tuviera rajas ni nada. Como los tornajos pero más corto.

Cogían dos o tres arrobas de vino. Con las esparteñas y alambre por la parte de abajo, nos lavábamos bien los pies y todas las piernas y mis hermanas yo nos metíamos dentro. Mi madre echándonos racimos de uvas y nosotras venga pisar. Así que ya había un montón de mosto, orillabas la pulpa a un lado de la artesa, escurrías las uvas bien, las echabas luego en los lebrillos y esperaba a que se escurrieran más. Luego le dabas otra pasá con las esparteñas, cuando ya no tenía casi

nada, todavía echábamos la pulpa en una gran canasta de mimbre, ponías debajo el lebrillo y las dejaban un día, un suponer, y al final se escurría hasta la última gota. El zumo que sacábamos de todas aquellas uvas lo echábamos en unas tinajas o en las grande orzas que le cabían tres arrobas y en aquellos recipientes lo dejábamos.

Primero principiaba y chillaba, hervía. A los cuatro o cinco días, cuando se para de hervir, entonces lo sacabas, lo colabas y lo echabas en las damajuanas, lo tapabas y lo dejabas sin traquetearlo. A los siete u ocho días, destapabas la damajuana, lo catabas y si estaba todavía flojo, lo dejabas un poco más. ¡Nos salían unos vinos deliciosos!
- ¿En cuantos días se podía beber?
- A los diez días ya tenías vino. Cuando seguía todavía un mes más tapado, aquello era un vino dulce como la miel. El que salía malo, el que se agriaba, tenías que dejarlo para vinagre. Pero el vinagre era fuerte, limpio y bonico que pa qué.

Nosotras toda la vida hemos estado bebiendo más vino que los verdaderos vinateros.
- ¿Tenías para todo el año?
- ¡Bendito sea Dios! Si hacíamos quince y veinte arrobas de vino. Lo teníamos aborrecido de tanto vino. Pero buenísimo. Es que teníamos muchas chaparras. Chaparracas como las

nogueras de grandes. ¿Sabes lo que te digo? Eran carrascas montesinas. Que eran de esas muy altas. Tiraba las ramas como las nogueras. Por los troncos y las ramas se enredaban las parras y se hacían grandes como bosques. Se cogía de allí muchísimas uvas. Racimos de dos kilos algunos. Comer uvas, todas las que queríamos. Se subían en lo alto de las chaparras y a coger racimos de uvas. De vez en cuando también las podaba mi padre con sus tijeras. Les iba dejando las buenas varetas que llevaban y cortaba las ramas viejas. Es que si las dejaba sin podar, se secaban.

LOS MEMBRILLOS

- Y con los membrillos ¿qué hacíais?

- Colgábamos muchos en los techos de las habitaciones. Y aquello echaba un olor delicioso. Entrabas allí y te daban ganas de dormir sin tener sueño. Se revisaban de vez en cuando y si se veía alguno que ya estaba muy maduro y que se iba a caer, lo quitábamos. Te lo comías o hacíamos carne de membrillo. ¡Mas rica estaba que pa qué! Los melones, los que eran de corteza y no estaban muy maduros, se guardaban. Los atábamos y también los colgábamos en los techos. Duraban hasta el mes de enero Los que no, se ponían en una habitación en el suelo y se tentaban de vez en cuando por si acaso se maduraban y se podrían. Salían riquísimos.

¡Vaya repaso que le estamos dando a las cosas de aquellos huertos de mi cortijo!
- Es que si tú no nos lo cuentas ahora, para siempre nosotros nos quedaremos sin saber muchas cosas buenas y bonitas que vosotros teníais y vivíais en aquellos tiempos.
- ¡Y qué es así, hijo mío! Tú fíjate ahora tanta historia con esto la de ecología y el mundo rural y nosotros lo hemos estado viviendo toda la vida sin que nadie nos diera ni charlas, ni subvenciones. Sin tantos libros y anuncios en los periódicos e historias raras como ahora se inventan unos y otros. ¿Y sabes lo que te digo? Que menos casqueras y pamplinas y más dar el callo y luchar por la sierra como siempre hicimos todos los serranos. Ahora, que si los tomates ecológicos, que si las manzanas ecológicas y antes, toda la vida lo hemos tenido nosotros en nuestro cortijo y lo único que hicieron fue quitárnoslo para siempre y darnos todos los palos que podían. ¡Será posible que las personas hagan cosas tan raras!
- ¡Y con lo buenos que los serranos siempre habéis sido!
- Eso digo yo. Nos pasamos la vida ayudándonos unos a otros y haciéndole bien a la gente.

MI MEJOR AMIGA

- Bueno, Manuela ¿nos cuentas tu boda?
- Te la voy a contar pero antes quiero que oigas lo que me pasó con la boda de una amiga mía. Mi mejor amiga de toda la

vida, cuando yo era mozuela.

- Pues a ver ¿qué te pasó con esta amiga tuya?

- Se llamaba Julia y vivía en al Cortijo del Castellón. El que tú ya conoces y sabes que se encuentra por encima de mi cortijo del Zarzalar, entre el cortijo de los Cerezos, arriba casi en la cumbre y el cortijo del paraíso del Zarzalar. Se puede decir que esta muchacha me crió a mí, para el caso. Era mayor que yo. Nos queríamos que pa qué y por eso siempre me llamaba para que me fuera con ella a su cortijo. Me quería con lo cura y yo también a ella. “Vente conmigo esta noche que a lo mejor no viene mi hermano”. Me decía. Y yo, hecha una loquilla, me iba con la Julia del Castellón a su cortijo. Principiamos a contar cosas y ella me contaba a mí y siempre íbamos juntas por aquellos montes, barrancos y riscaleras.

Un día ya se puso novia. Fue con un señor que era viudo. Que se le había muerto la mujer o yo que sé. Ya no me acuerdo. Sí sé que se llamaba Gaspar y era de las Canalejas. Una aldea que había por esta parte de la sierra que pega a Pontones. Y como éramos tan amigas, ella quería que yo fuera su peluquera el día de su boda. Como siempre he sido tan valiente y atrevida para todo, le dije que sí y llegó el día de la boda. Nos preparamos unos mulos en mi cortijo y montados en ellos, allá que cruzamos nosotras estos caminos rumbo a las Canalejas. Iba yo montada en mi mula tan hermosa. Con mi

tapete de ganchillo que lo había hecho yo, mi colcha de color rosa y el tapete blando encima, iba yo hecha toda una señorita. Al llegar al río, colando la corriente por ahí, donde hay un royo que le dicen la Fuente de los Salaos, nos ocurrió la primera ventura.

Aquel día también nos llovió. Por eso llevaba mi paraguas y todo. Mira, llevaba una mula que era sospechosa. La mula a mi no me "erribaba" ni de nada pero aquel día se pasó. Cruzo la corriente, me meto por el zarzal, da la mula unos brincos y con tanto traqueteo, como llevaba el paraguas abierto, se me escapó. ¿Dónde crees que fue a clavarse? Pues en el mismo culo de la mula. Aquello fue el demonio. El animal creyó que pasaba algo raro y empezó a dar saltos y patadas. Salí volando por los aires y ¿a dónde crees que fui a caer? Pues en el mismito centro del charco. Me quedé sentada de culo en medio del charco. Me puso chorreando y gracia a que no me mató.

La novia, la pobretica mía, se echó a llorar y con toda aquella tragedia que yo tenía, me levanto y le digo: "No llores, so tonta Julia, que no me ha pasado na. ¿Que me he mojado? Ya me secaré. ¿Voy chorreando a las Canalejas? Déjalo". "Eso es lo que tú dices pero fíjate como te ha quedado tu vestido para ir a mi boda. Estás toda empapada y estropeada con lo elegante y guapa que venías". Me decía ella. "Pero Julia, que

me cago en diez, ¿tú la novia vas a llorar porque me he caído? Si no me ha hecho nada. ¿Que me he mojado? Ya me enjugaré. Tu boda es aquí lo importante y no mi vestido. Así que calla y sigamos el camino”. Yo era la que la llevaba y la que iba a peinarla después para el momento de casarse, la pobretica mía.

Cogí la mula, la arrimé a una piedra, me subí otra vez en ella y trotamos por aquellas cuestas en busca de las Canalejas. Me dolían las costillas pero a mi no me importaba. ¡Madre mía la de curvas y cuestas que subimos hasta llegar a donde vivía el novio! Cuando llegamos, me llevaron a una casa corriendo, me quitaron la batilla, me remangué las enaguas, me puse de espaldas, me enjugué un poco, me enjugaron la bata, me vestí otra vez, me peiné un poquillo y ya estaba yo preparada para asistir a la boda mi amiga Julia. De aquello no se enteró nadie. Entre mi amiga y yo se quedó aquel accidente.

Pero claro, antes de la boda, yo tenía que peinarla porque ese era mi principal empleo en esta boda. Yo antes he sido muy churreterilla y muy inquieta. Sabía peinar a mis a migas y de todo. Ellas con la risa con migo lo pasaban que pa qué. Yo lo que podía, pues le hacía a todas. Como mi amiga Julia tenía el pelo muy liso, pues había que rizárselo un poco para que estuviera guapa el día de su boda. Saqué las tenazas esas que

teníamos que hacían así escalón. Así un suponer, le ponías el clavillo este y como estaban quemando, pues le hacías unas ondas preciosas en el pelo. Las pusimos en la lumbre para que se calentaran. Siento a la novia en la silla y con todos aquellos nervios de las bodas y esas cosas que tú sabes le pasan a las mujeres siempre que se casan. Allí muy asustada y nerviosa, como un corderillo manso esperando que su mejor amiga le rizara el pelo para el día más feliz de su vida. Y su amiga, la Golondrina que tú tienes ahora mismo a tu lado, más nerviosa que la novia.

Cuando las tenazas ya estaban calientes, las cogí, se las enredé por el pelo y enseguida, la pobretica amiga mía llorando. Unas lágrimas que le caían por la cara que pa qué. Yo pensé que lloraba por la felicidad de la boda, cuando al rato veo salir humo de su cabeza. Una humareda grandísima. "¿Qué pasa aquí?" Me digo yo nerviosa y enseguida veo que le estaba quemando el pelo. Ya salta ella y me dice: "Leche ¿pero todo lo que me estás haciendo hay que aguantar para rizarme el pelo?" "Es que Julia, esto es muy complicado".
A¿Pero no te das cuenta que me estás quemando la cabeza entera?". Entonces miro y era verdad: a la pobretica mía le tenía achicharra toda la carne de la cabeza.

Me picó la risa y ya no podía ni acabarla de peinar. "¡Pero

mujer, Manuela, que hoy es el día de mi boda!" "¿Y a ver qué hago yo, Julia, si esto ha pasado así?". Miro a ver si puedo apañarla como fuera y entonces me di cuenta que de verdad le había hecho dos o tres grandes "chicharros" en la cabeza. Unas quemaduras que aquello, sólo verlo, daba pena. Ya, el único apaño que pude hacer fue echarle el otro pelo para delante y taparle con él las quemaduras y los mechones de pelo que le había quemado. ¡Pobre amiga mía lo que sufrió en mis manos el día de su boda! Pero mi amiga Julia, como me quería con locura, se aguantó el quemado y luego, después me decía: "A mí me dolía mucho pero yo pensaba que eso lo hacías con todas. Que tienes que quemarlas para rizarle el pelo". "Que no Julia, hija mía, es que yo me había creído que había nacido para peluquera y en el día de tu boda me di cuenta que lo mío era otra cosa".

Luego, después, ya se celebró la boda. Nos bajamos otra vez por las cuestas esas subidas en las bestias y ahí más arriba de mi cortijo, en el Castellón, el cortijo de la novia, se celebró el convite. No te lo cuento porque ese convite fue tan grande y bonico como el de mi boda que te diré dentro de un rato. Pero su boda fue más bonica que pa qué. Me acuerdo que cuando ya al final de la noche, la gente se iba retirando de la fiesta, el marido me dice: "Dile a la Julia que esto ya está feo, porque está cansada la gente de bailar. Están comidos y

bebidos y de todo. Dile que tenemos que acostarnos un rato y ya por la mañana se da el refresco". Se lo digo a mi amiga y ella me dice: "Yo no me quiero acostar, Manuela".

Pero a la mañana siguiente, como todavía seguía el convite, yo fui a su habitación tocando las palmas diciendo: "¡Venga, Gaspar y Julia, que ya se ha rematao la boda! Venga arriba que estamos aquí esperando. Que todavía sos queda más temporá pa dormir". Yo de bromas y de risas. Ya se levantaron y entonces entré yo a peinarla y arreglarla un poquillo. ¡Eramos tan buenas amigas y nos queríamos tanto!

- ¿En el cortijo del Castellón se quedaron a vivir para siempre?

- Ahí se quedaron a vivir hasta que se fueron a Valencia. Se fueron y ya no la he visto más. ¡Qué lástima! La vida, hijo mío, que da muchos tumbos y a los serranos que siempre nos la han complicado todo lo que han podido. De estas sierras ha tenido que salir mucha gente echando chispas y eso si que es una lástima.

BODA DE LA GOLONDRINA

- ¿Vamos ahora a tu boda?

- Sí Manuela, vamos a tu boda ¿cuéntanos cuando conociste a tu Perico?

Le pregunta la nuera y su compañera Santi. Y Manuela, con todo su salero, salta y dice:

- ¡Me cago en diez! ¿Cuándo conocí a mi Perico si lo tenía allí nacío en mi cortijo?
- ¡Eh! Pues cuenta de qué edad os hicisteis novios
- Pues leche, cuando éramos un poco mayores.
- ¿De cuánto tiempo se casaron? ¿Cuánto tiempo estuvieron de relaciones?
- ¿Y no "sos" podéis callar vosotras y me dejáis a mí que hable.
- Si es que le estamos preguntando.
- Aquí no pregunta nadie más que este señor y hablar, habla sólo la Manuela.
- Eso está bien. Venga, Manuela, vamos a nosotros a lo nuestro y que ellas se dediquen a lo suyo. Es que tienen que estar metidas en todo ¿verdad?
- En todo y es lo que yo digo: ellas que sabrán de mis cosas. Iros ya por ahí y dejadnos tranquilos. ¿Queréis saber cuando nos conocimos? Pues desde que nació en el cortijo que éramos parejos.

Loly y Santi, la muchacha que en estas fechas trabaja en el hostal, siguen bombardeando a Manuela con sus preguntas.
- ¿Y cuántos años teníais?
- ¡Pues leñe, yo tenía, un suponer, cuando ya éramos mayores, pues tendría unos catorce años o por ahí!
- ¿Y al cuanto tiempo de estar novia te casaste?
- Yo me estuve novia por lo menos cinco años, par caso.

Porque me casé de “veintidós” años.
- Venga ¿y qué más?
Le pregunta la nuera intentando poner nerviosa a Manuela.
- ¿Y qué más?
- ¿Qué te dijo? Vamos a casarnos y ya está.
- No pues como estábamos en el cortijo y siempre nos estábamos viendo y de todo, pues hablábamos lo que nos parecía... Mi casa y la casa de mi novio estaba como esta casa mía de ahora y la carretera que pasa por ahí ¿sabes? Mi marido vivía cerca y éramos primos. Por aquí había en medio una calle grande y había más vecinos. Nos estábamos conociendo desde chicos. No necesitábamos tonterías ni nada.

- ¿Pero te casaste de blanco?
- Yo sí. Más blanca que tú estás. Fui bien guapetona. Pasé por aquí, por la orilla del mi querido río Guadalquivir con acompañamiento de mulos, de burros, de bicicletas. Cada uno lo que tenía. ¡Los pobreticos! El que tenía una bestia y el que no, pues andando. Se montaban unos con otros en los mulos. Llevaban un mulo muy bueno y claro, el que era amigo, lo montaba con él. Iban a dos y a tres algunas veces. Ya entonces principiaban las bicicletas. El que llevaba una bicicleta era el rey al mismo tiempo que la “risión” de verlo. Montado en el trabuco ese espatarrado ahí, dándole regates a los burros que iba y todo. Le decían: “Tened cuidado que con las

bicicletas se espantan los mulos y vais a matar a alguien hoy”. Todas esas cosas ¿comprendes?

Por aquí desde el royo de Los Membrillos, el cortijo mío, hasta Bujaraiza. La aldea esa que había antigua ahí. Pues ahí bajamos. Convidamos a un montón de familias. Pues a todos estos ríos, todos los que conocíamos. Fue un montón de gente en el acompañamiento de la boda. Como en Bujaraiza tenía yo una tía mía, una hermana de mi madre, pues fuimos a su casa y nos paramos, me arreglé otro poquito. Me eché mis colonias, me peiné una miaja... Llevábamos cuerva ¿entiendes? Vino con azúcar y agua para que no se “chispara” la gente mucho.

Una damajuana llena que la bajaron en el mulo con unas aguaderas. Mientras yo en la casa de mí tía me peinaba, me daba una miajilla de apaño para ir la iglesia, sacaron cuerva, echaron en unos jarros y convidaron a toda la gente. A las familias que en el pueblo, eran mis amigas, les dije que fueran a acompañarme. También a mis tíos que estaban allí. Pues ya entramos a la iglesia y cuando se terminó la misa y me había casado el cura, pin pan, pin pan, y preguntándome cosas que por pocas el cura está todavía hablando. Se ve que le gustó mi conversación y las preguntas que me hacía y allí gastamos que pa qué. Estaban ya algunos casi “enritados” vivos. Porque nosotros no salíamos de la iglesia. El cura allí tan cascante. Era

de Hornos. Un cura nuevo también, éramos par caso, de la misma edad.

Cuando se terminó la misa que ya salí de hacerme todas las cruces del Señor para que buena suerte llevara, me vine a lo de mis tíos. En su casa dimos el refresco que dábamos entonces ¿Sabes? De cuerva, de vino, de dulces. Llevábamos mantecados de estos que hacíamos en los hornos. En fin, una cosa bonica. Allí con toda mi familia cumplí y ya me monté en la mula con mi Pedro, se llamaba Pedro mi marido, y desde La Aldea remontamos hasta lo alto del cortijo del Zarzalar así. Que eso es una distancia muy buena. Yo creo que más de quince kilómetros.

Cuando llegamos al Zarzalar, toda la gente estaba esperando. Ya habían matado los chotos de cabra o de lo que fuera y en los robles que teníamos por la puerta del cortijo y bajos los árboles, estaban colgados. Cada uno cortaba de donde quería. Entonces se hacían unas bodas de carne que aquello era hincharse todo el mundo de carne. Todo lo que cada uno quería. Pan de aceite... Todo el mundo se divertía mucho.

Loly, que todavía está junto a nosotros, ahora ya escuchando, le pregunta:

- ¿Cuánto recogiste en la boda?

- Pues recogí bastante dinero también. Hombre en aquellos tiempos el pobretico que echaba diez pesetas eran los más ricos. Cuando veías dos duros habrías unos ojos que pa qué. Pero duro a duro, casi todos los que fueron, echaron. El que echaba un duro era un rey. Los que más, a dos pesetas, a tres pesetas. Aunque me echaban tan poquillo, yo recogí un dinerillo muy bonico. Teníamos muchas amistades y eran personas que tenían dinero. Pues si recogía uno cuatrocientas o quinientas pesetas, entonces era un dineral. ¡Qué lástima! Yo hice una boda muy bonica.

- ¿Pero cuántos días duró la boda?

- Pues como se duran las bodas. Llegamos al cortijo, de vuelta de La Aldea, sobre estas horas, las seis o siete de la tarde. Iba diciendo que ya tenían preparadas las comidas, los guisados que se hacía antes. Unos de carne frita, otros de guisotes. Guisotes era casi toda carne guisada. Con su aceite, sus patatillas pero más carne que na. Porque algunos querían comer guisado y ese día había que preparar las cosas al gusto de los invitados. Y ya, pues por la noche principiaban a hacer cuervas. Esto era una bebida de vino, frutas y azúcar. También se repartían tortas. Se amasaban tortas de manteca para todo el mundo. Un cachillo, el que quería tomar para el estómago que no fuera todo bebidas. Se repartía también pan de aceite

Si es que hacíamos unas bodas buenísimas. Se bailaba mucho. “Mas que un grillo en un rastrojo”. Yo también que a lo largo de mi vida he sido muy bailadora. He ganado premios casi siempre que iba a un baile. Las jotas, los fandangos, los sueltos de todo. Yo he bailado muy bien. ¡Madre mía!

Cuando llegaba la hora, que era ya la madrugada par caso, que estábamos todos cansados de baile y muchos hasta estaban borrachos, pues entonces se decía que tenían que acostarse los novios. Los invitados unos se acostaban, otros se quedaban con todas su tragedias de bebidas y demás. Se tumbaban en las cabeceras que les preparábamos. Cuando se acostaban los novios, pues la boda se remataba.

Loly que sigue junto a nosotros, habla otra vez y dice:

- Pero si no te dejaban que te acostaras.

-¡Vaya! Entonces sí se acostaba una. Los padres de los novios, cuando ya faltaban un par de hora para el amanecer, decían: “Hay que dejar que se acuesten los novios”. Después de todo esta juerga, nosotros pues nos acostábamos un rato. A bregar un poquillo ¿Qué íbamos a hacer? Danos cuatro besos y sea los que Dios quiera.

- Cuenta lo de la serenata.

- Ya era, un suponer, amaneciendo, a tocar la serenata a los novios. No nos dejaban ni dormir. Principiaban con las guitarras

en la puerta del cuarto y aquello liaban un traqueteo de tocar y de cantarnos coplas que era “escojonarte”. Ya te espantaban y te tenías que levantar porque no se iban de la puerta. Nos levantábamos y entonces principiaban a darnos pan de aceite, chocolate, café. Cada uno de lo que quisiera. Eran unas bodas preciosas. Unas bodas serranas de verdad.

La nuera y Santi que no se despegan del lado de Manuela, vuelven a pincharle otra vez diciendo:
- Pero es que lo más emocionante no lo has contado tú.
- ¿Y qué era lo más emocionante, leche?
- Cuando estabas novia con tu Pedro. Eso de hacer así con las palmas porque querías que te diera el novio un beso. Y tenías la contraseña y entonces pues... Y que eso no nos lo hemos inventado nosotras.
- Eso es mentira vuestra que os lo habrá contado Francisco.
- ¿Pero cómo va a ser invento nuestro?
- Para que lo sepáis ya de una vez y me dejéis tranquila, cuando nos tocaban así, con las palmas de la mano, significaba que era hora de acostarnos. Que se fuera el novio a su casa y la novia a dormir. Y vosotros pensáis que eran hacernos palma para otra cosa. ¡Sois más tontas que el zapato de un perro!

- ¿Y cuándo queríais daros un beso?

- Pues cuando queríamos darnos un beso yo no tenía que tocar palmas ni tanta tontería. Cuando ya era de noche y él se iba, como en la calle aquella ancha no había luz, nada más que el candil, pues si yo quería salir a decirle a dios y nos dábamos dos besos, en la boca o donde nos diera la gana, ¿quien pija nos iba a ver de noche? No nos veía nadie. Además, que conviene que también lo sepáis: yo he sido guardosa. Ahora la gente salen con los chiquillos acuestas y por donde les da la gana pero antes fíjate, eso esa un escándalo para una casa.

- Bueno, tú no le hagas caso que lo que tienen es ganas de guasa.
- Tú fíjate: si uno quería darse un beso ¿ibas a tocar palmas para que vinieran a verte? Eso está claro ¿Verdad? Es que no saben. Como, para tanta gente, ahora es todo a tajo parejo y esto no se sabe quien es novio ni quien es marido ni nada, pues muchos se piensan que en aquellos tiempos las cosas eran lo mismo.
- Bueno, sigue tú con lo tuyo. ¡Es que ellas quieren liarte!
- Pues claro que quieren liarme. Pero a mi no me lían. ¿Qué estábamos contando?
- Con la boda estábamos.

- Pues lo que te digo es que yo no he hecho diabluras de no hacer buena boda ni dar el espectáculo ni de na. Yo he sido

una persona que hasta el cura quería subirse a mi boda, lo que pasaba es que teníamos que buscarle un mulo, en La Aldea, y no lo encontramos. A la aldea de Bujaraiza entonces veníamos todos. Hasta de las cuerdas para abajo que era del término de Santiago de la Espada, todos íbamos a Bujaraiza a casarnos. Está claro que la que se casaba por la iglesia.

Te digo una cosa: aquella aldea era muy bonica. La gente se juntaban todos a ver a los novios y aquello era tan precioso. A ver si va la novia bonica, a ver el novio si es guapo, que traje llevan, a ver si te equivocas, a ver lo que le decías al cura. Lo que hacen ahora.

- Y de aquellos tiempos ¿te acuerdas tú que alguna mocica no se casara por la iglesia?

- Había muchas que se iban con el novio.

- ¿Qué se iban?

- Que se decían esta noche nos vamos y se juntaban. ¿Me comprendes? Un suponer, tengo mi Josefa aquí y está con el novio y ella no quiere casarse por la iglesia ni na, viene el novio a las once de la noche o está hablando con ella y cuando me tomo cuenta, abre su puerta o la venta o lo que tuviéramos y se va con su nuevo y ya está casada. Y si quiere casarse por la iglesia luego, porque los hijos no sean unos “zapetos”, que no sean acompañados de iglesia, pues se casaba. Eso sí pasaba: se iban con los novios pero luego se casaban todas. Iban a

echarse la bendición porque eso estaba muy feo, por los chiquillos y todo. Entonces decían que eran hijos putativos. ¡Qué lástima! Todo te lo cuento.

LAS QUE SE IBAN

- ¿Pero alguna no se casaba?

- En mi cortijo yo no conocí a ninguno. Todos los que se casaron, fueron a la iglesia. Si se fue alguno con la novia, esos fueron, antes de tener un hijo, a echarse la bendición a La Aldea que era donde teníamos la iglesia. O a la Iruela, donde no los conocían tanto, para que no les diera vergüenza. Para que la gente no dijeran: “Han venido a casarse aquí porque se juntaron antes”. Pero la gente se casaba toda por la iglesia después. Eso sí.

Mis padres eran unas personas muy educados y muy buenos. Yo que era la mayor siempre tenía que dar ejemplo. Fíjate qué bonico hubiera estado que me hubiera ido con el novio o hubiera salido preñada. ¡Mira qué bonico y qué ejemplo! Antes hubiera preferido la muerte que un mal ejemplo de aquellos.

- ¿Tú has tenido siempre las ideas muy claras?

- ¡Vaya que sí! Antes éramos tontos y ahora son muy listos pero lo que pasa ahora no se ha visto nunca por estas sierras. El respeto a las mujeres y a las personas entre sí, eso no es

ahora ni mucho menos como era antes. Nos dicen que éramos tontos pero yo sé que éramos mucho más listos que todos los listos de ahora con tantas modernidades y tantas historias.

FUENTE DEL MACHO

- ¿De qué te suena la Fuente del Macho?

- De mi padre. Ya te he dicho que él era muy cazador. Lo mismo cazaba conejos que perdices. Todo lo que se le presentaba en el campo. Donde ponía el ojo ponía el tiro. Una vez se fue a cazar por ahí a un sitio que le llaman Los Villares, bien sabes por donde es. Cuando se vino para acá, mató un macho montés. A mi padre ya sabes que le decían Francisco el Piojillo, porque era muy chiquitillo y valiente como un león. A los que cuidaban estos montes, le dijeron que venía el Piojo con una cabra montesa que había matado.

El caminillo iba a salir a la misma fuente. Cerca estaba el vado por donde se podía cruzar el río. Se pusieron en la misma fuente a esperarlo. Allí lo engancharon. Llevaba el animal sin piel y la llevaba metida en el saco, liaica con otros trapicos que le había echado mi madre limpios. Lo cogieron allí mismo. Y claro, como le pusieron la denuncia, para luego acordarse en qué sitio lo habían cogido, decían que lo habían pillado en la Fuente del Macho. Así que ya lo sabes: por mi padre le viene el nombre a la fuente. Como lo cogieron allí pues ya se le quedó

el nombre de la Fuente del Macho. Gracia que no le pusieron la Fuente del Piojillo.

Esa fuente está justo donde el arroyo de la Hoya de Miguel Barba cae al Guadalquivir pero mi padre se echó otra vez el macho a cuesta y se le llevó al cortijo. Lo denunciaron pero no se lo quitaron.

MUERTE DE PEDRO

Mi Pedro y yo nos queríamos mucho y en el cortijo criado de toda la vida. El sabía lo que yo era y yo lo que era él. ¡Que lástima! Y míralo: me quedé viuda hace muchos años. Ya ves tú, la Josefa que era la mayor, tenía la criaturica siete añillos o por ahí. Otros tenían dos años, otros tres. ¡Mira! Toda mi vida penando he estado. Ya te he dicho que me casé con veintidós años y la Josefa tendría siete añillos, así que puedes hacer la cuenta a qué edad me quedé viuda.

- ¿De qué murió tu marido?

- Tenía lesión del corazón. Y venga llevarlo a un sitio y otro. Pero aquello no hubo apaño ninguno, hijo mío. Cuando viene uno para morirse... Me lo llevé a Jaén, porque había unos médicos del corazón que pa qué. Le principiaron a dar pastillas y se lo cargaron. En cuanto meramente le principiaron a dar medicamentos de los que no estaba tomando le dio una noche una cosa muy mala, muy mala y dijo el médico: “si se lo quiere

usted llevar, su marido ya no tiene apaño ninguno. Su marido se le muere aquí”. Digo. “¿Pero por qué no me lo han dicho antes?” Dicen: “Esta noche esta muy grave”. Digo: “Pues voy a buscar una ambulancia”.

Y las enfermeras vieron que estaba ya en la agonía de la muerte. Cuando principiamos a buscar la ambulancia y de todo para venirnos aquí desde Jaén, antes de salir se me murió en el hospital. Querían enterrarlo allí y dije: “Difícil será en el mundo pero a mi marido me lo llevo a mi casa, a mi terreno, a mi sierra para que eternamente viva conmigo junto a las aguas del Guadalquivir. Allí tenemos nosotros nuestras viviendas, nuestras tierras, nuestros curas y todas nuestras cosas”. “No, no, esto está muy lejos”. Digo: “Si está lejos, el muerto ya no va a decir que va cansado”.

“Es que está prohibido sacar a una persona muerta del hospital y menos a estas horas”. Me decía el médico. Me enganché al cuello del médico y le decía: “Hay por favol, déjeme usted que me lo lleve a mi terreno. Quiero tenerlo allí cerca de mí y mis hijos”. Llorando a lágrimas vivas. Al médico le dio tanta lástima y dice: “¿Vas a llorar por el camino?” Digo: “Yo no lloro, como si fuéramos de viaje”. Y así lo hice.

Mira ya los médicos y las enfermeras les dio tanta lástima de verme que dijeron: “Bueno, buscad una ambulancia”. Y el de la ambulancia decía que no sabía venir de Cazorla para acá. Digo: “Usted no se preocupe, que a Cazorla voy yo y desde el pueblo hasta mi Guadalquivir, voy hincada de rodilla a mi casa. No tenga usted miedo que no pasa na”. Cuando ya lo íbamos a subir en la ambulancia le digo al hombre: “Mire usted, yo no le voy a engañar, mi marido va muerto. Si usted tiene conciencia y me quiere llevar, eso que en el cielo Dios tendrá que pagarle. El no le va a dar un escándalo ni yo tampoco”. Y de verme llorar, dicen: “No llores, no llores hija mía. Que yo de Cazorla para allá no he pasado pero ¿lo conoces tú bien?”. Digo: “No te preocupes que no me perderé por donde he estado toda mi vida andando”. Y me trajo.

Salimos de a la una o por ahí y llegamos aquí al rayar el día. Ya estaban los pajarillos cantando y todo. Aquí se lo presenté a mis hijos, muerto. Mis cuatro hijicos, Francisco y la Josefa que es la mayor... Yo he penado... yo qué sé cómo he aguantado, lo que yo he aguantado en este mundo.
- ¿A la misma Golondrina?
- Aquí a la Golondrina. Desde aquí lo enterramos en el cementerio que tenemos en Bujaraiza. Me quedé viuda y seguí teniendo valor para todo. ¡Ay! ¡Qué lástima!

A Manuela, a la pequeña y gran Manuela de las limpias aguas del Guadalquivir se le escapa un profundo suspiro mientras lentamente las lágrimas le ruedan por su arrugada mejilla. Deja de hablar porque las palabras se le han atascado en la garganta. Mira hacia los montes de la ladera de enfrente de su hotel la Golondrina como si buscara algo. La sigo con mis ojos y me parece ver como si por ahí, por entre los olorosos romeros clavados en las blancas peñas, se escapara hacia el azul limpio de las cumbres. Como si ya volara con esa libertad de las golondrinas y llevándose enredadas entre sus alas, la esencia del viento más limpio de estas sierras, se alejara hacia esas otras praderas de la eternidad.

Hacia las praderas que el buen Dios le tiene preparadas para que ya siempre goce junto a su querido Pedro. Para que aunque un día se vaya, nunca se vaya de las riberas de este su bello río Guadalquivir donde tantos días, tantos sueños, tantas luchas y tantas ilusiones en secreto ella tiene derramabas.

PALABRAS FINALES

- Dentro de unos años, ninguno de los que ahora mismo estamos, ya no estaremos aquí. Por si tú te vas antes, para los que nos quedemos ¿qué nos dices? - ¡Ya ves tú yo que sos voy a decir! Como mi marido se me fue, mi ilusión y las pocas fuerzas que me van quedando, las pongo todas en el deseo de

que mis hijos no sean nunca unos “ercichaicos”, sino amantes de su tierra y su trabajo como lo hemos sido sus padres. ¿Qué otra cosa le voy a decir yo, hijo mío? Ellos saben que yo les he dado bueno consejos para que siempre aprecien a las personas por encima de todo. Que atienda a todo el mundo como si de su propio hermano se tratara. Como siempre hemos sido los serranos de toda la vida.

Que les tengan cariño a las personas pero cariño de verdad y no por el interés de las cuatro pesetas que puedan dejar, que aunque también hacen falta, lo otro es más importante. Es un tesoro que se gana poco a poco y se conserva para toda la eternidad. A las personas no se le debe tratar mal sea quien sea. Hay que tener conocimiento y entregar el corazón a cada persona de los que por aquí pasa. Aunque esté irritado o estés llorando, ellos no tienen culpa de lo que te pasa a ti.

Muchas veces yo he estado comida de sufrimientos por dentro y bañada de lágrimas por las cosas que en la vida me ha ocurrido pero siempre me he limpiado mis lágrimas y me he preocupado del otro que también me necesita. Si me han preguntado: “¿Qué te pasa, parece que has llorado?” Siempre respondo: “¡Qué leche, que me ha caído un mosquito y mira como tengo el ojo!”

Mis hijos nunca hacen prejuicios para mí. Ayudan en lo que pueden las criaturas. La nuera también es buena persona. Ella es una persona que se han criado vecinos de por aquí y me conocen y de todo. Algunas veces nos damos una voz o cualquier cosa pero al minuto estamos como si siempre hubiéramos dormido juntas. Míralo.

Y miro. En estos momentos, la nuera come bajo la sombra de la noguera, en aquellas mesas de piedra que Manuela puso a la derecha de su casa para que los turistas comieran agusto.
- Si ella hace de comer, como yo. Si hago yo, come ella. Siempre unidos. Los serranos siempre hemos sido así: hechos para estar juntos y para ayudarnos unos a los otros como si las cosas del otro fueran más importantes que las mías. Con el tiempo, esta venta que con tantas fatigas e ilusiones levanté, lo que yo deseo es que ellos la sigan siempre. Ellos ya saben y como han recibido de mí lo más importante, saben avanzar por la vida dando a todo el mundo lo que cada uno necesita.

MEDALLA DE ORO

Va cayendo la tarde. Suave, el viento mece las verdes hojas de las nogueras que a la derecha de su casa, Manuela plantó en aquellos primeros días en que su venta comenzaba a levantar cabeza. Frente, nos queda la eterna ladera de los

pinos largos. Es donde en aquellos tiempos su padre sembraba trigo y garbanzos para comer en invierno. Arriba, por lo más alto, iba la reguera que daba agua a las tierras de toda la ladera. Entre la carretera y los pinos, el chorrillo de la fuente cae lento pero sin parar. Como si fuera el puro símbolo de la que lleva nombre de ave y aquí hizo su nido. El agua se quiebra y en silencio cruza las tierras de la llanura buscando el río.

Es el Guadalquivir niño, compañero de juegos, sueños y luchas y amor silencioso de la niña que hoy se hace vieja. Al caer la tarde, en su ribera se mecen los álamos y en su corriente se estancan los charcos de las aguas que vienen de las cumbres. Por allí se ve el cielo teñido de azul y las nubes revolotean vestidas de blanco. Río y corriente, álamos y viento, cumbres y cielo, bosques y nubes, trabados del infinito parecen esperar a que llegue el momento. El gran momento que va naciendo lento pero que llegará como fue creciendo ella y ahora ya se apaga en la aurora del final.

Su rincón, el nido de la Golondrina luchadora, duerme silencioso en el centro de este valle y al mismo tiempo hierve de vida. Es ahora agosto y mucha gente viene por aquí. La conocen, la quieren, la tienen viva entre los recuerdos bellos de estas bellas sierras. Josefa se nos acerca y entonces le pido

que nos traiga las fotos. Los recuerdos que a Manuela le entregaron cuando aquel día de la medalla de oro. Un sobre grande, un montón de fotos, hojas de periódico, fotocopias de aquella fiesta.

- Pero nadie mejor que tú puede explicar lo que fue.
Le digo a ella. Y como le pasa siempre, como siempre ha sido la Golondrina, responde y dice:
- Es que ahora yo te voy a decir que no sé ni qué premio es ni por qué me dieron ese premio. Me dijeron lo que ya Te he dicho y bien sabes tú: que era por ser la primera ventera del Guadalquivir. Y me llevaron ahí arriba, a un sitio que no recuerdo cómo se llama. Fue por causa de un señor que tampoco me acuerdo cual es su nombre. Siempre nos ha apreciado mucho y me aprecia y él fue el que pensó todo esto.

Pasamos una noche muy buena. Invitamos a la mitad de la gente que tengo de vecinos y de cosas. Fueron los que quisieron. Muchos no fueron porque pensaban que les iban a hacer algo. Ya sabes tú el miedo que los serranos siempre hemos tenido a que nos quiten un poquito más de ese puñadito de sierra que tanto queremos. Nos dicen que nos van a dar y luego nos quita hasta la propia identidad. Y como sabemos que, los autores de estas cosas, siempre fueron los que vinieron de fueran, pues les tememos. Si aquello hubiera sido

una boda serrana de las que se celebraban en los cortijos, todo el mundo hubiera ido. Los serranos sabemos que entre nosotros nunca nos hemos hecho daño. Nunca nos hemos engañado. Nunca hemos dado para luego quitar.

Pero fue un montón de familias y todos quedaron contentos. Yo muy agradecida de todos. Así, como mi vida es esta, pues algunas veces les da la manía de decirme que me presente porque me van a premiar. Y yo nunca he trabajado por el interés de un premio. Pero hijo mío, son así. También tuve que presentarme en Jaén. Con los alcaldes y aquello fue otra cosa que pa qué. Del mérito de ser la primera ventera del Guadalquivir. Y la han tomado así conmigo y yo estoy muy agradecida pero... a ver, hijo mío. Unos me quieren bien y otros... Yo qué sé. Pero que sí: se portan todos muy bien conmigo. Yo estoy muy agradecida de todos.

- Es mérito a tu trabajo silencioso y bien hecho.

- Será por eso porque por otras cosas no creo yo que sea. Yo aquí... ya sabes tú. Cuánto llevo sufrido y cuánto llevo penado y cuantas veces las cosas han venido contra mí. Si ahora me premian, será, como tú dices: “mérito al trabajo silencioso y bien hecho”. Por otra cosa no creo yo que sea.

Abro el gran sobre que ha traído Josefa y entre muchas

fotocopias y fotos, encuentro una hoja que, en un artículo de prensa, dice lo siguiente: “Doña Manuela Adán Parra: Nació el día 23 de julio de 1919 en Santiago de la Espada. En el año 1940 inició su actividad con una venta llamada “La Golondrina”, siendo ésta la primera construida en la sierra de Cazorla y constituyéndose como un negocio familiar. Pionera del Turismo Rural y la Gastronomía Serrana en el Parque de Cazorla, Segura y las Villas. A lo largo de los años ha deleitado a los miles de viajeros que han pasado por su establecimiento. Por su constancia y dedicación hoy en día sirve como punto de referencia a muchos empresarios instalados en el interior del Parque”.

En otras partes de la hoja fotocopiada que tengo en mis manos, se ve la fotografía de muchos personajes importantes rodeando a Manuela que sostiene un gran ramo de flores en la mano. En el centro de la hoja, la medalla, cuya inscripción dice lo siguiente: “Hotel Jaén. Asociación de Empresarios de Hostelería, Turismo y empresas a fines de la Provincia de Jaén. Medalla de oro 1995”.

ALGUNAS VECES SE ME DESCUAJA EL CORAZON

Y parece como si este fuera ya el final. Uno de los muchos finales, porque como ella dice, van llegando a lo largo de la vida. Como yo lo siento así, antes de irme, quiero hacerle la

pregunta. La miro y le digo:
- Atiende bien Manuela, a lo que ahora te voy a decir: no me quiero ir, de este rincón tuyo, sin hacerte la gran pregunta. O al menos para mí, si es la tremenda pregunta. La llevo en lo más hondo de mi corazón y ahí, en ese rincón intimo de mi ser, me grita con la fuerza del río cuando se desborda. Y ahora, después de todo lo que he visto, he oído y he tocado, se me remueve desde la profundidad del alma con un grito mucho más desgarrador que otras veces.
- Pues hijo mío, habla ya ¿cual es esa pregunta?
- Es muy cortita y tiene palabras tan sencillas como los que tú me has dicho.
- ¡Válgame Dios!
- Desde todo lo que tú me has cascado, ahora ya revoloteando por entre lo más transparente de este pequeño espíritu mío tan enraizado a estas tierras tuyas, te pregunto: ¿tú crees que has vencido?

Y Manuela, durante unos segundos me mira en silencio. Habla un poco más lento que otras veces y me dice:
- Algunos días, cuando estoy sentada aquí solica, me desmorono, se me descuaja el corazón y me entran ganas de llorar. Es que seré yo una tonta pero me pasa esto. Miro a esta obra mía levantada piedra a piedra a lo largo de los años y me siento feliz. Creo que mi esfuerzo al fin ha dado su fruto, ha

merecido la pena. Me siento bien ahora aquí entre los míos y tan rodeada de las cosas de mi tierra y que tanto siempre quise.

Pero estando yo aquí sola sentada, al caer la tarde algunos días, miro hacia la ladera esa que tenemos enfrente, ya te digo, el corazón se me descuaja y me entran ganas de llorar. Me acuerdo de los que deberían estar y ahora no están. Los muchos que tuvieron que irse de esta tierra hermosa a otros lugares tan lejanos y tan dispersos. Ellos no tuvieron la suerte que tuve yo y lo pobreticos, tuvieron que arrancarse de estas sierras. No sé por qué pero me da pena. Eso de estar fuera de la tierra de uno, es duro y más todavía cuando en aquellos otros lugares no encuentras lo que en un principio soñabas ibas a encontrar. Es muy probable que yo haya vencido pero cuando me pregunto ¿y los que se fueron? ¿Los que tuvieron que renunciar a sus propias raíces e identidad para seguir viviendo?

A veces me digo que lo mismo que yo sigo viva en mi tierra, respirando cada día el perfume que sube del río, también deberían estar ellos. Aunque tenga mis hijos, sé que faltan muchos de los que antes estaban y eso me duele. ¿Por qué se fueron y por qué se tienen que ir? Aunque yo haya vencido, en el fondo es poca cosa, porque conmigo deberían estar muchos

que son buenos y que no pudieron estar ni estarán nunca. Seré yo una tonta pero algunos días, cuando la tarde cae, se me descuaja el corazón y me entran ganas de llorar.

FUENTE DE LA PASCUALA

PRESENTACION

Frente a la carretera, justo donde se desvía el carril de tierra que entra al camping, bajo la sombra del pino, nos sentamos. Es casi medio día del diez de agosto y hace bastante calor. Circulan muchos coches por la carretera, se apartan hacia el camping, algunos, cantan rabiosas las chicharras y el viento ni se nota que pasa.

- En el Collado del Almendral, en el mirador que hay más allá, es donde están las piedras.
- Allí se las han llevado.
- Todas las piedras del cortijo. Las que formaron las paredes de este cortijo que ya no existe. Aquí mismo, en el pequeño rellano de tierra que estamos pisando, es donde estuvo.
- ¿Cómo se llamaba?
- La Venta de la Pascuala. Porque esto era una venta que se levantó por el mismo tiempo, más o menos, que la de la Golondrina. Yo fui el que vivió aquí y para que lo sepas te diré

mi nombre: Me llamo Domingo Castillo Díaz, nací en el 1921, ya tengo setenta y cinco años y ahora vivo en el poblado de Coto Ríos. Fuimos diez hermanos y tres sobrinos que recogimos, chiquitillos los tres, que también los hemos criado nosotros. Se quedaron huérfanos y nos los trajimos a mi casa. De los hermanos, hemos sido cinco hembras y cinco machos y de los sobrinos, dos hembras y un macho.

EL NOMBRE

- ¿De qué le viene, a esto, el nombre de Pascuala?

- Mi madre se llamaba Pascuala Díaz García y como nos hicimos el cortijo aquí mismo, a la fuente que manaba y mana algo más abajo, se le empezó a decir "La Fuente de la Pascuala", por el nombre de mi madre. Mi padre se llama Andrés Castillo García.

Primero vivíamos en la cueva esa, que se llama La Cueva de Arance, que de eso le viene el nombre a los llanos donde ahora se levanta el camping que tenemos más arriba. Camping de los Llanos de Arance, sin que casi nadie sepa que ese nombre arranca de la cueva que hay cerca de la carretera. La Cueva de Arance, que es donde nacimos tres de nosotros. Desde la cueva nos bajamos a una era que había más pegado al río, en el mismo llano. Ahí teníamos un casucho chiquitillo. Luego nos vinimos aquí pero como no cabíamos todos en la

casa porque éramos muchos de familia, pusimos una tienda de esas que llevan los pastores. Aquí pasábamos el día los zagales guardando las cosas. Ya empezábamos a juntar las maderas y las piedras para hacer la casa.

La tierra no era nuestra. Había un señor que era el dueño, el dueño verdadero viejo, del coto y él nos autorizó para que en sus tierras hiciéramos la casa. Fue a mi padre a quien le dio su autorización. Entonces todo esto se llamaba el “Coto del Río” que de ahí luego fue surgiendo el nombre del poblado. Ese hombre, además de autorizar la construcción de la casa en sus tierras, nos dio madera y piedras. Nos dejó que hiciéramos una calera y de la cal que de ella sacábamos, él se llevaba de tres una. Lo que nos quedaba era la cal que fuimos empleando en la casa. La madera era igual. Era suya pero nosotros trajimos los aserradores, las tablas y los rollizos, que entonces no eran cuartones, pues también de tres una para él. El resto para nosotros y así fuimos levantando la casa.

- ¿La hicisteis vosotros mismos?

- Claro, si éramos muchos para trabajar. En aquellos tiempos las cosas estaban muy malas. Cuando ya teníamos la casa levantada, se nos ocurrió poner una tabernucha para ver si podíamos salir adelante.

- Porque pasaba el camino cerca.

- Sí por ahí mismo pasaba. La casa miraba al río. El camino pasaba por la misma puerta de la casa. Con mil fatigas íbamos saliendo para arriba y aquí acudía toda la gente: "Pediores" recoveros y leñadores. Todos se albergaban aquí.
- ¿Qué venta fue antes esta o la de la Golondrina?
- La de la Pascuala mucho antes. Fue la primera de por aquí cerca de la carretera. Había otra que se llamaba la Venta del Vaquillo, que esa era más antigua. La Venta Juan Ardí, más arriba de La Ericas y la Venta del Vaquillo, donde ahora se encuentra el hotel Mirasierra.

LOS LLANOS DEL CAMPING

Todo el llano este, donde ahora mismo se encuentra el camping que lleva el antiguo nombre de la Fuente de la Pascuala, todo eso lo sembrábamos nosotros.
- ¿Y los Llanos de Arance?
- Ese ya no lo sembrábamos nosotros. Hay había varios. Estaba hecho parcelas y lo cultivaban entre varios. Gente del poblado, ahora pero entonces le decíamos "El Cortijo del Río". Otros eran del Olivico y de las Casas de las Tablas. Esa llanura ante se llamaba "Llano Curica", justo donde ahora para el avión este que tenemos en Vadillo. Te estoy hablando del helicóptero que en verano traen por aquí para los incendios en la sierra. Tiene su campamento en el poblado de Vadillo pero en caso de incendios, recorre toda la sierra llevando personal para luchar

contra las llamas. A lo ancho de las sierras del Parque, tiene varios puntos preparados para aterrizar. Por aquí, en este llano que te acabo de decir, es donde para.

Y este otro llano que nos queda aquí para abajo, lo que están acondicionado para que acampen los grupos de jóvenes que vienen de campamentos y que se llama Los Brígidos pero antes era el Llano de los Brígidos. Poca diferencia pero así eran las cosas. Esto de aquí para arriba, Solana de Coto Ríos hasta la Hoya de Miguel Barba. Los nombres de los cerros que nos quedan enfrente, también te los voy a decir. Los montes que nos quedan en primer plano en la vertiente de la cumbre del Banderillas y que se ven claramente desde estos dos compings. Este primero se llama el Cerro de la Tortilla, el Cerro de la Bandera aquel, el otro cercano el Cerro de la Cueva del Puntal, el arroyo que baja por ahí es arroyo de Aguarrocín. Como estás viendo, este cauce queda entre el gran río Borosa y el otro también hermoso río de Aguasmulas. Ese cerro que nos queda cerca del río Aguasmulas se llama el Cerro Cristóbal García. Es un nombre que no te sé decir de dónde viene pero que es muy antiguo.

CON DOCE AÑOS

Cuando la guerra, a mí me cogió con doce años. Fui el mayor de los que quedó aquí porque los otros se lo llevaron.

Tenía un hermano mayor, que todavía no estaba casado y era el que llevaba la casa y se fue a la guerra. Bueno, se lo llevaron porque no había otro camino. Uno de ellos, el que tenía dos años más que yo, lo mataron, murió y ya no volvió más. Otro hermano mío, que era también mayor, murió siendo todavía yo pequeño. No llegué a conocerlo. Cuando la guerra, Mi padre ya había muerto. Nos quedamos nada más que todos los pequeños.

Teníamos un par de mulos. Con doce años yo no alcanzaba a echarle el ubio. Recuerdo que cada día, cuando llegaba el momento de uncirlos, me hinchaba de llorar. Pero como no había quien lo hiciera, no me quedaba otro camino. El primer día estaba el ubio encuero. Tuve que llamar a un hombre para que me lo arreglara para así poder yo arar las tierras. Me pasaba todo el día arando y por la tarde cuando soltaba los mulos, tenía que coger, con un sobrino mío de esos que recogimos huérfanos y subir a una cueva que hay más arriba. Se llama la Cueva del Romeral. Allí le tenía que ayudar a él a ahijar los chotos.

Mi hermano este último, sí volvió de la guerra. Estuvo en un campo de concentración bastante tiempo. Luego tuvimos que ir a hacer un aval de esos que hacían, el cura tenía que hacerlo, porque sino no lo echaban, y así pudimos sacarlo del

campo de concentración. Volvía de noche y todavía tenía más faena: echarle pienso a las bestias y cuidarlas para que a otro día estuvieran a punto. A otro día, antes de amanecer, tenía que ir con él otra vez, porque era pequeño, a ayudarle y cuando volvía, le echaba el apero a los mulos y a sembrar por los llanos estos del camping, todo el día yo solo. Yo araba, cavaba, regaba, escardaba... todo lo hacía solo, sin ninguna otra ayuda. Ya te digo, de los que se quedaron en mi casa, era el mayor y claro, tenía que trabajar para traer una peseta a la familia.

Desde aquí mismo salía un camino que iba a la Hoya de Miguel Barba y a la Cueva del Romeral. Otro pasaba por donde justo estamos nosotros sentados. Era el camino real, que le decíamos. Estando ya nosotros aquí, los vecinos más cerca, eran unas familias que se vinieron a las cuevas esas. Las que siempre se han llamado Cuevas de Arance y que quedan a la derecha de la carretera subiendo para Coto Ríos. En otro sitio que se llaman los Salaos, había otros vecinos y en el lugar llamado Aguasmulas y el Molino de Eusebio. Estaba a la traspuesta de eso, en el mismo río de Aguasmulas.

- ¿De qué era ese molino?

- En él se molía de todo. Trigo, maíz, cebada. Aceituna no se molía.

SIN TIERRAS PROPIAS

Las cosechas que salían de estas tierras eran fundamentalmente de cereales y hortalizas. Como todos estos terrenos que yo trabajaba eran propiedad del dueño del coto, una parte de lo que aquí se producía, se la llevaba él. Del riego, de cuatro fanegas, lo mismo da fanegas que kilo, de cuatro, una para él y tres para nosotros. Y de secano, dos para nosotros y una para él. Un tercio, de tres una. Fuera de lo que fuera. Aquí lo que se sembraba era de todo: trigo, garbanzos, maíz, habichuelas... nunca salía suficiente para alimentar a la familia a lo largo del año. Pero había que atenerse a lo que uno sembraba. Y como lo sembrado era en terreno malo y entonces no había abonos ni nada de eso, pues no se criaba bueno.

Pero entre lo animalillos y lo poquillo que se recogía, había que ir saliendo. Aguantarse con lo que hubiera.

- ¿Y la matanza serrana?

- También nosotros hacíamos matanza. Más mala o más buena pero la hacíamos. Este llano que tenemos aquí debajo estaba puesto de olivas todo entero. Pero que eran de su dueño. Nosotros no teníamos olivas. Teníamos que comprar el aceite. Pues mis muchachas iban a trabajar por aquí a los que tenían fincas y nos daban pringue. Lo que ellos no querían nos daban a nosotros para hacer de comer. Así nos apañábamos y así nos hemos criado.

- Y con los mulos, además de arar ¿qué otra cosa hacías?

- A trillar he ido yo con los mulos hasta Jabalcaballo, las llanuras esas que hay en lo más alto de la cuerda, entre Peña Corva y el Pardal. Allí hay unas tierras muy buenas que la sembraban y daban un trigo excelente. El cortijo donde yo trillaba está en Jabalcaballo pero el que criaba la siembra no era de allí. He trillado mucho en la Hortizuela, el Borosa, en San Román, que eso está ya cerca del Tranco, en el molino de Eusebio, en Aguasmulas, en las Ánimas, en las Loma de los Asperones, en la Solana de Padilla... En muchos sitios. Donde me avisaban. Había que dejar lo nuestro para ir a buscar un duro. No había dinero. Yo tenía un par de mulillas muy buenas para eso y me llamaban para que les trillara las mieses. Pero entonces no se cobraba nada. Ocho duros me daban por estar todo el día trillando y poniendo las mulas yo. El que no tenía dinero me daba grano pero siempre la cantidad que valiera los ocho duros. Ocho duros y mantenío yo y las bestias.

- ¿Qué personas venían por aquí en aquella época?

- Sólo había dos guardas. Uno en aquel lado del río y otro en este. Pero con nosotros no se metían. Los veíamos a lo mejor cada año una vez. No teníamos tierras ni propiedades y claro, poco tenían que decirnos a nosotros. Había un guarda del coto. Eso sí. Que era el que cobraba los “terrajos” que se llevaba, de

aquellas cosechas que uno iba recogiendo de las tierras. Los pastos de los ganados, también lo cobraba él. Estaba a sueldo del dueño del coto. Como te he dicho, había dos guardas del Estado, el Patrimonio forestal pero como nosotros estábamos dentro de un coto, pues aquí estaba también el guarda del coto. Estábamos a las órdenes suyas. Lo que él decía. Como nosotros no salíamos de lo del coto, pues a los otros guardas ni los veíamos.

A los civiles sí se les temía muchísimo. A lo mejor no teníamos para comer y había que ponerles a ellos lo poquillo que hubiera. Además, les teníamos mucho respeto. De por aquellas fechas, recuerdo yo varias cosas de civiles. Cuando empezaron a echar aquí los ciervos y todos aquellos bichos que trajeron de fuera, pues un día se perdió uno. Era un ciervo chico. Les echaban la culpa a dos vecinos que había ahí abajo. Pasaban mucha hambre y dijeron "Estos han sido los autores de la desaparición del ciervo". Vinieron, los colgaron de los pies, se hincharon de pegarles y luego no habían sido ellos. Luego apareció.

- ¿Eso fue real?

- ¡Vaya que si fue real! Entonces a los ciervos se les tenía que respetar. Una de esas personas ha muerto ya, la otra vive en Villa Real. Eso me parece que es de Castellón. Pero no creas, cuando apareció el ciervo, no vinieron ni a pedirles disculpas ni

a pagarles nada.

Los jóvenes de aquellas fechas nos divertíamos en los bailes de los cortijos. Cuando nos enterábamos de algún esfarfollo en tal sitio, allá que íbamos nosotros. Otras veces hacían baile sin esfarfollo ni nada y también íbamos. Si se casaba alguien, a la boda y si era viuda, a darle la “cencerrá”. En las Casas de las Tablas se juntó una y fuimos a darle la cencerrá. En Bujaraiza recuerdo otra. Le tocábamos cencerros y le cantábamos coplas. Todo el llano ese que te decía antes, donde para el avión, ahora es de la Confederación pero antes era propiedad. Aunque esto fue un coto pero las propiedades esas eran a parte. Pues en esas parcelas se juntaba mucha gente. Por las tardes y por las noches formábamos ahí unos bailes que pa qué. Es que venían a trabajar y claro, luego echábamos nuestros ratos de diversión.

CASI AHOGADOS EN EL PANTANO

- ¿Y lo del pantano también llegó por aquí?

- El agua no pero recuerdo que por aquellas fechas, creo que cuando se llenó el pantano por primera vez, estábamos nosotros con vacas ahí abajo. Teníamos unas pocas vacas. Estábamos tres. Un sobrino mío y otro. Nos juntamos y dijimos: “Vamos a bañarnos al pantano”. Nos subimos a un pino que estaba con agua por debajo y nos tiramos al pantano. Y aguas

adentro estuvimos nadando por lo menos un kilómetro, sin descansar. Luego nos acercamos a la orilla, salimos y después de descansar un rato dijimos: “Lo mismo que hemos venido hasta aquí, pues también podemos volver al mismo sitio nadando”. Y en vista de irnos por la orilla nos fuimos por en medio.

Cuando íbamos por la mitad o así, se levantó un airecillo que nos daba de frente y nos ahogábamos. Pero es que estaba muy lejos la orilla. Por entre la superficie del agua asomaban las copas de unas carrascas. Sin hablarnos ni nada, porque estábamos ahogándonos ya, dijimos: “Vamos a ellas y nos agarramos a las ramas y descansamos”. Pues como rama que agarrábamos rama que se rompía por abajo. Uno detrás del otro dando vueltas y tragando agua. Yo que iba delante pensé: “Esto lo mejor es echarle el culo y volvernos otra vez”. Nos volvimos y como el aire seguía soplando, casi sin esfuerzo nos sacó de nuevo a la misma orilla. Así nos pudimos salvar.

Es que, además, de la misma superficie del agua se levantaba una nieblecilla que nos tapaba la respiración. Cuando llegamos a la orilla, como la tierra tenía mucha humedad por allí, nos encontramos con otro problema. Habían crecido muchos cardos de eso de bolas pinchosas. Y encueros y “escarzos” nos metimos por entre ellos. Ya no podíamos

tirarnos al agua otra vez. Así que nos metimos por allí y para llegar a dónde teníamos la ropa sufrimos lo nuestro. Un Cristo parecíamos nosotros de tantos pinchos además de agotados y hartos de agua que veníamos.
- ¡Qué aventura!
- Que nos dio aquella manía. Como al principio fue bien, pensamos que a la vuelta iba a ser lo mismo. Y no nos ahogamos de milagro. Yo tendría dieciocho años o por ahí. Sabía nadar muy bien pero desde aquel día no me he vuelto a meter en las aguas del pantano.

Otra vez aquí, ahí mismo, estaba todo el llano este que coge el camping, tapado de agua. Nos juntamos en la orilla y pensamos colar al otro lado. Por aquel entonces no teníamos bañador. Yo tenía unos calzoncillos de estos largos que se ataban así por abajo. Había mucha gente aquí porque ya vendíamos vino y cosas en esta casa de la Pascuala y, además, también había una bolera. Aquel día había mucha gente jugando a los bolos y hasta mujeres. Pues mis ocurrencias fueron tirarme al agua con los calzoncillos puestos. Como ya te he dicho, los llevaba atados abajo y aquello se me llenó de agua. El peso empezó a tirar de mí para el fondo y como tampoco podía nadar, no había manera de salir. A fuerza de empujones y empujones ya llegamos a donde se tocaba fondo con los pies y al fin salimos a la orilla. Pero para

ahogarse también en esta ocasión. Pero ¿cómo nos íbamos a quedar encueros si había aquí muchas mujeres?

LA GRAN RIADA

De riadas grandes sí recuerdo yo más de una vez. Especialmente de una, no me olvido. Cayó una nube grande un día y el arroyo de Aguarrocín y el de Aguas Blanquillas, bajaron repletos al mismo tiempo. Tantos peñones, montes y troncos de árboles trían que se cortó el río y la remansa, llegó dos kilómetros cauce arriba. Teníamos nosotros sembrado en la tierra de este llano muchas patatas, habicholones, remolacha y de todo eso, y se lo llevó todo. Se veían estos llanos por completo cubiertos de agua y sobre ellas flotando los troncos y los animales muertos. Ovejas y cabros dando tumbos que aquello era tremendo. La riada más grande que yo he conocido en toda mi vida. Tendría entonces unos catorce años y todavía no estaba el pantano.

Se llevó todas las cosechas y en el Zarzalar había dos personas con ganado. Se metieron en una cueva. El agua bajó por los dos lados de la cueva y los envolvió. Se salvaron porque cerca crecían unos chopos y se subieron en ellos. Pero según contaban ellos luego, los chopos estuvieron a punto de romperse por la fuerza de la corriente y los pedruscos que contra los troncos chocaban. Esa fue la salvación de aquellos

hombres. Ya te digo, riada como aquella no se ha conocido por aquí ninguna ni antes ni después.
- Si en estos llanos hubiera habido todo lo que en estos tiempos estamos viendo ¿qué hubiera pasado?

- ¡Madre mía! Hubiera sido un desastre más grande que ese que acaba de ocurrir en el camping de Biesca. Lo de este invierno que ha pasado, también ha sido bueno, que tú sabes que el río ha saltado varias veces por encima del puente que lleva al poblado de Coto Río pero lo de este año ha sido de lluvia normal. Aquello que te he dicho antes, fue una nube. Algo así como lo ocurrido en el camping de Huesca. Riadas de las otras, de lluvia de temporal, las ha habido aquí siempre y algunas más grandes que las de este año. ¡Vaya, ya lo creo!

SIN PUENTE

- ¿Por dónde cruzabais el río entonces?
- Por donde había un vado y cuando estaba crecido por ningún lado. Para subir a Cazorla había que ir hasta el Vado de los Rosales que ya sabes está en el río Borosa, algo más abajo de la cerrada de Elías. Las personas que vivían en aquel lado del río, ese era el único camino que podían tomar. En el Guadalquivir, por este valle y en aquellos tiempos, no había más puente que el del Hacha. ¿Sabes cual te digo? Se encuentra cerca de Arroyo Frío. En aquellos tiempos se tenía

que ir con caballería o a pie. Porque este puente que tenemos aquí, que cruza el Guadalquivir y da paso al camping de los Llanos de Arance y a la piscifactoría del río Aguasmulas, lo han hecho mucho después.

- ¿Recuerdas cuando fue?

- La fecha no pero sí sé que lo han hecho dos veces. Primeramente lo hizo una compañía que había. Fue y la pileta de en medio, hicieron el roto y en lugar de ponerlo como lo han puesto ahora, con cemento, levantaron la pileta con sacos de cemento si abrir. De sacos de papel llenos de cemento hicieron la pileta así hasta arriba. Y luego lo de arriba, era de vigas de madera.

Vino una riada grande y claro, los sacos como eran de papel, se "esfarataron". Aunque el cemento que tenía dentro se había puesto duro, como los sacos no se pegaron unos con otros porque tenían papel, pues el agua se los llevó con toda facilidad. La riada se lo llevó y cayó todo el puente. Aquella primera vez el puente fue para sacar madera. La segunda vez que lo hicieron ya si fue a base de pilares y bien hecho. Entonces esa carretera era un carril muy malo.

EL ANGEL DE LA GUARDA

De aquellas vacas que te decía antes, que no eran nuestras sino que nos las dejaron a medias, una vez tuvimos

una que era brava. Tenía cinco años cuando la compró el que nos la dejó a nosotros. La vaca, se iba a la gente como un demonio. Pero nosotros la cogimos y la domamos con otra para ir a arar con ella. Como era tan borde arremetía contra todo en mundo. Sin embargo, a mí y a mis hermanos no nos hacía nunca nada. Pero sólo a nosotros. Para las demás personas tenía que está siempre atada.

Un día, se “encujó” y la teníamos ahí en un pino. Se acercaron dos por el llano ese de abajo y desde muy lejos ya venían diciendo: “Ya verás como esté la vaca suelta. Hoy nos corre”. Decía el otro: “¡Eh! ¿Qué irá a hacer la vaca si está coja? Eso no puede hacer nada”. “Pues, ya que no”. A la vaca ya le había dado del viento. Antes de sentirlos a ellos ya estaba con la cabeza alta oliendo así para abajo. El camino iba entonces por la parte de abajo, más pegado al río. En cuanto los vio, salió para ellos y se le tiró al primero que venía montado en su mulo. Lo echó por el suelo, derribó el mulo, le quitó el aparejo a la bestia y todo cayó, dando tumbos, para el barranco. Aquel día no pasó nada pero el susto se lo llevaron y fue lo suficiente para que la fama de la vaca se extendiera más.

A nosotros no nos hacía nada. Era nombrarla y la vaca ya no hacia nada. Otro día una sobrina mía estaba con ellas, ahí más para allá y fue a darle a unas olivas que había algo más

abajo. Al verla la vaca arreó detrás de ella y la chiquilla corriendo y gritando, se subió en una olma. Todavía le dio tiempo de engancharla de los pies y la tiró al río. Aquella vaca era una fiera. Y, sin embargo, a nosotros no nos hacía nada. ¿A mí? Como si fuera mi perro de compañía.

Yo me iba con ellas por ahí porque no quería que se juntara con las otras porque estaba coja, me iba con ella y donde quiera que me sentara, así que comía, se acostaba a mi lado. Antes a mí me daban unos mareos muy grandes. Cuando me daban estos mareos tenía que acostarme y esperar hasta que pasaran. Un día, el amo de la vaca, vino por esta llanura a buscarme. Se acercó el hombre por allí y me vio tumbado. La vaca se había acostado y junto a mi cuerpo ella tenía la cabeza echada, con el hocico encima de mi barriga. El hombre se asustó. Dice: “Pues que lo ha matado”. Se fue corriendo a su casa y enseguida dijo: “Que la vaca ha matado al zagal”. Los asustó a todos. Vinieron corriendo a ver qué había pasado. En cuanto la vaca los oyó, levantó la cabeza y enseguida se puso de pie. Se plantó frente a ellos, defendiéndome a mí y en ese momento me espavilé. Todos se quedaron helados. Quisieron acercarse a ver qué pasaba pero no fue manera. Les dije que se fueran, que no pasaba nada y aquello fue para todos, un asombro.

A partir de aquel día todos se dieron cuenta que cuando yo estaba al lado de la vaca, no se podía acercar nadie a mí. Me guardaba que pa qué. Yo le daba de comer, la tentaba, la acariciaba, le rascaba por donde quería, le quitaba el cencerro y se lo ponía donde me gustara y a mí nunca me hacía nada. Pero que no se me acercará nadie. El animal me tomó cariño y como yo siempre estaba con ella haciéndole de todo, me defendía como su hubiera sido su propio hijo.

- ¿Cómo se llamaba?

- Yo le había puesto de nombre Bragá. Era de color canoso. Tuvo su cría y aunque yo agarraba y jugaba con la becerrilla, ya te digo, la vaca no me hacía nada. A mi hermano que fue el que la domó, pues lo mismo. Cuando él la nombraba, la vaca venía corriendo.

- ¿Cómo acabó luego esta vaca?

- Como no era nuestra, un día la vendió el dueño y me quedé sin ella. Me dio mucha pena porque aquel animal tan bravo para otras personas, para mí era como mi ángel de la guarda. Mejor que un perro para cuidarme. Y el animalico tantas siembras como había aquel día que se echó a mi lado para cuidarme, no probó ni un bocado de aquellas sementeras. Era lo que luego todo el mundo decía. En lugar de irse a las siembras a comerse lo que pillara, se vino conmigo para cuidarme. Echar la cabeza por lo alto de mí, con el calor que

hacía, estaría yo sudando. ¡Lo que son los animales algunas veces! Más nobles que las personas.

LA REPOBLACION DE LOS PINOS

Aquello de la repoblación fue por todos los sitios. Primeramente estuvimos por la zona esa de la Torre del Vinagre. Con un escavillo, al principio. En el cabo llevaba una punta y con aquello hacíamos el roto en la tierra. En el agujero poníamos el pino y con la pala del escavillo se enterraba. Luego nos dijeron que hiciéramos hoyos con un azadón. Los hombres y zagalones más mayorcetes, hacíamos los hoyos y las mujeres iban poniendo los pinos en estos hoyos.

Pasado el tiempo sacaron otro sistema. Hacer fajas de esas. Ha base de cavar con los azadones y a mano, se hacía una faja que había que darle cuarenta de ancho por cuarenta de hondo y allí es ponían los pinos. Se hacían las fajas primero, en la primavera y en cuanto llovía, pues a poner pinos. Las mujeres, más que na, entonces eran mujeres. Pero hombres y zagales también plantaban pinos. Para unas cosas fue bueno aquello de la repoblación porque dio trabajo y las personas sacaban algunas pesetas pero a los que tenían ganado se les complicó la cosa. La mayoría tuvieron que venderlo todo porque no dejaban que pastorearan por donde se había puesto una repoblación.

También estuve repoblando por Peña Corva, en el Canalón de los Tablones, en el Roblaillo, en la Hoya de Miguel Barba, en un sitio que se llama Poyo Sequillo, en los Quemaillos, cerca de la Hoya, en la Loma de los Esperones...
- Por cierto ¿dónde se encuentra la Loma de Los Esperones?
- Se encuentra sobre el kilómetro veintisiete de la carretera de Coto Ríos al Tranco. Por donde está el Aguadero. Antes de llegar y un poco más abajo. Cuando íbamos a los Sequillos y a Poyo Sequillo, que eso es en todo lo alto de la cordillera, desde mi casa aquí en la Pascuala, tenía que salir con teas encendidas porque había que ir de noche para estar en el tajo a la hora de enganchar. Al volver luego de noche otra vez para abajo. Teníamos que estar media noche despierto pendiente del trabajo.

Entonces no había relojes. La señal era cuando cantaba el gallo o si estaba raso, ver las estrellas y así había que apañarse. Algunos decían que era mejor dormir en el tajo pero en invierno ¿quién duerme sobre estas cumbres llenas de nieve, hielo y agua? Además, que había poco que echar para comer también.

LA MADERA

- Y cuando sacaban la madera de por aquí ¿qué recuerdas tú?

- Pues que la sacaban con caballerías. Arrastrando casi siempre. Por esta zona hubo un incendio y eso lo sacaron todo con caballerías. La bajaron a la Golondrina. Allí la hicieron cambras y por la zona esa donde estaba la Cueva de Arance. Se quedó ahí tanto tiempo la madera que empezó a pudrirse. Algunos la aprovecharon para leña y otros para una calera que echaron ahí los del molino. Así la aprovecharon.

Luego, después, ya hubo aserradores. Venían de la Puebla y de por ahí. Ya la serraban en el monte. Los cuartones, traviesas y todo eso lo bajaban ya con caballerías. Primeramente hacían cuartones, tablas y todas esas cosas. Después de serradas a lomo, no, era arrastrando.

- Pero la madera verde y troncos como esos, pesan lo suyo.

- Pues recién cortada la echaban encima de las bestias. Dos traviesas a cada caballería pero que pesarían cada traviesa más de cuarenta arrobas. Por los caminos de estos montes la bajaban a la orilla del río, por aquí. Hacían cambras y luego se la llevaban flotando por la corriente del agua. Yo lo he visto muchas veces. ¿Si tú supieras desde dónde han bajado maderas de esas?

- ¿Desde dónde?

- Desde lo alto mismo de los Quemaillos. Que se gasta desde aquí, seguramente, cuatro horas para ir allí. Eso está aquí por la Hoya para arriba. De la Hoya de los Aserraores también han bajado mucha madera. Que tenían que madrugar mucho para dar dos viajes. Entonces la Renfe tenía muchos borricos. Pero unos caminos muy malos. Uno se cae aquí y otro más allá y aquello era un "penaero" que pa qué. Pero que la bajaban toda en las caballerías.
- ¿Y vosotros los serranos?
- A estos trabajos iban los que buscaban para ayudar. Para poner en el cargadero la madera, para ir con los aserradores alguno que otro, para hacer caminos. A estos trabajos si llamaban a la gente de aquí. Pero ya los arrieros y demás, era gente de la Renfe.

Todo esto que te digo fue después de vender el coto, todas las tierras que ahora cogen los campings de la Fuente de la Pascuala, Los Llanos de Arance y las del poblado de Coto Ríos. Antes de vender el coto, no había por aquí actividad de madera ninguna. Antes lo único que se hacían eran perchas para construir tinadas, para hacer las casas de los dueños del coto. Todavía hay dos casas muy buenas, aunque una ya está casi derribada.
- ¿En este poblado de Coto Ríos?
- No. Estas casas estaban en Bujaraiza. Una Los Casares, si

sabes la que es. El cortijo de Los Casares era una familia que era del dueño del Coto de Bujaraiza. De Los Parras que eran cuñados los dos. Aquel y otro cortijo que estaba enfrente, porque ya lo han derribado, que se llama Rosalina. Esto se encuentra en tierras de la Isla de Cabeza de la Viña. Eso era de dos cuñados.

El de Los Casares, le gustó de echarle lujo por fuera al cortijo. Ya lo han modificado. Al otro le gustó echarle el lujo por dentro. Y se llevaron la madera de ahí, de lo alto del morro ese pero ya bien arriba, casi llegando a la Hoya de Miguel Barba. Todos los pinos salgareños arrasaron con ellos. Todo era tea. Al cortijo de enfrente de Bujaraiza, el de Rosalina. Con caballería se llevaron los troncos desde ahí mismo. Cosa de capricho. Que ya digo, hacían perchas de madera y además de aquellos dos cortijos tenían muchas tinadas. Eran dueños de muchas ovejas y muchas cabras. Tenían dinero aquellas personas porque eran los propietarios de todo.

VENTA DE LA PASCUALA

Cuando ya vino la Renfe, uno de los que serraba, el jefe, paraba aquí en mi casa. Se llamaba Pedro Caminero. Vivía en la Puebla de don Fadrique. Era de la Puebla pero ellos tenían el hato aquí en mi casa. Era un hombre recio y ya de edad. Muy buena persona. Entonces es cuando nosotros pusimos la

venta. La Renfe montó una aserradora aquí cerca y aquí había gente así. Se traía una pipa de vino de cien arrobas y duraba medio día. No paraban los camiones de traer.

Mientras duró aquello pues estuvo la cosa bien. Nosotros aquí estábamos bien. Pero fue irse aquello y ya no había ambiente. Venía un recovero de tarde en tarde y eso no dejaba nada. Tuvimos que quitar la venta. Cuando hicieron la carretera se quedó en un buen sitio porque pasaba por la misma puerta pero no daba para nada. Aquí mismo, por donde se entra al camping, en estos pinos que antes no estaban, es donde estuvo montada la aserradora. Todavía se ven por ahí los pozos donde estuvo montada. Aquí había una y otra un poco más abajo, en el arroyo de la Hoya. Montaron otra más en la Venta de Luis. Un poquillo más para acá de donde está ahora el Hoyazo. En total eran tres aserradoras las que funcionaban junto al río.

- ¿Qué fue en otros tiempos eso del Hoyazo?

- Eran tierras de los mismos dueños de la Venta de Luis. Todas las olivas esas que se ven por allí, eran de ellos. De uno solo. Ahora ya son hijos. El Hoyazo era de ellos y los Llanos. Lo que pasa que los Llanos los “despropiaron”, igual que esto, los de la Confederación. Es que antes aquí en la orilla del Guadalquivir había muchos cortijos. Muchos.

- Y el final de la venta ¿Cómo fue?

- Un hermano mío se fue a Castellón. Es el último que ha quedado de los varones. Se casó y estuvo de peón caminero aquí, bastantes años. Los hijos se hicieron mayores, se fueron por ahí y tiraron de los padres. Ya me quedé de peón caminero en el puesto de él. Desde más arriba de la Golondrina hasta el Collado del Almendral, era mi territorio. Tenía que limpiar las cunetas, si caía alguna piedra, la quitaba, rozaba la hierba. Luego nos juntaron por cuadrillas y mi muchacho, un hijo que tengo, estaba de pinche. No ganaba mucho y entonces lo dejamos y nos fuimos a Gerona. El ganaba como yo. Nos estuvimos allí una temporada. Se había quedado la familia aquí sola y como no me la pude llevar, me vine.

MURIERON DE PARTO

Tres hermanas mías murieron de sobre parto. Una aquí en Coto Ríos. Le quedaron tres hijos que son los tres que te he dicho hemos criado nosotros. Se quedó nada más que el padre y el hombre estaba de cabrero con los dueños estos, Los Parras. No tenía casa ni nada ¿dónde los iba a cría? Luego murió él también cuando todavía estaban pequeños. Pues con nosotros han estado hasta que se han casado. Otra en un cortijo que se llama el Castellón, por encima del Cortijo del Zarzalar y por debajo del cortijo de Los Cerezos. Cuando murió ya había tenido un hijo y también murió. Y la tercera en el

Cortijo de Aguas Blanquillas. El médico sí vino y todo pero tuvieron que ir con una caballería a por él a Santiago de la Espada y cuando llegó, era tarde. En el primer parto murió.

- Estamos ahora mismo sobre las tierras en que tu padre construyó aquella casa tuya que fue venta con el nombre de tu madre. ¿Dime por dónde tenía la puerta?

- La puerta miraba por aquí a la carretera que entonces era camino. Sólo tenía dos habitaciones. La puerta en el centro y a cada lado una habitación. La cuadra aquí también y una tinada que había junto a la piedra aquella. Y la cocina. Nada más, porque era casa de una sola planta. Arriba no había nada. La cocina sí era grande. Cuando venían los aceituneros a coger las aceitunas de la Confederación, aquí paraban. Dejaban su hato y ahí estábamos todos revueltos. Para las mujeres un dormitorio y los demás, a dormir en la cocina con las cabeceras que traían ellos.

- ¿Y el agua?

- Desde la fuente la subíamos con cántaros. Desde esa fuente salía una reguera que llevaba el agua a la aserradora. Que por eso la pusieron aquí. Un hombre con dos cubos, todo el día, no tenía más oficio que ese, echar agua a la caldera de la aserradora, porque era de vapor. Como era vapor, pues leña y agua y con eso andaban los motores. La aserradora estuvo

aquí casi dos años. Había un señor que compraba nogueras y las traía para que se las serraran. No era de la Renfe, era cosa particular.

Estos dos árboles que todavía crecen en esta llanura donde estuvo mi casa, los plantamos nosotros. Cuando nos fuimos de aquí el fresno era como este y fíjate ya cómo está. Los únicos árboles frutales que por aquí había estaban donde ahora se encuentra el camping. Todas esas tierras estaban llenas de árboles frutales. Cuando el camping los quitaron todos y han puesto pinos y chopos. ¡Hay que ver que cosas! La noguera grande todavía crece en su sitio pero ya le han cortado las ramas. Todos los lindazos de esas tierras los sembré yo de árboles y daban una fruta buenísima. Había también por aquí unos "engarbaos" de parras que era gloria y las han quitado. ¡Con lo fértil y bonito que era todo!

LA FUENTE DEL PANTANO

- Una de las cosas por la cual la Venta de la Pascuala tiene mucha nombradía era por eso: aquí venía mucha gente pidiendo y se le daba de comer a todo el mundo sin cobrarles nadas. Dormían y luego se iban para otro sitio a ver si pillaban alguna otra cosa. Había entonces mucha gente que iba pidiendo por estos caminos. De aquello se le fue quedando a esto la Fuente de la Pascuala pero el nombre verdadero de

este lugar siempre fue la Fuente del Pantano.

Es que fue un pantano que hicieron aquí para darle riego a las tierras del camping que vemos algo más arriba. Ahí ni había chopos ni tiendas de campaña como ahora. Todo eso se sembraba de maíz y de otras muchas cosas. Hicieron un pantanillo aquí, justo donde está la fuente. Esa obra que todavía se ve por ahí, era del pantano. Para que saliera el agua para arriba por su propio pie. Al llano que coge ahora mismo el camping este que se llama Fuente de la Pascuala. El pantano lo que hacía era remansar el agua de la fuente. Hicieron la obra para que el agua subiera y por la reguera llegara hasta la parte alta de las tierras. Todavía se conoce la obra por donde iba la reguera. Eso lo he visto yo con mis propios ojos.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Como pasado el tiempo estas tierras las dejaron y empezaron a sembrarlas otra gente, rompieron por abajo y ya el agua sale por ese sitio.

- ¿Había tantos turistas por aquellos tiempos?

- Luego ya a última hora venían algunos por aquí pero pocos. Si estaba todo eso sembrado. Aquí a la fuente venía alguno

que otro pero que no. Pero que ha estado muchos años la carretera y no había turismo.

- Y lo de ahora ¿está bien?

- Para algunas cosas sí y para otras no. Todo el que tiene algo para vender, gana dinero. Pero no está bien para los demás porque todas las cosas las suben mucho y luego no las bajan. Nosotros tenemos que comprar al precio del turismo y así todo el año sin ser turistas. Y el que no tiene nada para vender, pues se fastidia. Es decir: puede llegar un momento que la sierra sea sólo para los que tienen negocios para vender y para los turistas. Los serranos de siempre, nos vamos haciendo viejos, cada vez somos menos y como cada día es más difícil vivir aquí, al final desapareceremos como desaparecieron los cortijos y las aldeas.

Tanta gente por aquí metida, dicen que se portan bien y que no le hacen daño a la sierra pero por otro lado, yo qué sé. Con esto del turismo, todos los cerros están llenos de personas. Gente por todas partes. Puede que el turismo sea bueno porque mucha gente está ocupada en ello pero eso de que se salgan por ahí y recorran todo lo que quiera, yo no lo veo bien. Si antes echaron a las personas de los cortijos y las aldeas porque soltaron los ciervos en el monte, ¿por qué ahora los montes se llena de gente y no les dicen nada? Aquellos tenían más derechos porque eran serranos y se había criado

ahí de siempre. Ya te digo: hay cosas que yo no las veo bien.

LA CUEVA DEL RÍO

Cueva del Torno, Cortijo del Mulón

Desde el seno materno
me llamaste por mi nombre,
por eso, mi causa,
está en tus manos.

Yo nací en la gran cueva que, entre nogueras centenarias e higueras inmensas como catedrales, se mira en las aguas claras del río blanco, justo doscientos metros más abajo de donde éste tiene su nacimiento y, como desde aquel tiempo lejano, no dejo de vivir en el rincón mágico que para mí es casi sueño, esta mañana de agosto caluroso y, cuando empieza a levantarse el sol y ya cantan las cigarras, voy caminando por la senda que discurre cauce arriba con la ilusión de adentrarme en el profundo barranco por donde el río se despeña y, si puedo y no me pierdo, llegar hasta el lugar amado de las peñas amontonadas que es donde se abre la cueva oscura que fue, cuna y casa en mi nacimiento.

Y ya voy acercando a las juntas donde, los arroyos grandes, se funden con el río inmenso y al pisar las tierras

llanas que se recogen por las riveras, recuerdo que aquí mismo y, entre las zarzas y los grandes fresnos, también se alzaba la aldea y por eso, los olivos, las parras y los almendros, todavía se enredan por entre las madreselvas y las madroñeras y por el suelo, se amontonan las piedras de las derruidas paredes y donde crecen espesos, los pinos que sembraron en hileras, se pudre y medio verdeguea, el lindo cerezo acompañado del granado y de los membrilleros que todavía no se han secado y esta mañana, como en aquellas, también se mecen al viento.

Y al mirarlos y pisar la tierra y respirar el aire fino que me sabe a añejo, me retumba por el alma las cosas que ellos me dijeron cuando aquellas últimas tardes estuve a su lado amando y compartiendo: "En la tarde que ha caído sobre las blancas casas del poblado nuevo, su mujer y la hermana encorvada y otros muchos vecinos, nos vamos despidiendo. Hoy, ya no tienen más cosas que contarme. Tampoco yo quiero recoger más de sus bellos y, a la vez tristes recuerdos pero antes que la noche avance más, hasta mi se acerca otro de los matrimonios.

- ¿Podríamos decir nosotros también dos palabras?

Me preguntan.

Los miro y para mí me digo que no puedo explicarles que esto no es para que todo el que quiera venga a contar algo.

Esto no es ni para escribir un libro ni para salir en la tele o en los periódicos. Simplemente siento la necesidad vital, al tiempo que la curiosidad, de enterarme de cosas de las sierras donde nací y tengo mis raíces, aunque ya no las reconozcan ni ellas a mí tampoco. Simplemente quería oírlos y estar un rato a su lado sintiéndome amigo y hermano pero enseguida comprendo que ellos quieren exponer cuatro cosas, para como yo, desahogarse y aclarar que viven muriendo y, creen que este es el momento que tanto han esperado, pues adelante porque, como yo, perciben que es importante contar lo que sienten y se los come por dentro.

- Podéis proclamar vuestras cuatro cosas.

- Pues yo soy la hermana segunda y nací en la aldea que derribaron y mis padres también nacieron en el mismo rincón donde todos nos fuimos criados. Hemos sido cinco hermanos. Dos hombres murieron ya y quedamos dos veranos y yo. Y así, con problemas de penar, mucho.

- Pero lo que a mí me han dicho es que la aldea era muy bonita. Háblame de ella si es que todavía la recuerdas tanto.

- ¿Recordar? ¡Madre mía del alma! Aquello tenía su iglesia, su cementerio que está todavía, su fuente de aguas limpias, sus tierras para sembrar tomates, sus viejos nogales, sus grandes hatos de ganado... en fin, aquello era un paraíso que nos rompieron para siempre. La iglesia no la derribaron

pero todo lo demás, sí. La casa donde yo he vivido era bonita y más bonita era aquella aldea de pocos vecinos pero casi todos nacidos y con raíces en aquellas altas tierras.
- ¿Por qué no hacemos una cosa?
- ¿Qué quieres que hagamos?
- Desde tu casa trazamos un recorrido y desde este rincón tan lejos y después de tanto tiempo, nos vamos por entre aquellas callejuelas hoy ya rotas. ¿Te acordarás?
- ¿No me voy a acordar? Es que vivo, sueño y hasta muero en aquel rincón aunque ahora esté en este otro, donde a la fuerza, nos trajeron.

A donde yo vivía le decíamos las casas de abajo. Así había un arroyo y tenías que colarlo y se llegaban a las casas de en medio. Ya tenemos dos aldeas. Luego estaban las casas de arriba y aunque parezca sencillo, con estos nombres nos apañábamos nosotros. En las casas de arriba era donde vivía el correo y donde estaba la iglesia. Recorriendo de casa en casa, puede que me acuerde los nombres de los que en ellas vivían. Salgo de la mía y, como decíamos antes, la tía fulana y el tío mengano. Decíamos esa frase así y de eso modo te lo voy a contar. Primero el tío Pepe que era un matrimonio sin hijos. Pedro, Juana, el tío Ernesto y la tía Cándida que estos sí tenían hijos. Que nosotros así hablábamos. Luego el tío Pedro y la tía Anastasia. Tenían seis hijos.

También vivía allí una prima hermana mía: Alfonsina Antonio y cuatro hijos ¡Madre mía, un montón! ¿Cómo sabré yo de todo eso? Pero claro, si yo he nacido en la aldea. Seguimos con la tía Alfonsa y el tío Valeriano. Tuvieron tres hijos que se llamaban Antonia, Rafael y Manuel. Por la parte esta de acá, la tía Petra, el tío Eúfrates con sus hijos Alondra, Josefa, Estrella, Mercedes, Patricia y Rocío. Esto todo una familia. Aquí por arriba, la tía Dorotea y el tío Pedro y sus dos hijas, Eugenia e Isidra y seguimos con el tío Máximo, la tía Patricia y cuatro hijas: Mercedes, Maruja, Isabel y María.

A lo que se dedicaba cada uno de ellos era a la poquilla tierra que tenían. Con animaluchos, ovejas, cabras y así. Para buscarse la vida mal buscada. Allí vivía también el tío Cazaperros, motes de aquellos que ponían. La mujer que era Mercedes, con hijos también: Paloma, Aurora, Petri y Blas. Al otro lado del royo, le decíamos las eras. Había vecinos a los dos lados y en medio estaba la bolea. Ahora ya cuelo el royo a las casas de en medio porque aquí no me he dejado ningún vecino. Pues el tío Amador, la tía Ana con los hijos Adela y Antonio. Ahora voy allí para allá, para los perreros. Esto era un mote. Pero ya metían toda la familia. No los mentaban por su nombre. El se llamaba Jesús María y ya a los hijos, no se le mentaban por su nombre, nada más que lo que te he dicho.

Para ir de una aldea a otra se decía así: el Zanjón para ir a las casas de arriba. La Erica, eso otro nombre para ir a la Erica aquella detrás de la escuela. Los sitios donde cada uno poseía sus huertos tenían sus nombres también. El Poleillo, las Asperilla, aquellas nogueras viejas que cortaron. Aquello era todo de la aldea pero lo que resulta es que aquí a lo mejor había un grupo de diez casas y en la de en medio, a lo mejor lo había de tres y ya en el último, otras cinco o seis pero que era todo unido.

La fuente que tiene, que aquello es una maravilla, de siempre ha sido la fuente de la aldea. En la aldea de abajo, estaba el Cañico. Era una fuente que había allí donde íbamos a por agua. En el mismo manantial teníamos nuestras pilas y unas losicas que tenían unas rayas para "traspuñar" los trapos y allí lavábamos. A la noguera se le decía la Noguera de la tía Alfonsina, una noguera que hay en la aldea de abajo. ¡Aquello un montón de huertos! Los Cenajos, Los Poyos, el Cerrico de los Enebros, las Pegueras. Todo eso era de la aldea.

Hay un montón de cortijos por aquellos barrancos. Ya desde los de abajo a los de arriba se gastaban pues unos veinte minutos. Los de arriba están, conforme estamos aquí, los de abajo se quedan un poco más atrás y los arriba en lo alto pero al volcar. Si vamos desde aquí para allá lo primero

que se encuentra son los de abajo.

La tarde va cayendo y como ellos ya me han contado un puñado de sus vivencias, las que recuerdan con tanto cariño de aquellos años, decimos que por hoy lo vamos a dejar. No dejar al modo en que ellos tuvieron que irse de sus cortijos, donde todo vino a las ruinas y al olvido. En este momento nosotros sólo interrumpimos durante un espacio de tiempo pero manteniendo vivo y firme, en nuestro interior, el recuerdo, el amor y el deseo de que los serranos y las cosas de ellos por estas sierras, no mueran nunca. Aunque esto sea un tópico porque los serranos sí mueren y con ellos muchos de sus hermosos tesoros. Quizá este mismo invierno, que ya se aproxima, algunos de los que ahora son mis amigos, se vayan para siempre de estos lugares.

Paro paramos un momento para ver como a la sombra de las viejas encinas sigue creciendo la hierba y por entre ella, aquellos hombres sentados y sus animales pastando. El sol cae pero los arroyos siguen corriendo y por entre las madroñeras, el rocío temblando. La presencia de lo que es eterno se adivina tanto que casi se palpa y de ahí que se toque también la otra realidad humana. Una lucha silenciosa contra los pequeños y que un día será patente y el dolor de los que han aguantado firmes en la sincera realidad que también será

patente, un día, para gloria de ellos y el Dios de la verdad suprema".

Y esta mañana algo oscurecida de neblina blanca, al pisar la tierra amada y respirar el aire añejo, junto a las zarzas que espesas arropan a la corriente clara y a la sombra de los álamos viejos, se me presenta un montón de piedras oxidadas y por entre ellas naciendo, los lentiscos y las esparragueras y la higuera descascarillada porque también se está muriendo y al detener mis pasos y mirar con calma, de entre tan desolada ruina, como que oigo su voz saliendo:

- ¿Fuiste por fin al rincón de nuestra hermosa casa?

Y voy a responder que:

- Al rincón del paraíso perdido y de la luz inmaculada que a chorros cae desde el cielo, madre del alma adorada, un día de estos, ir quiero.

Cuando ahora caigo en la cuenta que ayer fue primer sábado de agosto y al despertarme, en el centro de lo que creo es el corazón de la más grande ciudad que lo humanos han hecho, me he acordado que la madre cumple noventa y cinco años y por eso elevo mi corazón a Dios y como tantos otros días, mi oración, rezo: "Tú que eres el Padre bueno y a todos nos quieres sin distinción de reza ni color de cara o sentimientos, pon tu mano en su ya frágil cuerpo y concédele la

gracia de morir sin dolor ni odio y en el amor de tu beso y premia, a la hermana hermosa, por lo bien que la cuida y lo mucho que la quiere y, sin interrupción desde aquel día, hasta el día de hoy concreto".

Y al rato me he levantado, he mirado por la ventana de un gran edificio viejo, aunque con paredes de piedras negras por el humo de tantos coches y tanto asfalto negro, y me he lavado la cara. Esta noche no he podido conciliar el sueño porque una vez más, y esta hace ya el millón y medio, me he sentido agobiado por el gran hervir de esta enorme ciudad con tanto resplandor de luces contaminando el brillo de las estrellas en el cielo y tanto ruido de coches, máquina, camiones y metros y sobre todo, lo que esta noche no me ha dejado pegar un ojo ha sido, el calor intenso que rezuma desde este asfalto frío y negro cubriendo a todas las calles y en todas las direcciones y llenando de su olor a podredumbre, hasta la misma cálida luz de la luna en este mes de agosto siempre nuevo y siempre viejo.

Y en unos minutos, mientras dentro de mi alma reprimo mi llanto, he desayunado, leche de vacas que no sabe a vaca, un trozo de pan que tampoco sabe a centeno, un racimo de uva que no son como las de mis parras de la cueva del río y luego, un vaso de puro zumo de melocotón o naranja sin serlo y en

dos minutos he cogido el ascensor que baja del quinto piso y he abierto la gran puerta de pesado hierro y he pisado una de las anchas calles de las miles que atraviesan y van al centro de esta gran ciudad y, como desde este corazón casi puro bloque de cemento al piso en forma de jaula adornada donde todavía vive la madre, me cae lejos, he buscado un taxi y le he dicho al dueño:

- Lléveme a donde se consume la madre y aprisa porque la reina hoy cumple los años y como sé que se está muriendo, quiero besarla por última vez y quiero, oír sus palabras y respirar su olor de incienso.

Y el que parece experto de este taxi pintado de amarillo y negro, me ha mirado y al rato ha dicho:

- Yo sé dónde se encuentra ese núcleo pero la calle y el número exacto que me estás diciendo, no lo conozco, así que cuando estemos allí, tú me dices para dónde tengo que ir y por dónde entrar ¿de acuerdo?

Y al oírlo, a punto he estado de hablar y decir: “se supone que yo soy el extranjero y el que a estas horas de la mañana está buscando un taxi, aunque me cueste el dinero, para que alguien me lleve a unas de las mil calles que componen a esta gran ciudad y eso, es porque necesito ver a la madre por última vez antes de que Dios se la lleve al cielo y porque no conozco ni a la ciudad ni me interesa saber más que lo que para este

trance necesito y quiero. Se supone que usted me debe llevar y por eso le pago y es, además, nativo de este mundo de cemento".

Pero no le he dicho nada y nos hemos puesto a correr por las calles frías de la enorme ciudad y, mientras ya el sol de este caluroso mes de agosto eterno, nos va quemando con sus rayos entre los gases que manan de los coches que van precediendo, se me nublan los ojos y sin que él lo sepa, lloro y me muero por dentro con la angustia amarga que se me amontona en la garganta y me achicharra el pecho.

- ¿Por qué lloras tú, hijo mío?

Me habría preguntado ella si ahora me estuviera viendo.

- Madre, lloro porque me queman tantas paredes de cemento y porque se me hunde el mundo por donde no encuentro el azul del cielo y porque estoy solo y tengo frío y porque en mi agrio recuerdo, sólo palpita el rincón verde y limpio de aquella salvaje cueva donde tú me trajiste a este suelo.

- Pero las cosas así salieron y ya que ha pasado casi una eternidad ¿por qué atormentarnos y vivir los cuatro días que nos quedan, sin aliento?

Y le digo a la madre que sí porque ella, siempre será reina y flor del verde romero aunque ya sea sólo débil pavesa que en cualquier momento le dé un empujoncito la brisa que Dios expande con su vuelo y se la lleve a escondidas al reino que

tanto ha soñado y tanto yo, en mi alma, sueño.

Y no hemos llegado pronto porque el hombre que me trae con su taxi es verdad que no sabe el camino y por eso, en el punto que él creo me vendrá mejor, se ha parado diciendo:
- Desde aquí te vas por aquella dirección y luego gira para la derecha y después para donde se ve como una cuesta y allí donde hay un comienzo de plaza y se observan muchas máquinas haciendo otro arreglo, te vienes para el lado de la tarde y por allí pregunta que, esa calle donde dices vive la madre, ya no queda lejos.
Y a pesar de todo, le he dado las gracias y le he dicho que ya me las arreglo como tantas veces me las he arreglado en mis lejanas montañas por entre el monte de los grandes barrancos y los altos cerros y me he puesto a cruzar, no sólo el laberinto casi indescifrable de esta ordenada ciudad sino el amargo beso que desde la agria brisa de la mañana, me viene llegando intenso y después de un par de horas cargando con este mi extraño cuerpo y casi sin aire ya para respirar ni fuerzas para mantenerme vivo en lo que me es tan rotundamente ajeno, he llegado a la puerta que sirve de entrada al bloque de pisos que contienen y encierran, en el ático, a la madre que es pavesa y canto de ruiseñor de invierno.

Y como la puerta grande de hierro que da entrada a las

escaleras, me la encuentro abierta, entro sin llamar ni pedir permiso, subo y al llegar al rellano del último piso, me encuentro también abierta la otra puerta más pequeñas que da paso a la vivienda recogida que buscando vengo.

Y entonces, si llamar, voy a entrar, cuando de pronto, como de un sueño que se materializara en un abrir y cerrar de ojos, aparece la hermana mirando fija y recibiendo:
- ¡Hombre, qué bien llegas después de tanto tiempo!
Me dice de seguida ofreciéndome su beso y al intentar pronunciar mis palabras, noto y bebo que en la garganta se me ha formado un nudo y en el alma, se me abre el corazón y en el pecho me estalla la emoción que a chorros y, en puras lágrimas, me sale por los ojos y al tocarla y besarla, las manos me tiemblan y se me para el aliento al querer pronunciar mis palabras.
- ¡Qué bien que llego después de tanto tiempo y qué bien que esté aquí contigo donde, aunque no lo creas, tengo la mitad de mi vida y, además, el más puro y real de todos mis cien sueños!
Y ella:
- ¿Cuándo has llegado?
Y el hermano:
- Ayer por la noche pero venía tan cansado y tan magullado traía el cuerpo, que he relegado hasta hoy este bello

encuentro.

Y la hermana guarda silencio, sorbe sus lágrimas, entra para dentro, abre la puerta de la habitación y al correr la cortina de seda, dice como en un beso:

- Aquí tienes a la reina que buscas, nuestra madre santa que en su cuna de silencio, se consume y se apaga como lo hacían las ascuas de la lumbre, en aquel rincón sincero de la casa de piedra que, junto a la corriente clara, se alzaba llena de incienso.

Y al mirar y oír sus palabras, quiero exclamar y no puedo:

- ¡La madre santa, humilde como las rosas de los rosales aquellos, Dios mío, qué hermosa fue en su cara y en su corazón sincero!

Y desde la misma puerta, sin atreverme a dar un paso pequeño, de piedra observo, como entre sus sábanas, que son de tela pero parecen de luz irreal que bañan y acarician, al mismo tiempo que arropan y funden como en un sueño de alas de primavera, la madre bella, duerme, viéndosele sólo la pequeña cara que, arrugada como una pasa que ha dado su vino añejo y fulgurante como la más limpia primavera, también parece ya respirar o permanecer en la dulce espera, a que Tú llegues, Dios mío, y le des tu beso y la transformes en rosa de sierra nueva y se haga eternidad por entre los arroyuelos y los

amores que en su corazón anidan y, con su sueño de hierba fina, se haga esencia.

Y al verla, todavía en la puerta parado, otra lágrima por mi cara rueda y otro nudo más grande, en mi garganta se enreda y en tan sólo un instante, Dios Santo, lo que ven mis ojos y se hace río de dolor y gozo en mi palpitante cabeza y como la hermana que hoy, sí a mi lado tengo, se percata y penetra la naturaleza del instante supremo, pregunta toda bella:
- ¿La despierto?
Y el hermano entiende que aunque es el momento, un encuentro como este tiene que ser pequeño y al mismo tiempo, ramo de celestes violetas, responde:
- Déjala que otros diez minutos siga en su sueño mientras yo respiro, un rato más, el aire inmortal que Dios me presta y, al mismo tiempo, doy las gracias al cielo por ti y por ella.

Y la hermana que dice que sí:
- Lo que tú quieras.
Me lleva por la casa, piso de cemento al que llamo jaula, me saca a la azotea, me enseña la tórtola que es amiga de las hijas, me vuelve a decir otra vez que bienvenido, me muestra su colección de macetas que sí están verdes y bien cuidadas porque ellas, ahora sustituyen al bosque y a las praderas donde, de pequeña, la hermana tuvo sus juegos y sin que lo

note, se entra para la habitación donde la madre pavesa, descansa.

Y la hermana, sin que yo lo sepa ni lo vea, como todos los días desde hace ya casi cien años, a la madre despierta, da su alimento, la lava, la viste, la pone en pie, sujetándola con las fuerzas de sus brazos y el amor de su corazón porque la madre ya no anda, se la lleva por el pasillo de la que, a pesar de todo, sí es una grandiosa casa, la sienta en el sillón, la besa en la frágil cara y al decirle:
- ¡Verás qué sorpresa te ha traído el cielo este mañana!
La grandiosa madre pregunta:
- ¿qué sorpresa me preparas?

Y la hermana, se viene para la azotea, se me acerca y casi sin palabras, me dice:
- Madre ya está levantada.
Y miro al cielo, que no es azul esta mañana pero que al fin y al cabo, eres Tú el que también me lo regalas, y respiro hondo y antes de dar un paso, me abrazo a Ti y, por un millón de veces más, te doy las gracias al tiempo que ya, desde la bendita azotea, entro para la casa y al ver a la madre, toda reina y bien sentada en el sillón de tela que le ha preparado la hermana, me pongo de rodillas delante de ella y antes de besarla, miro fijo la piel fina que se le arruga por la cara y, casi sin palabras, le

preguntо:
- Reina de universo y por cien años soberana ¿Quién soy yo?

Y la madre pequeña, que ya si que no tiene fuerzas y por eso, como las cenizas de la chimenea de aquel cortijo suyo de su tierra, está casi apagada, mira sin mirar porque a ella ahora, hasta la luz de los ojos ya se le acaba y después de intentar tragar saliva, responde casi ahogada:
- No te veo y por eso no te conozco pero tú eres el hijo guapo que llevé en mis entrañas.

Y al oír la música de su voz que suena a campanilla de plata, un nudo más se me enreda en el corazón y, dando tumbos por las venas, se atasca por el alma y al intentar salirse por mi boca, se concentra en los ojos y por fin revienta en caliente lágrimas y durante un rato largo, me quedo sin voz mientras no paro de mirarla y de sentir que es inefable y supremo, el encuentro que una vez más, sin merecer, me regalas y para irlo coronando, ella, que toda emocionada, habla:
- ¡Por fin has venido!
Y el hijo sin respuesta:
- He venido y ahora no sé qué decirte.
Y la madre buena:
- Pues no digas nada y dame un beso, que sólo Dios sabe

cómo lo necesitaba.

Y lo mismo que cuando era pequeño y, por los prados de mi gran tierra jugaba, acerco mis mejillas a su boca y las dejo dormidas en su cara sintiendo su aliento calentando mi sangre y sus labios, de miel y nieve blanca, derramarse en el último hálito de vida e intentando beber una bocanada de lo que para la madre, ya es el único consuelo que le calma.

Y atravesado este momento del encuentro, casi en el alba y también el comienzo de la despedida, me siento frente a ella, en la vieja silla de esparto que todavía conserva del cortijo bello que tuvimos en el barranco y dejo que pase el resto de la mañana, sólo mirándola quieto y como esperando que me hable y me cuente quizá su dolor que, con su cansado cuerpo, también se está apagando o quizá del encuentro que Tú ahora ya le tienes preparado o quizá dos palabras más de aquellos recuerdos que en mi mente aún no se han borrado pero la madre no habla.

Y si pronuncia dos palabras, mientras escasamente me mira con la poca luz que por los ojos les resbala y cuando va cayendo la tarde, abre sus fríos labios y me pregunta:
- ¿Cuándo te marchas?
Y sin querer decirle le digo que ahora dentro de un rato.

- Que no se te haga tarde por si te están esperando.
Responde la madre amada y a su amor quiere contestar:
- Ya tarde nunca será, porque el mañana...
Pero guardo silencio y la sigo mirando y al rato, le digo:
- Dame otro beso que se acerca la noche y me tengo que ir por si me están esperando.
Y ella:
- Un beso más, hijo del alma, y que Dios contigo vaya y no te olvides que la cueva del río, fue tu cuna y, por entre las nogueras grandes, te llevé de mi mano y te bañé en la corriente clara.
Y le digo que no me olvido
- Porque a la cueva, voy a ir mañana.

Dejo mi silla y al levantarme, en los pies de la cama, veo el cuadro colgado con la imagen del padre que ya también falta y al lado, el del hermano y la hermana y como arropando a los tres, el negro crucifijo que la mira de frente y que arrancó de la caja, la tarde de aquel último paseo que fue luz y esmeralda.
- ¿Sabes decirme qué dice?
Le pregunto y ella que habla:
- A lo largo de las horas que lentas pasan y, medio respiro en esta tan dulce cama donde compartió conmigo tantos momentos de gozo y junto a nosotros, siempre tu hermana, uno y otro, me dan compañía y una chispa de consuelo

mientras espero, hijo mío, que llegue el alba.

Le doy otro beso y despido a la hermana y a las niñas que por la azotea con la tórtola juegan y bajo las escaleras, busco la calle ancha, subo en el metro, atravieso la ciudad, llego a la estación, subo en el autobús que a los dos minutos arranca y cuando las luces de la inmensa urbe, se enciende, salgo de ella dejando entre su asfalto y humos, mi vida y alma.

Y me recuesto sobre el asiento permitiendo que mis ojos se cierren mientras devoro la distancia y cada vez, a lo largo de la noche, que entre abro los párpados, se me presentan sangrando, luces y más luces de ciudades anchas y al encontrarme con ellas, en mi corazón se quiebra la realidad amarga de este mundo tan artificial y todo tan amontonado y ellos, con la madre, en tan lejanas y extrañas casas.

Y por fin, al raya el día, el autobús se para y al bajar y pisar suelo, me digo: “Vuelvo a estar en mi tierra amada” y enseguida caigo en la cuenta que la madre, en la ciudad lejana, se ha quedado y allí se está muriendo y yo por aquí caminando como si a cada instante fuera hacia el encuentro del momento que soñó tanto y ahora sigo soñando y por eso, cuando empieza a levantarse la nueva mañana, como que despierto y caigo en la cuenta que estoy pisando las ruinas de la que fue

su aldea amada.

Y al mirar, sólo sigo viendo la llanura bella que, junto a los tres arroyos de aguas limpias, se extendía y, por donde el río continua saltando y entregando su eterno beso a los álamos y a las corrientes claras que en la junta se le entregan, descubro la pista forestal de tierra que ellos construyeron aquel día sin mañana.

Y voy a seguir y debería hacerlo por la senda vieja que, en aquellos tiempos, venía río abajo desde la escondida cueva, no por la izquierda según vamos hacia el nacimiento que es por donde ahora remonta la pista, sino por la derecha y el repecho de las rocas húmedas y las espesas madroñeras que, desde el puntal del inolvidable cortijo y el redondo cerro, cae hacia las juntas de la aldea humillada.

Pero sin quererlo, me voy por la pista y sigo caminando porque por en la vieja senda, ya ni se conocen las huellas de aquellos torpes pasos que en la tierra, la madre, el padre, la abuela, los hermanos y el resto de los diez vecinos y también la hermana, fuimos dejando porque esta senda, con ser la reina más sincera de todas las sendas que nunca se trazó por la sierra, ahora no se puede andar ya que se la come el monte, la rompen los desprendimientos de la ladera y se pudre, en su

silencio, esperando que los serranos, vuelvan a pisarla.

El rumor del agua saltando por el surco del río y el ancho chirriar de las cigarras repartidas por entre los mil pinos de los barrancos, comienza y van llenando la sombra limpia que las montañas proyectan sobre la pista de tierra magra.

Y miro para la derecha y ahora recuerdo que ahí, antes de que la senda que bajaba se encuentre con las juntas, se alzaban las últimas o primeras casas y, por donde ahora sólo veo, montones de piedras abandonadas y algo más arriba, olivos comidos por el monte, higueras y por entre las zarzas, las parras y donde el monte ya empieza a ser espeso, no se ve pero adivino los agujeros en la tierra de las caleras donde en aquellos días se cocían las piedras que al convertirse en cal, ellos usaban para construir sus corrales, molinos, hornos y casas.

Y aquí mismo, donde el río se hace vado y por donde la senda colaba, miro y lo único que veo es como un lago, una represa en forma de pantano, que se encharca y en sus aguas claras, bañándose muchos de los que ahora vienen de paseo a estas sierras y ajenos a nuestras cosas, gritan, se zambullen y cantan y algo más arriba y, por ese lado, ahora recuerdo, fue donde se dio aquel encuentro de la madre con el hijo el día que

este volvía de la guerra extraña.

Me lo contó el padre, aquella última tarde que con él vine recorriendo la sierra soñada: “¡Cuantas noches he echado yo a dormir las vacas por ese vallejo! En esas lomicas dormían los animales porque ese monte era muy bueno para ellas. ¡Cuantas veces no habré subido yo esa tan hermosa piedra redonda! Y por decirte más, te diré que justo por esta ladera, es donde tuve, con mi madre, el más hermoso de los encuentros humanos.

Volvía de la guerra y era el día cinco de mayo del 1939. Ella bajó del cortijo de las parras a esperar el correo que venía de la aldea que hubo en la cumbre, a ver si traía carta mía. Para saber de mí porque para una madre siempre un hijo es lo que es. Se encontró con un hermano, el marido de mi prima, que entonces era zagalote, unos dieciséis años, por ahí tendrías. Porque le llevo yo nueve años. Cuando llegué a las casas de las juntas, en compañía de otro de aquí que ya ha muerto, pues fue llegar, cogió el macuto mío con lo que traía y echó delante. Quería ayudarme, darme compaña hasta el cortijo y al mismo tiempo, me quitaba la carga.

Por aquí más arriba del covacho, que es eso que se ve en aquel lado del río, se encontró con mi madre. Al verla le

preguntó:

- ¿Qué hace usted aquí?

- Pues esperando a ver si llega el correo por si trae carta de mi hijo.

Y él le dijo:

- Pues vengase usted conmigo que la carta la traigo yo.

Echaron a andar senda abajo y ahí enfrentico, confronté yo con mi madre al volver de la guerra. Al verla y verme los dos nos abrazamos y tanta era la alegría de ella que se echó a llorar.

- Un hijo que se lo llevaron a la guerra y que yo he soñado perdido para siempre, por fin hoy el señor me lo devuelve vivo.

Me decía ella mientras me abrazaba, me besaba y se secaba las lágrimas. Tú fíjate donde fue el encuentro con mi madre, tu abuela, al volver de la guerra. En lo más profundo del barranco del río, en esa ladera tan llena de monte y en la senda estrecha que sube por entre las riscas. ¡Qué gozo el de ella y qué gozo el mío donde los únicos testigos fueron sólo algunos pajarillos, el viento que nos rozaba y las limpias aguas de la corriente del cauce!"

La pista se alarga y sube dando curva, no pegada a la corriente del río sino alzada por la ladera y como hoy voy en mi recuerdo y hacia el encuentro, quizá de mi alma y de la soledad que plomiza, al monte baña, camino distraído y sin prestar atención sino a la voz vital que por el barranco y en lo profundo

de la sierra, me llana y al llegar, sobre el kilómetro cinco, por la derecha, recuerdo que se apartaba una sendica menuda que tímida bajaba a las asperillas del río y por ahí cruzaba.

Y recuerdo que en aquellas últimas tardes, por aquí caminé siguiendo los pasos y las palabras que el padre iba desgranando y como el padre es tanto y, dentro de mi solitaria alma, sigue tan vivo, ahora recuerdo también, cómo fueron aquellos momentos en que él ya encorvado caminaba por las tierras que le regalaron en el pueblo blanco que, junto al otro río, le cambiaron por su rincón de verdad, su cueva del río, sus caminos, sus huertas y sus cabras.

DÍA PRIMERO

Desde Coto Ríos, repasando los recuerdos

Vive en la calle Aguasmulas del poblado de coto Ríos. Todo el mundo me ha dicho que él sí sabe de la sierra y, además "tiene buena labia para contarla". Tenía yo muchas ganas de llegar a él para echar un largo rato y enterarme de todas esas cosas que también quiero saber de la sierra. Esta tarde, he venido y en la puerta de su casa, sólo he visto a su mujer sentada. A caer la tarde, los ancianos, como en aquellos tiempos, se salen a las puertas de sus casas y mientras toman el fresco, observan lo que por la calle ocurre al tiempo que charlan con los vecinos. Es costumbre que a ellos les ha

quedado de aquellos cortijos donde entre los montes nacieron y hasta que el Señor se los vaya llevando, no dejarán de practicarla.

- ¿Dónde está?

Le pregunto. Me mira un poco fija porque ella ve mucho.

- Vino un muchacho y se lo llevó para enseñarle unas vacas y por ahí anda.

Salgo del pueblo por la parte de arriba y lo busco por donde tiene las vacas, las ovejas y las huertas cada uno de los serranos aquí recluidos. Tampoco está por los huertos que pegan al río.

- El tiene su corral entre los pinos aquellos.

Me dice una de las mujeres que con sus carreterilla de hierro lleva alfalfa para sus vacas. Subo hacia la parte alta que es el lado que pega al cerro del cortafuegos y por entre los huertos y corrales de los pinos, lo busco. Tampoco por aquí lo han visto.

- Por allí detrás tiene el corral de sus vacas.

Y me voy por allí detrás. Miro y como no lo veo me pongo a curiosear las cosas que en el corral de sus vacas él guarda. Sogas, paja, madera, ganchos de ramas... De todo un poco tiene aquí.

Miro y por entre los pinos, desde la Loma de María Angeles, se acerca. Viene subido en su burra blanca, con la

cabeza agachada, las gafas puestas y la gorra medio tapándole los ojos. Todo un caballero de la triste figura o una visión mitológica que por entre los pinos de las profundas sierras, aparece recorriendo los caminos.

- Te estoy esperando.

- Ahora mismo estoy contigo. Encierro las burras y nos sentamos en la sombra de los pinos.

Me uno a trote lento de sus burras, llegamos al corral, las mete dentro, las traba, les quita el aparejo, les pone en el pesebre un puñado de paja y después de moverse de acá para allá rápido y encorvado, salimos a la sombra de los pinos.

- Esto es para que te siente tú.

Abre una pequeña silla de hierro con un trozo de tela de plástico y después de insistirle que ahí debe sentarse él, me siento yo.

- Pues a mi opinión, el valor de la persona, es el dote de sentimiento. Una persona que carezca de ellos no tiene valor ninguno. Cada uno opinamos de una manera. La mía, yo me creo que es opinión sana. Que sirve para todo el mundo. Porque yo me digo que no quiero nada más que lo que es mío. Para usted lo suyo y me alegro del bien de la Humanidad entera y me gusta respetar a todo el mundo. Es que así de esa manera, sí se podrá marchar en la vida.

–

EL PRINCIPIO

- Pero yo creo que es mejor empezar desde el principio.
- Pues empezamos desde el principio. Yo, nací en la Cueva del Torno, a unos dos kilómetros o tres de donde nace el río de Aguasmulas. Puede que no llegue a tres kilómetros. ¿El río se toma a la derecha para abajo o para arriba?
- Creo que es para arriba.
- Pues entonces a la derecha del río. Al este lado del río que nace en la Huelga Campico, debajo de la Piedra de Aguasmulas, en el Recodo Aguasmulas. Tendría yo año y medio cuando mi familia se vinieron y me trajeron al cortijo, que es donde me he criado. Eso está en el kilómetro ocho, enfrente.

Más abajo, está Las Casas de las Tablas, el molino de Las Casas de las Tablas que se llamaba el Molino del Tío Blas. Era el principal. Allí vivió una prima hermana mía que era nieta suya. Han vivido varios pero que el molino se conocía por el Molino del Tío Blas de Las Casas las Tablas. Eran dos molinos en uno.

Allí he estado hasta que nos bajamos a Las Casas de las Tablas para que fuera a la escuela una hija que tenemos. La profesora que había era doña Carmen, de Córdoba, que aquí tiene una hija. Y desde allí nos vinimos al poblado de Coto

Ríos. Y aquí estamos. No es que se acabe la historia todavía. Cuento donde he nacido y ya estamos aquí.

Desde el principio, pues ya verás si tengo cosas desde el principio: ayer hizo cincuenta y nueve años que estuve yo en la guerra. Creo que hay quien dice que Dios, esto y lo otro. Yo lo he visto, no puedo asegurarlo porque no lo he visto pero creo que debe de existir. Enfrente de Lanjarón de Órjiba, este mismo día veintinueve de agosto del treinta y siete, estuvimos en un ataque. Sentías las balas pasar silbando junto a mi cabeza. No hacía nada más que decir: “hoy es último día de mi vida. Ya no me puedo escapar”.

Entonces no podía uno decirle a nadie que se encontrara adiós ni ande usted con Dios, na más que salud. Como dentro de los sentimientos de uno, de la fe de uno, no hay quien lo pueda averiguar eso, no es muy fácil, pues yo decía: “¿Y si Dios quiere guardarme, salvarme? Porque en todas las guerras quedan ¿Pues si Dios quiere salvarme de ésta?” No pesqué un chispazo. Me salvé. En fin, ya vinimos. Que el novio de una prima hermana mía que vive aquí, murió aquel día. Era del Olivico, hijo de uno que le decían el tío Nemesio.

Cuando volví de la guerra todavía estábamos en el cortijo. Tenía entonces veinticinco años y cuando nos vinimos a

poblado tendría sesenta. Conque fíjate. Mira: un día, en la cueva del Torno, estaba picando esparto un hermano mío y como yo era chico, voy y pongo la mano así, me dio con la maza y me partió este dedo que ves. Que por cierto, eso no me ha estorbado nunca nada más que para pisar las cuerdas de la guitarra. Así que de la Cueva, recuerdo poco pero después de mayor, si fui por el lugar. La puerta que teníamos en la cueva donde estábamos, la tengo ahora en mi casa de recuerdo.

Mas abajo de la Fresnedilla es donde se encuentra la cueva. Al asomar ahí por el cortijo ese que hay olivas que es el cortijo del Mulón, al dar vista al barranco que en lo hondo se ven muchas nogueras e higueras, en una cueva que se ve allí, aquello es la Cueva. Lo que nosotros teníamos eran tierras, muchas nogueras, higueras, granados, ciruelos y animales. Mis padres nacieron en la cueva y murieron los dos en el Mulón. Yo me casé ya bastante mayor, de cuarenta y un año.

Tengo estudiado cinco parrafillos y, además, tengo grabada una cinta que salen los cinco parrafillos, con las vacas uncías con los frontiles que te enseñé el otro día. Yo hablando, digo: Le ruego a las juventudes, defienda la agricultura, que de ella vivimos todos, sin ningún lugar a duda. También la ganadería, que son los apoyos grandes, de provecho y la alegría. Dejemos el egoísmo, que es lo que nos mata a todos, y

no nos deja vivir y nos trae tos los trastornos. Atender este consejo, que este anciano os dirige, podremos vivir agusto y tranquilos y felices. Este consejo que doy, es de todo corazón, quiero el bien para el mundo entero.

Con los animales en el cortijo, pues siempre navegando con ellos, con agua, nieve, frío. Yo en los campos de Hernán Pelea, he estado también. A la escuela no he ido. He aprendido un poco a leer y escribir preguntándole a unos y otros. Me ha gustado leer cosas originales. Leí un parrafillo que decía, que aunque ya la memoria va marchando, las cosas que me gustan las tengo grabadas y no se me olvidan. Cuando llega la ocasión, se me viene a la imaginación. Decía: "Cuando se obra bien se siente uno alegre y cuando se obra mal, se siente remordimiento. Es la voz de la conciencia que habla dentro de nosotros y nos dice lo que está bien hecho y lo que está mal hecho". Y a mí no se me ha olvidado.

LOS NOMBRES

Desde el cortijo, los nombres te los puedo contar de esta manera: estamos enfrente de Peña Plumera, que es el punto más alto que se ve desde allí. Aquello y Pedro Miguel, que se ve un barranco abajo. Por debajo hay un sitio que le dicen la Charca, a la Fuente de la Maleza, el Chorreón de la Charca, el Cinto, por ahí se ve todo el Hoyazo, las Banderillas, el Cinto de

los Frailes. Los Pardales ya no se ven, sólo llega a verse el Cinto. Desde la Cueva al Cortijo por el camino, tenemos el arroyo de Aguasmulillas, se pasa por este arroyo. Por la Fuentecica, que hay unos huertos que los sembraban, por debajo una huelga que se llama Huelga Grande. Ya más abajo, la Roza del río a un huerto de olivas que hay que le dicen La Rocilla y llegamos al Cortijo.

Desde allí salimos para abajo, hacia Las Casas de las Tablas. Pasa uno por lo de Montoya, un hombre que vivió y tenía una huertecilla allí, hay otro pedazo que le dicen Huelga Blanca, que era nuestro. Más abajo el Puente de los Borregos, la junta del arroyo del Hombre. Esto todo en la orilla del río Aguasmulas. Desde la junta del arroyo del Hombre, para abajo a Las Casas de las Tablas. Se pasa por un sitio que le dicen el Vallejo de los Frailes a dar al molino, que era lo primero que se encontraba uno. Los cerros que hay, conforme se baja, los cerros que hay en Las Casas de las Tablas, es el Cerro de la Torquilla y el otro que hay por encima, se llama el Cerro de la Bandera. Y otro, la Piedra del Mulón, también está enfrente del Mulón. Una piedra más alta que se ve sobre salir en medio de una loma. Esa es la Piedra del Mulón.

Desde Las Casas de las Tablas, si seguimos bajando, según por donde tome uno, nos vamos encontrando lugares y

nombres distintos. Si nos arrancamos para abajo venimos a los Bonales, a colar otra vez por el molino de Eusebio el Molinero a la carretera para venir a Coto Ríos. Y se toma uno por el camino viejo, que venía también una mesta para el ganado, al Collado de las Tablas, al Prado de las Seteras, a dar a las Presas, que estaban un poco más allá, un cortijo que había en ese rincón, por encima de donde había otro cortijo donde vivía el guarda de esta finca de Coto del Río. Eso se llamaba Los Salaos. Más allá de las Presas.

¿De antes en esta zona del Poblado de Coto Ríos? Ya verás tú si me acuerdo: cuando se casó un hermano de una que hay ahí que tiene un bar y una tienda, ella se llama Adela y en la boda de un hermano suyo que se llamaba Domingo, estuve yo en la casa, y estuve de músico. La mujer era de una que había que le decían la Abuela Agustina. Le dicen Quilina y ahora vive en Villanueva del Arzobispo. Todo esto del poblado era sólo tierra de labor, de aquí para arriba. No había nada más que un cortijo donde vivía el guarda del Coto. Muchas obrás he echado yo aquí y me las pagaban a trece duros. Las subieron aquel año, de doce duros que valía una jornada de trabajo, a trece. Yo estuve aquí sembrando grano. ¡Ya ves tú!

Ahí más allá está el Collado Quiteria, que ahora le dicen el cortijillo. Hay dos casas: una el Collado Quiteria y otra el

Cortijillo. Conforme se va hacia el Olivico. Desde aquí mismo siguiendo este cortafuego para arriba, al coronar este monte de Coto Ríos, al terminar la calle, tenemos una cueva que le llaman la Cueva del Puntal. Un abrigo en todo lo alto de la loma donde cabe mucho ganado. Por debajo hay otros covachos que le dicen los Cenajos de las Astas. Aquí derecho de Aguarrocín, que es el arroyo este que sube ahí para arriba. Por esa ruta mañana me voy a ir a traerme las vacas que ya te he dicho tengo en Los Villares.

Por ahí se sale a un sitio que le llaman la Fuente del Sapo, a lo alto de los Collados del Hornico, que yo le digo los Collados de Pedro Cano, porque están en la salida de Pedro Cano. Entre la Fuente del Sapo y la Cueva del Puntal, hay otra cueva que le dicen la Cueva del Torcal. Cuevas grandes que se metía ahí mucho ganado. Otras veces, como no había albergues, porque no había medios de hacerlos, pues ahí ha tenido que apañarse el ganado. Ese terreno ha tenido siempre mucho ganado. Es un terreno natural para eso. Hay mucho monte de chaparros buenos, estupendas hierbas y mucha agua. Un rincón delicioso para los animales.

VACAS Y NIEVE

Mañana iremos a los Villares a por mis vacas.

- Que entráis ¿por este lado del Calarejo?

- Sí, por este lado, a la punta de abajo y a las mismas casas de Los Villares. Pasamos por encima de los cortijos de Ruejo. Otro que va conmigo de la Loma de María Angela que se llama Juan Antonio, ese me acompaña porque también tiene una vaca. Él sale desde la Loma y se sube por donde tú dices: los Astilleros para arriba. Allí nos juntamos.

- De la vida que tenía allí tu padre ¿qué recuerdas?

- La vida que tenía entonces, era como ya te he dicho. Cazaba turones. Don Miguel Alamino, en Granada, era el pellejero que le compraba las pieles. Trabajando siempre en el campo y con el ganado y por eso a mí la agricultura me gusta.

- ¿Y qué pasó aquel día de nieve?

- El día de nieve grande que fue el año 1992, me cogió, que tenía yo cinco vacas, por Cañada Somera. Eso está por la Sierra de las Villas. Como había una seca tan grande, las llevé hasta ese lugar y casi no había agua en los tornajos. Y las volqué por encima del Aguadero. Había mucho lastón seco y ni una gota de agua. Las dejé por allí y me vine.

Y aquella noche cayó una miaja "nevarrusca". Pero es que a otra noche, pues ya cayó un poco más. Digo se bajará. No se paró y estuve tres días buscándolas por aquí y que ni Dios ni su madre. Que no las veía por ninguna parte. Ya a otro día saqué conmigo, a un zagal joven y otro que ha sido capataz

mucho tiempo y luego pues hasta estuvo de “celador” de esos. Me dijo: “Yo voy a ayudarle”. Pero cuando salimos por el Aguadero con el nevazo que había, dando la nieve por encima de la rodilla, a un sitio que le dicen el Aguadero Alto, ya vi yo que el hombre estaba aburrido.

El otro, que se llama Bonifacio, como era joven, empezó a saltar a lo alto. Nos salimos para acá a venir a los Quemaillos. Desde allí no se veían pero yo las llamé. Me las había dejado por lo alto de una loma grande. Al filo del Aguadero Alto. No las vimos. Ya nos vinimos por ahí a dar por encima de la Hoya de Miguel Barba, a un sitio que le dicen la Hoya del Aserraor, y bajamos por Aguas Blanquillas.

A otro día busqué a un coche de esos que van por todos los terrenos, hijo de uno que le decían José pero no le decían nada más que Perillo. Nos llevó a mí y a dos muchachos que se llaman Uno Bonifacio y otro José el de Zarzalar. Nos fuimos por aquí hasta la Venta de los Agustines, saltamos pista arriba hasta donde nos encontramos unos pescadores. Tenían tapado el portillo y no me cayó bien porque no pudimos subir más. Podíamos haber subido todavía pista arriba hasta el Prado de los Chortales. Pero como se plantaron, las cosas como he dicho, del egoísmo, nos tuvimos que quedar allí. No se dan cuenta que es que todos necesitamos beneficio. Pues

allí hubo que bajarse e irse andando que más de un kilómetro largo tuvimos que recorrer. Ya ves tú “trapaleando” nieve de esa manera. Desde aquel punto, nos tiramos más de veinte kilómetros andando.

Desde Cañada Somera, saltamos toda la sierra y venimos a caer a Coto Ríos. Cruzamos la sierra entera. Así que fíjate. Arrancamos por el Caballo del Torraso, cruzamos por Cañada Somera, desde arriba, luego a los Tornajos, salimos a lo alto de la cumbre al lindero donde hay un mojón de la Sierra de Las Villas. No es el mojón de los tres términos que se encuentra algo más arriba. De pronto, vimos rastros de las vacas. Donde sintieron que las llamé, en aquel punto nos la encontramos al otro día por la tarde. Donde me sintieron, allí acudieron a un sitio que le llama Los Bonales del Aguadero Alto.

Cuando las vimos era anocheciendo, a las seis de la noche. Tuvimos que dejarlas allí. Así que las llamamos y las reconocimos. No les había pasado a ninguna nada. Nos tiramos ladera abajo y así que nos metimos por esos pinares, con la oscuridad y nieve, cualquiera veía. Pero al fin pudimos bajar a la venta de Luis. Porque llevábamos una linterna nueva, que si no, entre la nieve de esa ladera nos hubiéramos quedado para siempre. Dijo: “Vamos y que el Aurelio nos ayude”. Pero no estaba. Se había venido al poblado. Ya es que

no aguantábamos. Cogimos carretera adelante y a las tantas de la noche llegamos al pueblo. ¿Sabes tú cuantos kilómetros anduvimos aquel día pisando nieve y laderas? Más de treinta. Pero al final salimos y ahora todavía lo puedo contar. Los ramales que nos habíamos atado en los pies se los comió la nieve de tanta como pisamos.

Cuando ocurrió esto que te he contado, tenía yo setenta y nueve años. Los que fueron conmigo, yo nos los olvidaré nunca. Otros decían que si, que no pero al final los que me acompañaron fueron estos. Así que esos, cuando yo me muera, se me irán de la imaginación pero antes no. Acciones de sentimientos y fe, yo siempre las valoro. A las vacas no les pasó nada. En cinco días que estuvieron allí, nos le pasó nada. Tenían salud los animales y pudieron resistirlo.

SENTADO EN LA PIEDRA

Otra como ésta, me ocurrió cuando yo era pequeño. Estaba de porquerete, con perdón tuyo, más arriba de Pontones en un sitio que le dicen la Fuente de la Puerca. Los tenía en las “landreras”. Engordaban con eso. Hombre no había otra cosa. Son unas matas que se crían en los espinos majoletos. Salen así como unas patatas y eso es bueno, con eso engordan mucho. Pero es muy fuerte. Eso pica mucho. La primera vez que lo catan se arrascan en la barriga y todo de lo

fuerte que es. Pero que es muy bueno también para alimentarles.

Y yo estaba allí y me los dejaba de noche y venía hasta donde estaba mi hermano. A un sitio que le dicen Poyo Pinar en la punta arriba de la Piedra Aguasmulas. Había un cenajo y allí estaba con el ganado. En el poyo aquel teníamos el hato en un covachete. Pues aquella noche fue de viento y lluvia y yo venía empapado hasta los huesos. Traía un capote que aquello era de lona pero aquello ya no me quitaba agua ninguna. Llego chorreando al covacho. Pero con temporal tan grande mi hermano se había dicho: “Ese se ha ido a las Hoyas de Albaldia”. El no se esperaba que yo fuera a venir. Pasé una noche de infierno. Los pantalones que tenían eran de pana colorada y se me “entintaron”.

Pasé la noche sentado en una piedra que había y liado en una manta. Por pocas me muero pero me amaneció y al otro día por la mañana me vine a la Fresnedilla. Había una tía mía y allí ya me reconforté. Ya, a pique de haber peligrado pero en fin: me escapé, no pasó nada.

En este momento, Pío que se ha sentado en el suelo, sobre las hojas secas de los pinos, se rebulle buscando una mejor postura. Quiero dejarle el asiento de la silla y me dice:

- No, si yo estoy bien aquí. Me conviene recostarme sobre el tronco del pino porque me sirve de apoyo. Ya necesita un apoyo. También, para que lo sepas, te voy a decir que yo lo que más he guardado han sido vacas. Antes había muchas vacas en estas sierras. Recuerdo que una vez, una de ellas, metió el pie en la raja de una piedra y no la podía sacar. Metió la pata por donde era más ancho y al tirar, lo fino de la pata, se le vino a la canilla y ya no la podía sacar.

Aquello fue un problema porque la vaca era muy borde y no dejaba que me acercara a ella. Tuve que ideal cómo salvarla y lo que se me ocurrió fue coger una soga. Por detrás del animal, me acerqué, con la soga le enganché la pata, tiré de ella para atrás y en ese momento ella quiso darme una patada y fue la solución. Al echar la pata para atrás, tiré yo y la saqué de la grieta. Tenía yo entonces quince años.

EL RECUEDOR DE AQUELLO

Ahora, ya que llevo mucho tiempo viviendo en este poblado, de vez en cuando me acuerdo de aquel sitio. Me acuerdo de todo. Me da alegría de ir a donde viví. Recuerdo yo con especial cariño una cueva, entre las muchas que por allí hay, que le dicen el Poyo del Agua. Dentro de la misma cueva nace una fuente. Hay una pila y cae allí el chorrillo. Aquello no se ve. Pasa uno a cinco metros de la entrada y no ve la cueva. Toda

la puerta esta tapada con los bujes. Pero es una cueva que da gusto de ver. Hasta das allí una voz y retumba y aquello da gloria. El agua es buenísima. De la mejor que puede uno beber.

- ¿Cómo me has dicho que se llama?
- Eso se llama la Cueva del Agua.

Por allí sale una garita, un poyo con un camino por donde podían subir las bestias y todo. Por eso te decía que aquello se llama el Poyo del Agua. Va a salir a las Pegueras. A la entrada del Cinto de Majatrada, enfrente de la Fresnedilla. De lo que había por aquellas tierras, ya verás tú si me acuerdo. En Las Casas de las Tablas vivía una hermana de mi madre, mi tía Consuelo y un tío mío que le decían Demetrio. Que era el padre de uno que he nombrado que le dicen el "cojo de la Fresnedilla". Ese es primo hermano mío.

UN RECUERDO PARA MAXIMO

Sigue conversando y dice:

- Desde que nació lo conozco yo, porque ya te he dicho que era primo hermano. Su padre y mi madre eran hermanos. ¿Pues cuantas noches habrá dormido en mi casa? Como él estaba soltero, pues se venía aquí y se quedaba con nosotros. Donde estaba el cojo era una finca. Una propiedad que compró mi abuelo. Tenía una escritura pero no movieron las cosas y él

ha estado probando a sacar esa escritura. El por los animales, no ha pagado pastos pero ¿cuántas denuncias le habrán puesto? ¿Cuantas veces no le habrán amenazado? Y lo más malo de todo, hasta pegarle. Le han pegado muchas veces y en silencio él sufría. No se lo contaba a nadie y por eso se ensañaban tan duramente con él.

Le ha pegado mucho pero él no ha cedido. Si lo matan, lo matan y él no cede porque estaba defendiendo una cosa de amor propio, que era suya. Siempre decía: “Si me matan que me maten pero yo defiendo lo mío mientras que viva”. Hasta morirse. Pero luego se hizo amigo de los ingenieros y todo. Les decía: “Ustedes denuncien. Yo por eso no lo tomo a mal pero yo defiendo lo mío y a ver”. De la Fresnedilla se vino cuando se vio mal. Se fue con una sobrina suya a Andújar y allí ha muerto. Eran nueve hermanos y ya no queda nada más que una hermana que es de mi tiempo que ahora vive en Barcelona con una sobrina suya. Que como se dice, la ha criado como si hubiera sido su propia madre.

- Que tu primo era de los que le gustaba quedarse en su tierra.
- Eso es verdad. Ese ha estado aquí mientras ha podido andar. No se fue de su casa y allí sigue como testimonio de su cariño por esta sierra. No está expropiada y hasta en el Cortijo tiene

una parte. Tampoco lo han derribado porque tenía él parte, aunque ya estará casi en el suelo. En la fresnedilla, lo suyo, tampoco. Vamos, una casa que no tenía él parte, sí la han derribado pero la otra, no la han tocado aunque también estará en el suelo ya. Hace tiempo que no he ido por allí pero donde el cojo, que estaba cojo, tenía parte, no lo han derribado. No ha dado él lugar a que lo derriben.

Lo que sí te digo, por si alguna vez vas por aquel rincón, es la emoción que se siente cuando uno entra a aquella casa. No sé qué tendrá ni por qué será pero pisar aquella casa, observar las paredes y contemplar las vigas viejas de madera, el alma se te llena de temblor y encogimiento. Vamos, que te asusta ver aquello tan en silencio, impregnado de tantas emociones de las personas que a lo largo de los años han ido pasando por el recinto y tan lleno ahora de abandono, polvo y telas de araña. Un día, cuando tú puedas y quieras, tenemos que ir y ya verás como no te miento. Sólo por gusto de entrar a la casa y respirar un poco el aire y la soledad que de aquellos rincones ahora manan. Pero sobre todo las vigas de madera que sujetan el tejado, con su color pardusco y su humedad rezumando nostalgia y ausencia.

LA EMOCION QUE SE SIENTE

Y otra cosa que yo te quería decir a ti es la emoción que se siente al recorrer las laderas que de los montes caen hacia el barranco por donde corre el río.

- ¿Qué les pasa a esas laderas?

- Pues que como todas, de aquellos tiempos, están surcadas de canales por donde bajaba el agua para regar las huertas, recorrerlas ahora pisando aquellas canales, es un gozo que sabe a muerte. Arrancaban desde los charcos de agua que a lo largo del curso el río Aguasmulas se iban formando. Talladas en la misma tierra y en la misma roca, se van alargando por las laderas y luego caían por las pendientes o se remansaban en las llanuras de las huelgas. Yo recuerdo que siempre bajaban repletas de agua limpias. Las aguas cristalinas que manan en las covachas y agujeros de los barrancos donde nace el río.

Recuerdo que aquellos magníficos y bellos canales, en muchos sitios, estaban empalmados con trozos de maderas. En otros, pasaban casi tallados en las mismas rocas y a lo largo de todo el recorrido iban horadando la tierra para abrir el camino por donde el agua tenía que pasar. Cuando luego, poco a poco, los serranos nos fuimos viniendo de aquel extraordinario rincón del nacimiento de Aguasmulas, también las regueras se quedaron abandonadas. Comidas por la vegetación, muchas de ellas, rotas por las avalanchas de agua

que bajan por las laderas cuando las nubes descargan, pisadas por los animales silvestres y surcadas por las raíces de los pinos que repoblaron. Allí se quedaron aquellas regueras y con el tiempo se han ido rompiendo como tantas otras cosas.

Pero aquello, en mis sueños yo lo sigo viendo muchas veces y en más de una ocasión me he dicho que más que canales para regar las huertas, aquellos surcos eran como las venas fundamentales que llevaban vida a las tierras que nos daban de comer. Como surcos repletos de sangre que surgiendo de las entrañas de las montañas, acudían a nuestra ayuda para llenarnos de vida y prestarnos lo que para la vida necesitábamos. Por eso te digo, que un día, tenemos que ir por las tierras esas tan bonitas para que veas y goces las cosas que tan nuestras fueron y que los hombres, tan duramente nos han ido quitando.

- Iremos algún día por allí y ya desde ahora te digo, que me va a gustar mucho pisar la tierra que tan dentro llevas. Pero en este momento, quería preguntarte de cuando tú estabas en el Cortijo ¿qué ingenieros o guardas recuerdas que fueran por el lugar?
- Recuerdo que iba mucho el ingeniero don José María la Cerda. Estaba otro que le decían don Antonio, no me acuerdo del apellido, don Javier Cavanilla. Todos esos han estado por

aquí cuando expropiaron. Don Mariano, por casualidad el otro día lo vi, que ya está jubilado.

LO MÁS GRANDE DE LA VIDA

Se para en su relato, mira fijo hacia los montes de enfrente como si por allí, inconsciente, buscara algo. Cargado de dulzura y como si en este momento esperara no sé qué de mí, dice:

- Es que lo más grande que hay en la vida, es decir verdad. Te pondré un ejemplo: el que inventó el espejo para mí ese fue un talento. Porque si dice, "mira que tiznajo tienes o tiene usted en la cara", y dice uno: "¿Cómo? Yo no me he acercado a nada". Le presenta el espejo y uno mismo vez como es verdad lo que dice que tiene. Cuando uno dice la verdad nunca podrá tener miedo a que lo descubran engañando. Al que engaña a los demás, le doy yo muy poco valor. Vivir engañando y gustar de engañar, no señor, yo eso pa mí no tiene importancia. Te digo esto para que se te quede claro que cuanto te estoy diciendo yo esta tarde, sentado aquí sobre el tronco de este pino y frente a la sierra que el sol va dorando, es verdad. La pura verdad y nada más.

- Yo nunca he dudado ni dudo de estas palabras tuyas ni tampoco la de otros serranos. ¿Por qué crees que estoy aquí a tu lado escuchando tus recuerdos?

- Porque le tienes cariño a la sierra.

Y recuerdo yo ahora aquella primera vez que subimos al pico de las Banderillas y precisamente han tenido que pasar tantos años para que hoy me dé cuenta de algunas verdades que en aquella ocasión ni advertí. Por ejemplo: descubro ahora que aquella persona que trabaja en los huertos de las casas que hay frente al nacimiento del río Aguasmulas, era nada más y nada menos que el “Cojo de la Fresnedilla”. Ciertamente estaba cojo y al vernos, desde la parte baja, subió lento, acompañado de su perro, hasta el cortijo. En la puerta ya estábamos nosotros esperando y cuando llegó lo primero que hizo fue saludarnos, invitarnos a que entráramos a su casa y luego de ofrecernos una silla, nos pasó un cacharro con vino para que echáramos un trago.

Fue aquella una visita corta, un encuentro muy a lo grande con aquel profundo rincón tan lleno de secretos y tan misteriosamente mágico. Apenas le dimos importancia a lo que antes nuestros ojos teníamos y menos todavía le dimos importancia al hombre sencillo que en aquel cortijo nos encontramos. Tú fíjate hasta donde llegan, en ocasiones, los despistes de los que por estas sierras nos metemos y la poco importancia que le damos a los grandes tesoros que por entre ellas se ocultan. Pero en fin: esto es como una espina que llevo

clavada en lo más hondo de mí y que intento sacarla pero no podré hasta que no llegue a conocer en profundidad lo que cada uno de vosotros escondéis en los pliegues de vuestras almas. Seguimos hablando de ti. Me decías que te casaste tarde.

Como ya tenía cuarenta y un año y mis padres se me habían muerto, me encontraba, pues como dicen: a expensas de mi hermana cuando tenía que vestirme, una o la otra. Me empecé a dar cuenta que a esa edad, ya no se está bien así. Descubrí que a mi mujer le pasaba lo mismo. Su madre murió cuando ella tenía año y medio, no la conoció pero su padre sí duró mucho. Ella estaba también con otra hermana que se había casada y un hermano soltero que era así un poco demente. En fin, que ellos estaban allí. Yo pensé algunas cosas y me costaba trabajo pretenderla, porque era prima. La que más trabajo me ha costado de pretender. Porque para mí era como perderle el respeto. Pero en fin, yo dije: “¿Quién puede ser para mí como mi prima hermana? ¿Y para ella? ¿Quién se puede portar como yo, que soy primo y nos queremos como primos? Pues podemos, a lo mejor, marchar en la vida, a la medida de nuestras fuerzas, bien. Pues que la pretendí y nos casamos.

Cuando nos casamos, ella tenía casi treinta y cinco años.

Eramos mayores. El cura que había en Pontones, se llamaba don Lorenzo. Pues fui y le dije: “Mire usted don Lorenzo, si usted nos considera bien y no nos cobra muy caro por la carta, pues queremos hacer las cosas bien. Usted sabe que van tres casados y en todos se han hecho las cosas como Dios manda. Pero si nos cobra usted mucho, no tenemos nada más que nuestros brazos, tendremos que hacer lo que sea. Juntarnos o lo que sea”. Me dijo: “No, no. Ya lo arreglaremos”. Digo: “Aunque a lo mejor la carta no me la cobre ni siquiera, porque viene la coincidencia que el Papa es tocayo mío”.

Te estoy hablando de la época del Pío XII. Don Lorenzo respondió diciendo: “No, si él no lo firma. Bueno, la firma pero no se fija en la carta”. En fin, aquello no me gustó. No quedó la cosa clara pero yo me fui con la sensación de que nos cobraría lo menos posible. Hablando aquel día con él, le había dicho: “Don Lorenzo, mire usted: en el día que más nos hace falta su compaña y moralmente, no los tenemos. Nuestros cuatro padres, los de mi mujer y los míos, están enterrado en el cementerio de las Canalejas. Si tenemos que venir a Pontones, al pasar, vamos a rozar las mismas paredes de ese cementerio donde ellos están enterrados. Por eso quiero que nos despose usted en el Mulón. Un día que tan preciso es para tenerlos junto a nosotros y no tenerlos y pasar por donde están enterrados, nos duele mucho. Es para nosotros una gran pena.

Así que le voy a pedir el favor de que usted nos case no aquí en Pontones, sino en aquel rincón de nuestra tierra”.

Don Lorenzo me respondió diciendo: “No te preocupes, que si se puede, eso se hará como vosotros queréis”. Yo esto también se lo decía porque cuando mis hermanas se casaron, las casó él mismo y vino al cortijo del Mulón. Mi hermano porque se casó en Santiago pero él había hecho dos desposos. Había desposados a mis dos hermanas y había venido al Mulón. Como él nos dijo que se podría hacer, nos quedamos conformes. Pero luego, la verdad, fue otra. Cuando fue mi hermano a por él para desposarnos en Las Huelgas, por debajo del Poyo de la Higuera que era donde vivía mi mujer, don Lorenzo se enfadó. Pues “cuchusted”, que vino allí bastante enfadado. Decía que no, que teníamos que ir a las Canalejas o a las Casas de Carrasco. En fin, un dislate, a aquellas horas para toda la gente.

Le dije a mi mujer: “Pues nada, yo no voy a las Canalejas”. Ya me cabreé, la verdad. Así que le digo a la gente de la boda: “Venga a comer y beber. Si quiere desposarnos que nos despose y si no que siga la boda y nosotros ya nos entenderemos. A esto no le vamos a dar corte así”. Ese capricho. Si no hubiera prencipiao casando antes a otras personas en el mismo sitio, pues nosotros no hubiéramos

insistido pero después de casar a dos en el cortijo, ahora decía que a nosotros no nos podía desposar en el Mulón. Que estaba mi hermano que iba a ir a por él y luego lo iba a llevar, aquello ya no lo entendía yo y por eso me enfadé.
- ¿Coge muy lejos el Mulón de Pontones?
- Pues sí hay por lo menos tres horas y venir a las Canalejas, como una hora o así.

A mí me gusta, como dicen eso, que a las cosas no hay que darles importancia, sino que lo que hay que hacer es buscarle la mejor solución. Ya entro y le digo a mi mujer: "¿Qué dices tú?" Entonces novios, pues para venir a desposarnos. Ella contestó y dijo: "Pues yo, lo que se diga, lo que se arregle". En fin, que ya se convenció también y no quería venir a las Canalejas tampoco. ¿Cómo iba a querer pasar si su madre estrenó el cementerio? Aquello era una cosa dolorosa para nosotros y por eso no entendíamos que don Lorenzo se cerrara en lo que se empeñó. Vamos, ese favor nos lo tenía que haber hecho bien. No se portó bien con nosotros, no señor. Aquello no lo hizo bien.

Pero en fin, que ya vinimos a las Canalejas y nos desposaron. Y luego aquella noche durmió él en las Huelgas. ¡Fíjate tú! El allí durmió y no nos dio aquel gusto. En fin, pues lo que pasa con las personas. Recuerdo que para aquel

momento, tenía yo preparado un parrafillo para haberlo dicho. Como ella estaba a expensas de su hermana y yo de la mía, le iba a decir pero no lo dije aunque sí lo tenía pensado. Después lo dije y era el siguiente parrafillo: “Yo a mi prima la he sacado, del purgatorio señores y yo me encuentro lo mismo, ¡vaya dos combinaciones!” Que nos pasaba igual. Dos combinaciones.

Desde las Canalejas ya nos trajo el hato con sus bestias, un primo hermano. Vino también una hermana y nos acompañaron hasta el cortijo del Mulón. Y allí estuvimos hasta que nos mandaron a este poblado. Ya ha hecho cuarenta y un año de nuestra boda.

- ¿Cuantos hijos nacieron de vuestro matrimonio?

- Pues no hubo nada más que una nena, una hija que tenemos y un aborto que vino que no llegamos a saber si era hembra o varón. Ya no han nacido más. Eramos ya demasiado mayores y eso tiene sus problemas. Tenemos esta que vive. Está casada con dos hijos. Uno ya con catorce años y una nena con siete. Que los cumplió el día veintinueve de marzo. Y el nene, los catorce, el día once de junio.

- ¿Cómo fueron las cosas cuando luego os vinisteis a este pueblo?

- El primer año que nos vinimos, el ingeniero nos dio permiso para hacer el barrancón este donde ahora tengo las burras y el

corral de las vacas. Aquellas vacas las teníamos para labrar las calles y todo lo necesario en la labor de las tierras. Casi siempre era echando obrás. En invierno, me iba a labrar olivas y en verano a preparar las calles. Y por aquellos primeros años, nos fuimos a Francia, mi hija y yo. Para ganar algún dinero a ver si podíamos juntar lo que nos faltó para el pago de la casa y este barrancón. Es que esto lo hicimos de cuenta nuestra. Lo que hay de obra.

Lo que se ve con madera, eso lo he ido haciendo yo poco a poco. Como ya te decía, nos fuimos a Francia y echamos una campaña. Ya no pudimos ir a otro año porque yo, estando labrando en la calle que hay a este lado de la Fuente del Macho, me accidenté. De un porrazo que me di en la cabeza y me descompuse el cuello. Fue de la siguiente manera: iba andando aprisa, tropecé y me di con una cosa dura en la cabeza. Llevaba puesto el sombrero de paja nuevo, muy apretado. El aire que cogió, a la velocidad que llevaba, se me “escompuso” el cuello entero. Ea, me quedé sin movimiento ninguno. Lo único que me quedo fue el conocimiento que no lo perdí. Fue lo primero que me preguntaron cuando fui al médico.

Y ya pesqué y vine. Un tío mío, el padre de estos muchachos que estaban aquí ahora mismo, estaba enfermo en la cama que se murió. Como era tío mío me dije: “Voy a ver a

mi tío Alejo vaya que le digan lo que me ha pasado y le va “pacer” que estoy “pior” y como no puede venir a verme, va a estar sufriendo. Pues voy para que me vea y ya no sufre porque ve que no es como lo que le pueden decir”. Y llegar y le digo: “¿Cómo está usted?” Nosotros a nuestros tíos les hemos dichos siempre hermanos. Los hemos tratado de esa forma. “¿Cómo está usted esta mañana, hermano Alejo?” Dice: “Estoy mal. ¿Y tú cómo estás?” Digo: “Mire usted, no estoy bien tampoco. Me he dado un porrazo que no es muy bueno”. Así que le dije lo que era, me dijo: “¿No habéis ido a la mujer del pariente ese nuestro? Es que esa sabe algo de arreglar las cosas estas”.

Yo no me había enterado. Pero entonces mi hermana esta, que estaba allí, fue y le avisó para que viniera. Ella vino y al verme, también se asustó de ver como estaba. Me lo arregló pero yo me quedé sin movimiento. Fue el veinticinco de julio. El día de Santiago. Ahora mismo, este el movimiento que tengo. No puedo rodear la cabeza ni a la altura del hombro. Es el defecto que me ha quedado de aquel accidente. Me llevaron a Ubeda, me enyesaron el cuello y como allí no tenían cosas para curarme, me mandaron a Granada. Me pusieron un collar que lo tuve cuarenta y ocho días puesto. Me tenían que dar de comer así. Pero en fin, de aquello ya me curé.

Después de mucho tiempo en el hospital, cuando volví, un día, llegaba la feria de Burunchel. Se trajeron las vacas y al caer la tarde las tenían ahí, por este lado de mi casa, en el llano ese. Me sacaron a la calle para que las viera. Y estaban ellas comiendo ahí en el llano ese, cuando me da por decirles: "¡Cherra!" Se quedan las vacas mirando y digo: "¡Cherrusa!" Mira, aquello fue de sentimiento. Pegaron un berrido y en unos segundos las tuve todas a mi lado. De la congoja que me dio de ver las vacas a sentirme, que hacía un mes que no me habían sentío, me "acudió" una cosa aquí que ya no podía hablar. Y tengo yo una miaja de ánimos pero "me se fueron". Aquí en la garganta me acudió una cosa y ya no podía hablar al ver los animales lo que hicieron. Como personas humanas acudieron berreando, en cuanto me sintieron.

Por eso me dicen muchas veces que me quite de estas vacas y eso no lo hago. Mientras yo viva, tengo que tener una vaca para verla. Yo me las apañaré como sea. Si no me las puedo administrar solo, ya tendré quien me ayude. Que ya casi lo tengo. Ya me he buscado ahí un muchacho que creo sí vale para compartir con él. Que mañana, como te he dicho, vamos a por ellas a las tierras de Los Villares. Es un muchacho que tiene fe.

- ¿Es que les tienes mucho cariño a tus vacas?
- Claro que les tengo cariño. Yo creo que es el animal más

agradecío que Dios ha podido poner en este mundo. Mas agradecido que la vaca no hay otro animal. Tanto poder como tiene y lo bien que la maneja uno. Son discretas y agradecidas. Como las trato bien, los animales lo saben.

Tengo el toro que es “limosín”, que ese animal es una joya. Tengo capricho de que se lo llevé el domingo, a Peal, un amigo para que les coja las vacas y tenerlo allí. Pero lo que ahora mismo sueño, es sacarme una foto con él, porque con ese no tengo ninguna foto.

- Pues ese capricho tuyo se hace realidad enseguida. La foto te la hago yo.

- Los bajo de los Villares mañana.

- Pero a qué hora.

- Antes de estas horas, las cinco o seis de la tarde, tengo que estar aquí.

- Yo mañana voy a venir a casa de Ricardo de Los Villares. Puedo acercarme y hacerte una foto.

- Pues Ricardo te va a hablar de Los Villares dándote explicación de todo, bien dada. No atrasándote a ti en nada, es una persona buena. Que yo sepa, de Ricardo no podrá nadie decir que la ha hecho daño a ninguna persona. El bien que pueda, disfruta pero daño, a nadie. Es esencial de sentimientos.

- Ahora me gustaría que me dijeras algo por lo que siento curiosidad.
- ¿Qué es?
- ¿Por qué te dicen "Pío de las vacas?"
- Pues porque tengo vacas y hay otro pío, que ahí más allá tiene un barrancón y tenía cabras. Pues Pío de las cabras y Pío de las Vacas, me dicen aquí. Pero yo soy Pío el del Mulón desde siempre y mi nombre completo es Pío Fermín Castillo Fernández. Por un tío mío, que se llamaba Pío, que murió ahí en los cerros esos que se ven desde aquí, se llamaba Pío y a mí me pusieron el mismo nombre por él. Eso por mi tío y Fermín porque nací el día de San Fermín el día siete de julio del año 1913. Así que, aunque tú me ves así tan espavilado, ya tengo ochenta y tres años.

Te iba a decir antes que yo he navegado con las vacas mucho pero como el toro ese que tengo limosín, no he tentado otras.
- ¿Es muy manso?
- Un pedazo de pan y, además, la discreción que tiene. Si es que tiene maneras no de animal, sino de personas racionales. Eso que va uno a tocarle a él comiendo o lo que sea y en cuanto le tocas, ya está atento como persona que sabe guardar ese respeto y esa atención. El padre de ese costó un millón de pesetas en Dinamarca. Aquí en España, cuando yo lo quise

comprar me costaba cincuenta mil duros y no tenía ya nada más que cuatro vacas. Vine y conté con los otros y decían que era muy caro que esto que lo otro, ¿y yo que hacía? No quería desistir. Hablé con el tratante, “ende” aquí, que me traje el número de teléfono y le dije lo que había. Que a otro y a mí se nos antojaba muy caro con tan pocas vacas. Su hubiera tenido una quincena de vacas, ya era otra cosa.

Le dije que le dijera al dueño que si me lo podía dejar en doscientas mil pesetas, que me lo traía enseguida. Ya era una miaja de “remijón”, menos, que en un pobre diez mil duros, pues sí es dinero. Me respondió y me dijo: “¿Cuándo viene usted a por el becerro?” Digo: “¿En cuanto?” Dice: “En lo que ha dicho usted se lo dejo”. Y me dijo que porque era yo. “Yo vivo de esto, mire usted, del corretaje pero nada más que por venir con el que viene usted que es amigo nuestro, no le cobro nada de corretaje y tengo interés porque se lleve usted el becerro”. Fui y me lo traje de más allá de Santisteban del Puerto. De una dehesa que le llaman Cañailla.

- Y ahora, cuando se llevan el toro para que coja las vacas de unos y otros ¿tú qué les cobras?
- Yo no les cobro nada. Es un amigo que lo tiene allí mientras le haga falta y que les coja sus vacas. Cuando a mí me haga falta me lo traigo y aquí no hay interés de nada.

- Pero entonces tú no le sacas dinero al toro.
- Nada más que los becerros que ya le he vendido tres y dos que quedan aquí. Tengo otras dos vacas preñadas. Eso es lo que le saco. Vender becerros de una clase buena.
- Y otra curiosidad más.
- Dime que yo te la aclaro.
- Cuando vayas mañana a Los Villares, como las vacas han estado tanto tiempo solas ¿te siguen conociendo?
- En cuanto llegue y las llame se vienen conmigo. Ante de ayer fui a verlas, pues fue llamarlas y tenerlas a mi lado.
- Los animales es que te quieren mucho ¿No?
- ¡Hombre! Me quieren y me respetan. Si van a ir a un sitio y les hablo, saben ellas que es que por allí no se puede ir.
- Y si yo voy ¿cómo racionarán ellas?
- Pues a lo mejor tú vas y se espantan. Ellas no saben el tratamiento que tú les vas a dar. Los animeles tiene mucho conocimiento. Cuando uno va andando ¿qué es lo que puede uno dejar? Pues la vaca llega, huele y sigue el rastro hasta dar con uno lo mismo que un perro.

¿Por qué el toro bravo, cuando le pegan bien pegado, no busca al gañán y aunque lo encuentre no lo mata? Pues por eso, porque sabe que le ha castigado justamente. Si ahí allí otros vaqueros y huele ropa que sea extraña, la hace polvo y la del vaquero que lo trata a él, no le hace nada. Si le haces una

cosa mala, injusta, el toro lo sabe. Te buscará a donde estés y va a por ti. Te matará en cuanto te descuides. Si le pegas mal pegado, se vengarán de ti. ¿Y eso por qué es?
- ¿Pero eso pasa?
- ¡Vaya que si pasa! A un toro se le pega mal pegado y de ese guárdate. Te quita de en medio en cuanto te descuides. El que le pegue mal pegado a un toro de esos puede dejarse la ganadería. Sé de animales que han llegado a la tienda donde están los vaqueros, han olido y han visto que no está su enemigo y se han ido. Ha cogido el rastro y donde se lo haya encontrado, lo ha matado.

- Ya, por hoy, nos vamos a despedir pero todavía me queda otra curiosidad.
- Pues dime qué es.
- ¿Cuánto tardas desde aquí hasta Los Villares?
- Con las bestias echo tres horas y el volver otras tres.
- ¿Te llevas la comida?
- Me llevó la comida y ya te he dicho: sobre las cinco y por ahí, ya estaré aquí. Así que cuando mañana vengas para lo de la foto, donde mejor me puedes buscar es en mi casa. Mi retiro, siempre es mi casa y los ratos que estoy por aquí con los animales.

DIA SEGUNDO

Recorriendo el río Aguasmulas
y subida al cortijo del Mulón

Hoy es siete de septiembre, el día que hemos señalado para subir al cortijo del Mulón donde vivió Pío. A la dos de la tarde hemos llegado a la casa de Pío. Nos hemos parado en Cazorla porque tenemos entre manos el proyecto de la Editorial Alpina, la realización de un mapa de la sierra de Cazorla por encargo de esta editorial. Queríamos preguntarle a uno de los que trabaja en la cooperativa del Quercus para que nos diera su opinión con relación a la zona que deseamos cartografiar pero aunque sí quedamos con él sobre las doce de la mañana, no ha sido posible el encuentro. Tampoco ha sido posible lo de las fotografías que en blanco y negro había encargado en una tienda de este pueblo.

En fin, hemos seguido la ruta y en el museo de la Torre del Vinagre, también nos hemos parado. Hemos estado viendo el mapa que de Everest ha editado esta cooperativa del Quercus y luego el que Alfredo también ha hecho. Hemos charlado con Carmen, una de las que forma esta cooperativa y luego nos hemos puesto en marcha hacia Coto Río. El plan de hoy es ir con Pío a su cortijo del Mulón para que nos explique todo lo que él recuerde y por el lugar tenga desparramado. Llegamos a

su casa en la calle Aguasmulas de este poblado y justo en estos momentos aparece.
- Pues vengo ahora mismo de domar una novilla. Me fui esta mañana temprano y ya la tengo domada.

Comenzamos a planear la subida al cortijo del Mulón cuando aparecen en la casa varios vecinos. Comienzan a saludarlo y poco a poco me voy enterando quienes son. Ellos mismos me lo dicen:
- Yo me llamo Julián Fernández García y soy hijo del Tío Alejo, ese que sale en el libro de la sierra y primo hermano de Pío. Yo he estado de guarda en la Sierra de las Villas más de cuarenta años. Me conozco la sierra esa perfectamente de palmo a palmo. Si en alguna ocasión necesita que lo acompañe, poco puedo andar ya pero para hacer esas sierras, si valgo. Este es mi hermano que se llama Santiago Fernández García y vive en la Matea. Somos siete hermanos en total y estamos aquí cinco hoy.

Como Pío está algo nervioso por lo que de pronto se le ha venido encima, nuestra presencia, la de sus primos que hoy han venido a Coto Ríos a celebrar no sé qué, todos los hermanos juntos, se mete para la vivienda y saca en sus manos un cuaderno.
- Aquí tengo lo que un día me regalo don Rafael.

Me lo alarga y me pide que lo lea. Lo cojo y en letras gruesas, grandes y negras, leo lo siguiente: “A mi amigo Pío Fermín Castillo. Hombre cabal de estas sierras, es un tesoro que encierra, las virtudes de español, habla como un ruiseñor, tiene un corazón de oro, su sabiduría un tesoro y con sus ochenta años, aun conserva la ilusión y le sobran los reaños, para subir, caminar por los senderos, bendito sea, yo lo quiero, con todo mi corazón. Rafael González Ripoll”.

Cuando termino de leer la página que Pío me ha dado, los primos lo miran y todos nos sentimos más que satisfechos de este otro pequeño granito de oro que tiembla entre las manos del anciano. Su primo se me acerca y me sigue diciendo:

- Como me he enterado que van a subir al Cortijo del Mulón, aprovecho la oportunidad para decirte que la casa de Máximo, el “cojo de la Fresnedilla”, era de los herederos de Demetrio Fernández Cruz, que era tía carnal mío. Ya veréis que aquella casa no la han vendido. Claro, ya está medio en ruinas pero los nogales que hay, sólo eso, vale una fortuna. Pero claro, es que los herederos de eso están uno en Andújar, otro en Gerona y en el pirineo, metidos en un desierto. Yo no he estado pero un hijo mío que hay allí y uno de mis hermanos que hay aquí, sí han estado. Hasta que no me jubilé, pues yo no podía decir compro esto, que si no yo me había quedado con aquello porque los nogales nada más, valen una fortuna.

La parte del Mulón, no está “despropiada” pero es del Cojo y nos la dejó a mí y a mi hermana pero como no nos dejó papeles ninguno, no tenemos nada. Una parte que hay donde nos hemos criado nosotros, en el Mulón. Aquello es un trozo que no está expropiada y como estuvo dos mese muriéndose en la casa, me decía: “Prima, si no me muero, pa ti la parte del Mulón”. La fresnedilla sí era completa de él y esa casa, ya te lo he dicho, no la han expropiado. Ya sabes tú que él no quiso vender y claro, ahí está todo su terreno, la vivienda y los hortales. Cuando catéis el agua que hay allí y el sitio tan bonito que es aquel ya verán como les gusta.

Los primos de Pío se van y como todavía estamos preparando para ponernos en marcha, mientras la hermana de Pío, Juana, charla con Santiaga, la mujer de Pío, acordamos que lo mejor es comer aquí todos juntos y luego salir hacia el río Aguasmulas. Así que sin pensarlo mucho, sacamos de las mochilas lo que nosotros hemos traído. Nos sentamos en la mesa con Pío y su mujer y alrededor de un plato de calabaza que Santiaga tiene preparado para ellos, nos ponemos a comer. Compartimos la tortilla con Pío, el queso y un trozo de jamón. Compartimos las manzanas y ellos con nosotros el melón y su rico plato de calabaza frita con trozos de jamó y sobre las tres salimos a buscar el guarda.

VAMOS AL MULON

Nos tienen que dar la llave para que podamos pasar el control de la casa de los Bonales y seguir en coche por la pista que sube Aguasmulas arriba. Si no nos dan la llave, será casi imposible subir al cortijo. Entre ida y vuelta hay que andar casi diez kilómetros y eso, nosotros creemos que es mucho para Pío y a las horas del día que son ya. Así que en cuanto terminamos de comer, salgo acompañando a Pío y buscamos el guarda. Lo encontramos comiendo y en cuanto llega le dice: "Mira que tengo capricho de subir con estos señores al cortijo del Mulón y no tenemos llave. ¿Tú te fías de mí?"

El guarda, que es un muchacho joven, le dice no sé qué de indios, de regañinas que le pueden venir a él, de uno si y otros no y mientras termina su último bocado, porque lo hemos cogido comiendo, mete las manos en el bolsillo.

- Mira a ver si ésta abre.

Le dice alargándole una llave suelta. La cogemos, le damos las gracias y en cuanto llegamos a la casa, nos ponemos en marcha. Salimos del pueblo, cruzamos el Guadalquivir por el pequeño puente de cemento que hoy ya no tiene tapado sus ojos para que el agua se remanse. Ya los turistas del camping se han ido. Hay algunos pero no tanto como en pleno mes de agosto. Cruzamos por delante de la Golondrina, de lo que aquí llaman "la casa del Cordobés", de la otra casa al lado de arriba

que según Pío fue de Justo Cuadros, giramos hacia los Llanos de Arance, cruzamos el puente y ya estamos rumbo al río Aguasmulas.

- Aquí donde desemboca el río Aguasmulas en el Guadalquivir es donde estuvo la fábrica de hierro. Yo he conocido toda la clase de hierros que tenían ahí.
Pío ya se está entusiasmando y con energía grita dando explicaciones de los lugares por donde pasamos.

PISANDO LAS TIERRAS

Cruzamos el puente del río y trazamos la curva de la pista. Ya se siente y se ve la corriente. Giramos dejando a la derecha la piscifactoría y seguimos cauce arriba. Pío emocionado sigue diciendo:
- Por aquí para arriba hasta donde nace el río. Los nombres por donde vamos pasando yo te los iré diciendo. La casa forestal de los Bonales es lo primero que vamos a encontrarnos. Ahora vamos pasando por la presa del molino de Juan Blanco, que el que hay ahora era de Eusebio pero este molino siempre fue de Juan Blanco. Aquí era su nacimiento que yo lo conocía. Luego conocía al que se lo llevó a una quebrada que hay enfrente y luego lo volvieron a hacer donde está. Lo que ahora hay ahí es el truchero. La piscifactoría del río Aguasmulas. Si es que está todavía el molino en el mismo sitio. Todavía tiene los arreos

para poder funcionar. En la corriente de este río había tres molinos y dos que había en la casa de las Tablas juntos. Aquellos eran los del tío Blas el molinero. Por ahí estaba el Covacho de los Pescadores en la presa del Molino del tío Blas.

Esto que ahora vemos es la Casa forestal de los Bonales. Que primero, fue una casilla que hizo aquí uno que no tenía donde vivir. Se llamaba Eugenio y la mujer Librá. Eugenio murió pero la Librá vive todavía.

En la explanada de la casa forestal hay dos o tres coches y uno de ellos de la Junta de Andalucía. Debe ser de algún guarda que ahora hay por aquí. Nos paramos, Pío busca la llave, abrimos el candado, cerramos y seguimos. A la izquierda nos sorprende la fuente que plácida y copiosa, chorrea cristalina. El camino se abre silencioso, los barrancos se nos muestran profundos y arriba, el Banderillas, se presenta gigante como asomando desde las sierras más profundas y trazando barrera hacia lo desconocido. Me doy cuenta ahora que casi todo, para mí, es nuevo en este barranco a pesar de aquella primera vez donde lo que más sentía era que estaba perdido. Se me quedó una imagen de la sierra que al verla hoy otra vez, no coincide con lo que de aquellos días conservo.

AL CAER LA NOCHE

Y enseguida, según ya lentamente vamos subiendo y penetrando el en magnífico barranco que en silencio el tiempo ha modelado por aquí, brota en mi alma el mismo sentimiento de tantas veces. Cuando ellos vivían aquí labrando las tierras, surcando los caminos, guardando el ganado, cuidando de sus huertos y al calor de sus casas ¿qué era lo que sentían y veían al caer la noche sobre estos barrancos? Cuando en los días de invierno las nubes derraban la lluvia por estos profundos barrancos tan llenos de cumbres y bosques ¿Qué sentían ellos frente a estas nubes, la lluvia monótona y los arroyos corriendo? ¿Qué sentían cuando el paisaje se tornaba blanco y las Banderillas se fundían con las nubes?

Cuando el frío convertía en escarcha los charcos, las laderas y las cascadas ¿Qué era lo que ellos sentían y en qué soñaban tan perdidos por estos barrancos y refugiados en las cuevas de las gigantes rocas? Porque ellos eran seres humanos como nosotros llenos de sentimientos, sueños, ilusiones y tan capaces como nosotros de sentir el dolor, el gozo, el frío y el asombro. Por eso me hago la pregunta que tantas y tantas veces me he hecho y casi nunca nadie ni nada me responde. ¿Qué sentían aquellos serranos en medio de estos tan inmensos paisajes cuando las lluvias caían o las nieves vestían de blanco las cumbres y los valles? ¿Qué

sentían en la soledad de aquellos tan especiales días repletos de nubes negras revoloteando alegres sobre estos montes? ¿Qué sentían cuando el amanecer llenaba de oro los paredones rocosos tan llenos de cuevas? ¿Qué sentían al surcar ellos las laderas acompañados del crujido del hielo y la nieve escarchada? Y si sentían, porque tenían que sentir lo que los demás humanos casi nunca hemos sentido, ¿a qué les sabían todos aquellos extraños asombros rodeados siempre de tan densa soledad? ¿Con quien compartían ellos aquellos latidos y qué hacían ellos con aquellas temblorosas sensaciones del espíritu?

Qué tremendo aquellos serranos recorriendo estos montes y con tan densas cargas de sensaciones a cuestas. Qué tremendo y qué hermoso y como se les destruyó de la manera que se les destruyó sin tener en cuenta para nada esta realidad tan aplastante. Quizá por esto y otras muchas verdades a Pío se le abre el alma según vamos penetrando en la hondura de lo que fue su mundo y exclama:

CON EL ALMA ABIERTA

- Si digo una cosa entre medias ¿pasa algo?
- No pasa nada. Deja que de tu alma corra lo que de tan empapada está ahora mismo.
- Pues ahora que se viene hablando de que es apañado este

amigo que nos ha dejado la llave, les voy a decir lo siguiente: es que el amigo que tiene valor es el amigo verdadero. Porque la palabra de amigo verdadero aventaja al nombre de hijo. Hay padres e hijos que no se aman pero amigos que no se amen, no pueden ni concebirse siquiera porque dejarían de ser amigos. El amigo verdadero, ha de ser como la sangre, que acude siempre a la herida, sin esperar que lo llamen.

Este rincón que ahora mismo estamos pasando se llama Los Estrechos de las Casas de las Tablas. Si miras bien verás que es una pequeña cerrada en el cauce del río pero que nosotros siempre por aquí le hemos llamado Los Estrechos. Ahí de bajo, existe un puente que hicieron para que pasaran los que por estos ríos y montes vienen a cazar. Echaron ahí un puente con vigas de hierro para colar. Mira bien y verás que piedra más bonita hay justo mismo de la carretera. Es lo que nosotros hemos llamado siempre La Cagarria. Una piedra natural, alargada y puntiaguda que dejaron clavada en el mismo borde de la pista. Antes iban los caminos por aquí por lo alto y bajaban por una garitas hasta este punto. Ya cuando echaron la carretera, pues se perdieron casi todos los caminos.

Cuando tenía ocho años yo pasaba muchas veces por aquí con bestias cargadas. Una mula que teníamos y bajaba desde mi cortijo a llevar aceituna a la Venta de Luis. En esa

venta molían con un mulo. Y tenía yo entonces ocho año que ya ves si hace, de ocho a ochenta y tres que tengo ahora. Esto que estamos viendo a la derecha nuestra, es ya Las Casas de las Tablas. De aquí para arriba todo es tierra de Las Casas de las Tablas. La primera casa que vamos a ver es donde vivió una prima hermana mía. Era aquí, esta era la casa. El que vivía aquí encima, que le decíamos casa del correo, era el Adrián. Pero la mayoría lo conocíamos por el apodo del "Cenizo". De aquí para arriba, estaban las escuelas, las casas de abajo y las casas de arriba. Ese que se junta ahí por la derecha es el arroyo de la Campana. Nace este arroyo casi en el mismo collado de Roblehondo, por debajo de las Banderillas y los Pardales. Recoge aguas de todo el macizo del Alto de la Campana y rodeando el Calarejo de los Nevazos desciende por la cerrada hasta juntarse por aquí con el Aguasmulas.

PARADOS FRENTE A LAS TIERRAS

Nos paramos. Desde el mismo borde de la pista nos situamos frente a las tierras llanas que forman un pequeño valle por donde todavía crecen espesos, los álamos. El Aguasmulas baja repleto y el arroyo que a él se une, lo mismo. Enseguida entra por los ojos lo hermoso que era este rincón. Repleto todavía de higueras, parras que trepan por los troncos de las gruesas encinas, granados, ciruelos... señales ciertas de que en otros tiempos este lugar estuvo ocupado por un puñado

de serranos. Y entran por los ojos lo buenas que son estas tierras para sembrar. Tanto entran que se adivinan las huertas que ellos aquí tenían tan repletas de todo tipo de hortalizas y tan regadas con la abundancia de las aguas limpias que por el río bajan. Se adivina el magnífico trozo de paraíso, extendido junto a las riveras de los dos cauces.

- Ese trozo de tapia que todavía se ve ahí, era la casa de unos que les decían los Jesusos. Esta otra casa que se adivina estuvo aquí abajo, era de otro que le decían José María, que es donde ha vivido la Pepa aquella que tiene el bar y el supermercado en Coto Ríos. Todo esto eran las huelgas donde sembraban los que vivían aquí. Allí enfrente, en las casas aquellas que se ven, o al menos yo si las veo, las escuelas. Siguiendo el río arriba había otro cortijo que era donde vivía el tío Josico. Era la casa del tío Basilio. Era toda una aldea lo que aquí había con su maestro de escuela y todo. Esos riscales que se ven ahí se llaman Los Pajarillos. En aquello que se ve algo más lejos, hay una hoyica que le dicen Hoya Alta. Y por la parte de arriba, al otro lado, se encuentra la Piedra del Mulón. El cerro de la Campana está algo más arriba que también le dicen el Calarejo. Es aquél alto que se ve en la punta de arriba.

Por ahí iba un camino para allá y era también paso de ganado. Siguiéndolo se llega a las Presas y luego a Coto Ríos.

Si miras bien verás muchas olivas y para que también lo sepas, muchas veces he labrado yo cada una de estas olivas. Es que, además, toda la tierra que ahora mismo estamos viendo llena de tantos pinos en aquellos tiempos eran puros sembrados.

Aquí pegado al cauce del río estaba la bolera y justo por ese rellanillo tengo yo un recuerdo muy bonito de mi niña. Ahí enfrentico, por aquel pedazo que se sembraba, mi niña le dio una gran lección a su profesora de escuela. ¿Preguntáis que cómo sería eso? Pues os lo voy a decir para que lo sepáis y para que se vea que muchas veces, las personas más sencillas, pueden dar lecciones a las personas con carreras.

LA NIÑA DE PIO

Yo tenía las vacas ahí en todo eso, para acá y para allá. Y la profesora le temía mucho a las vacas. Mi niña con doce años, cogió así a su profesora y le ayudó a pasar por entre las vacas para que no le hicieran nada. La profesora por ese lado, las vacas por este y mi niña dividiendo el camino al tiempo que protegía a su profesora para que las vacas no le hicieran nada. Los animales conocían a mi niña tanto que hasta incluso sí las miraba y les decía: “Para fulana”, la atendían, la respetaban y se “ladiaban”. Y la maestra, pues claro, iba con miedo. Así es que ahí le enseñó una lección que ella desconocía. Para que se vea lo que vale el saber. Yo siendo un analfabeto, que

nunca he pisado una escuela, y mira como comprendo las cosas que tienen valor. Mi niña, que ya es una mujer casada y con hijos pero que ahora mismo la estoy viendo por aquí jugar y correr con aquellos hermosos doce años, se llama Santiaga Castillo Juárez. De la maestra sólo me acuerdo que se llamaba doña Carmen y el apellido de una hija era Navaja. Pero ese es el apellido del padre.

De la madera que bajaban por los cauces de estos ríos y arroyos, me acuerdo yo también. La bajaban haciendo balsas y las traían de los Cuchareros, de los Pardales y de otros muchos sitios. Por aquí pasaban para abajo en busca del río Grande. El barranco ese que se ve, también que eran olivas y se llama el Vallejo de la Grama. Aquellos riscales de allí que hacen filo, se llaman La Lastrilla.

Esto es una pena haberlo dejado aquí abandonado. ¡Tu sabes lo bueno que era este rincón! Yo no tenía ninguna propiedad por aquí pero una prima hermana mía, tenía una casa, tierras y muchos árboles buenos. Un día le dije: "Oye, ¿por qué no les proponemos que nos pongan aquí una alambrada? Yo dejo que me expropien el cortijo y aquí que hay mejores tierras y más vecindad, nos reunimos". Ningún vecino me hizo caso y ¿sabes lo que pasó? En cuanto nos fuimos de aquí, alambraron todas estas tierras. Y ya no ha habido nada

que hacer. ¿Y cuanto mejor no estaríamos aquí ahora mismo todos los vecinos de Coto Ríos? Con estas aguas, estas tierras y paisajes como los que nos rodean. Aquí estaríamos en la gloria. Así es que unos y otros nos fueron quitando trozos y desde que empezaron a arriconarnos, todavía no han parado.

Ya comenzamos a subir y nos tropezamos con las ruinas de otra casa. Nos queda por el lado derecho, en la parte de abajo del carril.
- Esta casa era de uno que hay en el poblado que le dicen Cerilo Suárez. No tenía familia pero él se valía aquí haciendo sillas y otras cosillas de madera. Era un hombre muy apañado. ¡Cuántos ratos de bailes habré vivido yo en lo que ahora son las ruinas de la casa de este hombre! Fijate, entre las piedras de las ruinas todavía siguen creciendo las parras que nosotros llamamos "soteñas". Unos metros más arriba, Fijate y verás como todavía se adivina las ruinas del molino de Las Casas de las Tablas. Aquí he vivido yo por lo menos cinco o seis años. Como ya mi niña estaba grandecita, nos bajamos desde el cortijo del Mulón a este molino para que pudiera asistir a la escuela.

Mira las nogueras del molino. ¡Qué gloria de árboles! Ahí enfrente estaba y este era el que tenía dos empiedros. De aquí para arriba ya no había ningún molino más. Pero lo que sí

había mucho, eran truchas buenísimas. Yo nunca he pescado pero mi nena, sí era muy buena pescadora. Le saqué un permiso y se lo pasaba de maravilla pescando por las aguas de este río. Es que yo he tenido un hermano que era el mejor pescador de todas estas sierras. No había quien le echara, como se dice “el hacho”, para pescar.

PENETRANDO EN LA PROFUNDIDAD

La pista, tallada en la tierra de la ladera y remontada sobre el río, avanza hacia la profundidad del barranco. Pío, sentado a mi derecha, todo emocionado y con la presencia de un rey si corona que vuelve a su reino, habla sin parar y a pesar de todo, se tiente orgulloso. A pesar de todo, él tiene sus raíces entre las peñas y los valles que manan leche y miel. Algo que en el fondo a muchos nos gustaría aunque de palabras expresemos otra cosa. Al otro lado del río, nos queda la ladera por donde, según él bajaba la senda.

- Desde el mismo cortijo de la Fresnedilla se dejaba caer barranco abajo y siempre iba por aquel lado del río. Cuando pasaba por aquella ladera que estamos viendo ahora mismo, se llamaba la Asperilla Húmeda. Si miras bien, aquí el río tiene otra hermosa cerrada. Lo que se ve algo más arriba es el Vallejo de los Frailes. Y coronándolo, la gran Piedra del Mulón. Fijate, cada vez la vemos más clara. ¡Cuantos recuerdos tengo yo por ahí!

¡Cuantas noches he echado yo a dormir las vacas por ese Vallejo de los Frailes! En esas lomicas dormían los animales porque ese monte era muy bueno para ellas. ¡Cuantas veces no habré subido yo esa tan hermosa Piedra del Mulón! Y por decirte más, te diré que justo por esta ladera, es donde yo tuve con mi madre el más hermoso de los encuentros humanos. Volvía de la guerra y era el día tres de abril del 1939. Ella bajó del cortijo del Mulón a esperar el correo que venía de las Canalejas a ver si traía carta mía. Para saber de mí porque para una madre siempre un hijo es lo que es. Se encontró con un hermano, el marido de mi prima Lola, don Alfonso el que está en Ubeda, que entonces era zagalote, unos dieciséis años y por ahí tendrías. Porque le llevo yo nueve años. Cuando llegué a Las Casas de las Tablas, en compañía de otro de aquí que ya ha muerto, pues fue llegar, cogió el macuto mío con lo que traía y echó delante. Quería ayudarme, darme compaña hasta el cortijo el Mulón y al mismo tiempo, me quitaba la carga.

Por aquí más arriba del Covacho Bermejo, que es eso que se ve en aquel lado del río, se encontró con mi madre. Al verla le preguntó: "¿Qué hace usted aquí?" "Pues esperando a ver si llega el correo por si trae carta de mi hijo". Y don Alfonso le dijo: "Pues vengase usted conmigo que la carta la traigo yo".

Echaron a andar senda abajo y ahí enfrentico confronté yo con mi madre al volver de la guerra. Al verla y verme los dos nos abrazamos y tanta era la alegría de ella que se echó a llorar. "Un hijo que se lo llevaron a la guerra y que yo he soñado perdido para siempre, por fin hoy el señor me lo devuelve vivo". Me decía ella mientras me abrazaba, me besaba y se secaba las lágrimas. Tú fíjate donde fue el encuentro con mi madre al volver de la guerra. En lo más profundo del barranco del río Aguasmulas, en esa ladera tan llena de monte y en la senda estrecha que sube por entre las riscas. ¡Qué gozo el de ella y qué gozo el mío donde los únicos testigos fueron sólo algunos pajarillos, el viento que nos rozaba y las limpias aguas de la corriente del río!

Alfonso, que nosotros todavía le decimos sólo Alfonso y no don, es hermano del marido de una prima hermana mía que todavía vive en Coto Ríos.

- ¿Y lo conociste tú de pequeño?
- ¡Madre mía! ¿Sabes tú lo que dije yo la otra noche que vino la cosa bien? Como yo soy comunista y no lo niego, porque los verdaderos comunistas quieren el bien de todos. Ataca pero es al que no quiere dar vida a los demás. Sea religión o sea lo que quiera. Y claro, pues yo, cuando vi lo que ese hombre hizo conmigo aquel día, me gustó mucho.

Tanto que aunque ahora soy comunista, como te he dicho y él cura que lo conoces de Ubeda, si ahora entrara un mando comunista y llegara y dijera: “Pues a este cura hay que fusilarlo”, ese no lo fusilaban mientras yo estuviera vivo.

- Es que don Alfonso es muy buena persona.
- ¿Sabes tú cómo yo le salvaba la vida?
- ¿Cómo?
- Lo mismo que se la salvó el padre del Almanzor y de Azulema, que fue a Lara y a Gonzalo Fernández de Córdoba. Pues lo mismo haría yo por don Alfonso para que no lo mataran. Me pondría delate de él y antes me tendrían que matar a mí y cuando ya estuviera muerto, lo mataría a él pero antes yo y después don Alfonso aunque sea cura él y yo comunista.

DON ALFONSO

Y eso quiere decir que “Todas las parvas tienen granzas”. La madre de don Alfonso me hizo a mí las entrañas. Cuando yo nací, como no había de donde darme otra cosa, pues mientras le venía la lecha a mi madre, mamé de la madre de don Alfonso. Ella estaba criando al marido de mi prima que es Juan José y me llevaron para que me diera de su leche. Vivía justo donde yo nací, en la Cueva del Torno.

- Y digo yo, ¿cómo fue que luego don Alfonso se metió a cura?
- Pues que ya pegaron a venir maestros a Las Casas de las

Tablas y tenían la escuela a la par donde ellos tenían la casa. Cuando se dieron cuenta que desarrollaba, empezaron a indicarle ese camino. Ya ve tú si desarrolló que adelantó dos años de estudios en la carrera. Dos años antes lo nombraron cura porque es que ha sido muy eficaz.

Y no creas, que don Alfonso todavía, coge una herramienta y se pone a hacer caballones y los saca como si fueran de cera. Yo lo he visto labrar con un borrico y sacar unos surcos derechos como las velas. A las burras les hacía labrar primorosamente. Veníamos nosotros, yo y un tío mío a ayudarle a sembrar el grano, a este lado del Collado de las Tablas y yo labrando con mis vacas y él cavando los encuentros. Y él tan contento porque le dejábamos muy poca cava. Así que fíjate.

Juana nos corta la conversación diciendo:
- Es que las cosas más bonitas que don Alfonso se puedan contar, las he visto yo con mis propios ojos.
- ¿Pues qué es lo que has visto?
- En Los Pardales, ¿Ya sabes? Por debajo de la gran pared rocosa de las Banderillas, lo que es nos ayudó en tiempo de la guerra. Mi hermano se lo llevaron, mi padre ya era mayor y yo tendría unos dieciocho años o así. Mi hermana diez años mayor que yo pero soltara también. Pues en aquellas tierras

teníamos unos pedazos que los sembrábamos. Se llamaba la Huelga de la Ceniza. Don Alfonso siempre se iba con nosotras dos para darnos compañía. Todo el día estaba trabajando en lo que hubiera que hacer en las tierras y cuando llegaba la noche, si nos teníamos que quedar a dormir, pues en cualquier rincón de aquellos, nos quedábamos los tres. El siempre dormía allí con nosotras para darnos compaña. Aunque era pequeño, era un hombre y nosotras dos muchachas.

Para nosotras él fue mucho mejor que un hermano.

- Y eso de dormir allí ¿por qué era?
- Siempre llevamos una mula que teníamos y en ella mantas y comida. Ya sabíamos que en las tierras había mucho trabajo y eso de ir y volver en un día, no era posible por el terreno tan malo y lo lejos que nos caía desde el cortijo. Como estaba muy retirado, se nos hacía de noche y allí encendíamos nuestras lumbrecillas y nos quedábamos. Las cosas buenas y naturales que se deban antes.

POR LAS JUNTAS DEL ARROYO DEL HOMBRE

Esto son las Juntas del arroyo del Hombre. Luego te contaré una historia que yo he oído muchas veces a mis mayores. Por las mismas juntas pasaba el camino que hasta aquí sube, como te he dicho, por aquel lado del río. Justo en este punto lo cruza, se viene al lado contrario y sube arroyo

arriba durante un buen trecho. Luego se divide y un ramal sigue, hacia la izquierda en busca de las Canalejas y el otro vuelve otra vez hacia el lado del río, dejando a la derecha este monte que vemos enfrente y se encuentra con la pista cuando ésta ya da al barranco de la Fresnedilla. Te lo explico con más detalle. En las Juntas del arroyo del Hombre, el camino se convierte en tres. El que baja por el río hasta Las Casas de las Tablas, el que sube por el arroyo del Hombre y llega hasta la Fresnedilla y el que se tira monte arriba pasando por el lado del abajo de la Piedra del Mulón y arriba, en todo lo alto se vuelve a dividir.

El ramal de la izquierda sube hasta la misma cumbre del Alto de la Campana y desde allí sigue hacia la caseta forestal de los Pardales y al Collado del Roblehondo donde de nuevo se divide en el que sube, que es el Tranco del Perro y en el que baja, que es el que lleva a los Villares. El ramal de la derecha, va en busca del cortijo de la Campana y desde allí vuelve para atrás. Se divide otra vez en dos. Un ramal baja paralelo al arroyo de la Campana en busca de Las Casas de las Tablas y otro ramal se va derecho al cortijo de la Presa, cruza el arroyo de Aguarrocín y se deja caer a Coto Ríos y estos que te acabo de explicar son los caminos antiguos que siempre usábamos por aquí y que nos servían para ir de un cortijo a otro. No hay más caminos por estos barrancos excepto las pistas y ajorros

que los de la administración han hecho ahora después.

En las juntas del arroyo del Hombre también había unas huelgas muy buenas. Y si algún día tienes el capricho de meterte por aquí, ya verás como siguiendo este cauce arriba te encontrarás con varias casas. El cortijo del tío Ratón la primera y luego el cortijo de Cubero, un sitio precioso donde hubo cinco o seis casas. Si desde aquel punto nos venimos un poco para la derecha buscando la cuerda de las Banderillas, nos encontramos con el cortijo del Recó y la Cueva del Nacimiento del río Aguasmulas.

Pío sigue con su explicación y ahora me aclara que:
- Esto son las Caracolas de las Juntas. A eso le dicen las Caracolas. De aquí para arriba había unas huelgas, que ya no se notan, que se llamaban las huelgas del Estrellón. Entonces, un paraíso toda la orilla de este río, ahora, ya lo estás viendo: muchos pinos, algunas carrascas y un espeso matorral. A la izquierda nos va quedando un rincón que se llama Hoyica de los Almagreos, porque hay almagre. En la punta de arriba de este vallejo que yo la he labrado muchas veces. El almagre se usaba para marcar las ovejas. Y ahí, en el estrecho ese que se ve verdeguear, eso se llama el Puente de los Borregos. Es otra de las muchas cerradas del río Aguasmulas con un buen charco. Por ahí se colaba aprovechando el puente que había.

Ahora vamos llegando a unos pedazos que le decían los Piazos del tío Montoya. Quedan por debajo de la pista y los regaban con el agua del río. En aquel lado del río, ya mismo veremos un peñón, tú lo verás que yo ya no lo veo, que es donde vivía el tío Montoya. Estaba sordo y vivió ahí durante mucho tiempo. No en una cueva sino en una casa pequeña. Algo más arriba ya vemos el Vallejo de la Fuente de las Ranchales. Ya estamos dando vista al Mulón, nos queda bastante cerca.

EL CHARCO AZUL

Aquí debajo de nosotros, en el río, se ve un charco cuyo nombre se parece al cielo cuando está limpio de nubes. El Charco Azul. Mira hacia nuestra derecha y verás el río por lo hondo. Esa cerrada se llama Los Tobones y el charco que se ve al comienzo de la cerrada no el azul; ese tiene otro nombre. Se llama el Charco de los Tobones. Fíjate qué nombres más bonitos les ponían los serranos a los ríos y monte que les rodeaban. Por aquel que ya hemos dicho que es el Charco de los Tobones, tenemos que colar andando si queremos subir al cortijo del Mulón.

Lleno de interés miro y tampoco me acabo de creer la realidad que ahora mismo entra por mis ojos. El río Aguasmulas se ha cerrado una vez más y ello me indica que

este río es casi una pura cerrada desde que nace hasta que muere en el Guadalquivir. Si como me está diciendo Pío tenemos que saltar el cauce por el cañón de la cerrada que ahora mismo estamos alcanzando, ¿dónde está el cortijo del Mulón? Desde mi asombro miro por la ladera de enfrente y no veo ningún edificio. Sólo una gran ladera que cae desde el impresionante picón de la que según él es la Piedra del Mulón, mucho monte espeso cubriendo las tierras de la ladera, cortes de rocas, hondonadas más repletas de monte oscuro, cumbre que se alzan buscando las crestas del Banderillas y cortijo o señales de él, no se ven por ningún lado. ¿Dónde está metido el cortijo en que vivió Pío?

De nuevo me vuelve a decir:

- Pues por ahí tenemos que colar.
- ¿Por ahí?
- Sí Señor.
- ¿Y dónde está el cortijo?
- Míralo. Asoma un poco por entre los pinos de lo alto del monte como si estuviera acechando a ver quien pasa por este camino. Ahora es cuando puedes observa que el cortijo queda por completo frente a las Banderillas. Desde dentro mismo del cortijo, con sólo ponerse en la puerta, ya las estábamos viendo. ¡Qué espectáculo más hermoso cuando la gran cumbre se vestía de nieve! ¡Qué amaneceres, qué días y qué atardeceres

yo tengo vividos desde la misma puerta de mi cortijo! En más de una ocasión me parecía que con sólo a largar mi mano, podía tocar las rocas blancas de esa eterna y silenciosa cumbre de las Banderillas. ¡Qué días aquellos de mi juventud en este cortijo mío tan cerca del infinito y tan perfumado siempre de romeros y bujes!

OTRO REPASO A LOS NOMBRES

Cuando ahora, dentro de un rato, nos encontremos en la puerta de este cortijo mío que ya es pura ruina, vas a comprobar que no te engaño. Ya verás cuánto es lo que desde aquel cerrete se divisa. Fíjate un momento. ¿Ves aquello al final de este gran barranco?

- Sí que lo veo.

- Pues eso se llama La Fuente de la Maleza.

- Hace unos años, cuando subí por primera vez al nacimiento del río Aguasmulas, hubo un incendio en esa zona y desde la curva de esta pista yo observe cómo ardía el monte.

- Cerca de esa zona, aquello que se ve donde hace canalizo, que a este lado hay un filete que rojea la piedra, el collado que hay encima se llama Collado de Antón.

- Y los Pardales ¿por dónde quedan?

- De allí para allá. Por donde transpone que se "desapara" el Cinto, de allí para allá son los Pardales. Donde se termina, se llama el Collado de la Basura y por debajo queda el Collado de

Linarejos.

- ¿Y la Campana por dónde queda?
- Entre el Calarejo de los Villares y la Piedra del Mulón.
- Por ahí también quedan unos cortijos que yo no conozco pero que en los mapas los he visto muchas veces y me parece que con nombre falso.
- Por ese lugar, en las partes más altas había un cortijo que nosotros siempre hemos conocido por el cortijo de Juan Dolores. Por debajo queda el cortijo de los Espardones. Yo he conocido a uno que ha vivido allí que se llamaba Emiliano, muy buen amigo mío. El otro cortijo de abajo, lo hicieron unos parientes míos, un primo hermano de mi madre. Se llamaba Antón Chacón.
- ¿Cómo se llamaba el cortijo?
- Todo el mundo lo conocía por allí por el mote que tenía. "El Cortijo de los Pelaos" era como le decíamos. Luego lo compró otro que le decían Cándido, que vivía en el Majal del Pino, en otro cortijo que hay más abajo aún y más arriba de Las Casas de las Tablas. Eran tres o cuatro casas también.
- ¿Cuál es el que está más cerca de la Campana?
- El cortijo de Cándido es el que está más cerca que, además, es el último que ha vivido allí.

En uno de aquellos cortijos vivían unos que le habían

puesto el mote de “Los Tetas”. Aquí, en el poblado de Coto Ríos vive una nieta de esos, que le dicen Quica. Está casada con uno que se llama Lorenzo Ríos. Que por cierto es el hombre que me afeita ahora. Como ya mi mujer no me puede afeitar y yo no veo tampoco, él se ha brindado, porque es amigo mío, a venir a afeitarme. Seguramente esta noche viene. ¿Seguimos con el repaso de los nombres por estos barrancos?

- Seguimos a ver si algo se me queda.

- Pues allí, a este lado de aquello, donde hace canalizo, hay un jorro que hace vallejo que es una garita que le dicen La Soga. Por allí se sube y se baja a las cumbres de las Banderillas y desde las cumbres a estos barrancos, cuando se puede y sino con un ramal.

- ¿Y el Cinto de las Banderillas?

- Observa despacio y verás con qué claridad se ve. A media altura entre las cumbres y la ladera, de un extremo a otro va un cinto. Queda exactamente entre una hilera de piedras por debajo y otra por encima. A eso es a lo que nosotros siempre le hemos llamado El Cinto de las Banderillas. La Banderilla Grande, es esta primera, la otra se llama la Banderilla Chica.

- ¿Entonces son dos banderillas?

- A todo el macizo se le llama Cumbres de las Banderillas y son dos. A este lado, también el lo más alto de la cuerda, yo estoy viendo el Peñón de Piedra Plumera. Es aquello que se ve aquí a la izquierda de la Banderilla.

- ¿Y esta que tenemos aquí cerca?
- Esto se llama las Piedras Colorás. Por donde transpone el camino que se ve blanquear una cosa, aquello se llama el Portillo de las Alegas.

Por debajo se encuentra el Hoyazo, los Tornajos y el Hoyazo. En el agua que brota, mete uno la mano y no la puede tener cinco minutos porque se le queda “encalambriá”.
- Y la Pasá del Durillo ¿por dónde queda?
- Algo más allá y se llamaba así por lo mismo que la Soga, era necesario ayudarse de esta planta para subir hasta la cumbre.

Desde aquel punto se ve con toda claridad donde yo nací, la cueva o mejor dicho, el grandioso palacio de la Cueva del Torno y no del “Toldo” como en algunos libros lo he visto escrito. Las criaturas, hay que ver: pisan cuatro veces algunos caminos y rincones de estas sierras y ya están contando hazañas y escribiendo libros. Luego, así salen las cosas: equivocan los nombres, no los sitúan en su sitio verdadero, ponen caminos donde no hay... En fin, lo que yo he dicho siempre: cada uno es maestro en su mundo y siempre debiéramos tener la humildad suficiente para reconocer lo que ignoramos y el otro sabe.

La Cueva del Torno está en lo hondo, en el mismo río y en el lado de las Banderillas. ¡Qué bonito es también ese rincón! En más de una ocasión yo me imaginaba que surgía de las mismas entrañas de la gran montaña. Que ella era la que me arropaba con el cariño del más querido de sus hijos y que para mí, sólo para mí, había dejado que sus duras rocas se abrieran en forma de morada sencilla. Porque a veces, también creo, que mucha gente cuando oye hablar de cueva, enseguida piensa en pobreza y soledad. Cosa que a mi parecer, están equivocados. La dignidad, belleza y grandeza que puede tener una cueva abierta en las duras rocas de estas montañas, ya quisieran tenerlo muchos palacios construidos por los hombres. Pero en fin, de la Cueva del Torno, si quieres otro día hablamos e incluso podemos ir para que la veas.

Lo que tenemos ahora más cerca son estas rayas que se ven en los filones de rocas por donde pasa la canal del río. Esto le decían el Sestero. Fíjate que rayas traza la piedra por ahí.

- ¿Por qué lo llamabais de esa manera?
- Es que los animales, en los días de calor, era por aquí por donde ellos bajaban a beber. Sesteaban en estas sombras y luego volvían al monte con el fresco. No eran las vacas que bajaban aquí sino las cabras. Las vacas sesteaban donde había mejor terreno. Este rincón si es buena tierra.

No se lo digo a Pío porque me parece que no es necesario sacarlo de su convencimiento pero las rocas que me enseña donde se ven lo que él llama “rayas”, son filones de las placas tectónicas. El río las ha cortado y con toda claridad han quedado a la vista, por completo horizontal. Y sí que son bonitas de verdad. Tanto que más parece un puro capricho de niños que en un juego silencioso hubieran dejado volar su imaginación hasta límites insospechados. Pero claro, toda la suma de estos barrancos, cumbres y laderas, no son otra cosa que eso: un puro capricho de niños graciosos que a lo largo de un mágico día de juego, se hubieran entretenido en modelar fantasías carentes de toda lógica.

En el rellano que la pista tiene al cruzar este pequeño vallejo, nos paramos, damos la vuelta, nos bajamos y antes de ponernos en marcha para bajar al cauce del río y cruzarlo por Los Tobones, le pregunto a Pío.

- ¿Cómo se llama este arroyuelo por donde vamos a bajar?

- Esto se llama el Barranco de las Bañas. Y en cuanto lleguemos al río, aunque ya te he dicho el nombre de esta cerrada, te la voy a completar: se llama los Tobones de las Bañas. Que es una piedra desde la que hay que saltar de un lado a otro para cruzar el cauce del río Aguasmulas. ¡Madre mía qué recuerdos tengo yo por aquí y cuantas veces no habré cruzado el río!

POR EL VIEJO CAMINO

Le pedimos a Pío que nos guíe y nos ponemos en marcha.

- ¿Llevamos el hacha?
- La llevamos.
- ¿Y el ramal?
- También.
- Pues entonces vamos para delante.

Cruza la pista, desciende hacia el barranco, busca el trozo de pista que se aparta de esta principal y baja hacia el arroyo, la seguimos unos metros y enseguida dice:

- Nosotros vamos por aquí arroyo abajo en busca del paso.

Como esta tarde también nos acompaña su hermana Juana, porque ella también tiene un gran trozo de vida desparramada sobre este rincón y como él cree que ella no puede subir la cuesta que precede al cortijo, le dice:

- Tú te vas por este camino y mira a ver si puedes colar por el río. Con nosotros no puedes venirte porque esto de Los Tobos esta malo para ti. En todo caso nos espera en el río que ya te traeremos uvas de las parras de tu cortijo.
- Pero es que a mí me gustaría subir a ver mis colmenas.
- Si eso ya estarán las abejas muertas.

Juana se resigna sin quedarse satisfecha y se va

siguiendo el camino que baja. Ella también está mayor, no se le ve tan ágil como a Pío pero ella quiere subir a ver las ruinas del cortijo donde durante tanto tiempo vivió. A Juana se le amontonan los recuerdos y por eso a cada instante le salen, en forma de nostalgia por su boca. Se va siguiendo el camino pero quiere venirse con nosotros, mas ciertamente con nosotros no puede venirse. Pío baja recto hacia el cañón del cauce sin reparar ni en el monte ni en las rocas ni en los barrancos que el agua del arroyo ha ido tallando por la hondonada que vamos recorriendo. Por eso ya en estos primeros pasos, descubrimos que a pesar de sus años, este hombre se siente dueño total del terreno por donde nos quiere meter.

Y nos mete por donde a nosotros jamás se nos hubiera ocurrido. Desde los surcos y hondonadas del arroyo que baja, se viene hacia la derecha, sube a la superficie de una gran roca que en picado cae hacia en surco del río y por encima de ella, sin ni siquiera agarrarse, salta decidido. Mi asombro es tal que enseguida pienso que nos va a meter en el peligro más grande. Lo llamo con el deseo de frenarlo y ni siquiera hace caso.

- ¡Pero Pío, que aquí nos despeñamos!

Sigue saltando por los salientes de la gran roca sin hacer caso a ningunas de mis palabras. Se asoma al surco que el cauce ha tallado en la pura roca y aunque el surco el profundo,

parece como si no le importara. Se hunde hacia él y ya aparece la impetuosa corriente y el Charco Azul. Es una pura cascada la corriente del río por este punto. Una pura cascada entallada por completo en los surcos de las rocas y, además, sonora y grande. El río Aguasmulas, a mi parecer, en esta ocasión trae más agua que el Borosa. Incluso creo que le gana al Guadalquivir. Es un río respetable este Aguasmulas sin dejar de mostrar también su perfecta transparencia y el cascabeleo dulce de cascadas inigualables.

Un poco antes de tocar la corriente, Pío se para y desde lo alto de la roca mira en la dirección que baja el río y dice:

- Esa huelga que se ve allá arriba, donde muere el trozo de pista que sigue Juana, era de mi hermana.
- ¿Y el camino colaba por el vado de esa huelga?
- No, no. Por ahí lo que colaba era una senda que hicimos nosotros para salir desde el cortijo pero sólo cuando íbamos con bestias. Si veníamos andando, siempre saltábamos por donde ahora mismo vamos a colar. Y aquello que se ve, era otra huelga también de otra hermana mía.

Aprovecho el momento para ponerme delante de Pío. Sigo bajando por la superficie de la rugosa roca tobácea que forma como una rampa y al llegar al filo, salto. La corriente del río, en este punto, se queda encauzada por debajo del pico de la roca

que hemos bajado. Y al otro lado lo que hay es también una pequeña plataforma rocosa y es tan perfecta y llana que al saltar, quedas encima de ella. Pero el salto no es pequeño. Metro y medio largo. Salta también Pepe, el compañero que hoy se interesa por las cosas de Pío y las cosas de estas tierras y ahora nos preparamos para cogerlo a él. Caemos en la cuenta que con sus ochenta y tres años, un salto de esta envergadura, tiene su riego. Le pedimos que se deja ayudar y no quiere.

- Toda mi vida he estado yo saltando solo este escalón. Aunque tuviera los ojos vendados me sabría mover por aquí sin peligro ninguno.

- Pero el hombro y la mano de un amigo a veces es necesaria para andar el camino. Ya no son aquellos tiempos aunque para ti sí lo sea a pesar de los años.

Se apoya en nuestros hombros y en un abrir y cerrar de ojos pasa de una roca a la otra. Ya tenemos la corriente del río cruzada al estilo y modo de aquellos tiempos. Sin necesidad de puente ni camino.

- Ahora sigue tú.

Y él, que no es necesario animarlo para nada, de nuevo se pone al frente. No hay senda y eso lo vemos enseguida. Arremete contra la ladera agarrándose al monte y penetrando por entre su follaje. Una vez más lo miramos y no acabamos de

creerlo.
- Pero Pío, por aquí ¿a dónde vamos?
- Yo conozco el terreno y aunque ya veréis que si sube una senda al cortijo, como yo sé por dónde tengo que ir, llegaremos igual pero adelantando mucho terreno.
- ¿Adelantando terreno cuesta arriba?
- Un serrano como yo siempre sabe lo que se dice y hace.

COMO EN AQUELLOS TIEMPOS

Y en eso estamos de acuerdo. Aunque la ruta que él ha trazado repecho arriba atravesando la espesura del monte, es dura, lo dejamos. ¿Cómo no va a conocer él el camino que lleva al cortijo donde se ha criado y ha vivido casi la totalidad de su vida?
- Una cosa sí te digo: que cuando vayas andando por el monte, campo a través como nosotros ahora, aunque no haya senda, al pasar por las raíces que los árboles tienen fueran de la tierra, tú obsérvalas. Si ves que estas “esolladas” es señal que por ahí han pasado tanto animales como personas a lo largo de mucho tiempo. Las “esollauras” de las raíces, con los años, cicatrizan pero siempre se les nota arrugas y señales. Para los que son entre medio torpes y medio listos andando por laderas y cumbres como estas, es suficiente conque se guíen por estas señales pero a los que ya hemos progresado algo más, nos sobran.

- Eso te iba a decir, porque cuando en aquellos años las nieves cubrían por completo a lo largo de tantos días las tierras y barrancos como estos ¿cómo os las arreglabais?
- Ya te decía antes que cada uno es maestro en aquellas cosas que ha mantenido entre manos a lo largo del tiempo. Por muy grandes que fueran esas nevadas que tú imaginas ahora y yo viví tantísimas veces, nunca tuve problemas para conocer la ruta que tenía que seguir. A los serranos se nos agudiza mucho la inteligencia y la comprensión de los paisajes por el motivo de estar viéndolos y tocándolos todos los días.

Mientras Pío nos va deleitando con estas palabras suyas tan cargadas de emoción y realismo, no deja de trepar por la complicadísima pendiente. Nos abre camino ladera arriba tan lleno de entusiasmos y con tanta agilidad que hay momentos que nos cuesta seguirlo. El sudor nos cae por la frente y la respiración es jadeante. Sin embargo, él, parece que ni quiera pisara la tierra. Como si no tuviera que hacer esfuerzo para vencer la ladera, el monte y las rocas que por la ladera existen. Como si sus años y su cuerpo encorvado no fuera ningún obstáculo para enfrentarse a estas cumbres.
- ¡Qué envidia!
Exclama el compañero Pepe de vez en cuando, expresando de esta manera el asombro por el cual Pío nos vas llevando a lo largo de la tarde.

- Si no lo estuviera viendo, por más que me lo contaran, no lo creería.

Y en uno de estos momentos Pío se para, mira hacia el cauce del río que ya lo hemos dejado bastante al final y dice:
- Pues el asombro para mí, era en aquellos tiempos. Tenía yo una perra que siempre me acompañaba por estos montes. Un animal noble donde los haya y de una inteligencia tan grande que aquello deba miedo. Luego os contaré qué fue de aquella perra y donde la tengo enterrada pero ahora iba a otra cosa. Resulta que en más de una ocasión ese animal se quedaba junto a las vacas o las cabras por estos barrancos. Pero algunos días, cuando yo me encontraba sobre las cumbres donde teníamos el cortijo, la llamaba. Aquello si que era un asombro de verdad.

El animal, en cuanto oía mi voz, estuviera donde estuviera, saltaba por este monte y un abrir y cerrar de ojos estaba a mi lado. Esta ladera que ahora mismo estamos subiendo aquella perra mía se la bebía. Desde lo hondo del río pegaba dos brincos, volaba por entre las rocas y el monte y estirada como si fuera un rayo, subía por la pendiente sin apenas rozarla. En menos de lo que yo esperaba la tenía junto a mí. No nunca me lo expliqué pero las cosas sucedían así y precisamente aquella velocidad con que la perra subía las cuestas era lo que a mí

más me asombraba. No acababa de entender que fuera real lo que aquella perra siempre hacía ni tampoco acaba de entender cómo lo conseguía. Porque ya lo he dicho: más que perra parecía un soplo de viento volando por el mismo viento.

Hemos remontado el puntalillo. Hemos venido a caer a la vieja senda que baja desde el cortijo y curiosamente Pío en lugar de seguir para arriba, por donde intuimos queda el viejo cortijo, se viene para atrás.

- Es por aquí.

Le digo decidido sin caer en la cuenta que estoy corrigiendo al más experto de cuantos expertos puedan moverse por estos montes.

- Ahora seguimos por ahí. Nos asomamos a lo alto del puntalillo para que veáis la huelga por donde la senda que bajaba, cruzaba el río. De paso vamos a ver a ni hermana por si acaso ha colado la corriente.

Nos asomamos al puntalillo y allá en lo hondo se ve la llanura donde estuvo la huelga. En esa misma llanura muere el trozo de pista que descendía y ahí, a la sombra de los fresnos y junto a las aguas limpias de un gran charco, vemos a Juana, la hermana de Pío. También vemos a un grupo de turistas que se bañan mientras uno de los hombres sujetan a un gran perro para que no le ataque a Juana. Se ha puesto de moda, de un tiempo a esta parte, los turistas con sus perros surcando las

veredas y amontonados junto a los charcos de los arroyos y ríos.

- No cueles.

Grita fuerte Pío dirigiéndose a la hermana que se mueve inquieta junto a las aguas del cauce. Los turistas nos preguntan, porque con el rumor de la corriente no oyen con claridad lo que pretendemos comunicarle y por eso repetimos el mensaje junto con el potente vozarrón de Pío que sobre sale por entre todos los sonidos. Al final Juana se entera y entonces él nos aclara que ella arde en deseos de subir al cortijo.

- Pero ya veis lo torpe que está. Le costaría mucho subir esta cuesta y luego sufría cuando viera lo que queda del cortijo. Todo su interés está en ver cómo están sus colmenas. Tenía ocho o diez colmenas que dejó junto al cortijo y aunque han pasado tantos años, todavía cree que están aquí. Seguro ya se habrán muerto y sino, las habrán roto los que por aquí vienen.

TOCANDO LAS RUINAS

Desde el puntalillo damos media vuelta dejando que Pío siga al frente y antes de arrancar nos dice:

- Aquello que hemos visto se llama la Huelga el Maguillo, que era mío. Ahí había árboles de todas las clases. Melocotoneros, granadas, parras, higueras, ciruelos. Cuando maduraban los frutos no dábamos a vastos a comérnosla. Y ahí pues riego,

toda el agua que queríamos echarle directamente del río y limpia como el viento. Era una gloria la fruta y los hortales que se criaban por aquí en estas tierras tan buenas, con tanta agua y el buen estiércol de los animales. Aquello que se ve enfrente, fijaros qué perfectas: las Tres Piedras Colorás. Las sementeras que por estas laderas y cauce del río sembraba, eran de trigo, cebada para el pienso de animales, centeno, garbanzos y avena. Del cortijo este no se sabe su antigüedad. A mi familia llego porque lo compró mi abuelo. Ya os diré a quién se lo compró. De esto hace más de doscientos años.

Vamos llegando a las tierras del cortijo. La senda, muy cómoda y muy bien marcada, sube adaptándose al terreno. Cruza la hondonada de un pequeño arroyuelo y desde este punto ya se ven las paredes del cortijo, las parras “engarbadas” por los troncos de las encinas, las colmenas de Juana, por delante de las paredes que aún no se han desmoronado, en una repisa tallada en la tierra. A Pío le arde la emoción.

- Por aquí mismo había una parra grande de uvas blancas. Mírala, ahí está y ha arrojado sus frutos.

De la parra, por completo extendida entre las ramas de una gran encina, cuelgan los racimos de uva.

- Todavía no estarán maduras. Pero estas uvas son tan buenas, que en cuanto terminan de engordar, se pueden comer. Mas cuando están maduras del todo, el color que tienen

es dorado como el oro.

Atravesamos las primeras tierras que por lo que se ve, fueron bancales en forma de escalones que caían desde la misma puerta de la vivienda hacia el arroyuelo de la entrada. Nos vamos derecho a las paredes por donde todavía se ve la puerta y las ventanas y dejamos que Pío nos lo explique. Entramos. Las piedras y trozos de tejos llenan todo el suelo. En el rincón de la izquierda, debajo de la escalera que sube a la cámara, las cantareras con dos viejas damajuanas de cristal. Las escaleras de la cámara y otra puerta.
- Esta era mi casa. Mira el cuarto que roto lo vemos. Hay disfruté yo mi luna de mil. ¡Dios santo qué recuerdos y lo que el tiempo ha destrozado!

POR ENTRE LAS RUINAS

Junto a la pared todavía está el viejo trillo. Una tabla ancha con trozos de hierro incrustados.
- ¿Es con el que tú trillabas?
- Este era de un cuñado mío.
- ¿Quieres que nos lo llevemos?
- ¿Ya para qué? Yo tengo trillo y a mi edad y sin tierras donde sembrar y recoger cosechas ¿de qué me sirve a mí otro trillo más? Tengo el mío de siempre que lo guardo de recuerdo.
- Y en este recinto de la cocina ¿qué es lo que en silencio late?

- ¡Cuatro bailes tengo yo aquí disfrutados...! Madre mía.
- Cuatro que quieren decir muchos.
- Catorce primos hermanos nos hemos criado en este cortijo, con lo cual ya puedes hacerte una idea. Esto que se ve aquí le decíamos el pozo de las patatas.

A partir de ahora Pío se mueve por encima de las ruinas sin pronunciar palabras. Lo seguimos en silencio al tiempo que intentamos comprender lo que por su alma pasa. Entra por una puerta, sale por otra, se asoma a la ventana, observa las parras, las cumbres del Banderillas y pasado y un largo rato, salimos. La visión desde la puerta del cortijo es de lo más grandiosa. El monte que nos queda enfrente es por donde baja el barranco de las Bañas.
- Explícalo para que también sepamos los nombres de las tierras que tantas veces has visto.
- Los “piazos” que se ven es el Quejigal, por encima hay otro piazo que era nuestro que le decía el Majal, los puntos más altos de roca viva, es el Grande y el rayo Chico. Por la izquierda del rayo sube un jorro a todo lo alto, se llama el Jorro Cascajal, el de la Almoteja se encuentra un poco más allá. Lo que se tapa con el Rayo Grande, es un piazo que le dicen el Castellón de los Toros.
- ¿Que está muy llanico?
- ¡Exactamente! Y buena tierra. Es tierra tan buena como la

mejor que haya en la campiña. Los garbanzos que da esa tierra son tiernos como el papel de fumar. Algunas veces, yo he sembrado una fanega de trigo y he recogido veinte. Eso es una tierra buenísima y la extensión no llega a las cuatro fanegas. Dos que eran nuestras y dos de una tía mía.

LAS UVAS

Desde la puerta, nos movemos un poco hacia los bancales donde estuvieron las huertas. Pío se entusiasma y al ver los racimos colgando de las ramas, trepa por el tronco de la vieja encina. Intentamos sujetarlo porque nos parece que a sus años, una aventura de estas puede ser grave y no podemos. Ni nos hace caso ni se arredra ante la dificulta que presenta el viejo tronco.

- Si esta encina y el tronco de la parra me conocen a mí. Ciento de veces he subido yo por aquí a coger las uvas que esta tarde, quizá por última vez en mi vida, también quiero cortar con mis manos.

En un minuto se encarama en lo más alto. Con su garrota engancha las ramas de las parras, con la navaja corta los racimos, lo echa a la bolsa que se ha subido con él y cuando ya la tiene llena, la amarra con una cuerda y nos pide que la cojamos. Las uvas no están maduras todavía pero es verdad que se pueden comer. Aunque a él no le importa mucho: en el

fondo lo que quiere es llevarse un puñado para así sentir el gozo de que aún todavía algo en este rincón es suyo. De que por lo menos puede palpar algunos de los racimos de uvas que dan las parras que él sembró hace tantos años. Se las lleva a su boca y aunque están fuertes, le saben a gloria. El es el mismo sabor que sitio cuando era niño y también el que paladearon sus padres, sus hermanos y tantas otras personas queridas suyas.

Lo dejamos que goce porque en el fondo también nos interesa penetrar, siquiera un poco, en las sensaciones y realidades que por el rincón laten. Lo seguimos con la actitud del que se siente perdido y lo ignora todo y cuando ya baja de la encina, le ayudamos a trazar una escalera. Quiere coger otros pocos racimos de la parra que se enreda en la carrasca pequeña. Los ciervos medio se la han comido. Pero en las partes alta, donde no llegan, los racimos cuelgan hermoso. Las uvas son gordas y a pesar de lo verdes que están aún, resultan agradables al paladar.
- Y porque ya estáis viendo: nadie las riega, nadie las poda, nadie cuidad de ellas y hasta la tierra de los hortales está comida por las zarzas. Si esto fuera lo que era en aquellos tiempos.

Y estamos viendo que ciertamente la tierra está seca. Ni

una gota de agua corre por ningún lado. Hasta la noguera, la gran noguera que crece por el lado de arriba unos metros antes de llegar al cortijo, se está secando.
- Pero seguro que tiene nueces.
Miramos detenidamente y sólo vemos una o dos en algunas de las ramas más verdes.
- Pues en aquellos tiempos, sacos enteros cogíamos nosotros de esta noguera.
La recorre por entre los peñascos que bajo las ramas se amontonan y deja que nosotros miremos despacio por si podemos coger aunque sólo sea un puñado. Mientras lo intentamos, nos mira sentado en lo alto de la piedra con la majestad del más solemne de los reyes. Nos lo estamos pasando bien y descubrimos que él también goza pero en el fondo no nos ha hecho participes de lo que de verdad corre por su alma. Yo sé que es mucho pero también sé que no se puede forzar, porque puede que a él también le pase como a tantos: no tiene palabras porque. El río que por su alma corre no se puede encerrar en simples palabras y menos cuando el río es tan denso y lo forma tantos trozos de vida.

TAMBIEN SE SECO LA FUENTE

Nos retiramos de la noguera. Pío quiere que veamos la fuente de abajo.
- De ahí cogíamos el agua para el cortijo y para regar la huerta.

Por la parte de atrás nos vamos a media ladera dirección al la gran molen de la Piedra del Mulón. Los granados también están repletos de frutos. Las encinas siguen enredando entre sus ramas a las viejas parras y los olivos, a pesar del ataque de los ciervos, están cargados de aceitunas.
- Las de este son de agua.
- ¿Quieres decir que las cogías para endulzarlas?
- Y eran unas aceitunas riquísimas. Entre estas y las de arriba había alrededor de dos mil olivas. Ahí mismo había una casa de uno que le llamaban Sinando. La de la Ramona estaba más arriba.
- ¿Qué hacías con estas aceitunas?
- Pues cogerlas y llevarla a la Venta de Luis para molerlas. Del aceite que sacábamos nos alimentábamos a lo largo del año.
- La Venta de Luis coge lejos de aquí.
- Pero no había más cerca.

Y ahora caigo en la cuenta que hay que pararse un poco. Hay que mirar despacio hacia lo hondo del abarranco y verlo avanzar por la senda con las bestias cogidas del cabestro. Los animales van cargados con los negros sacos de aceitunas y caminan cansados. Son muchos kilómetros desde aquí a la Venta de Luis. Son muchas las cuestas, las hondonadas, el monte, los cauces y las horas. Ahora lo veo en el molino del río Grande moliendo sus aceitunas y un rato después lo veo subir

otra vez por la misma senda. Un día largo entre ir y venir y no se ha terminado la faena. Mañana hay que volver otra vez, pasado también y así hasta que todas las aceitunas estén molidas y el aceite descanse en las vasijas y entre las paredes del cortijo del Mulón.

¿A quién se le ocurriría construir un cortijo tan lejos y en lo más alto de estas cumbres? La cantidad de pasos que hay que dar para reunir el alimento necesario a fin de que siempre haya algo que comer y sobre todo, en la temporada de las nieves. ¿A quién se le ocurriría construir un cortijo en semejante lugar? Las cuestas son tremendas y el esfuerzo al límite de lo que se puede aguantar. ¿O es que quizá ello eligieron este rincón porque está a dos paso del cielo, escondido casi entre las estrellas y, además, el aire es puro? Hay que ver lo que fueron aquellos serranos.

La fuente de abajo, de la que ellos cogían el agua para beber en el cortijo y para regar los hortales, no tiene agua. Se ha secado. Sólo muchas zarzas, un puñado de juncos, mucha mejorana, las viejas encinas y la tierra seca.

- ¿Qué ha pasado?

- No lo puedo explicar. Nunca, a lo largo de tantos años viviendo en este cortijo, yo he visto esta fuente sin agua.

- Pero ahora mismo estamos aquí y con nuestros ojos lo

estamos viendo. Está por completo seca. ¿Qué ha pasado?
- Vamos a llegar hasta la fuente de Arriba. Es que eran dos manantiales. Donde brota esa fuente de arriba es lugar de tierra tan buena, que era gloria pura. Ahí se criaba de todo y de una calidad insuperable.
- Ya que estamos aquí, vamos a llegar a la fuente de Arriba.

En mi interior pienso que también estará seca. Si ya no tiene agua la fuente de Abajo, seguro que tampoco corre la fuente de Arriba. Atravesamos las zarzas, rozamos las parras repletas de uva, algunas negras que son las soteñas y otra blancas que son las buenas, apartamos las zarzas, rozamos las matas de mejorana y ajedrea y llegamos al rincón. También esta seca está fuente.
- Pues si no lo veo con mis propios ojos no lo hubiera creído.
- Los tiempos que ya son otros. Fíjate que hasta las fuentes dejan de manar aunque el agua sea abundante. Todos sabemos que este año ha sido un buen año de lluvia. Pero las fuentes ya no brotan por el mismo sitio.
- Como si con nuestra ausencia hasta la misma sierra hubiera perdido un poco su identidad.
- La sierra ya es otra a la que cuando vosotros estabais por aquí. Y por eso ahora me pregunto: si en estos días vivierais en el cortijo ¿qué hubiera sido de vosotros sin agua en vuestras fuentes?

- También habría que preguntarse: si todavía nosotros viviéramos en el cortijo ¿se habrían secado las fuentes?

- Claro que es una buena pregunta pero ten en cuenta que en las fuentes no han intervenido los hombres. Es una decisión de la naturaleza y a mayor profundidad, puede que hasta un deseo de Dios. Pero la pregunta sigue valiendo. ¿Por qué se han secado las fuentes ahora que vosotros ya no estáis y antes nunca dejaron de manar?

- Cuando se lo diga a mi hermana y a mi mujer, no se lo van a creer.

Nos sentamos en el borde de lo que fue el canal que llevaba el agua desde esta fuente de Arriba hasta las tierras de los olivos y los hortales de la puerta del cortijo y como si quiera encerrar lo que por mis ojos ahora mismo está entrando, digo: “Desde la fuente de Arriba, por el lado que pega a la Piedra del Mulón, la panorámica es impresionante hacia el cerro de las Canalejas. A nuestra espalda queda la preciosa Piedra del Mulón ahora a dos pasos de nosotros”.

- Pues esa tierra que se ve ahí mismo se llamaba la Fuente del Ranchal. Aquí “en derecho”, donde hace hoyo. Por ahí mismo sube el camino que ya hemos comentado antes. Cruzaba e iba a salir a los Cenajos de la Piedra del Mulón. Aquello, la Orquilla del Mulón y el punto más elevado, pues la

piedra.
- A lo alto ¿has subido tú alguna vez?
- Mucho más de una. Se sube por aquel lado, siguiendo la lancha.
- Sigue ahí mismo y me dices si aquel monte que estoy viendo enfrente se llama Puntal.
- Es el Collado de las Cabras o el Puntal de Majá las Cabras. Si observas bien, se encuentra entre los dos morros aquellos. Por debajo esta Cubero. Más abajo quedan los Chorreones. Aquel lado están las Canalejas. Un poco más para acá, por este monte que asoma, se encuentran los Aguaciles. Aquel puntal más alto que se ve, es Majal Alto, donde está la caseta de los fogoneros. Fuente del Roble cae por de bajo, enderecho, aquí a la izquierda.

EL NOMBRE DEL ARROYO

- ¿Es buen momento para contar la historia del arroyo del Hombre?
- Sí que es buen momento. Pues que le llama de esta manera porque decían que había una mujer que tenía la manía, porque no era buena, de llevar a la Sima de Pinar Negro. Ella le contaba cosas hasta que ya una vez lo arrancó y fueron a verla. Ya cuando estaban allí, a ella le chocaba mucho, que estaba bien... dice: “Oyes, dicen que sale por aquí un airecillo muy fresco, acércate a ver que a mí me da miedo”. Pues el

hombre se acercó distraído y entonces ella le dio un empujón. Cayó pero tuvo la suerte de quedarse agarrado a un durillo que había en la entrada. ¡Hombre, yo no lo vi, lo he oído contar! Ella al ver que no había caído a lo hondo salió corriendo para venirse.

Bregando el hombre pudo salir fuera y echando a correr, desde Pinar Negro vino a agarrarla ahí al arroyo del Hombre. Se la llevó y cuando llegó a la sima, la echó dentro. Él no la echó para que se quedara en el durillo, la tiró fuerte y cayó a lo hondo. Se vino y a partir de entonces, como vino a agarrarla ahí, le pusieron a ese lugar el "Royo del Hombre". Porque hizo una hombrá. Cuando ya apretaron los temporales, decían que habían visto, las enaguas blancas que llevaba, no sé si era por los Chorros de Aguasmulas o por los Chorros de Aguas Negras. Por un manantial de esos, decían que vieron las enaguas salir.

La historia, sencilla, algo trágica y con sabor a leyenda, ya la he oído yo en más de una ocasión. Que arranque de alguna realidad concreta ocurrida en otros tiempos por estas sierras ¿quién lo sabe y quien lo pone en duda? Nos levantamos de donde, por unos minutos, nos hemos sentado y seguimos bajando por lo que fue el borde de la canal que traía el agua desde la fuente de Arriba hasta los hortales de la misma puerta

del cortijo. Salimos a la cañada de los olivos y como por aquí también crecen bastantes ejemplares de viejas encinas, él nos las vuelve a recordar.
- Fijaros que jaleo de carrascas tan hermosas y en la misma puerta de nuestro cortijo. No recuerdo yo que alguno de nosotros los serranos que vivíamos aquí, cortara una carrasca de estas. En invierno sí era verdad que las talábamos. Les cortábamos las ramas más viejas para ramón de los animales y eso hasta es bueno para los árboles. Las encinas, como cualquier otro árbol, es necesario podarla y eso es bueno para que se renueve con ramas sanas. Pero nunca nosotros fuimos capaces de cortar un árbol de estos. A la vista está. Cualquier encina de estas puede tener trescientos años.

A la vista queda que estas encinas tienen muchos años así como también los olivos y las parras que por los troncos de las encinas se enredan.
- Y por estas u otras cosas ¿cómo fueron las luchas?
- El más antiguo por todos estos contornos soy yo. Siempre tuve vacas, cabras, pedazos de terreno que sembraba y en ningún momento tuve problemas con nadie. Casi todos los que tienen vacas por estas tierras son de las mías que se las he vendido yo.
Saltamos la reguera y nos vamos acercando a las paredes del cortijo.

- Hace ya más de cincuenta años, limpiando esta reguera para que bajara el agua, me hernie yo. Me hernié de este lado y a mí no se me conoce nada. Cuando se me salen las tripas, me pongo con los pies para arriba, me las entro y santas pascuas.

POR ENTRE LAS RUINAS LATE LA VIDA

Le decimos que ahora, que ya se nos está acabando la tarde y tenemos que irnos de las tierras de este cortijo, ha llegado el momento de recorrer estas ruinas y saber de ellas y sus antiguos habitantes, algo más.

- Eramos cuatro de familia, pues nosotros, de estas tierras, recogíamos para comer. Para vender e ingresar perras, tampoco. Nada más que para ir viviendo. Mi tío es que tenía ya diez hijo y poseía menos tierra. Esto era suyo. Ahí de la reguera para abajo y desde ahí más allá, toda la solana esta sí era suya. Unas trescientas olivas tenía él ahí. Es que era mucho jaleo con diez hijo. Esta carrasca era suya por el camino este para abajo iba la linde. De este lado para acá ya era de otro tío mío. Esto de aquí fue la era de arriba. La hicieron para trillar pero nosotros en esta era no trillábamos. Eso fue la casa de mis primos esos que habéis visto esta mañana allá en Coto Ríos.

Era la casa de mi tío Alejo. Por aquí entraban. De siempre este trozo de vivienda había sido el pajar pero cuando

partieron, la convirtieron en casa, por eso le decían el pajar. Pero luego al casarse los hijos, pues aquí hicieron cámaras. Lo que se ve aquí, ya se ve: corralillos, chiqueras para los marranos, el horno para cocer el pan.

- ¿Quién cocía el pan?

- Pues nosotros, mis tíos, mi madre, mi mujer, mi hermana... todo el mundo. Y esto la casa de mi tío. Aquí tenía una parte el "Cojo de la Fresnedilla". Que por eso no han derribado el cortijo todavía. Ya sabes tú lo que el Cojo fue en este barranco de la Fresnedilla y claro, ahora después de machacado y muerto, parece que quieren respetar algo tanto este cortijo como aquel de la Fresnedilla. Pero claro: como se suele decir, a burro muerto, cebada al rabo. ¿Para qué necesitará él ahora el respeto si la ayuda la necesitaba antes, cuando luchaba con estas tierras para sacar de ellas el alimento? Entonces lo machacaron y ahora, parece como si lo veneraran.

Pero en fin, donde él tenía lo suyo, no lo han derribado y aquí está cayéndose poco a poco ayudado por la lluvia, el viento y el tiempo. Y esta la era de abajo. Aquí se trillaba toda la cosecha. Del castellón aquel de los Toros que ahora mismo tenemos enfrentico, he bajado garbanzos, trigo, centeno y lo he traído hasta esta era que ahora mismo estamos pisando y aquí lo he trillado.

Miro despacio y me parece tremendo. En línea recta desde

esta era al Castellón no habrá más de ochocientos metros. Pero como Pío en aquellos tiempos y nosotros ahora mismo no somos pájaros, no podemos ir en línea recta hasta lo alto de aquel cerro. Para ir desde este punto hasta las tierras del Castellón, es necesario bajar a lo hondo del río y luego subir hasta la misma cima del monte que tenemos enfrente. Y si recorrer esta distancia es dura de por sí por lo accidentado del terreno, recorrerla bregando con las bestias cargadas, me hago una idea del esfuerzo y la lucha que ello suponía. ¡Lo que penaban estas personas para sacarle a la tierra las cuatro cosas que necesitaban para alimentarse!

- Por ahí enfrente bajaba un camino, por el portillo aquel que antes hemos dicho que se llama el Collado Quejigal, barranco ese abajo a caer ahí a la huelga del Maguillo. Por ahí colábamos el río para seguir luego camino arriba por donde hemos venido, aquí veníamos y aquí lo trillábamos.

Me asomo al borde de la era y descubro que es todo un balcón alzado sobre el barranco y el río al fondo.

- Sobre esos palos que ves ahí acinábamos las mieses y desde ahí, conforme se iba trillando, se iba echando a la llanura de la era.

- Según veo, cuando hacia mucho viento, la paja se iría por la pendiente de estas laderas para abajo.

- Eso lo teníamos muy bien pensado nosotros. Sólo se

aventaba cuando venía el aire de abajo. Mucha de la paja se metía en el mismo pajar empujada por el viento.

El pajar queda por delante de la puerta del cortijo, entre las parras y la era. Es también un gran edificio con dos plantas.
- La parte de abajo era la cuadra, mi cuadra, y la parte de arriba, el pajar. Aquí metía yo paja para todo el invierno.
- Pues por lo que estoy viendo esto era un cortijo, una huerta, una era y construido todo encima de un balcón.
- Precisamente por esa verdad que dices es por lo que se ve tanto desde aquí. Mira recto hacia el barranco donde nace el río Aguasmulas. Lo que se ve por la parte de abajo, se llama la Charca y por debajo, ahí donde cae, se llama la Majal del Cantorral.
- ¿Allí es donde nace el río?
- No, el río nace arriba, en la Piedra Aguasmulas. El Cinto que ya lo hemos dicho y luego el Collado de los Pinos Blancos, por debajo hay otro que le dicen el Collado de la Escalerilla, más abajo están las Hoyicas de la Cueva, por encima de ésta.

MEDIO CORAZON ENTERRADO

Le hemos dado la vuelta a las ruinas del gran edificio donde con todos los anejos de cuadra, era y horno. Ya nos despedimos. Recogemos las uvas que hemos dejado sobre las piedras mientras recorríamos las tierras de las fuentes y ahora

buscamos la senda que baja. Ya nos despedimos de este extraño, hermoso y, además, perdido rincón serrano. Ni me ha dado tiempo de enterarme de lo que por aquí todavía existe. Me digo que ya vendré más despacio cuando pueda otro día y siguiendo a Pío buscamos la senda. Comenzamos a bajar y nada más cruzar la hondonada del arroyuelo, por el lado de abajo un endeble olivo medio seco. Frente a él, se para y dice:

- Ahí tengo yo enterrado medio corazón mío.

- ¿Y cómo es eso?

- Aquella perra que antes os decía, era mi mejor compañera y tanto me ayudaba en el ganado, cuando murió la enterré junto al tronco de este olivo. Se llamaba "Perrota" y tenía, entre otras, una condición especial: estaba mi mujer haciendo de comer y ella siempre así acostada frente a la comida, mirando fija en todo momento pero sin tocar jamás a la comida. Si mi mujer se iba al cuarto, a la cámara o a cualquier otro sitio en busca de algo que necesitaba y allí se dejaba la comida en el suelo. La perra no tocaba y mucho menos dejaba que por allí se acercara un gato. En cuanto lo veía se tiraba para él y lo hacía botar. Ella estaba allí fija de guardiana. ¡Mi Perrota! ¡Qué animal más noble e inteligente!

Se me murió de vieja y ahí la enterré, encima del tronco de esta oliva que estamos viendo. No la han sacado, no. Me ponía yo así de pie derecho y le decía: "Perrota, vamos a rezar",

pegaba un salto y me quitaba la gorra. Y a todo los que hubiera allí conmigo. Otras veces, queriendo, me dejaba la gorra en el cortijo. Cuando iba por el vado del río, decía: “Perrota, cago en la mar, que me he dejado en la casa la gorra. Pues vas a tener que “golverte” tú que estás más ágil que yo”. Ya no tenía que decir nada más. Salía corriendo camino arriaba y al raro asomaba por ahí con su gorra en la boca más contenta que la mar. Cuando íbamos por el monte, una culebra, un lagarto y cualquier otro bicho, era echarle las uñas y del primer “zaleón”, ya lo tenía listo, aunque fuera grande. Era la guardiana que tenía ahí en el río por si acudían los bichos a la niña. Estábamos yo y mi mujer y teníamos que irnos a trabajar y como no había quien se quedara con la niña aquí, pues ella la cuidaba.

Un día me enteré que por estos montes, estaban poniendo veneno. Cuando aquello del coto hasta a los perros mataron con veneno. Me fui a los Aguaciles y al llegar pregunto: “¿ Y Donato?”, que era el guarda de la caza. Me dicen: “Está por ahí”. Entonces les digo: “He llegado a verlo” “¿Qué querías?” “Pues mira, que no tenemos más defensa ni más guardiana de mi niña, que la perra. Si a Donato le ordenan que eche veneno, pues muy bien. Si a él se lo ordenan, tiene que hacerlo pero que no eche veneno sin avisarme a mí. Que me avise y yo ataré la perra y haré lo que tenga que hacer para que no me la

mate. Porque claro, si me mata este animal tan querido para mí, tenemos un disgusto demasiado feo. Ea, tenemos un disgusto y una cosa que se puede "enmendar", pues no tiene que llegar a esos extremos".

Entonces tenían mucha autoridad. Pero en fin, dijo la mujer: "Descuida que yo se lo diré". Pues se lo dijo. Estuvo la cosa fea pero luego se mejoró. ¿Y sabes lo que hacían? Tenía yo las vacas ahí "cariar" y algunos días yo tenía que hacer aquí cosas y el guardar al pasar me decía: "Pío, no vayas a ver las vacas que como hemos pasado por allí, las hemos visto y están bien". Hombre, pues aquello era un detalle porque me ahorraba tiempo y trabajo subiendo estas laderas. Es lo que yo digo: las cosas haciéndolas como hay que hacerla, con todo dios se tiene uno que llevar bien. Hay que respetar a cada cual sus derechos y deberes y cada uno en sus casas y Dios en la de todos, así es como se debe ir por la vida. Ahora, si lo atropellan a uno, pues uno se rebela y atropella también.

- ¿Y aquella otra perra que tanto quería tu hermana Juana?

- También era un animal inteligente. Se llamaba Forosa. Cuando nos juntábamos los amigos, sacaba la petaca, porque antes no era como ahora sino tabaco del que sembrábamos, y le decía: "Forosa, toma la petaca y darle tabaco a los amigos".

Cogía su petaca en la boca y de uno en uno les iba dando tabaco para que fumaran. Lloraba mi hermana que pa qué cuando echaron veneno y me la mataron. Nuestros perros de siempre, no podían esturrear a los bichos que ellos echaron en estos montes, ahora, los bichos sí se podían comer lo que sembrábamos en las huertas para alimentarnos nosotros y no pasaba nada. Pues si es que la perra, hasta los turones, que entonces pagaban muy bien las pieles de los turones, cazaba. A la perra les gustaba mucho. Una noche bajábamos por más arriba del cortijo, unas olivas que teníamos allí que le decían “El Encapao”. Cuando la siento ladra. Entonces digo: “Ya tiene la perra un turón”. El se quedó allí en el tronco del pino y yo bajé a por la escopeta. Le pegó un tiro y lo echó abajo. Pues nos dieron veinte duros por la piel, que este dinero entonces, era mucho dinero. Es que entonces los duros eran de plata.

ALGO DE LA MADERA

Te pongo otro ejemplo para que se vea que siempre es mejor entenderse con las personas que no ir contra ellas a la fuerza. Ese pedazo de tierra que te decía antes era una huelga, lo tenía yo labrado y preparado con el estiércol extendido y todo para sembrarlo. Y llegó un capataz de esos de la madera. Me dice: “Bueno, ¿qué le pone usted de precio a lo que pueda recoger del trozo de tierra ese y se lo pagamos?” digo: “Hombre, pues lo que se vea. Una cosa que nos convenga a

las dos partes”. Lo arreglamos y quedamos en que me darían mil pesetas.

Ellos se liaron a ajorrar ahí madera y pasaba el tiempo sin pagar nada. Uno que se enteró de la cosa y me dijo un día: “¿Pío, te han pagado la cosecha que ajustasteis?” Digo: “No, no me han dado nada”. “Pues espavila que son capaces de no pagarte nada”. Le digo: “Pues verás que pronto está esto ventilado”. Voy a ver al encargado y le digo: “¡Qué! ¿Cuándo se va a cumplir lo que pastamos?” Me salió diciendo: “Hombre, que... ya verás... con nosotros no hay problemas”. Salió con arengas y entonces voy y le digo: “No, mire usted: cuando pasen veinticuatro horas, si no me pagan lo que hay tratado que sepa usted que las cosas terminan mal. Unzo un par de vacas, le engancho una cadena y no queda un palo en el piazo. Esos van todos a parar al río. Eso va afuera de mis tierras. Así que ya sabe usted. Les queda ese tiempo para hacer real lo que se habló”.

¡Pues tardaron en mandarme a uno con un vale para que fuera a cobrarlo! Y me lo pagaron tal como habíamos acordado. Hombre, yo eso no. Las cosas como son.

DIA TERCERO

CON LAS VACAS POR EL RIO

Hoy es catorce de septiembre y como todavía Pío tiene muchas cosas buenas que contarme, hemos acordado echar otro rato. Lo llamé anoche y me dijo:

- Mañana tengo yo que irme con las vacas por el río. El muchacho que las cuida tiene que ir a Cazorla y acordamos que me quedaría pendiente de ellas. ¿A qué hora vendrás?
- Llegaré por ahí a media mañana o así.
- Pues yo estaré por el río. Incluso por el camino puedes entrar con el coche. Sabiendo la hora ya estaré pendiente y ya mañana hablamos porque yo, como siempre digo, a los amigos hay que tratarlos como amigos. Si ahora echamos un rato por el teléfono, esto cuenta dinero y aunque no lo pague de mi bolsillo, me duele que un amigo gaste dinero pudiéndolo ahorrar.
- Pues mañana hablaremos.

Y como mañana ya es hoy, me acerco al poblado de Coto ríos. Descubro a Santiaga que en la puerta de la casa, sentada espera. La saludo, le pregunto y me dice:

- Pues yo lo estoy esperando porque la hora de la comida es ya y él no se ha llevado nada para comer. Sabe bien que yo no puedo ir a buscarlo, así que si quiere comer, que venga.
- Seguro que viene pero ¿qué le preparas de comida?

- Ya ves que estoy pelando unas patatas. Pondré un arroz con patatas, pimientos rojos, chicha y un trozo de chorizo. Yo otra cosa ya no puedo hacer.

PELANDO PATATAS

Santiaga estás esperando que la llamen para ser operada de la vista. No ve casi nada. Mucho menos que su marido Pío. Le digo que yo traigo una tortilla y otras cosas que nos la podremos comer como hicimos el otro día. Le digo que voy a esperar un poco por si Pío se presenta y si no, me iré a buscarlo.

- Pero es que yo hoy tengo interés en hablar con Juana. ¿Dónde estará?
- Pues yo que sé. Seguro en su casa o por la casa de alguna vecina.
- Si me dices donde vive voy a ver si la encuentro.
- Ahora te acompaño. Mucho, no puedo moverme pero vamos a ver si la encontramos.

Santiaga deja de pelar las patatas, busca un bastón y encorvada se mueve hacia la calle. La calle donde ella vive precisamente este mañana me he dado cuenta que tiene el mismo nombre del río donde nació. Calle Aguasmulas y ellos nacieron en este río hace ya muchos años. Se mueve hacia la esquina de arriba, la sigo y cuando llegamos a la casa donde

vive Juana, golpea con su bastón y no está. Le preguntamos a la vecina y nos dice que se ha ido a la casa de una amiga suya por la parte de arriba del poblado, junto a las escuelas. Un niño pequeño que juega en el patio, sale corriendo a buscarla y mientras la esperamos volvemos otra vez a la casa de Pío.

Casi a la par llegamos los tres. Saludo a Juana y le digo que hoy quiero que ella me hable de la tierra donde nació. La vi el otro día con mucho deseo de contarme sus recuerdos pero como estábamos todos juntos, su hermano Pío no le dejaba entrar en profundidad en las cosas que ella quería contar.

- ¿Y qué quieres que te diga?

Me pregunta algo emocionada pero ciertamente satisfecha de que en esta ocasión la haya elegido a ella.

- Podríamos empezar por la mudanza. Como fueron los últimos días en aquellas tierras y cortijo tuyo y cómo fue luego el momento de cargar con los bártulos y salir de la tierra para siempre.

- Del tema tú ya has odio algo de boca de mi hermano Pío. Pero en fin, me experiencia particular sí que la tengo y aquellos días los viví con especial emoción por el gran ajetreo y la cantidad de sensaciones desagradables que a todas horas sentías. ¿Qué es lo que a ti te han contado?

- Lo que a mí me han contando coincide un poco con lo

que me dices. Las personas vivisteis unos días llenos de confusión. Tristes lo más de los ratos, llenos de entusiasmos en algunos momentos, desconfiados y perplejos a todas horas. Cuando ya se acercó el momento en que de verdad tenías que dejar las tierras, por lo que me han contado, a muchos les pidieron que se concentraran en este pueblo. Por lo visto tenían preparado algo así como un autobús y subidos en él, os iban a llevar a lo que vosotros llamabais una excursión a lo desconocido. Ellos os dijeron que os pagarían todos los gastos y que tardarías tres días en llegar. Bueno tres días en llegar, no era por la distancia, sino que aprovechando el viaje os querían llevar a sitios que nunca habías visto para que así os empezara a gustar vuestra nueva vida.

EL VIAJE

Y lo que me dijeron fue que en los cortijos y aldeas la gente empezó a preparar las cosas para el viaje. Maletas viejas, costales, talegas, algún bolso un poco deteriorado y con ellos acuestas o sobre los lomos de las bestias bajabais por los caminos hacia este valle. Tristes en vuestras almas y con la curiosidad a flor de piel porque la novedad os mantenía en vilo. Cuando llegaban al poblado algunos fueron a no sé que casa a preguntar no sé qué cosa. Le dijeron que al caer la tarde saldría la primera expedición y que el viaje, en principio, no iba a ser muy largo. Se tenían que parar en no sé qué punto para

recoger a otros y cuando ya llegara el momento saldríais todos rumbo a esas tierras desconocidas. Tres días os dijeron que duraba el viaje y aquello fue lo primero que algunos comenzaron a sentir molesto.

- Si andando yo con mi yegua estoy allí en un día.
- ¿No será que quieren experimentar alguna cosa con nosotros?
- Eso no pueden hacerlo porque ¿cómo nos van a engañar a tantos juntos?
- Pero lo que más me duele y ahora me molesta que lo tranquilos que hasta hace poco hemos estado en nuestros cortijos y tierras y el quebradero de cabeza y la cantidad de disgustos que en pocos días nos han traído. Yo lo que estoy ya es deseando llegar a donde haya que llegar a ver si todos estos disgustos y trastornos pasan y volvemos a tener paz y sosiego como antes.
- En eso tienes razón porque hay que ver la revolución que de pronto ha venido a estas sierras. Ayer todos tan tranquilos por los montes con el ganado y labrando las tierras y hoy, mira como andamos.

Esto es más o menos lo que a mí me fueron contando unos y otros. Lo que desde este punto sigue tú lo sabes mejor que yo.

- Lo que yo sé, porque lo viví en mis propias carnes, es que después de este vieja que acabas de contar llegué a la casa de mi hermana. En una cochera en el pueblo de Canena metimos las cosas. En su casa estuve viviendo unos años poco más o menos. Por aquellos días mi hermano empezó a resistir en el molino de Las Casas de las Tablas y al final se tuvo que venir. Después de él todavía quedaba otro con la fortaleza y la ilusión de quien se dispone a vencer o morir y también fue vencido el pobre. Como los bichos se comían todo ya se cansaron de luchar. El se llamaba Juan y su mujer no hace mucho que ha muerto en este pueblo. Uno a uno todos fuimos entrando por lo que ellos querían.

LA HERMANA DE PIO

- Yo vi el otro día, por las tierras del cortijo donde tú viviste tanto tiempo, unas colmenas. ¿De quién eran?
- Esas eran mis colmenas. Las cuidaba mi marido y cuando empezó a ponerse malo fue por allí un señor. Le preguntó si las vendía y se las vendió. Me quedaron algunas y cuando él murió, seguí con ellas. Cuando ya me vine del cortijo, aunque las dejé allí, no he dejado de seguirlas. ¿Tú las viste el otro día?
- Las vi y según nos acercábamos parecían como si tuviera repletas de abejas. Cuando ya nos acercamos comprobamos que no. Seis o siete colmenas quedan por la puerta, muy bien

puesta sobre la repisa de tierra por delante del cortijo, mirando hacia las cumbres del Banderilla pero ninguna tenía abejas.
- Se habrán muerto por el frío, de alguna enfermedad o porque algún turista de los que ha ido por allí, las haya molestado.

- ¿Tu te acuerdas de aquello mucho?
- Pues mucho porque es que es aquella la tierra donde he nacido yo. Y aunque me da pena sentirme fuera de aquel rincón, me consuelo cuando voy. El río crece mucho cuando llueve y como no hay puente no puedo cruzarlo así es que cada día encuentro más obstáculos para acércame a mi cortijo y consolarme aunque sólo sea viéndolo roto y abandonado. Aquello es nuestro aunque ellos digan que nos lo expropiaron. Lo sigo viendo nuestro y así será para siempre aunque la distancia y los años vayan poniendo barreras. Fue mi primo, el cojo de la Fresnedilla el que no vendió y por eso sigue el cortijo en pie. Se caerá con el tiempo pero todavía se mantiene firme. Aun todavía conservo las llaves. Las guardo en mi casa como si fuera el tesoro más grande. Ya sé que está abierto y que por sus puertas ahora sin dueño, puede entrar cualquiera pero las llaves de la entrada de mi cortijo es mi único tesoro para mí.

- De cuando tú pisabas la tierra amada ¿de qué te acuerdas?
- Que mi marido era muy trabajador. Arreglaba las olivas muy

bien y cogíamos tanto aceite que hasta podíamos vender. También recogíamos mucho trigo y garbanzos. Vivíamos felices aunque trabajáramos mucho. Dinero se cogía poco pero sin él íbamos pasando. Cuando esto de los sellos, le decía a mi marido: “Mira, contigo que te apuntes, es lo suficiente”. Y él me decía, no porque fuera mi marido pero era una excelente persona y un talento: “No hija, no tenemos hijos ni tenemos nada, pues nos apuntamos los dos y si llegamos a cobrar, pues solamente con la paga vivimos felices”.

OTRA VEZ CON LOS RECUERDOS

- Y cuando tú eras pequeña ¿qué hacías, además de ir y venir por los caminos? En estos momentos llegando a la puerta se siente la burra de Pío. Se le siente a él y enseguida asoma por la puerta. Al entrar me saluda. Como ha oído la pregunta se apresura a responder.

- Ella iba a regar a los piazos y todo eso. Vamos cuando era más chica, pues jugar allí con los otros. Con los primos que el otro día vinieron los nueve que todavía viven. Hasta el de Francia. Eramos dieciocho primos y no creas que nos lo pasábamos bien.

- ¿De qué juego te acuerdas?

- Pues jugábamos a las chinas, a la comba. Mi hermano que era músico pues cogía la guitarra y nos alegraba la vida. Un artista que ha sido mi hermano con la guitarra. Ya porque nos

vinimos y se la dio a un sobrino que vive en Canena, que sino todavía sabría él tocar.
- ¿Ya no tienes ninguna guitarra, Pío?
- Ya no. Porque ya, lo que pasa, la vida ha venido más tirante y no hemos hecho por comprar. Hasta se me ha olvidado a mí tocar la guitarra. Si me pongo y ensayo, pues de algo me iría acordando pero seguro los dedos no los muevo con tanta agilidad como antes. A estas cosas han logrado que vayamos perdiéndolas. En estos lugares y este mundo de ahora es distinto.

Hace ya cincuenta años que no he tocado. Como tú dices estos hechos no se debían olvidar porque son bonitas pero es que la vida ha traído muchas cosas en contra de nosotros. Todo se ha roto y ahora ya con tantos años como tengo ¿a ver cómo lo compongo? Eso de querer tener una cosa porque se la quita, a otro eso no es de persona. Una persona de orden no deber quitarle al otro lo que tiene y es suyo.
- ¿Tú sabes lo que le dieron a mi marido por la casa y las tierras?
Miro a Juana y le digo que no lo sé y que quiero que me lo diga.
- Pues primero empezaron a expropiar por La Aldea, por las Lagunillas y por esas tierras. A nosotros nos quitaron las tierras cuatro o cinco años después. Por parte de mi marido eran tres

hermanos, porque eran cuatro pero una había vendido su parte. Y quedaban tres en la casa. Pues les dieron veintiuna mil pesetas. Aun tengo yo todavía los papeles donde escribieron lo que les correspondía. Partieron a siete mil pesetas cada uno. Que tanta rabia le dio que no quiso ni ir a cobrarlas. ¡Qué te perece la miseria que se pusieron a darle después de tanto como nos estaban haciendo pasar!

CUANDO AQUELLO DE LOS PINOS

Pues vivíamos de lo que hacia de madera: mesas, sillas, ubios... en fin, de todo. Cuando ya nos echaron, le dijeron que podías seguir trayéndose la madera de allí. Pues ni para una cosa ni para la otra quiso ir a su casa. Y fue el último que firmo. ¡Tú te crees la miseria que se pusieron a darle! Tenían unas tierras que eran buenísimas, dos hectáreas o tres, por la Cañá del Fraile. Pues se lo pusieron de pinos y tubo luchas, porque como hacían lo que les daba la gana. Ya ves tú, salir el agua de ahí y esto ponerlo de pinos, fíjate qué faena. Era mejor sembrar habichuelas, patatas, trigo... en fin, cosas para comer y no los pinos.

¡Hombre, porque aquello no lo tenían que haber hecho! Pero como hacían lo que les daba la gana, pues ya está. Es que se llenaban de autoridad más que les pertenecía. Yo soy partidaria que cumpla cada cual, en el puesto que ocupe, con

su deber pero sin abusar de nadie. El abuso no debe de existir, porque produce malas cosas.

DE CUANDO PEQUEÑA

De lo de aquella tierra mía y cuando yo era pequeña, me acuerdo especialmente de un paisaje muy bello que recorrí mucho de pequeña. Era el trozo de tierra que se recoge entre los dos arroyos. No tiene nombre ese trozo de tierra pero por la casualidad o no, fue uno de los terrenos que más anduve de pequeña. Lo comenzaba a recorrer entrando siempre por la parte de abajo, donde se junta los dos arroyo que es donde forma como un ángulo. Subía ladera arriba y como la tierra no estaba muy pendiente me gustaba a mí mucho remontarme por allí en medio hasta lo más alto del collado. Aquella tierra, por aquel entonces, no tenía mucho monte. Casi estaba pelada y por eso lo animales la tomaban con tanta querencia. En cuanto caían las primeras lluvias del otoño, todo el suelo se llenaba de hierba y ya permanecía verde todo el año.

Mucho de aquellos días yo le entraba al rincón remontándome por el lado de la derecha. La ladera de los voladeros que cae en picado hacia la junta de los arroyos. Me subía despacio y justo donde nace la fuente me paraba. Desde este punto miraba hacia lo que yo llamaba el valle y aquello era maravilloso. Justo desde mis pies nacía la fuente de las rocas,

la del agua más buena y cristalina de toda la sierra. Se despeñaba por el primer voladero y enseguida caía al gran cauce del arroyo. La corriente seguía cayendo y unos metros más abajo de la cascada se extendía el gran charco. Un charco largo que parecía todo un mar por su anchura y su profundidad. Las aguas eran azules tirando a transparentes y aquello resultaba precioso verlo desde el rellano pequeño de la fuente.

Mas que agua la superficie ancha de aquel embalse azulado parecía la montaña derretida meciéndose a los pies del valle. Y aquel cuadro adquiría su máxima belleza cuando por allí entraban el hatajo de marranos. Llegaban desde el lado del cortijo y como tú sabes que los marranos siempre son valientes para el agua, al llegar al charco no se paraban. Desde la orilla de la fuente una detrás de otro se iban tirando al agua y en un abrir y cerrar de ojos todos estaban nadando por entre las aguas del charco. Por completo unidos cada uno de ellos y con la cabeza fuera del agua avanzaban por la superficie en busca de la otra orilla. ¡Que espectáculo más bonito y a la vez qué emocionante por la cantidad de sencillez y vida que todo aquello exhalaba!

Pero con el tiempo pasó lo mismo que con el resto de aquellas tierras. Las tuvimos de dejar en manos de ellos y lo primero que hicieron fue llenarlas de pino. Prohibieron luego,

que por allí pastara ningún animal de los nuestros y soltaron los bichos. A la fuente ya no pude subir más ni tampoco pude gozar del nado de los marranos atravesando el charco en busca de la otra orilla. No puede meterme por las tierras que se recogen el en pequeño valle porque los pinos comenzaron a crecer y tampoco pude asomarme al otro lado del collado. Las sendas se borraron por no usarlas y la tierra, aunque la seguía considerando mía, ya no era igual. Notaba que les pertenecía y en el fondo, hasta un poco de miedo sentía andar por allí no fueran a complicarme la vida.

LA RESERVA

Uno de los muchos días que después de venirnos del cortijo, he vuelto por el lugar, me animé y subí hasta el rellano de la fuente. Nos sentamos en aquellas rocas blancas y nos pusimos a contemplar las tierras que se recogen entre los dos arroyos. Uno de los vecinos de aquellos cortijos que como yo, sentía la añoranza de la tierra y por eso me acompañaba, me dijo:

- ¿Sabes lo que es ahora ese trozo de tierra?

- Un bosque de pinos y un desierto para los bichos.

Le dije. Nosotros siempre hemos llamado animales a las cabras, vacas, ovejas y marranos que teníamos en los cortijos y bichos a los ciervos y gamos que ellos soltaron por el monte.

- Un desierto para los bichos sí que es pero, además, ellos

dicen que este rincón es también “La Reserva”. No sé qué es lo que reservan ahí pero por lo visto lo que les interesa es que el monte crezca mucho, que se borren todas las veredas que en otros tiempos hemos andado nosotros y que los bichos anden a su antojo por donde quieran. Y si te fijas bien te darás cuenta como las tres cosas primeras ya son realidad.

El monte ha crecido mucho. La pequeña vega que antes era casi pura tierra color naranja, ahora mismo está cubierta por un espeso bosque de matorral y pinos. Las sendas ya no se conocen y aunque nosotros sí sabemos por donde van, si nos pusiéramos a recorrerlas, seguro que nos perderíamos. Y bichos salvajes son los únicos animales que se ven por esas tierras. Todas aquellas manadas de cabras, vacas y cerdos que en nuestros tiempos pastaban por ese mágico rincón entre los arroyos ya son puro sueño en la imaginación de nuestros recuerdos.

- ¡Hay que ver lo que pueden conseguir los que tienen el poder a pesar de lo fuerte que es el cariño que nosotros sentimos por estas tierras!

Fue lo que yo le dije. Luego, aquel día, durante largo rato estuvimos sentados en las rocas que rodean la fuente. Despacio y mudos estuvimos contemplando la deliciosa belleza que en silencio duerme por el rincón de los arroyos. Estuvimos gozando del dulce sonar del agua cayendo por la cascada

desde la fuente hasta los charcos alargados y azules donde nadaban los marranos y cuando ya la tristeza nos inundó el alma, nos fuimos.

¿Qué íbamos a hacer? Los recuerdos nos barrenaban y nos barrenan el alma y la añoranza nos tiñe de amargor el aliento y a pesar de que poco a poco nos vamos muriendo, el único consuelo que encontramos es ir por el rincón de vez en cuando. Ya hemos aceptado que las tierras no nos pertenecen y como en la lucha ellos vencieron, lo único que trae un poco de felicidad a nuestras vidas son los recuerdos. Eso y los trozos de alma que tenemos enganchados en cada una de las piedras de estos montes, no habrá nunca nadie ni nada en este mundo que pueda arrebatárnosla.

LA UNICA CABRA

- Y lo de aquella única cabra que os dejaron cuando os quitaron todas las demás ¿por qué fue Pío?

- Mi mujer ya estaba enferma. Delicada como ahora pero entonces no podía comer la mayoría de las cosas. Teníamos la cabra para darle la leche y vino el médico. Hizo un papel en el cual indicaba que necesitaba la leche de la cabra para alimentarse. Fui al ingeniero, le pedir ese favor y me lo concedió. Me firmó el papel y a partir de entonces sólo nos quedó una cabra. Don Mariano Melendo fue aquel ingeniero.

Ese fue el que mandaba, por aquellos tiempos en toda estas sierra. Pero claro, ya se vez que esto y otras muchas cosas, eran favores que ellos nos concedían y de este modo nos iban demostrando que teníamos que estar sometidos a su voluntad. Que la sierra era de ellos y que si nos dejaban todavía un poquito más andar por algún sitio, era porque querían portarse bien con nosotros. Es lo que decía mi hermana.
- ¿Qué es lo que decía tu hermana?
Juana que está sentada en una de las sillas casi de juguete, junto a Pío en el patio de la casa de Santiaga, habla y dice:
- Yo decía y sigo diciéndolo que si hubiera tenido hijo no habría firmado jamás los papeles que me entregaron para la "dexpropiación" de mis tierras. Si no hubiera firmado hoy me alegraría. A las colmenas le eché yo mucho dinero. Me gasté lo poquito que nos dieron. En el Poyo de la Higuera mis padres tenían una gran propiedad heredada de mi abuela y todos sus hermanos.

LA COMIDA

De pronto, la amena conversación con que Pío y su hermana Juana me están obsequiando sentados en su silla pequeña en el mismo centro del patio de su casa, es interrumpida por la voz, algo débil, de su esposa Santiaga.
- ¿Cuándo venís?
Pregunta desde dentro de la pequeña cocina donde desde

hace un rato ella trajina preparando un arroz para la comida. Yo no me doy cuenta pero a los oídos de Pío sí llena el sonido de la conocida voz. Según está hablando, contesta diciendo:
- Ahora cuando termine este párrafo.
Pero como ya es tarde y me doy cuenta que Santiaga ha sido la menos presente en esta reunión de hoy, le digo a Pío, que podemos atenderla.
- Nos sentamos a comer y mientras tanto sigue con aquellas cosas que recuerdes y te guste contarme.
- Pues también vale.

Nos levantamos, entramos a la pequeñas estancia y enseguida descubro que Santiaga ya tiene preparada la mesa. Una mesa pequeña, casi de la altura de las sillas y en el centro se encuentra la sartén con el arroz humeante. Un arroz muy sencillo, sólo con cuatro patatas, unos pimientos rojos secos, que es como ellos siempre han usado estos pimientos en sus cortijos, unos trocillos de “chicha”, como ellos la llaman y nada más.
- Esto tiene buena cara.
Le digo para animarla y porque de verdad la tiene.
- Yo no sé cómo habrá salido pero es que ya no valgo para nada. Ni veo ni tengo gusto para preparar las cosas como cuando era joven. ¡Hijo mío, los años me pesan mucho!

Nos sentamos en las mismas sillas chicas y con el plato a la altura de las rodillas, empezamos a dar buena cuenta del tan simple pero rico guiso. Pío sigo con sus recuerdos y aunque estamos comiendo, le presto toda la atención que puedo.

- ¿A qué ibas al lugar llamado las Lagunillas?

- Te lo estaba contando antes. En la Cabañuela vivía una tía mía, que es la última que ha muerto de toda mi familia y una prima hermana. Yo iba allí y fue cuando entonces conocía a mi primera novia. Era del Aguadero. Cuando vine de la guerra me hice amigo de esas familias, que antes nunca había estado yo por aquellas tierras. Pues me agradó y me puse novia con ella.

- Pero desde el Mulón al Aguadero ¿cuánto tardabas tú?

- Pues que echara un para de horas o tres. Siempre iba con la yegua y muchas veces tenía que bajar a La Aldea. Más allá de La Aldea, más allá de las Huertas Perdidas, por aquel laico de la Fuente de los Frailes, me agarraba arriba, a salir al Cubo. ¿Te lo conoces?

- Me lo conozco y sé que está lejos.

- Era joven e iba montado en mi yegua. Si hubiera ido andando, ya habría sido otra cosa.

- Y cuando volvías de noche ¿cómo te las arreglabas?

- Cuando iba me estaba unos cuentos días. Aquello era parecido a cuando me iba por los Campos de Hernán Pelea con los animales. Me subía a principio de verano y hasta que

no llegaban las nieves no me bajaba.
- ¿Todo el verano solo por aquellas soledades?
- Estaba mi padre también. Nos llevábamos hato y yo, pues acudía al hato. Estaba de día con los animales, me los dejaba para que durmieran donde fueran y junto a mi padre comía y dormía.
- ¿Tú te acuerdas cuántos animales tenías?
- Pues sí llevaba algunas veces diez o doce. No eran todos míos. Juntaba los de las otras familias y a todos les daba careo. Nunca se me perdió ninguno.
- De todos los animales que conoces y a lo largo de tu vida has guardado tanto, para ti ¿cuales son los mejores de guardar?
- Para mí las vacas. Son unos animales tan inteligentes como las personas. Las cabras, no son malas tampoco. Y las ovejas, para el que le gusta pero eso de estar durmiendo todo el día y caminar a lo largo de la noche para comer, no me gusta a mí. Pero claro, los animales se hacen a lo que los pastores les consienten. Pero a mí es que no me gustan tanto las ovejas.
- ¿Tú las has guardado alguna vez?
- Muchas veces. Pero que me gusta más guardar cabras y vacas. Las cabras son muy andarinas pero no tanto como las ovejas. La cabra de noche no anda. La vaca, pues sí anda pero tienen otras cosas que me gustan mucho. Las echa uno a dormir, donde tienen una majá reconocía y ellas se acuestan y no dan guerra ninguna. Son unos animales muy inteligentes. La

vaca come de día y de noche se acuesta.

A BUSCAR LAS VACAS

Mientras nosotros hemos dado buena cuenta del apetitoso arroz que Santiaga ha preparado, Juana va a su casa.

- Ahora vuelvo.

Pero como después de acabar con el postre, un simple tomate, no ha vuelto todavía, Pío me dice que quiere ir a ver cómo están sus vacas. Las que hoy guarda por las orillas del Guadalquivir.

- Pues nos vamos y luego al final charlo con tu hermana.

Salimos fuera. Montamos en el coche y siguiendo la carretera que lleva hacia el arroyo del Zarzalar, subimos despacio.

- Las dejé por aquí y creo que no se han ido muy lejos.

En el hotel damos la vuelta, dejamos el coche en la misma orilla de la carretera y nos metemos hacia el río por un sitio que le dicen el sumidero. Mientras bajamos me cuenta lo de la tormenta aquel día por los Campos de Hernán Pelea.

- Estaba con uno que le decía Julián el del Cesáreo. Tenía los animales justo por Pinar Negro. Se presentó una nube y no tuvimos más valimiento que pegarnos a un riscalillo muy chico pero era sólo para que el aire no nos diera. Pues que nos hacían daños las piedras que nos caían en lo alto de la cabeza.

- ¿Piedras?
- ¡Vaya! De la nube. Unos granizos grandes como huevos de palomas y duros como piedras y daban unos porrazos que sonaban como calabazas. ¡Pasamos un rato jodío!
- ¿En verano fue eso?
- En verano. Ahí en esos campos, las nubes son de miedo. Es que ahí no hay sitio donde meterse. Esta todo pelado. No es como donde hay covachos. Eso en el invierno hay que abandonarlo. Ahí no se puede estar. Llevamos unos años que no nieva mucho pero antes, caía unos nevazos que antes que se quitara uno caía otro.

RECORRIENDO EL RIO

En una llanura sembrada de nogueras que luego más tarde me dirá cómo se llama, nos encontramos las vacas acostadas. Al verlas las llamas y los animales lo miran confiados. Seguimos un poco más y frente a la misma llanura, sobre una pequeña lomilla, nos sentamos de cara al río. Le pregunto por los nombres del rincón este, partiendo desde el Borosa.
- Pues más abajo del Borosa, lo primero son los llanos esos de la Loma, en la punta de abajo “enderecho” a la Loma, donde se cuela el río, está Hacicaperales. La Huelga Parra es la que le sigue a Hacicaperales, sólo que la primera está en aquel lado y la segunda se encuentra en el lado de la Hortezuela. Luego el

Soto, la Huelga Potra, un poco más abajo la Huelga Carretera, la Huelga el Tomillar, esta y por debajo del Vado del río, eso de la Golondrina que le decían el llano de la Farfolla, el llano Arance, el llano Curica y los Brígidos.

- Y eso de la boda de la Sixta ¿cómo fue?

- Era una que vivía por la caseta forestal de Roblehondo. Hasta me acuerdo de la copla que le cantaba ella al novio.

- ¿Cómo era la copla?

- Pues decía así: "Tres días hace con hoy y cuatro con el del mañana, eso hace que no te he visto ni tampoco tengo ganas". Y cantaba muy bien. La que cantaba era una que le decían Francisca. Era del Campillo del Royo Frío. Una finca muy grande que había allí. En esas tierras antes sólo se veían habichuelas blancas y panizos. Aquello eran unas tierras muy buenas. Hasta me acuerdo cuando era la feria de Burunchel, un feriazo de miedo, que todo el mundo iba con sus guitarras y platillos. Era muy grande esa feria. En cuanto llegas por lo alto de la cuerda se sentía la orquesta de guitarras. Aquello era precioso.

- ¿Y cómo fuiste tú a la boda de la Sixta?

- Que fuimos desde la Hortizuela. Eramos un tío mío, una hermana que es la que ha muerto y no me acuerdo si iba otro con nosotros.

- ¿Pero aquello fue para cantar en la boda?
- Es que éramos amigos del novio.
- Ya lo entiendo pero fíjate que ahora que estamos con los recuerdos de una boda, se me viene a la mente algo que he oído muchas veces por estas sierras. Eso de que algunas veces, se ha dado el caso de hombres que velan para trabajar y para todo menos para hacer uso del matrimonio ¿qué es?
- La historia puede ser verdad pero para contártela, tengo que empezar por el principio.
- Pues empieza que te escucho con interés.

ALGO DE BRUJAS

- Te voy a decir que este asunto lo viví yo en mis propias carnes. Fui un día a casa de un amigo mío que era de Ibros y se ganaba la vida de recovero. Porque claro, no me cobraba nada y es que dinero no había para ir a la posada. Esto se dio en Villacarrillo. Estaba yo allí cuando llegó una mujer dijo: “Mi marido, vale para trabajar, vale para cualquier cosa menos para hacer uso del matrimonio”. Y entonces salto ese amigo mío Ibreño: “Eso es que estará “travao”. Que está ligado. Pues claro, es que lo dejan inutilizado.

Pasó el tiempo y una vez me veía yo que las cosas no funcionaban en mí con tanta facilidad como otros años antes. Ni que agarrara a una mozuela, ni que fuera de baile, ni que

me liara de bromas con una mujer, nunca pasaba nada. Yo ya veía que aquello era que me había inutilizado. Se me pusieron unos ojos tan grandes como los faros de ese coche. Como becerros colorados. Unos y otros me preguntaban: “¿Qué te pasa en los ojos?” Siempre respondía: “Esto es del picante”. A mí me gustaba el picante y siempre les echaba ese achaque. Porque es que no son cosas para irlas contando a todo el mundo.

Pero yo me encontraba mal. A este asunto los médicos no le dan solución. ¿Qué hacía yo? Una mujer que había en Beas que le decían la ciega y tenía gracia, pues se había muerto. “¿Qué hago yo en este caso?” Era lo que a todas horas me estaba preguntando. Pero había una pajarica que siempre que me veía le daba una risilla que era para verla. Ya no me pude contener y le pregunté: “¿Es que está mal hecho algo?” Ella siempre me decía que no.

Es que yo me había enterado que su abuela había hecho cosas de brujerías. Y claro, pues no fiándome, comencé a acecharla y así estuve una larga temporada. Hasta que un día la cogí sola, como “ende aquí” a la puerta esa de la alambrada de las parcelas. Retirada de su familia. Como no lo sabía fijo pero me dije: “A esta la sonsaco yo de tal manera que me tiene que decir la verdad. Hoy me entero si lo que me pasa a mí ha sido ella la autora”. Me planté y le digo:

"Mira muchacha, te voy a decir una cosa: a cualquiera le da una mala idea y hace cualquier cosa que no esté bien. Pero si la corrige, pues no tiene delito. Esto te lo digo por lo siguiente: yo para vivir quiero ser hombre y para no ser hombre, no me interesa vivir. Así es que si tú quieres que viva, pues me quitas lo que me has "echao", te guardaré secreto, no se le diré a nadie lo que ha pasado y seremos amigos toda la vida. El favor que te pueda hacer no se me irá de las manos. Pero claro, si no me quitas lo que me has echado, pues me queda muy poca vida, porque yo me la quito. Pero no vayas a creerte tú que es que te vas a burlar de mí. Que me he quitado yo la vida porque tú has estudiado de quitármela. Que no. Que unos minutillos, aunque sean pocos, delante de mí te vas. Cuando te haya quitado a ti de en medio me quito yo la vida y ya está todo ventilado".

Pues creo que ella no me vería con muy buena cara. No es que aquello no fuera a hacer, porque como no lo sabía fijo pero aquello fue para ver si se le escapaba algún detalle. Fue preparando el terreno de la mejor manera. Lo que pretendía era que si ella me acercaba aquel favor, para siempre ya íbamos a ser amigos y allí no había pasado nada. Pero también le había dejado claro que si no quería, pues que yo iba a vivir poco pero ella iba a vivir menos. Cuando se dio cuenta

de mis prontos, contestó diciendo: “Hay, mira, yo no te he hecho nada. Si te he hecho algo habrá sido sin saberlo”. Enseguida me di cuenta que había sido ella. Pero seguía diciendo: “Si te he hecho algo habrá sido sin saberlo y ya verás como se te quita”.

Al decirme esto me dije para mí que ella había sido. Pues antes de las veinticuatro horas era yo un hombre. Me lo quitó.

Sorprendido y sin acabar de entender casi nada le pregunto a Pío:

- Y eso ¿en qué consiste?

- Yo no sé lo qué harán. No sé qué cosa. A mí me han contado después que a habido matrimonios bien casados a punto de “separtarse” y han ido a la ciega que te decía y ella le ha dicho que sí: “Tú estás ligado y ha sido fulana pero no te creas que ha sido ella, que ha sido la madre”. Pues así que fue a ella y le dieron lo que fuera pues se lo quitó como a mi y todo siguió normar. Pero antes, ni tener hijos ¿cómo iban a tener hijos? ni poder hacer uso del matrimonio. Después, ya quedaron bien. Y viven, pues como se debe vivir.

Lo más malo que existe en el mundo son las mujeres malas. Son mal ganado. Hay algunas que se dan al vicio porque les gusta pero no son malas, tienen buen corazón pero hay otras que tienen malos sentimientos. Van a hacer el daño

que pueden. Y aquella era una.
- ¿Y ella de dónde era?
- No era de muy lejos pero eso ya, yo le prometí que le guardaría el secreto y lo tengo que mantener hasta que me muera.

LAS TRES POTENCIAS

- ¿Y lo que decías antes de la ignorancia?
- Pues que yo no creo que la ignorancia tenga delito. Para mí lo que tiene delito es la intención, que es lo que hace daño a las personas y a to. Pero por eso yo creo que si hubiera personas que fueran capaces de dirigir el mundo y que tuvieran las tres potencias, por mi parte estoy dispuesto a de decirles que "esto es lo que hay que hacer". Y las tres potencias son: la primera el saber de la persona porque sabiendo se gestiona todo en el mundo y sin saber, nada. La segunda potencia es la salud, que es la fuerza de la persona, porque la persona con salud ni tiene miedo al frío ni a la calor ni al trabajo fuerte ni flojo. To lo desarrolla y todo lo aprovecha bien.

Y la tercera potencia que es el valor de la persona, es el dote de los sentimientos humanos que es el que deja ver las virtudes de la humanidad. Y claro, pues, habiendo personas de esas... España está que na más que los políticos "pa cá pa" llá, que esto que lo otro, aunque a mí no me estorba nadie ni

ninguna clase de política ni na, porque yo, cuando yo quiera lo mío y no quiera lo de usted y me alegre del bien de la humanidad y respete a to er mundo ¿quién me va a estorbar a mí? Si a mi no me estorba nadie pero claro, eso, con to lo que prueban pero van con el egoísmo ese de aprovecharse de los derechos de los demás que no debe de ser.

Porque yo me creo que el mundo, el mejor arreglo que tenía es a cada cual lo suyo y dándole a cada cual lo suyo, pues no se podía reclamar más. Porque es que teniendo cada uno lo suyo ¿para qué quiere más? En cuanto se quiera pasar a más es porque el egoísmo lo domina y lo conduce.

- ¿Y todo esto que me cuentas dices que tú lo has recibido de quién?

- Esto es “provalecimiento” mío que mana de mi fe.

- ¿Y no te lo ha enseñado nadie?

- No señor. Esto no me lo ha enseñado a mí nadie. Es solamente el provalecimiento mío que yo hasta de noche ensueño cosas y me se vienen a la imaginación y algunas, para que no me se olviden, pues voy y las escribo.

- Y eso del ayuno que me decías ¿qué es?

- Pues que mis padres me enseñaron a ayunar, a guardar la “vegilia” y en fin, a varias cosas de esas. Pero el ayuno viene de cuando nació mi hija que estaba su madre, pues muy mal

porque llevaba ya dos días mala sin poder dar a luz y era la víspera del día de S. Marcos que es cuando ella nació, pues en mucho peligro y una cuñá mía, hermana de mi mujer, dice: “Por tal de que salga bien, voy a ayunar a S. Marcos”. Y digo: “Yo también ayuno”. Y ayuné, salió bien la niña y dicen: “¿Si hubiera sido niño?” Y contesté: “Pa mí lo mismo me da que sea niña que niño. Pa mí es igual. Lo que Dios me ha mandao eso estoy yo conforme”.

Pues nada, a ayunar y “denpues” pues llevo, tiene ya cuarenta y un año y los he ayunao también y este, si estoy vivo, mientras yo esté vivo y pueda darme cuenta, porque la cabeza no me se aiga trastornao, eso lo ayuno yo porque ofrecí en un peligro y Dios de me sacó de aquel peligro tan grande y me dio aquel placer, y eso tengo yo ese deber de ayunar siempre. Ese hecho no se me olvidará porque lo tengo grabado en el pensamiento y en el corazón.

- Y lo que me decías de estar completo ¿qué es?

- Pues que el único complete en todo el mundo es el Jefe de todo el universo y de la humanidad que es Dios o el Señor o lo que sea porque para mí el nombre es igual. Pues si le decimos Dios, así será. Del nombre sólo sé lo que he oído pero yo digo que el Jefe de la humanidad entera es el que tiene que ser completo, los demás, no podemos ser ninguno porque tiene

que ser él solo. Por eso te decía que tengo este provalecimiento que Dios "ende onde" esté me lo ha dao. Porque me he visto muy apuraico muchas veces y me he salvao. Como fue el caso que ya te conté de la guerra y aquella lluvia de balas entre de Lanjarón.

- Y eso del resuello de uno ¿qué es?
- Pues que lo que uno lleve dentro, la fe, las cosas, lo malo o lo bueno que tenga, cuando habla, aunque pruebe ocultarlo, no puede. Sale. Y es que las personas resuellan según lo que llevan en su corazón y el que tiene "clasificación" pa comprenderlo, de pronto lo graba. Y es lo mismo que yo he grabao varias cosas en mi vida porque cuando uno se pasa los días "conchabando" con los animales, descubres que los animales son buenos y te agradecen lo que le haces y esa bondad te llega dentro.

Nota: "Provalecimiento" provenir: nacer, proceder, origen.

EL SOL VA CAYENDO

Por las altas cumbres de la sierra, el sol va cayendo. La tarde comienza a inundar los paisajes de tonos grises y de sombras alargadas. Los recuerdos no mueren. Revolotean por entre la oscuridad de los barrancos y el silencio de las sendas que se adivinan surcando las laderas y por entre el monte, ya

rotas y olvidadas. El Guadalquivir remansa sus charcos entre álamos y zarzas. Cayada, casi indiferente a cuanto en estas sierras ocurrió a lo largo de los años e indiferente a lo que ocurre en esta época nuestra, se desangra el agua limpia hacia la profundidad del valle. Aquí, en este pequeño rincón del poblado de Coto Ríos, entre la sombra de los pinos y las nogueras, Pío y yo estamos dando por concluida la charla de esta tarde.

Sus vacas han dejado la cama fría que hace un rato recreaban entre el paso de la llanura. Cruzan la corriente y poco a poco los animales se van recogiendo hacia la querencia de la majada. El rincón que Pío les tiene preparado por entre los pinos al lado de las huertas. Nosotros también nos levantamos. Damos una vuelta por la laguna natural que en la curva del río duerme silenciosa. Él me sigue explicando que desde tiempos lejanos este charco todo el mundo lo conoce por La Laguna. Desde aquí sube una sendilla y busca la carretera próximo a la construcción del hotel El Pinar. Como otras veces, me toma la delantera y aunque es cuesta arriba, no me deja cogerlo.

Ya en la carretera, subimos en el coche, bajamos hasta el cruce, torcemos a la derecha, cruzamos el río y entramos en las calles del poblado. Lo dejo en su casa despidiendo a su

mujer Santiaga y les digo que volveré otro día.
- Ya te traeré el libro terminado o casi terminado para que lo leas.
- Pues se agradecerá.
Me dice. Juana su hermana, no está.
- Vino al poco de iros vosotros y como se quedó disgustada, se fue diciendo que iba a buscaros. ¿No la habéis visto?
Me dice Santiaga.
- No la hemos visto.
- Pues es que ella también quería contar cosas.
- ¡Cuánto lo siento porque me hubiera gustado oírla!
Me digo y les digo que otra vez será y poniendo el coche en marcha, recorro la calle, salgo a la carretera y al pasar por donde veo un todo terreno parado me doy cuenta que es de la cooperativa de excursiones Bujarkay. Me digo que un día de estos tengo que ponerme en contacto con alguno de ellos. Quiero conocerlos por si algunas cosas me pueden enseñar.

EL VIEJO SUMIDERO

Cruzo el río de nuevo y cuando ya subo por la carretera valle arriba, al pasar por la curva, me paro en la misma cuneta. Por el lado de arriba, en la ladera del pequeño cerrillo, Pío me ha dicho que “en otros tiempos ahí mismo había un sumidero”. Veo juncos y otras matas de hierba y me pongo a curiosear con la ilusión de explorar lo que por aquí haya. Mil veces he pasado

por el lugar y hasta hoy no me he enterado de lo del manantial. Pero hoy tampoco descubro gran cosa. Sí se nota que por este pequeño hoyo en la ladera, en otros tiempos brotó agua. La tierra tiene vegetación propia de mucha humedad y las rocas son tobas pero ahora mismo no brota por aquí ni un hilillo de agua.

Me vuelvo y comienzo a bajar hacia donde tengo el coche cuando al mirar hacia la carretera, veo a una mujer mayor que sube andando. La reconozco enseguida. Es Juana, la hermana de Pío.

- ¿Qué haces por aquí?

Le pregunto algo sorprendido.

- Como no me esperasteis me he venido a buscaros y como acabo de ver el coche, para acá me he venido. Más de dos horas llevo “buscandosos”

- Es que tu hermano tenía prisa por ver dónde estaban las vacas. ¿Qué querías tú?

- Pues sólo que me hubiese gustado mucho estar con vosotros y contar cosas de mis recuerdos. Me gusta oír los recuerdos que cuenta mi hermano y como yo también tengo muchas vivencias, pues me distraigo charlando de ellas.

DE NUEVO CON JUANA

Al verla y oírla, lo primero que se me ocurre es que se

sentiría feliz dándole la oportunidad. Enseguida pienso que puedo perder otro rato con ella y que cuente lo que le apetezca. Seguro que le placerá mucho al mismo tiempo que también creo, lo suyo puede ser interesante.

- Pues tú no te preocupes. Vayámonos para el pueblo y ahí, en la fuente que hay a la derecha de la carretera, nos paramos. Si quieres, cuéntame todo lo que quería contarme.

- Pero es que se te va a hacer tarde.

- Para las cosas de estas sierras nunca es tarde y menos para los recuerdos hermosos que tú guardas en el alma.

- Pues como quieras.

Subimos en el coche, doy la vuelta y en la misma fuente nos paramos. Nos sentamos frente al chorrillo y le digo que hable. Que diga lo que quiera porque sé que todo es bonito e importante para mí.

- Pero lo que pasa es que yo, aunque tengo muchas cosas importantes, no sé cómo irlas sacando para que las entiendas y queden un poco claro. Lo que te decía mi hermano antes era eso: que cuando llegó la guerra, a todos los hombres se lo llevaron. Pero como nosotros siempre dependimos del campo y de los animales, mi hermana Dolores y yo, teníamos que atender el ganado, la huerta y la casa. ¿Qué íbamos a hacer? Si hombre no había.

Terreno sí teníamos mucho. Por eso tuvimos que buscar una muchacha que casi siempre estaba con nosotros que se llamaba Brígida. Un día íbamos a los pedazos que había por debajo de los Pardales y otro día a lo misma cumbre del Castellón de los Toros. Patatas, habichuelas, remolacha, de todo esto era lo que sembrábamos tanto en unas tierras como en otras. Recogíamos mucho.

- ¿Cómo era el Castellón de los Toros?

- Un sitio llano en todo lo alto del monte al que se tardaba casi un día en llegar desde el cortijo del Mulón. Recuerdo que en una ocasión me quedé a dormir sola en aquel monte. Habíamos segado el trigo y como se me hizo tarde, me quedé allí a pasar la noche, cuidándolo para que los animales no se lo comieran. Cuando mi hermano iba con mi primo Máximo, el cojo del al Fresnedilla, pues ya tenía compañía pero como ya te he dicho que en tiempo de la guerra a mi hermano Pío se lo llevaron, me quedé sola.

TESORO EN EL CASTELLON

- ¿Y no te daba miedo dormir sola, una muchacha, en lo alto de aquel monte tan alejado del cortijo?

- ¿Qué íbamos ha hacer? Animales salvajes, los únicos que había eran monteses. Lobos ya no existían y los zorros no hacen daño a las personas. A mí lo que me daba miedo eran los encantamientos que decía había en aquel Castellón.

Decían que había tesoros y que salían encantados. A un tío mío, una noche, le salió un toro. Estaba allí con los animales y le salió el toro. Después nos dijo que llevaba un manojo de llaves trabado en los cuernos. Pues si aquello hubiera sido cierto, aunque como él lo dijo, sería verdad pero que si hubiera sido otra persona a lo mejor hubiera cogido las llaves y quién sabe si luego hubiera encontrado el tesoro.
- Pero eso del tesoro ¿Cómo se sabía?
- Es que una señora lo ensoñó.

- ¿Qué fue lo que enseñó?
- Pues según decía ella se trataba de un toro con un gran manojo de llaves en los cuernos. Ensoñó que el que tuviera valor y le quitara al toro las llaves, ya tenía el tesoro en sus manos. Pero claro, se ve que el toro era para temerle.
- ¿Y qué era el tesoro?
- Pues una vez también contaron que estando arando las tierras aquellas a un arado se le enganchó el asa de una caldera. No le dieron importancia pero luego empezaron a decir que a lo mejor era en aquella caldera donde estaba el tesoro. Mucho cavaron y todo pero que no dieron con él. El asa dicen que era verdad. Luego, allí se han buscado muchos tesoros. Se han visto los pozos de tanto cavar, los cascos de las orzas y todo eso. Aquello es piedra y, sin embargo, donde los moros estuvieron, es de toba. Llevaron la toba desde el Royo del

Hombre. Pero como había muchos moros pues dicen que la llevaron formando una cadena ladera arriba hasta lo alto del monte. Cogían una piedra en el barranco y se la iban pasando de uno a otro hasta lo alto del Castellón. ¡Pues ya habría moros! Que pudo ser, porque para llevar hasta ese pico tantas piedras, es complicado. Todo esto lo contaban.

- ¿Y nunca se supo de ninguna persona que hubiera encontrado alguna cosa que se pareciera a un tesoro?

- Pues dicen que vinieron personas que eran de por ahí ¿no sabes? Y también decían que en lo alto de aquel monte había aterrizado un "oroplano", y yo creo que como aquello es un haza, pues puedo ser. Y claro, se llevaron el tesoro. Decían que habían visto allí hoyos de orzas que habían sacado llenas de monedas.

- ¿Era por eso por lo que tú tenías miedo cuando por la noche dormías en aquellas alturas?

- Pues claro. Como todo el mundo decía que salía el toro, pues le temía. Me daba un poco de repelús pero en fin, si hubiera salido tampoco le temía mucho. Porque era una cosa que podía haber sido. Me hubiera hecho rica pero como nací para ser pobre no me salió ni la sombra del toro. Tampoco me hizo falta ¿Y si me daba un susto y me moría?

- Eso digo yo.

- Pero también alguna vez he llegado a pensar que a lo mejor

el tesoro del Castellón estaba escondido en los trozos de teja que por allí hay tirados. Más de una vez las he partido, las he puesto al sol y las he visto brillar. ¿Qué será eso? Yo no lo sé pero a lo mejor el oro estaba molido y lo habían puesto entre el barro de aquellas tejas para que así nadie lo supiera.

LAS LUCES DE LOS PEGUEROS

- A lo mejor era eso. Pero ahora, como estamos metidos en esto de los tesoros, dime si tú recuerdas que por las cumbres y las rocas de las Banderillas también hubiera algún tesoro.

- Por los Banderillas lo únicos que había eran los pegueros. Desde mi cortijo se veían por las noches las luces. Salíamos a la puerta y entonces decíamos: "Ya están los pegueros en el Hoyazo". Aquellas luces, trasladada a otros lugares, nos servían de contraseña. Como antes y allí menos, no había teléfono, pues nos apañábamos como podíamos. Cuando el cortijo del Aguadero se organizaba una fiesta o una matanza y nos querían avisar para que viniéramos, por la noche salían a la puerta del cortijo y encendían una o dos luces. Si nosotros la veíamos salíamos a la puerta de mi cortijo también encendíamos una luz. De esta manera ellos sabía que nos habíamos enterado y así, aunque las distancias eran grandes, nos apañábamos.

De aquellos tiempos me acuerdo yo de las grandes nevadas que caían por el cortijo del Mulón. Algunas veces, para poder ir a la fuente a por agua, los hombres tenían que coger una pala y abrir camino. Otras veces, cuando las nevadas ya eran más grandes, ni siquiera con palas se podía ir a la fuente. Teníamos que echar leña al fuego, cogíamos nieve y la derretíamos para poder apañarnos. Las nevadas por aquellas tierras siempre eran muy grandes. Duraban mucho. Cuando la nieve se iba, por las Banderillas se veían caer las cascadas y aquello era precioso. Una de las cosas más bonitas que en aquellos barrancos ocurría, era el arco iris. Cuando descargaban las tormentas y luego salía el sol, el arco iris adornaba las cumbres con una maravilla preciosa.

Me acuerdo que una ve me cogió una nube en el mismo nacimiento del río Aguasmulas. Como teníamos tierras por todos sitios, en aquel rincón de mi abuelo, teníamos unos pedazos. A coger un saco de habichuelas y cuando ya lo tenía lleno, empezó a descargar la nube. Tuve que salir corriendo y meterme en el cortijo del la Fresnedilla. Aquello era de mi tía. El cortijo de acá era de mis abuelos y el de allá vivía mi tío. Yo siempre venía al de mi abuelo que era de mi tía. Pues aquel día me cogió la nube y tuve que dormir en aquel lado porque no podía pasar el río. Claro que me asustaba, lo que pasaba era que estábamos acostumbrados.

NO TENIAMOS QUE HABER FIRMADO

Ahora, lo que te decía antes sí que me gustaría. Por todas las riquezas del mundo yo cambiaría otra vez mi cortijo del Mulón. Mi sobrino lo decía, que de todas maneras para lo que nos dieron, que no teníamos que haber firmado. Si nos hubiéramos quedado tampoco nos habríamos muerto. Mis primos se vinieron, mis padres se murieron y como éramos muchos, no daba la tierra para alimentarnos a todos. Cuando se casaron mis primas, en la habitación que teníamos nosotros, se puso la cama. Luego se fueron a Santiago de la Espada. Otro fue guarda, el hermano de Alfonso también. En fin, las cosas fueron cambiando.

- De la huelga del río ¿qué recuerdas tú?

- Primero, cuando era pequeña, cuando estaba en el cortijo, a veces mi madre me decía: "Hoy voy a hacer un guiso de tomates". Pues cogía mi cesta y en diez minutos bajaba y subía desde el río al cortijo con mi cesta llena de tomates. Ya que me casé, como mi marido era tan trabajador, de aquella tierra de la orilla del río recogíamos nosotros lo que no nos comíamos. Luego ya con los bichos, pues sembramos y no cogíamos nada.

EL NOVIO DE MI HERMANA

De cuando yo era mozuela recuerdo que una vez, a mi hermana que era un talento, la pretendió uno. Se fue a la

guerra y cuando le llegaban las cartas mi madre le regañaba. Un día estaba ella llorando y fui yo y le dije: “Eso te pasa por ser lo tonta que eres”. Me oyó mi madre y me pegó. Yo no dije nada pero aquello no me gustó porque lo que pasaba era que a mi madre no le gustaba aquel hombre para mi hermana y quería que le dijera que no se acordara de ella. Yo le dije que como estaba en la guerra que no lo hiciera. Que tiempo tenía luego cuando viniera. Y es que mi madre, no encontraba hombre apropiado para mi hermana. Siempre la tenía acorralada y, sin embargo, a mí, no me decía nada. Me daba las cartas más bonitas para que le escribiera y a mi hermana no. Eso me daba lástima a mí. Mi hermana tampoco lo quería, porque no se casó con él y se podía haber casado. Lo que no quería es que nos llevamos bien como vecinos y claro, no quería darle ese disgusto.

- ¿De dónde era el novio?

- De un poco más arriba, de la Cueva del Torno. Pero mi madre era muy buena. A mi no me regañaba porque como era la más chica siempre me mimaba mucho. Ya cuando fuimos mayores, organizábamos unas fiestas que pa qué. En el cortijo del Mulón habíamos cuatro mocicas catorce muchachos jóvenes. Por pocos que vinieran, cuando organizábamos una fiesta, aquello era estupendo. Porque a pesar de todo, también lo pasábamos felices en aquel cortijo. Cuando no había una matanza, había un esquilo y sino otras fiestas. Lo de mi hermana, ya te lo he

dicho, es que me daba pena. Era costurera y se pasaba el día encerrada en el cortijo cosiendo no sólo para nosotros sino para todos los vecinos. Antes no se compraba tanta ropa como ahora.

- Y de aquellos parrales que el otro día vi yo en el cortijo del Mulón ¿qué me dices?
- Pues que cuando era el tiempo de las uvas, después de las comidas, no teníamos nada más que salir a la puerta y de las mismas parras cogíamos un racimo y nos lo comíamos de postres. Si un año hicimos más de cincuenta arrobas de vino. Allí mismo había un hortal que le decíamos el Huerto de los Pepinos. Aquello daba pepinos para todos los del cortijo y no los acabábamos.
- Que estabais muy agusto en aquel rincón ¿verdad?
- Yo sí. Ahora te digo la verdad: si tuviera la posibilidad de volver a nacer otra vez y de escoger entre este pueblo de Coto Ríos y el Mulón, escogería mi cortijo de siempre. Sin dudarlo.

Por la carretera, mientras Juana me va desgranando sus recuerdos, no dejan de pasar los coches de los turistas. Uno de ellos se para. Nos mira y no para beber agua sino para curiosear, bajan y se acercan hacia nosotros. Le digo a Juana que ya nos vamos. Es tarde, casi empezando a oscurecer y su hermano puede que la eche de menos. Está conforme

conmigo, la acerco hacia el poblado y poco más tarde ya subo por la carretera rumbo a mi destino por los cerros de Ubeda.

Ya se ha hecho de noche. En los charcos que se remansan entre los álamos del río, la luna se refleja. Y el silencio, a lo ancho de los barrancos y las cumbres, se hace denso y la oscuridad parece que da paso a otro mundo. Quizá el mundo verdadero que al final de los siglos se extienda sobre este planeta para ser eterno. Cuando la noche cae sobre estas sierras, todo tiene un acento nuevo, mágico, misterioso y hasta un poco melancólico. Por eso por mi alma comienzan a correr las sensaciones que anoche sentí en el sueño que tuve.

EL RECUERDO QUE SABE A MUERTE

Alguien, no sé quien o quienes, con más poder que yo, me querían echar de los rincones donde ahora vivo. Me ordenaban que me fuera a otros lugares. Una ciudad grande que queda muy lejos de aquí. A pesar de ser ciudad, grande y con muchas cosas modernas, no me gustaba. Esta tierra donde ahora vivo y sobre todo los paisajes que puedo gozar desde este lugar en que vivo, los tengo metidos muy dentro. No quiero cambiarlo por nada del mundo aunque sean cosas muy modernas y muy grandes. No quiero irme de aquí. No deseo otro mundo que este y desde aquí, dejar que los días acaben conmigo y la tierra me convierta en polvo, en el rincón justo donde ella me

conoce y yo la conozco a ella.

Pero como en mi sueño, a pesar del gran sufrimiento que para mí suponía tener que irme de estos lugares, me obligaban a irme, me sentí triste. Muy triste y lleno de una profunda amargura. Como si me quitaran la vida sin darme muerte pero dejándome sin aliento para que mi alma respirara. Pedí permiso para visitar por última vez la tierra amada y cuando me vi recorriendo los barrancos y las sendas por donde las aguas del Guadalquivir se alejan, me puse a llorar.

AEs mi última visita, mi último abrazo de amor con lo que para mí es la fuente que me conecta a la vida y a la inmortalidad de mi ser. Me separan, me alejan, me llevan a otros lugares que no conozco ni deseo conocer y ahora ya ni siquiera tengo ganas de vivir. Entre los paisajes de estos barrancos he encontrado todo lo que mi alma necesita para sentir el gozo y estar unida a Dios. Aquí tengo todo mi tesoro que no es otro que el reflejo de la belleza pura. No quiero, ni deseo ni apetezco ni lugares nuevos ni ciudades modernas. No quiero arrancarme de este mundo sencillo que tanto amo. No quiero irme de este río claro ni de la fresca sombra que sus montes derraman por los barrancos. No quiero y a gritos, llenos de amargura, lo estoy diciendo pero no me hacen caso. Me arrancan de la tierra que tanto amo y me llevan lejos, a donde

todo lo que existe, será pura amargura para mí”.

Esto es más o menos lo que sentí en mí sueño cuando en silencio fui recorriendo las orillas del río la última vez que lo pisé. Después me alejé y ya todo terminó para mí. Lo único que recuerdo fue un mundo lleno de angustia, frío, sin aire para respirar y una amargura que me atravesaba el alma desde lo más hondo. Quise morir y entonces fue cuando empecé a comprender un poco, la tortura que estos amigos míos serranos vivieron cuando en aquellos tiempos los arrancaron de sus cortijos. Lo comprendí y hasta lo saboreé diciéndome que aquello y esto era cruel aunque hubiera razones muy nobles y grandes para hacerlo. Pobres amigos míos y pobre de mí mismo por el destrozo que a ello y a mí nos hacen. Nos machacan en vida y se quedan tan indiferentes y hasta dicen que es por el bien de la humanidad. Quizá deba ser así pero si para que tengan un poco de felicidad, los que luego vengan, es necesario privar de libertad y arrancar de sus raíces a los que ahora están y viven ¿no indica esto que es equivocado tanto el método como el camino?

DIA CUARTO MIGAS SERRANAS

Hoy es ya doce de septiembre y por eso el otoño empieza a pasearse por entre la vegetación de esta sierra. Hoy tenía que darme una vuelta por todo este valle del Guadalquivir por

lo del mapa. Resulta que la Editorial Alpina me ha pedido colaboración para a elaboración de un mapa de estas sierras. He aceptado y como ya estoy trabajando en el proyecto, hoy que es sábado, me he dispuesto para darme una vuelta por este valle del Guadalquivir con objeto de pararme en varios puntos y preguntar cosas. Ahora necesito saber los nombres de todos los montes, arroyos, cañadas, fuentes y cortijos de todas estas tierras para así revisar bien el mapa al fin de sacar algo bueno.

Pues, en principio, quería pararme en el Pantano del Tranco y preguntar algunas cosas a mi amigo Nazario. Así lo he hecho y luego me he ido Guadalquivir arriba y en la Casa de Artesanía “Los Casares”, también he preguntado a este otro amigo mío. No estaba hoy aquí ni José ni su mujer pero sí su compañero. Con él he charlado un rato y después, como ya es tarde, sólo he llegado a la Venta de Luis para dejarle unas pruebas del trabajo de sus recuerdos. Luis no está y se las he dejado a su esposa. Desde aquí quería ir directamente a La Golondrina pero son las dos y media y como otra de las ilusiones que hoy traigo por aquí es subir a la Hortezuela a comerme unas migas como las que probé el otro día, paso de largo. Llego a la Hortezuela y me dicen que hoy no tienen migas. Vuelvo en los apartamentos de San Fernando, sí tienen lo que busco.

- Buenas y auténticas migas serranas, tenemos en el menú de hoy.
Me dicen.

Me siento y en unos instantes me sacan un plato, que parece toda una fuente, lleno de migas con sus tropezones: un huevo frito, un trozo de chorizo, otro trozo de morcilla negra, un trozo de tocino y a todo alrededor de las migas trozos de melón.
- ¿Qué más va a tomar?
Me pregunta en el que me atiende. Le digo que nada más.
- Con este plato tengo más que bastante y agua hasta llevo que cogí hace un rato una buena botella en la Fuente del Macho.

Las migas están riquísimas y por eso doy buena cuenta de ellas en unos minutos. Pago, salgo, monto en el coche y unos metros más abajo, a la altura donde la otra tarde estuve con Pío cuando vinimos a buscar las vacas, para. Me voy por entre los pinos mirando a ver si encuentro algún níscalo y sí: enseguida me tropiezo con varias setas pero están secas. Las lluvias de este año, que han venido temprano, han sido buenas para que nazcan las setas. Después ha hecho calor pero como no ha llovido, las setas que han salido se han secado. Una pena, porque podía haber sido un buen año de níscalos.

Me vuelto a coche y ahora voy directamente a Coto Ríos. Primero a casa de Pío, porque hoy también quiero saludarlo y dejarle varias hojas del libro que estoy escribiéndole y después quiero llegar a ver a los de Excursiones Bujarkay. Quiero preguntarles algunas cosas del rincón de las Canalejas.

LA CAIDA DE SANTIAGA

Así que con todos estos proyectos llego a la casa de Pío. La puerta está abierta y por eso al entrar llamo. En la pequeña cocina contesta Pío y en la otra estancia, la de la derecha, contesta Santiaga. Sale Pío primero y después de darme la mano me dice:

- Santiaga se cayó el otro día y está aquí sentada que no puede moverse. Pasa y la ves.

Lo sigo y en segundo estoy ante ella. La saludo comprobando que se alegra verme y enseguida me dice:

- Que me dio un mareo y me caí en el patio. Como estaba sola, aunque llamé a la vecina, nadie acudió a mi ayuda. Arrastrando me fui a la cocina y desde ahí me llevaron al médico de Ubeda. Me han mirando y me dijeron que me había roto un hueso en la cadera pero de seguida me echaron para acá.

- ¿Pero eso cómo puede ser así?

- Pues yo que sé. A mi no me han dicho nada ni tampoco me han mandado ninguna medicina. Aquí estoy sentada

acompañada de las vecinas y sin poder moverme.

Me siento a su lado y mientras sigue dándome explicaciones tanto de su caída como del trato que ha recibido de los médicos, voy cayendo en la cuenta de lo desamparados que están. Pío tiene ya muchos años y aunque se nueve con agilidad, necesita cuidados y compañía. Santiaga además de los años, está muy delgada. Come poco y ni siquiera son comidas en condiciones. Su hija vive lejos y aunque las vecinas sí la rodean de atenciones y la atienden, al fin y acabo son dos personas mayores que están solos en su casa.

- Pero usted no se preocupe que entre nosotros nos tratamos bien.

Me dice de pronto María Dolores, una de las vecinas que acaba de entrar y se sienta al lado mío.

LA HIJA DEL TIO ALEJO

Me mira con interés y antes de los dos minutos me dice que ella es hija del Tío Alejo.

- ¿Lo llegó a conocer usted?

- Claro que no pero sí he leído las páginas

- Pero es verdad que ahí sale mi padre. Por eso también a mí me hubiera gustado hablar contigo para contarte algunas cosas como lo ha hecho Juana y Pío.

- Pues para eso no existe ninguna dificultad. Porque tú ¿dónde

naciste?
- También en el cortijo del Mulón. Pero mejor nos vamos a mi casa y charlamos un ratito.

Me doy cuenta que es lo mejor para así no molestar mucho a Santiaga. Así que salimos y en la misma puerta primero nos tropezamos con Juana y en la esquina con el marido de María Dolores. Subimos por la calle y en la esquina abra su casa, entramos y en el mismo patio nos sentamos. Le digo que la casa es muy bonita porque de verdad lo es y enseguida noto lo que tantas veces entre las personas mayores de esta sierra, he notado. La gran sencillez y el gran cariño con que siempre me tratan. Es como si me hubieran conocido de toda la vida y, además, como si estuvieran deseando encontrarse conmigo para poner, primero, todas sus cosas a disposición mía y para contarme sus cosas después. Es una delicia encontrarse con personas tan nobles, sencillas, de corazón tan limpio, tan trabajado en la vida y tan cargados de recuerdos.

MAS RECUERDOS

- Pues ya puedes empezar a contarme lo que tú quieras para que también tus recuerdos se queden entre nosotros para siempre.
- Empiezo diciendo que nací en el 1914, que me llamo Dolores

Fernández García, que soy hija de Alejo y Antonio. En el cortijo del Mulón nos ha criado mi padre a todos y somos diez hermanos. Ahora mismo unos están en Castellón, en Gerona, en Francia, en Murcia, en Santiago de la Espada y en Villanueva del Arzobispo y mi hermana y yo estamos aquí en Coto Ríos. Resulta que cuando en vida de mis padres estábamos en el Mulón, pues nos expropiaron aquello. Mi madre les dijo: “Pues lo que nos vais a dar en Coto Ríos, nos lo cambias por lo que nosotros os vamos a dar”. Y entonces uno de ellos dijo: “Eso ni hablar. El estado no puede salir perdiendo”.

Así que nos trajeron aquí, ya hace veintisiete años y desde entonces estamos pagando un alquilé. Hemos hecho muchas obras en las casas porque no estaban preparada para vivir como Dios manda y claro: con todo lo que le estamos haciendo aquí, si pasaran a ser nuestras muy bien pero como no serán nuestras, nuca, ya nos moriremos sin tener nada en este mundo. Nos quitaron las tierras que tanto queríamos y desde aquel momento nos dejaron desnudos y por completo en sus manos.

- Pero aquello del obispo cuando tus padres ¿qué fue?
- Vino una vez aquí a Coto Ríos. Era el día de la pilarica ¿sabes tú que los civiles celebran ese día?
- Claro, la Virgen del Pilar.

EL CEMENTERIO DE COTO RIOS

Pues vino el obispo y dijo: “Pidan ustedes hoy todo lo que quieran que hoy se les va a conceder lo que pidan”. Nadie hablaba y eso era del miedo que ya teníamos metido en el cuerpo de tanto palos como nos habían dado unos y otros. Hasta que se levantó mi padre con una garrotilla que tenía y al verlo el obispo dijo: “Que le den una silla al abuelito y dejadlo que hable”. En la silla se sentó mi padre y el obispo le preguntó: “¿Abuelito, qué es lo que quiere usted?” De momento mi padre dijo: “Mire usted, señor obispo, yo no tengo don de palabras para hablar con usted pero le voy a decir lo que quiero. Lo primero una escuela para que los niños no sean tan analfabetos como nosotros. Lo segundo un cuartel de la Guardia Civil para que haya orden y justicia. Lo tercero una iglesia para el que quiere, tenga religión y le tema a Dios y quiera estar bien con El, que vaya a misa. Y lo cuarto un cementerio para cuando ya estemos muertos no nos carguen en bestias como pasaba antes y así podamos descansar en paz en la tierra que tanto amamos”.

Pues el obispo no dijo nada en aquel momento pero pasado el tiempo, todas aquellas peticiones de mi padre, se han cumplido. Todo lo han hecho. El fue el que estrenó el cementerio. Primero hicieron la iglesia, luego el cementerio y a los cuatro día de inaugurarlo, se murió mi padre.

- Aquello fue bueno pero del cortijo ¿qué recuerdas?

- Pa criarnos allí, diez hijos, mis padres penaron mucho. A todos nos casó bien casado, con nuestras bodas más chicas o más grandes. Veinte y tantos años ha estado mi padre de guarda que luego si quieres te cuento lo que dice el libro para que sepas como fueron las cosas. Pero ya te adelanto que mi padre, a pesar de no poseer estudio, tenía una gran memoria. Eran trescientos veintinueve ganaderos y de memoria se sabía los nombres y apellidos de todos y número de ganado que tenía cada uno. Después tengo tres hermanos guardas de montes. Dos de ellos ya están jubilados y el otro, se jubilará pronto.

LA MAYOR DE TODAS

Dolores, que sigue narrándome sus recuerdos, me dice:

- Yo, que era la mayor de todos, pues te puede imaginar lo que habré penado. Mi madre siempre tenía que estar en los huertos trabajando. He segado, he acarreado miel, he encerrado paja, he trillado y que te voy a decir más. De día tenía que hacer todas las cosas de los hombres y de noche tenía que coser porque si se rompía un pantalón, como no había otro, había que componerlo para poder seguir con él al día siguiente. La ropa también la lavábamos por la noche, las secábamos en la lumbre dejando mientras tanto a los niños desnudos para que

al día siguiente llevaran las prendas limpias.

Hambre no hemos pasado. No como otros que se han comido la grama, las romanzas y lo que pillaban. Nosotros de hierbas, gracias a Dios, no hemos comido nada más que las collejas, lo que se come. Pero de ropa, sí hemos pasado muchas necesidades. Así que si me lío a contar todas las cosas que he pasado, no acabo nunca.
- Tú cuenta que aunque fueran duras en aquel tiempo, es bueno que muchos las conozcan.
- Pues a mí me da hasta "escuajo" de decirlas.

Cuando tenía ocho años, se fue mi madre a cuidar una tía mía, mi tía Consuelo que era hermana de mi padre y no teníamos pan. Decía mi padre: "Hija mía, si tú te >Aterminaras= yo te pongo una silla, te subes y envuelves la masa. Si no puedes mucha, pues tres celemines de harina". Y me subí encima de la silla, amasé yo mi amasijo, mi padre caldeó el horno, él echaba el pan y luego él lo sacaba. ¿Cómo sería yo con ocho o nueve años? Cuando mi madre daba a luz, ya vez diez hijos en un cortijo, sin un médico ni nada. A mi madre nunca la tuvo que ver un médico. En el parto, una tía mía, la madre de mi prima Juana y Pío, la asistía. Tenía ánimo y ella le cortaba la tripa a crío, ella lo lavaba y ella se lo hacía todo.

Pero ya el último que tuvo nació muerta. Se asustó y la niña nació muerta. También mi madre lo pasó muy mal. Mi primo Pío tuvo que ir a Santiago de la Espada a llamar a mi padre. Sin ayuda de nadie ella se fue recuperando y siguió adelante. Algunas veces no teníamos ni pan. Y de estas ocasiones yo recuerdo que como teníamos ganado, mi padre cogía un choto, lo mataba y de aquello comíamos. Carne asada o carne frita porque no había otra cosa. Penar hemos penado mucho pero nos hemos criado con vergüenza, con educación, no le hemos faltado a nadie. Mi padre nunca en la vida se ha visto enfrentado por mis hermanos. Ni ellos se han chispado a nadie nunca nada.

ALFORJAS Y LOS PANES

Uno de estos hermanos míos se encontró unas alforjas llenas de alimentos. Los suegros de esta señora que has estado hablando con ella hace un rato. Eran de la Hoyas de Albaldía. Subía un día por las veredas de la cuesta que lleva a las Hoyas y en el último mulo llevaba las alforjas. En el de "alante" iba subido el hombre y el segundo mulo lo lleva reatado. Se ve que a éste se la cayó las alforjas y el hombre ni se dio cuenta. Al poco, ya de noche pasó mi hermano por allí que venía de encerrar las ovejuchas y al ver aquello lo cogió. Lo miro y vio que dentro de aquellas alforjas había dos panes grandes de cuatro o cinco libras, jamón, una merendera con

chorizos, una manta y unas sogas.

Cuando llegó a la casa dijo: “Padre, me he encontrado unas alforjas con pan y una manta”. Preguntó mi padre: “¿Dónde están?” “Pues como nos tiene usted dicho que na que no sea nuestro que a la casa que no lo traigamos, pues allí se ha quedado”. “¡Hombre, hijo mío, eso haberlo recogido!” Entonces mandó mi padre a mi hermano mayor, a mi Julia, lo colgó el un árbol y a los quince día apareció el amo de aquello y todavía estaba colgado en la rama del árbol. Entero el pan, el chorizo, la manta. El hombre le dice a mi padre: “Hombre Alejo, esto no se hace. Fíjate que el pan está ya “almocío” y ahora ni para los animales sirve. Os lo hubierais comido y buen provecho que la habrías sacado. Mi padre le dijo: “Si ahora valiera, se lo comerían mis hijos si tu nos lo daba pero antes como no era mío, ahí se perdía” ¡Tú fíjate qué forma de ser los que antes vivíamos en la sierra!

Que eso digo. La educación que nos daban antes y mira la que hay ahora. Dicen que es que les temíamos mucho a nuestros padres pero eso no es verdad. Yo no le temí nunca a mi padre. Yo me casé con veintiocho años y a mí no me había tocado mi padre nada más que una guantá que me dio una vez y con mucha razón. Porque nosotros siempre hemos tenido prohibido cualquier tipo de peleas entre los hermanos. Y aquel

día, una hermana mía y yo, nos disgustamos por una manojo de flores. ¡Ya ves tú por un puñado de flores con las que había en aquellos montes! Y fui y le di a mi hermana una guantada. ¡Madre mía lo que a mí se me vino encima! Llegó en aquel momento mi padre. Nos cogió a las dos y nos arrodilló, nos hizo levantarnos y besarnos y yo no quería. Todavía recuerdo a mi padre diciendo: "Muchacha, besa a tu hermana". Y como no la besaba se quitó la correa para pegarme. Yo al ver la correa me voy hacia mi hermana y ella sí me besó a mí pero yo, tanta rabia tenía encima que le di un bocado en la cara.

Enseguida le brotó la sangre. Mi padre me miró y con toda su energía descargó sobre mí una bofetá que no se me olvidará mientras que no me echen encima la tierra. Esa es la única vez que mi padre me ha pegado a mí y siempre digo que con toda la razón del mundo. No me volvió a pegar más. Yo le temía a mi padre más que miedo lo que le tenía era un gran respeto.

LUCHA POR LA VIDA

Antes de "expropiarnos", cuando nos casamos, vivimos unos días de mucho penar. Teníamos una borricuja que era muy mala y "esmallá" que estaba, pues mi marido y yo nos cargábamos las piedras de yeso para hacer la casa. Las llevábamos hasta la carretera donde descansábamos y luego

en otro tirón las subíamos hasta la casa. Hicimos un horno y allí cocíamos las piedras. Al volver del trabajo mi marido picaba las piedras para hacer el yeso y yo lo cribaba. Todo era para hacer la casa que hicimos, compramos un pajar e hicimos una casucha. Los palos los traía él arrastrando y cuando ya había que ponerlos en el techo, pues como eran muy gordos, los dos solos no podíamos. Llamamos a mi padre y a unos vecinos y nos ayudaron.

Todo esto, muy resumido fue lo que penamos para hacernos aquella casucha. Cuando luego nos expropiaron dijo: “Pues nos llevamos la teja al poblado”. Pues cuando nos expropiaron aquello nos “erribaron” la casa y la teja se hizo polvo y ni siquiera nos dejaron recorgerlas. No nos dejaron nada.

Otra de las cosas que recuerdo fue la de la burra que le dio paralís. Después de estar mala parió una pollina. Lo digo por los trabajos que se han pasado. Mi padre nos dio una cabra y la ordeñábamos en la “palancana” y así se la bebía la pollina. De este modo la criamos. Al poco de casarnos mi marido cayó malo y como mis hermanos se los llevaron a la guerra todos los trabajos que los hombres hacían, ahora teníamos que llevarlos nosotras. Me iba a echar el día y como mi marido estaba en la cama, así que llegaba el medio día, las otras se paraban a

comer y yo, a levantarlo a él, a darle la comida, a lavarlo y si se había orinado y otra cosa, cambiarle las sábanas y encima echar otro medio día.

Así que ya no le digo más cosas porque no me salen del escuajo que me da.

- Y de hijo ¿cuántos habéis tenido?

- Pues que no hemos tenido hijos. Como entonces no había dineros para ir a ver lo que nos pasaba, pues nos hemos aguantado.

- Y de la Cueva del Torno ¿de qué te acuerdas?

- De chiquituja me acuerdo de ver allí a mi marido, a mi primo Pío y a don Alfonso. Donde nos criábamos en el Mulón no habíamos echado horno "tovía" y nos fuimos a amasar allí. Entonces mi marido pues era muchachote. Tendrían doce o catorce años y yo unos doce. Me mandó mi madre a por los trapos para tapar la masa. Habíamos amasado en lo de una tía mía que también era tan pobretica como nosotros. No tenía ni tendíos ni nada. Dijo: "Anda y que te dé la tía Dolores los tendíos".

COSAS DE NIÑOS

Y yo así que lo vi a él, me daba vergüenza de acercarme a la casa. Tenía unos perrujos y nos ladraban pero yo no le temía a los perros de lo que me daba vergüenza era de él. Y me

vuelvo y le digo a mi madre: “Madre, que no me ha querido dar la tía Dolores el tendío”. Arrea mi madre corriendo y le dice: “¿Dolores no le has dado a la chiquilla en tendío?” “¡Pero si aquí no ha venido!” “Pues si me ha ido diciendo que no se lo has querido dar”.”¡Será tuna la chiquilla esta!”

Es que siempre que me veía mi suegra me decía que yo iba a ser su nuera. ¡Que lástima! Yo le contestaba que no la quería para suegra. Y claro, por esto a mí me daba vergüenza de ir a donde estaba él. Si tú vieras la cueva donde nació mi marido y mi primo Pío te asustaría. Pues desde la Cueva del Torno íbamos a trabajar al Recó. Allí encendíamos una lumbre, allí cocíamos el puchero, allí sembrábamos tabaco, allí venían las monteses a todos aquellos piazos a comerse las cosas. Ya desde entonces nos conocimos y a la larga mi suegra se salió con las suyas. El tenía treinta y dos años y yo treinta cuando nos casamos. Juan José Rescalvo Muñoz se llama él, que es hermano de don Alfonso.

Y hablando de don Alfonso, mira como sería de chico que tenía siete u ocho años. ¿Si nacería para cura? ¿Tú sabes lo que son esas bolitas coloradas que hechan los enebros?
- Sé lo que son.
- Pues cogía una hebra y hacia rosarios con las bolas. Como las bolas eran coloradas pues donde le tocaba el misterio le

hacia un nudo de blanco y él decía que aquello era su rosario.

- ¿Y quién le enseñaba esas cosas tan pequeño?

- Pues su madre. Mis suegros y nosotros siempre hemos sido muy religiosos. Dicen que no hay cosa más tonta que un pobre querer a un rico. Pero mi padre siempre decía: “Nosotros más pobres ya no podemos ser pero si me arrimo a uno como yo ¿cómo me va a dar para criar a mis hijos? Me tengo que arrimar donde me den”. Claro que si tenía que ganar un duro a lo mejor con diez reales le hacían pago pero comíamos. Pero mis padres siempre han sido muy religiosos. Muy amantes de la verdad y de las cosas buenas y limpias.

Y mi hermano, donde lo ves ahora, no se acuesta uno noche ni se levanta una mañana sin rezar. Lo poco que lee es la Biblia y un libro de cosas religiosas que le regalaron muy chiquitillo el otro día. Esa es su misión.

- Pero sigo pensando en quién os enseñó a vosotros todas estas cosas.

- Es que cuando mis suegros ya se bajaron de la Cueva del Torno a vivir en Las Casas de las Tablas, ya tuvo maestros de escuela. Todos los maestros, como no tenían casa, estaban pupilo en lo de mi suegra. De noche, cuando venían de las cabras, pues los maestros le enseñaba tanto a leer y escribir como las cosas religiosas. Mi marido ha sabido muy bien leer y

escribir.

DIOS GUARDE A USTEDES

Por esto de mi gran creencia de Dios, en mi cortijo, tuve una vez un incidente que no olvidaré nunca. Mi hermana y yo estábamos en un sitio que se llama el Quejial, sembrando y recogiendo hortalizas de los hortales. Nos dejamos la masa del pan envuelta y cuando ya estaba para hacer el pan nos llamó mi madre: “Veniros que ya tenéis que hacer el pan”. Pues veníamos cargadas de tomates, pimientos, cocotes, que entonces sembrábamos tabaco. Y al pasar el río me quedé “escarza”. Una de las sandalias se me “escalonó” y la tuve que cogerla en la mano. Con un pie calzada, el otro sin sandalia y cargada con un saco de cosas del hortal.

Cuando llegamos al cortijo nos encontramos los de las comisiones. Siete u ocho hombres con sus escopetones. En aquellos tiempos había que decir “Salud” y al llegar yo dije “Dios guarde a ustedes”. Me miraron y dijeron: “A ti, la de Dios guarde a ustedes, te vamos a preparar hoy”. Mi madre se asustó. Gracia a que estaba mi hermana novia, con el marido que tiene hoy y venía con ellos. Pero él sintió decir: “A esta la vamos a preparar hoy” pero no sabía lo que me iban a hacer tampoco. El se vino con ellos porque pensó que mi madre y nosotras, al ver tantos hombres con fusiles, nos íbamos a

asustar. Enseguida empezaron: “Venga, ahora mismo unas migas”. Dice mi madre: “Si os la hacemos pero esperaros a que hagan el pan para que no se pierda la masa”.

Nos arrematamos para hacer el pan y mientras se venía para echarlo al horno, nos pusimos a hacer las migas. Teníamos dos jamones y los alcanzaron. Uno lo espiazaron y con las migas, se comieron la magra que quisieron. El tocino se lo echaban a los perros. Mientras comían no dejaban de pedir: “Danos aguas”, y yo salía corriendo. “Ahora las cucharas” y allí que estaba yo. Todo lo que me mandaba tenía que hacerlo y mientras diciendo para mí “¡Dio mío! ¿Qué me harán?”. Y a todo esto descalza y temblando de miedo. Una mozuela que era yo entonces.

Mi madre sin dejar de mirar y también asustada, dice: “Bueno, ahora dejarla un rato para que me ayude a echar el pan en el horno y coma un poco con nosotros”. Enseguida contestaron: “No, ésta no, ésta no come ahora”. Pues ni mi madre ni mi hermana quisieron comer tampoco. Terminaron de comer ellos y miraron a la guitarra que estaba allí colgada. Como mi cuñado sabía tocarla, le dijeron: “ Tu, Julián, alcanza la guitarra que vamos a bailar”. Cogió mi cuñado la guitarra y enseguida me mandaron que me pusiera a bailar. Temblando como estaba, descalza y muerta de hambre, me puse a bailar.

Dos horas justa me estuvieron sin parar, bailando el suelto, que entonces el agarrado ni lo sabíamos ni mi padre nunca nos ha dejado bailarlo ni nada.

Delante de ellos y sus escopetones estuve bailando dos horas, sudando como un perro, escarza como mi madre me parió y sin catar un bocado. Cuando ya se cansaron se fueron y se llevaron el otro jamón que quedaba, se llevaron cuatro o cinco poyos que teníamos preparados para la pascua, rompieron un montón de tejas buscando la pistola que tenía mi padre y gracia que no la encontraron. Cuando ya se fueron hasta mala me puse de la panzá de bailar que me dieron. Escalza y sin comer sólo por decir "Dios Guarde a ustedes". Fíjate.

DIA QUINTO

Así que esta tarde, una de las muchas tardes que el otoño derrama por estas sierras y sobre las sencillas casas de este poblado, me he dado otra vuelta por el lugar. Busco a la madre y como ya habíamos quedado en que un día de estos me contaría algunas cosas de las Tablas, se lo digo y en el pequeño despacho que estos jóvenes han montado para atender a los turistas, nos sentamos. La madre está nerviosa. Yo en su lugar lo estaría también pero como en estos momentos siento que estas pequeñas charlas no son otra cosa

que un secillo acto de cariño y respeto hacia ellos y su mundo, me siento tranquilo. Ni siquiera creo que estas cosas sean importantes aunque sí siento por ellas y ellos un profundo respeto.

- Pues cuenta, como era aquello de las Tablas y vuestra vida cuando vivíais por las tierras que tanto siempre habéis querido.
- Y yo qué le voy a contar. Que nos da mucha pena de habernos venido de allí, la verdad es esa. “quí en el poblado mal no nos va tampoco pero donde uno nace y se cría no se puede olvidar de la noche a la mañana. Cuando nos echaban de nos prometían que aquí nos iban a dar puestos de trabajo y esas cosas y que nos iban a atender en otras condiciones distintas a como ahora vivimos. Nosotros mismos teníamos allí bastantes terrenos y nos los despropiaron prometiendo que nos iban a hacer aquí una casa comercial. Esperando estamos todavía. Nosotros hemos tenido tienda de toda la vida.
- En la aldea de las juntas ¿tenías tienda también?
- Primero la tuvieron mis abuelos, luego mis padres y luego ya me quedé yo con ella. Y la verdad es que de todo aquello que nos prometieron se ha quedado en una casa normal y corriente como a todos los vecinos y nosotros hemos tenido que gastar aquí mucho dinero en adaptarlo para poder vivir y esto nuestro.

Porque claro, nuestra vida de siempre ha sido la tienda. Nosotros hemos vivido con eso. De las tierrecillas recogíamos para el apaño y el aceite suficiente para el año. Con estas cuatro cosillas y la ayuda de la tienda hemos ido viviendo. Así que a este poblado nos trajeron engañados. Los terrenos ellos los midieron. Nosotros tampoco dijimos que era poco o mucho, lo que pasó es que nos quedamos hasta los últimos momentos porque ni queríamos que nos despropiaran ni nos queríamos venir. Pero ya, cuando te quedas sin vecinos, sin colegio y sin otras muchas cosas ¿a ver qué vas a hacer? Nos tuvimos que venir porque de tal modo plantaban las cosas que el que no quería lo pasaba peor.

- ¿En qué sitio de aquel rincón teníais vuestra casa?
- ¿Ha estado usted por aquel paraíso?
- El otro día estuve.
- Pues las primeras casas aquellas que se ve una así a la derecha y otra a la izquierda que pasa la carretera por en medio. Aquellas eran nuestras casas. Luego un poco más arriba teníamos otra. En las Hoyas de Albaldía, también teníamos otras viviendas porque aquello era herencia de mi abuelo.
- ¿Y aquello lo conoces tú?
- Iba yo mucho con mis abuelos. Era pequeña pero me acuerdo que a mis abuelos les gustaba mucho que nos fuéramos con ellos.

De los vecinos de la aldea de las juntas me acuerdo de

casi todos. En aquel trozo de tierra, tan lleno de vida y verde, había un poblaillo precioso. Más arriba de nosotros se alzaban otras casas, por debajo de la carretera ahora, donde vivía un señor que se llamaba Cirilo. Sus hermanas, se fueron a vivir fuera y alguna ya ha muerto. Dos hermanas le quedarán. Valeriana y Librada. Tenía varios hijos, se casaron y allí vivían también. Antes de llegar a nuestra casa, por la parte de arriba de la carretera, también vivía otro señor que vive en este poblado ahora, que se llamaba Julián y era el cartero de aquella aldea. Estas personas ya son mayores, los hijos los tienen todos fuera y ellos viven aquí. En invierno se van una temporada a Castellón porque los hijos tienen allí un piso. Pero que ellos, como todos nosotros, les encantan vivir aquí.

Francisco Fernández, eran seis hermanos que los que no han puerto viven aquí. Francisco, Primitiva, Manuela, Bernabé, Julio y Victoriano. Luego ahí abajo viven también otros vecinos pero esos ahora no están aquí. Tienen los hijos en Lérida y se han ido con ellos. Si es que aquello era una aldea muy buena, ¿sabe usted? Lo que pasó es que cuando despropiaron, como todavía no habían hecho el poblado aquí y trabajo no había, las familias estaban bastante necesitá, pues se fueron para la parte de Cataluña, para la parte de Valencia y por ahí vive un montón de aquellas personas. Allí se iban y había trabajo tanto para los hombres como para las mujeres y después de todo,

han tenido suerte gracia a su sacrificio y sus luchas. Luego había otros cortijos más arriba que se llamaban Majal del Pino. Lo habitaban unas personas muy buenas. Emiliano se llamaba uno de la Campana que ya se murió pero vive el hijo. Los del Majal del Pino, Mariano, Basilisa, José y Santiago.

Algunos de aquellos vecinos se fueron y ya casi no vienen a visitar esto. Será porque no quieren volver a remover aquellos recuerdos.

- ¿Y tú de niña?

- Yo fui poco tiempo al colegio porque era la mayor. Aunque allí sí hubo colegio hasta última ahora. Eramos tres hermanas y como teníamos la tienda, yo tenía que ayudarles a mis padres. Lo que he aprendido ha sido de practicarlo más que de otra cosa.

- ¿Qué vendías en la tienda?

- De todo: alimentos, telas, hilos, apargates. Entonces no se vendía cosas de confección como ahora. Todo era a base de telas y había que coserlas.

- ¿Quién os compraba?

- Pues toda la vecindad y los que vivían en los cortijos que también iban. Era la única tienda que por estos contornos había. En Canalejas que la tenía mi suegro y en la Casa de las Tablas que la teníamos nosotros.

- Los productos ¿quién os los traían?

- Nosotros mismo y en caballerías. Todo eran caminos estrechos para andar sólo con bestias y lo más cerca, era Cazorla. Recuerdo que era a Linares donde mis padres iban mucho a comprar. Era muy duro todo. Yo me casé en las Casa de las Tablas. Mi marido era de las Canalejas y cuando nos casamos nos fuimos a vivir a Valencia. En Puerto de Sagunto nació mi hijo el mayor y el otro, en Puzón, también provincia de Valencia. Después mi marido se fue a Holanda a trabajar. A los dos años de irse él, me fui yo también. Los niños los dejamos con mis padres y mis hermanas que estaban solteras aquí en la aldea de las juntas. Uno tenía dos años y el otro cuatro.

Estuvimos un año entero trabajando allí. Al año volvimos con un mes de vacaciones y regresamos otra vez. Estuvimos otro año y ya nos vinimos. Y entonces fue cuando nos quedamos con la tienda. Mis padres eran mayores, mis hermanas ya se casaron y decían que no les interesaban la tienda.

- Eso era todavía en las Casa de las Tablas.

- Todavía era allí. En ese rincón estuvimos hasta que despropiaron y nos vinimos al poblado. Mis hijos se han criado ahí, en las Casa de las Tablas.

- Eso quiere decir que le tienen cariño a la sierra.

- Quiere decir que le tienen mucho cariño a la sierra.

- ¡Qué cosa más bonita! ¿Verdad?
- Eso sólo lo puede saber bien un auténtico serrano.

Y al caer la última tarde, vuelvo y me encuentro la casa cerrada. Pregunto a los vecinos y me dicen:
- Como la madre tuvo aquella caída y no se ponía buena, se fueron con su hija a la ciudad grande y desde entonces no sabemos de ellos.
Y al saber la noticia siento pena. Dentro de mi corazón me digo que a ellos, como a tantos otros ya, cualquier día de estos se los lleva el Señor y también ya los pierdo para siempre en este suelo. Este pensamiento me hiere porque ellos, son de los buenos y me han enseñado mucho.

Y al caer la tarde del que parece el último día, me encuentro solo casi en el centro de la gran sierra y además, con la herida abierta en lo más fino del alma. Miro al cielo y como al caer la tarde, se torna azul y luego rojo por donde el sol se pone, algo se funde con el agua del río Grande que fluye lento por entre las alamedas que tomaban sus vacas.

Me voy por los caminos que van, en la soledad y rotos, por la sierra y sin buscar nada y con la necesidad de obtener una respuesta que se suma a otro millón más, subo hasta donde brota la fuente y luego que bebo, bajo hasta donde se remansa

el agua y cuando ya la tarde cae un poco más, regreso y al pasar por el poblado blanco que se aplasta entre los pinos, llego a la otra casa y pregunto:

- ¿Dónde está ahora?